


XLIX PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

JERÓNIMO TRISTANTE



NUNCA
ESTARDE

UN ENTORNO PARADISIACO TAMBIÉN PUEDE SER
EL ESCENARIO DE UN CRIMEN HORRENDO

algaida

XLIX PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

JERÓNIMO TRISTANTE

NUNCA
ES TARDE



XLIX PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, Francisco Prior y Luis del Val. La novela *Nunca es tarde*, de Jerónimo Tristante, resultó ganadora del XLIX Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Índice

ANTES

ISABEL

AHORA

ANA GALLART

JUANES

LAURA ÁLVAREZ

BRÍGIDA

LA CRESTA DE SAS

ENAR

GARRIDO

FINITA BENET

BERNARDO

GUILLERMO PAU

EL SEÑOR BLANCO

BERNARDO OTRA VEZ

FABREGAT

PERFILES

MALOS SUEÑOS

MERCEDES LUENGO

CENA

VISIÓN REMOTA

JUANA ALCARAZ

MOHAMED

FEDRA HERNÁNDEZ

¿LA CRESTA DE SAS?

EL SUR

EL AMOR

ADN

RÓDENAS

ALEJANDRO ALACID

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA

EL VALLE

FABREGAT

UNA CABAÑA

LÓBULO FRONTAL

EL ACTO FINAL

MIRANDO LA NIEVE

EPÍLOGO

CRÉDITOS

*A María Salmerón,
el viento en mis velas*

ANTES

En la fiesta de Halloween de 2014 tuvo lugar el primero de una serie de extraños acontecimientos en El Valle que darían mucho que hablar. En principio no pareció nada importante, pero aquel suceso inicial fue, poco a poco, dando lugar a otros y otros, y los rumores terminaron por generar el pánico en la pequeña y siempre tranquila población de montaña.

Al principio nadie reparó en ello, pero luego, y gracias a la perspicaz señora Blanes, todos se hicieron eco de la historia, lo que generó una reacción en cadena que terminó por sumir a la población en la más absoluta histeria colectiva.

Las habladurías comenzaron justo una semana después de la fiesta de las brujas que habían organizado los Vera en el jardín de su magnífica casa en las colinas, la zona residencial más elitista del pueblo, cuando un inocente comentario hizo que los habitantes de El Valle comenzaran a ponerse nerviosos.

Fue, en efecto, la cotilla oficial del pueblo, la señora Blanes, quien hizo una observación al respecto mientras tomaba el té con sus amigas en el Café Centro.

Las cinco descansaban tras su sesión de aeróbic en el centro comunitario y comentaban que la fiesta de los Vera había sido perfecta: más de setenta niños de la Escuela Clara Campoamor, con sus respectivas madres o padres, habían asistido disfrazados de Spiderman, de bruja o de Bart Simpson, el atuendo más repetido. Todas coincidían en celebrar el buen gusto de Manuel, ingeniero de telecomunicaciones, y de Luisa, médico generalista, que habían tenido la valentía de dar una fiesta como aquella para sus hijos de diez, ocho y seis años, a la que habían invitado a todos sus amigos de la escuela.

La señora Blanes, de treinta y siete, esposa de Paco Núñez, el fontanero, destapó la caja de los truenos al decir mientras masticaba un trozo de tarta de manzana:

—El año que viene, deberíamos instaurar un premio para el niño mejor disfrazado. Hubo algunos de concurso, fantásticos. De hecho me fijé especialmente en la hija de esa chica que llegó de Barcelona, Mirete, creo que se llama. Era espeluznante. Horrible. Qué bien caracterizada iba, ¿verdad?

Juana Vega ladeó la cabeza y repuso:

—No, Mercedes, te equivocas: esa chica que dices tiene un niño.

—¿Cómo?

—Sí, sí, un niño. No va a al grupo de nuestro hijos, está en la otra clase de seis años, con la señorita Amalia. Esa chica, Mirete, que por cierto está separada — apuntó no sin cierto retintín—, tiene un niño, no una niña.

—Bueno, tampoco es que fuera una niña. Era casi una adolescente. Pero entonces, ¿esa chica no...?

—Solo digo que esa niña o chica, como dices tú, la del disfraz tan logrado, no es hija de los anfitriones ni de esa Mirete. Sé a quién te refieres, me llamó la atención lo bueno que era su disfraz, y sí, daba pánico. Estaba caracterizada sensacionalmente, como salida de una película de miedo. Sus padres debieron de gastarse una buena pasta.

—Sí, sí, de época —terció Ana Cervantes—. Con faldita de cuadros, su chaquetilla corta y esa enorme corbata de lazo. ¡Si hasta llevaba unos zapatos de charol viejos como carcomidos por el moho! Muy logrado. Traía las piernas sucias y el pelo apelmazado, como lleno de grasa. Parecía que hubiera salido de una tumba de los años sesenta.

—¿Y de quién es hija en ese caso? —preguntó Blanes intrigada.

Las cinco se miraron algo confusas.

—No sé —contestó la señora Juárez—. Allí había más de setenta chiquillos y todos vestidos de forma monstruosa, quizá era prima de alguien o amiga de no sé quién.

—Ya. Bien podía ser sobrina de Luisa, la anfitriona: su hermana estaba por allí, y me han dicho que es estilista en Milán.

—¡Vaya! ¿Estilista, dices? —repuso Ana muy interesada. Habían mencionado la palabra mágica, por lo que la conversación, a partir de ahí, discurrió por otros derroteros más mundanos.

* * *

No fue hasta la semana siguiente cuando la cosa se complicó un poco más después de que la señora Blanes tuviera que acudir a la consulta de Luisa Torregrosa porque sus hemorroides la estaban matando. En una exploración proctológica se habla de cualquier cosa para evitar lo tenso de la situación y, además, una buena cotilla nunca pierde ocasión a la hora de obtener algo más de información extra; así que la paciente felicitó a la doctora por la fiesta de Halloween y por la chica tan bien disfrazada a la que creía su sobrina.

—Mi hermana no tiene hijos, Mercedes.

—¿Cómo?

—Que esa chica no era hija de mi hermana. Pero la recuerdo muy bien, sí. La vi en la cocina y me sentí avergonzada de los disfraces de mis hijos. Parecía salida de una película de miedo. Excelente disfraz. Relájese, Mercedes; no haga fuerza.

—Daba pánico, ¿eh?

—Sí, estaba en la cocina preparando unos canapés y sentí un ruido algo fuerte, como cuando estás a la orilla de la autopista y pasa un coche cortando el viento. Me giré de pronto y allí estaba. No la había oído entrar, la verdad. «Hola», me dijo. «Hola», contesté yo. Se había sentado en uno de los taburetes altos que tengo junto a la barra de la cocina y sus pies colgaban, los movía de manera rítmica, como columpiándolos. «Esta fiesta es excelente, señora Torregrosa; quería darle las gracias como merece», dijo. Me llamó la atención lo bien que se explicaba y lo atenta que era. Los niños de hoy en día son tan maleducados... Uf, Mercedes, esto tiene mal aspecto, tendré que enviarla al especialista.

—¿Y no la conocía usted?

—No, pero yo soy nueva aquí, pensé que sería hermana de algún amigo de mis hijos, no sé, había más de setenta niños pululando por ahí. «¿Cómo te llamas, hija?», le pregunté. «Rosa», contestó. «¿Y cuántos años tienes?», insistí. «Trece», me dijo. Yo saqué una de las piruletas gigantes que guardaba para los premios de los juegos y se la di. «Toma, por ser tan educada», le dije. Pensé que no le haría ilusión, ya sabes cómo son los adolescentes, pero no, parece que le gustó el detalle. Entonces sonrió y vi que todos sus dientes estaban podridos; debía de llevar una dentadura de esas de juguete. Se acercó a darme un beso y su aliento hedía, olía fatal, como a tubería. Lo achaqué a que ese día los críos no hacen más que comer porquerías. «Es usted una gran mamá. Donde yo vivo no me dan caramelos», murmuró algo apenada. Su cara estaba maquillada en un tono pálido, tan mortecino que parecía hasta real, se le notaban como unas venillas en las mejillas. Se alejó hacia el jardín sonriendo. —Entonces la doctora se quitó los guantes de látex e, interrumpiendo bruscamente el relato, añadió—. Ya puede vestirse, Mercedes. Por cierto, que la chica llevaba las ojeras muy bien pintadas. Los ojos eran negros, pero muy raros, creo que quizá se había puesto hasta lentillas. —Luisa comenzó a escribir una receta mientras seguía hablando—. Y la chaqueta que llevaba era auténtica, ¡si tenía hasta telarañas! Olía a viejo, a ropa húmeda, como la del desván. Me encantaría conocer a su madre. Antes de irse me dijo: «¿Sabe usted dónde vive el señor Juanes?», y yo negué con la cabeza. Pero, Mercedes, ¿qué hace?

La señora Blanes se había quedado quieta. Muda. Parecía paralizada por el miedo.

—Luisa —dijo la cotilla, con el rostro demudado—. Esa chica no era del

pueblo.

—¿Cómo?

—Que he hecho indagaciones y no es de la escuela. Ni de ninguna de las de Primaria ni del instituto. Pensé que sería alguna sobrina suya.

—No, en absoluto. Ya se lo he dicho.

—Vaya. Qué raro, ¿no?

—Sería alguna gamberra; ya sabe, una adolescente rebelde, gentucilla que se cuela en una fiesta bonita para hacerse con algunas golosinas por la cara.

—Iba muy bien caracterizada para ser pobre y, además, en El Valle no hay barrios marginales, Luisa.

—Pues no sé, chica, es un misterio. Pero bien disfrazada sí que iba, de hecho me recordó a la niña de *The Ring*...

* * *

En días sucesivos el rumor fue extendiéndose y haciéndose más persistente. Todos decían que en la fiesta de Halloween se había podido ver a una misteriosa niña que no era de nadie, una niña muerta. Dos tipos que bebían en el bar de Vicente, a las afueras, juraron haberla visto entrar a solas a eso de las doce.

Las doce de la noche del día de las brujas.

Pensaron que iba a gritarles «truco o trato» por lo que, al no tener caramelos, se pusieron a arrojarle cacahuets. Esas modas americanas no gustan mucho a la gente sencilla del pueblo, que solo sueña con emborracharse después de una dura jornada en la serrería, en el restaurante o vendiendo camisetas y recuerdos.

—¿El señor Juanes? —preguntó la inquietante joven.

Uno de los borrachos señaló hacia la carretera y dijo:

—La casa de madera, es azul, a dos kilómetros.

Y la cría desapareció igual que había llegado. El dueño del bar, Antonio Vendrell, estaba en el retrete, así que cuando se lo contaron supuso que aquello era un delirio de borrachos.

El rumor empezó a crecer y crecer, pero la cosa comenzó a ponerse fea cuando al quinto día de murmuraciones se produjo la tragedia: el señor Juanes, de ochenta y siete años, abogado retirado y cronista oficial de la localidad de El Valle, se colgó de una viga de madera en su pequeña propiedad. Era el tipo por el que había preguntado la misteriosa joven.

La gente comenzó a decir que aquella niña estaba en realidad muerta y que había venido a llevarse al anciano.

La causa de su muerte, el incidente del supermercado, sin duda, donde un día antes de ahorcarse, el viejo cascarrabias de Juanes había acudido a comprar

carne, pan y unas cervezas. Una señora parlanchina hablaba y hablaba del incidente de la chica de Halloween: que si parecía muerta, que si no se sabía de quién era...

A Juanes se le cayeron unas cervezas al suelo al escuchar la descripción de la inquietante criatura y dijo muy serio:

—Esa es Rosa.

A las veinticuatro horas estaba muerto.

ISABEL

Aquel era un pueblo tranquilo y sucesos de aquella índole daban de sí para murmurar durante mucho, mucho tiempo. El Valle era un lugar apacible y hermoso. Había surgido de un repliegue del río, un cerrado meandro que había terminado por generar una suerte de playa donde se hacía posible almacenar los grandes troncos que habían de ser transportados hasta el Ebro por vía fluvial. A partir de un asentamiento de pobladores de origen alemán en 1776 y gracias a la llegada de doscientos trabajadores andaluces en 1801, aquella pequeña comunidad fue creciendo poco a poco hasta hacerse próspera y envidiable. Había terminado por transformarse en un lugar idílico que vivía del turismo y seguía conservando buenos ingresos del comercio de la madera, pero ahora con grúas, sistemas hidráulicos y camiones de gran tonelaje. Había trabajo y Huesca estaba relativamente cerca; los inviernos eran duros, pero la primavera era maravillosa, el verano, de días calurosos, largos y noches frescas, y el otoño, una explosión de tonos amarillos y anaranjados. Había un Instituto de Secundaria, tres escuelas, tres iglesias y buenas instalaciones vecinales. Los turistas asistían en masa durante todo el año: en invierno buscando la nieve y en verano, el senderismo o los deportes acuáticos a la orilla del río. La gente disponía de tiendas y un pequeño centro comercial, y había un par de zonas residenciales con campo de golf. Huesca quedaba a solo una hora en coche y a apenas unos kilómetros se extendían, bellísimos e indómitos, los Pirineos, con el monte Aranzana al fondo, que llevaba el nombre del primer explorador que llegó al valle y en el que la mayoría de los habitantes tenían alguna cabaña o vivienda de recreo. En suma, un pueblecito próspero, tranquilo y apacible que Isabel Amat siempre había amado.

Era el lugar donde anidaban sus recuerdos, donde había vivido una feliz niñez y de donde solo había salido para estudiar dos cursos en la Universidad de Zaragoza para volver con el rabo entre las piernas totalmente convencida de que el mundo de los estudios no era para ella. Bernardo, su marido, volvió de Deusto dos años más tarde; lo conocía desde niña e incluso habían salido en un par de ocasiones cuando eran adolescentes. Era el hombre de su vida y había conseguido un excelente trabajo en Barcelona como ingeniero, así que renunció

a todo —todo era un trabajo a tiempo parcial en la guardería de la señorita Allepuz— y se dedicó en cuerpo y alma a hacer feliz a su marido y cuidar a sus hijos: María, Esteban y Georgina. Él iba y venía a la Ciudad Condal, lo que lo obligaba a pernoctar fuera de casa un mínimo de dos noches por semana, pero tenía un buen sueldo y no les faltaba de nada. O al menos eso quiso pensar Isabel. Su hermana Rebeca, una *yuppie* afincada en Chueca y adicta al trabajo, los estimulantes y los tipos que la trataban como una mierda, le decía que había desperdiciado su vida encerrada en aquel pequeño pueblo, pero ella era feliz. Adoraba El Valle.

A pesar de ello acababan de surgirle las dudas; Georgina, la más pequeña de sus hijos, había abandonado el nido en octubre para acudir a la Universidad Complutense en Madrid, Esteban estudiaba en Boston y María, la mayor, llevaba ya dos años trabajando como profesora de niños autistas en Málaga. Se sentía sola e inútil. Bernardo pasaba cada vez más tiempo en Barcelona y en los escasos días que pasaba por casa, llegaba cuando ya había oscurecido, cansado y con ganas de ver un poco la televisión, cenar y acostarse. Ella pasaba la jornada esperando su vuelta y ya no tenía que acompañar a los niños al colegio, preparar sus almuerzos, hacer inmensas coladas o llevar y traer a los críos a kárate, violín o tenis en su inmensa ranchera. No tenía nada que hacer. Además, él ya no la tocaba. Muchas veces se quedaba a dormir en la ciudad alegando que tenía tal o cual reunión. Tenía la excusa de que Barcelona no le quedaba tan cerca, tenía que llegarse hasta Huesca o Lérida y desde allí viajar en el tren de alta velocidad. Isabel sabía que había otra. Pero bueno, no es que aquello fuera algo nuevo para ella.

La primera vez fue hacía muchos años, cuando los niños aún eran pequeños. La mayor, María, apenas tendría nueve. Una tarde de invierno, mientras los críos hacían los deberes en la enorme mesa del salón, Isabel reparó en un extraño coche que llevaba mucho tiempo aparcado en la acera, frente a su casa. Dentro había una mujer joven que lanzaba miradas furtivas hacia el interior de la vivienda, por lo que barajó seriamente la posibilidad de llamar a la policía. Entonces decidió salir y acercarse al vehículo, y tras golpear con los nudillos en la ventanilla, dijo:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí —dijo la joven, que parecía muy nerviosa, bajando el cristal—. Soy la secretaria de Bernardo. Me voy a Burdeos. He dejado el trabajo. Hace dos semanas me practiqué un aborto. Bernardo lo pagó. El niño era suyo. Solo quería que lo supiera.

Isabel se quedó allí, de pie, con la boca abierta a la vez que miraba al vehículo perderse al final de la calle. No podía creerlo.

Aquella noche él llegó a casa y se comportó como si tal cosa. Estuvo hasta cariñoso de más, con ella y con los niños. Era un farsante. Lo odió por ello. Al menos podía mostrarse nervioso o algo preocupado simulando que tenía problemas laborales, estrés. Ni eso. Ella pasó la noche en vela sintiendo asco de su marido y valorando qué hacer. Finalmente, al alba, tomó una decisión. Esperaría a que los niños fueran mayores.

El tiempo fue pasando y no notó nada raro en el comportamiento de Bernardo. Aquella historia, que parecía salida de una pesadilla, se le fue olvidando y poco a poco comenzó a culparse a sí misma de lo ocurrido.

Él, quitando una inevitable calvicie, había logrado mantenerse bien pese al paso de los años; se cuidaba, vestía bien y seguía siendo un hombre relativamente atractivo. Isabel, por el contrario, había pasado su vida entre partos, lactancias y fármacos para los niños. Se había descuidado y había ganado más de veinte kilos.

Sí, él había dejado de encontrarla atractiva y ella era la culpable.

A partir de ahí comenzó una vida de mortificación que la había llevado a probarlo todo: aeróbic, tai chi, pilates, *running*, natación y todas las dietas conocidas en el mundo occidental. Había seguido la de la alcachofa, la del melocotón y la patata, la del doctor Domínguez de Tijuana, los productos de Michael Newman y hasta había probado con la homeopatía. Logró bajar diez kilos, pero era consciente de que aún le sobrarán otros diez de los que nunca podría deshacerse. Se inyectó sustancias en la tripa, probó aparatos de gimnasia pasiva e incluso se había embutido en unos trajes térmicos en la consulta de un dietista de Barcelona que por poco le provocan una lipotimia. Nada.

Ahora tenía cuarenta y cinco años y era evidente que Bernardo había vuelto a las andadas. Ella era muy aficionada a las novelas de terror y sobre todo de misterio, de detectives. Procuraba observar y había percibido señales: un cierto olor a perfume en una camisa, un largo pelo moreno en el asiento de al lado del conductor en el coche de su marido, una férrea determinación en él de eliminar unos kilos y un recién descubierto interés por la moda; pero los más evidentes, los peores, eran una descarada mejora en su higiene corporal, la intención de hacerse un injerto de pelo y, sobre todo, una extraña dependencia del teléfono móvil que corría a coger en cuanto sonaba. Recibía mensajes continuamente que, tras su lectura, le provocaban una sonrisa boba, y hablaba a todas horas en voz baja desde el baño e incluso, una vez, desde el armario del vestíbulo donde guardaban los abrigos. Veredicto: culpable.

Al menos tenía claro quién era la amante de su marido o al menos, una de ellas. Evelyn Carrera, guapa, sofisticada, colombiana, una ardiente latina con sus ceñidos trajes de Carolina Herrera, culta y siempre bella. Sabía que no podía

competir con alguien así.

No es que Isabel fuera un adefesio; había heredado los hermosos ojos azules de su madre, su rostro era agraciado; su sonrisa, amplia y tenía el pelo largo, sano, brillante y del color del trigo. Pero le sobraban diez kilos y coleccionaba prospectos médicos. ¿Cómo iba a compararse con aquella brillante ejecutiva, una triunfadora que coleccionaba cuadros de Miró y pasaba sus vacaciones en Estados Unidos visitando museos de arte moderno?

Un buen día, después de una extenuante clase de *spinning* se sentó en la cafetería y pidió un capuchino y un buen par de bollos de chocolate. Pensó en lo que le era más querido: sus padres, muertos; sus hijos, perdidos ya para siempre, y sus recuerdos, que solo pertenecían a su pueblo.

Era un ama de casa cuarentona y perdida, cornuda, sin futuro.

No le quedaba nada y su vida era insulsa. Estaba acabada.

Solo veía pasar los días.

Pensó entonces que bien podía entretenerse en la Biblioteca Pública. Allí podía buscar información sobre su familia; sus padres, Juan e Isabel, que habían emigrado desde Barcelona, donde él trabajaba como policía. En cuanto supo que su esposa estaba embarazada, Juan convenció a su mujer y volvieron a su pueblo natal, donde reabrió el negocio familiar, un aserradero que, finalmente, le hizo rico.

A veces, Isabel pensaba que Bernardo se había casado con ella por la enorme suma de dinero que había de heredar de sus padres.

Un álbum, no era mala idea.

Eso haría, sí. Recopilaría información sobre la historia familiar partiendo de sus propios padres y viajaría hacia adelante en el tiempo. Prepararía cuatro copias del ejemplar que pensaba escribir, con fotografías, recortes, partidas de nacimiento y anécdotas. Uno para ella y los otros tres para sus hijos. Sería su legado.

Le pareció una brillante idea, aunque aún no tenía claro cómo le daría forma.

AHORA

Antes de llegar a la biblioteca Isabel decide pasar por la Farmacia a recoger las vitaminas de Bernardo. Al entrar, el farmacéutico, Agustín, la mira y le dice:

—Isabel, mi hija ha estado de viaje en Italia y te he conseguido un prospecto nuevo para tu colección. Es de un preparado que mezcla un antihistamínico con paracetamol.

—¡Vaya! —contesta ella—. Un toque exótico no le vendrá mal a mi muestrario.

Mientras el ayudante de Agustín busca los comprimidos, dos ancianas murmuran sobre el último suceso extraño acaecido en el pueblo. Al parecer, un forastero ha estado cerca de la muerte tras protagonizar un incidente verdaderamente curioso. Los agentes de la policía local habían encontrado un coche vacío y en buen estado junto al viejo edificio del que fue el restaurante de Enrique Cuesta, una construcción en madera que se caía a pedazos. El coche llevaba allí aparcado varios días y ante el temor de que fuera robado, contactaron con la base de datos. Resultó ser de un tipo de Zaragoza que, al parecer, era viajante de comercio. Su familia había denunciado su desaparición un día antes. Dos días después quiso la fortuna que dos cazadores que bajaban caminando por la ribera de un pequeño arroyo, un afluente del río Arazán, encontraran al viajante en estado de delirio, desnutrido, con las piernas quebradas y con mordeduras de alimañas por todo el cuerpo. El tipo, Ginés Funes, decía que había entrado en la cafetería donde le había atendido una señora con un uniforme rosa, que le había servido la mejor tarta de manzana que había probado en su vida, acompañada de un café excelente. Insistía en que junto a ella había una chica un poco rara vestida como una pordiosera, como salida de una película de miedo, y que no recordaba nada más hasta el momento en que sus salvadores lo habían hallado.

¡Había aparecido a doce kilómetros de distancia del coche!

Isabel queda consternada por la historia. Todo el mundo en el pueblo sabe que aquella cafetería lleva cerrada desde los años ochenta, cuando su dueño se pegó un tiro tras perder a un hijo por culpa de la heroína.

Aquel extraño acontecimiento viene a sumarse a los del mes anterior, por lo

que, según las viejas cotillas (que siguen a lo suyo), algo extraño está cociéndose en el pueblo. Hay quien habla de maldiciones y viejas leyendas de brujas. En ese momento, las dos arpías interrumpen la conversación porque un tipo alto, vestido como un leñador, con tejanos, botas, camiseta blanca de manga larga y camisa a cuadros, entra en la farmacia. Lleva una enorme caja llena de víveres y su pelo largo, lleno de canas, va recogido tras las orejas en una cola mientras luce unas enormes patillas. Su barba, de tres días, es de color blanco y parece muy descuidada. En un momento se planta junto a Agustín y este introduce un frasquito con una fórmula magistral en la caja del recién llegado.

—Lo pondré en su cuenta —le dice el farmacéutico al enigmático forastero, que se gira y mira a Isabel con unos profundos y bellos ojos azules, muy fieros, que la hacen estremecerse.

Al momento, sale de allí sin decir palabra.

—Es un extranjero —dice una de las cotillas, como si no ser del pueblo te hiciera sospechoso de cualquier maldad.

—Creo que de Noruega —murmura la otra—. Y, ¿sabes? Se dice por ahí que desde que él llegó comenzaron a suceder cosas raras.

Isabel solo sabe que le ha parecido un hombre muy atractivo.

* * *

Isabel llega a la biblioteca y, tras preguntar a la señora García, se instala en los lectores de microfilms del fondo. Ella le trae los rollos de *El Eco del Valle* correspondientes a los días en que sus padres se mudaron al pueblo. No sabe la fecha exacta, pero cree que más o menos podrá encontrarla. Si su madre estaba embarazada ya, y por ello dejaron la inhóspita gran ciudad y la arriesgada profesión de su padre, tuvo que ser cuatro o cinco meses antes de su nacimiento.

Comienza con enero del 73 y va pasando páginas, día a día: noticias locales, fallecimientos, anuncios y fotografías añosas de equipos de fútbol con amplios pantalones de deporte cuyos integrantes habrán perdido ya aquel vigor, el pelo y su porte apolíneo.

Tras cuarenta minutos comienza a cansarse, pero entonces repara en algo: un anuncio de la fábrica de su padre. Por un momento se siente emocionada. Mete unas monedas en la impresora conectada al lector e imprime. Cuando tiene el folio en la mano, sonrío satisfecha. Está contenta. Un primer detalle para su álbum. Por algo se empieza. Entonces repara en que la fecha de llegada de sus padres debe de ser anterior y que si hay alguna noticia sobre ella debe volver hacia atrás.

Poco a poco, girando la ruedecita con pausa, va examinando todos y cada uno

de los días. Sobre todo las notas de sociedad. Al fin la encuentra. Los Amat, un joven matrimonio procedente de Barcelona y que esperan una criatura, acababan de instalarse en el pueblo donde él retomará el viejo negocio familiar. Es apenas una nota breve, en la que se expresan los mejores deseos para con los nuevos miembros por parte de la comunidad. La imprime y decide ir hacia atrás para apuntar la fecha del periódico que viene en portada. Entonces, en primera plana, ve la noticia:

JOSÉ CASARES DECLARADO CULPABLE

Un subtítulo más pequeño añade justo debajo: «El asesino de niñas será ingresado en una institución psiquiátrica a perpetuidad».

En mitad de la noticia aparecen dos tipos haciendo la señal de la victoria: uno es un rejuvenecido Roberto Jover, actual secretario de Estado del Ministerio de Justicia, en aquella época un joven fiscal que trabajó en la zona. El otro, el alcalde, Pepe Fabregat, también muy joven en la fotografía. Sigue ejerciendo el cargo a pesar de que los más dicen que debería retirarse. Lleva uniforme de la Policía Armada en la instantánea. Isabel piensa que debió de ser adepto al Régimen.

A mitad de columna hay otro pequeño titular.

«Daniel Juanes, el defensor de Casares, dice que no va a recurrir la sentencia».

¿Juanes?

¿Será el viejo cascarrabias que se ahorcó hace poco?

La señora Blanes debe de saberlo, a buen seguro.

Apunta la fecha y decide que ya está bien por hoy. Quiere preparar una gran ensalada para comer.

* * *

Son las dos de la madrugada cuando Isabel despierta sobresaltada. ¿Ha escuchado algo? Después de criar a tres hijos, su capacidad de alerta ante cualquier mínimo ruido se incrementó exponencialmente. De recién casada no era persona si no dormía más de ocho horas, pero luego, tras cientos de noches de toses, jarabes y fiebres, su cuerpo se había acostumbrado a dormir lo justo y a interrumpir el sueño ante el menor sonido que se saliera de lo normal.

Tumbada en la oscuridad y mirando hacia el techo, permanece atenta. Ha debido de ser una pesadilla.

Entonces lo escucha de nuevo.

¡Un cascabel!

Y siente que se le eriza el vello de todo el cuerpo.

No puede ser.

Tras otros segundos de silencio vuelve a escucharse. Sí, es un cascabel. Suena como si alguien moviera un cascabel por la planta baja. Como hacía Nelson. Pero Nelson está muerto.

El sonido se interrumpe de nuevo y respira aliviada. Se levanta y enciende las luces.

¿Estará volviéndose loca?

Mira al aparador y se dirige hacia él. Allí hay una foto en un marco en la que aparecen Bernardo, ella, los niños y su perro. Un caniche toy precioso, color melocotón al que atropelló el camión de la basura. Se movía por toda la casa haciendo sonar el cascabel que llevaba en el collar. Se lo pusieron de pequeño porque un perro de tamaño tan reducido corría peligro en una vivienda tan concurrida como aquella. Cualquiera podía pisarlo sin querer.

Isabel repara entonces en cuánto lo echa de menos, a él, a los niños y a Bernardo. No al de ahora, ese imbécil al que apenas ve, sino al que una vez fue su marido.

Otra vez escucha el cascabel. Entonces, desactiva la alarma de la casa con el mando a distancia y, tras encender todas las luces que encuentra a su paso, entra en la habitación de su hijo y toma un bate de béisbol. Baja a toda velocidad las escaleras con el arma preparada, en alto, pero el sonido deja de escucharse.

No puede ser. Es de locos.

Nelson está muerto.

¿Tendrán razón las viejas del pueblo que insisten en que están ocurriendo cosas raras?

¿No será que ha entrado en casa un ladrón que llevará una pulsera o algo así?

No, la alarma habría saltado.

Pero con Nelson no se disparaba. Está preparada para no activarse por animales de menos de treinta kilogramos de peso.

No, no, un momento, está pensando en tonterías.

Decide calmarse, ser racional.

Nelson está muerto. Será algún gato que se ha colado en casa.

Debe de haber una explicación lógica. Sí, seguro. Sigue patrullando por la planta baja. Nada. El sonido ha cesado. Gracias a Dios.

No sin cierto reparo, deja el bate a la vista y se prepara un vaso de leche para atizarse un Valium.

Después va al salón, enciende el televisor y se tumba en el sofá con el bate en el regazo. Confía en que, sea lo que sea, esa cosa no volverá si escucha el ruido de la tele.

Poco a poco, el sueño va vencéndola.

* * *

Isabel pasa buena parte de la mañana siguiente buscando la reseña correspondiente a su nacimiento en las notas de sociedad locales. Está emocionada con aquel proyecto. Ha encontrado algo que hacer, con lo que ilusionarse; es evidente que no le vendrá mal. Finalmente la encuentra y la imprime. Aquel es un trabajo mucho más arduo de lo que pensaba, pero la ayudará a mantenerse entretenida. Mientras la impresora emite el documento, su mente vuelve al caso que encontró ayer. El de José Casares. Juanes, el tipo que se suicidó hace unos días, fue su abogado.

No puede evitar volver atrás, girar la rueda del proyector y encontrarse en la noticia que vio el día anterior. Aquello debió de suponer un hito en la historia del pueblo. ¡Unos asesinatos! En un lugar tan pequeño es algo inusual, y sus padres nunca le hablaron de ello. Sin apenas darse cuenta, se deja llevar por la curiosidad y se enfrasca en la lectura de la noticia. En efecto, Casares fue condenado a reclusión perpetua en el psiquiátrico de San Juan por el asesinato de tres niñas: Rosa, Marta y Lolita.

ANA GALLART

Al día siguiente Isabel sale del gimnasio y desayuna en el Café Centro. Opta por unas tostadas de pan integral y un café con leche. Ha renovado sus buenos propósitos y su guerra contra esos diez kilos acaba de reactivarse. Lo va a conseguir, está decidida. Aunque siempre piensa lo mismo y luego nunca vence. Aprovecha para leer el periódico antes de acudir a la hemeroteca. Con los recortes de prensa que consiga, a los que sumará sus viejas fotografías, va a hacer un álbum precioso. Uno para cada uno de sus hijos. A Bernardo, que lo jodan.

Repara en que antes no pensaba así. Era más educada, más comedida. Pero ¿y qué? Es su problema, sí, que lo jodan. «O eso hace alguien en Barcelona por ella», piensa para sí.

El Eco del Valle, en su edición en color de esta nueva época, trae una fotografía de una niña con un gran titular:

«DESPARECIDA».

Ha desaparecido una niña, vaya. Es una mala noticia que le pone los pelos de punta; no en vano es madre y sabe de los miedos que al respecto de sucesos de esta índole tienen todos los progenitores. Al parecer en el pueblo no se habla de otra cosa. Quizá así acaben los rumores sobre chicas muertas y tipos que entran en bares cerrados hace años para que los atiendan camareros fallecidos. Ella misma ha experimentado el efecto de la psicosis colectiva. Recuerda el incidente de la noche anterior y piensa en Nelson. Maldice a Bernardo por no estar nunca en casa y conviene que a la luz del día todo parece una tontería.

Es cierto que de noche todo es más tétrico y misterioso. Que las noches son malas y que la soledad muerde hasta el extremo de ver cosas que no existen.

Vuelve al periódico para leer lo de la cría: una niña de diez años, Ana Gallart, lleva dos días desaparecida. Volvía a su casa, situada más allá del cementerio de Santa María, cuando fue vista por última vez. Al ver que caía la noche los padres avisaron a la policía. Al no haber ninguna discusión con sus progenitores de por medio, estos descartan la hipótesis de una fuga, pero la policía no elimina

ninguna posibilidad. La búsqueda está siendo incesante y se ha movilizadado al respecto incluso a efectivos del Ejército.

Isabel se estremece por los padres. No quiere ni pensar en el infierno que deben de estar pasando. El alcalde se muestra optimista y, acompañado en la fotografía por el jefe de la Policía Local, dice que esos casos siempre se resuelven: «Travesuras de mocosos», ha declarado. Tras terminar sus tostadas, Isabel paga y se dirige a la hemeroteca.

* * *

En la hemeroteca, Isabel comprueba de nuevo que el trabajo de búsqueda de información resulta más farragoso de lo esperado. Encontrar algo relacionado con su familia la lleva a revisar el periódico día tras día, lo que resulta bastante tedioso. Pero no se rinde; se repite así misma que, con las reseñas de prensa que está obteniendo y las viejas fotografías que conserva, de las que encargará cuatro copias, podrá terminar un bonito álbum que legar a sus hijos.

En mitad de su búsqueda encuentra noticias relativas a la meteórica carrera política del fiscal del caso «El Valle», como fue denominado por la prensa: ahora secretario de Estado de Justicia, Roberto Jover, que suena como posible candidato a la Presidencia del Gobierno Aragonés. Es un tipo con muchos lazos con El Valle; de hecho, pasa todos sus veranos allí. Repara en que aquel caso debió de causar un impacto brutal en el pueblo y le extraña no haber oído hablar del suceso y que sus padres no lo comentaran nunca. Es evidente que aquel caso debió de aupar al entonces joven fiscal hacia la posición tan preclara que ocupa ahora.

A Isabel aquel tipo le cae mal. Le da mala espina. Quizá una tontería. Además, Juanes, el tipo que se suicidó tras la extraña aparición de esa joven en el pueblo, fue el abogado del asesino.

Mientras la impresora emite una copia del documento que ha encontrado y que habla de su puesta de largo, Isabel vuelve casi sin darse cuenta a la noticia que encontró el día anterior, la de la condena de Casares.

En efecto, leyendo el texto detenidamente comprueba que José Casares, un animal de más de 1,95, con cierto retraso mental y de origen andaluz, había sido condenado a reclusión perpetua en el cercano psiquiátrico de San Juan: un lugar apartado de la civilización, en mitad de los bosques y de recios muros de hormigón.

Juanes, el abogado, no recurrió.

Parece raro.

No es usual que un abogado no recurra una sentencia de esas características,

aunque bien es cierto que en aquella época la cosas funcionaban de un modo muy distinto. Franco aún vivía. Casares fue hallado culpable del asesinato y violación de tres niñas: Rosa Benet, Marta Martínez y Lolita Alcaraz.

El juez no había tenido dudas al respecto. El fiscal, Jover, había hecho un excelente trabajo y el oficial de policía al mando del caso, Fabregat, que luego terminaría siendo alcalde, había resuelto aquello en un tiempo récord. La ciudad podía dormir tranquila.

Cuando Isabel se da cuenta es la una de la tarde, decide dejarlo por hoy. Tiene hambre y aún debe prepararse la comida. Una ensalada y un filete de pavo quizá. No quiere recuperar lo perdido en su clase de pilates.

* * *

Isabel se acuesta de mal humor. Bernardo ha aparecido fugazmente para ducharse, picar algo, coger algo de ropa y salir hacia Barcelona tras farfullar que tiene una reunión de negocios. Una conferencia en plena noche, sí, una videoconferencia con los de Sídney. Por lo de la disparidad de horarios. No le queda duda de que está prácticamente viviendo con esa zorra. Al menos debería tener el valor de decírselo. De hablar. De reconocer lo que ya saben, que todo ha terminado. Se siente gorda, vieja y acabada.

Tiene miedo, está sola y no puede evitar el recuerdo de lo ocurrido la noche antes, el asunto del cascabel que suena en mitad de la noche.

¿Será una locura de cuarentona histérica?

Maldito Bernardo.

Enciende la tele para dormirse con su sonido como fondo, eso la tranquilizará y la ayudará a tener menos miedo. Espera no volver a escuchar cascabeles. Además, se ha atizado una píldora que le recetó su médico para dormir. Son una auténtica bomba. Intenta relajarse y respirar profundo. Para terminar de empeorar las cosas, en las noticias locales están hablando de la niña desaparecida, Ana Gallart.

No hay rastro de ella. ¿Se habrá perdido por esos bosques de Dios? Si es así, podría ocurrirle cualquier cosa. Hasta que la hubieran devorado las alimañas. Aún no han comenzado las nevadas, pero si la niña se ha adentrado en las montañas es otra cosa.

El tiempo transcurrido y la edad de la joven hacen que la policía comience a preocuparse; si fuera una adolescente podría tratarse de una fuga por amor. Como Elisa Ródenas, de catorce años, que se fugó con el señor Martínez, el profesor de Lengua Inglesa, un tipo raro y afectado de treinta y siete.

Pero no. Esto tiene mala pinta de veras: bomberos, militares, espeleólogos y

perros entrenados están rastreando la zona.

Isabel siente un escalofrío al darse cuenta de que lo que buscan es, en realidad, un cadáver.

Poco a poco los ojos se le cierran.

De pronto, los abre. Nieve en el televisor.

Mira el reloj, apenas han transcurrido dos horas. Se ha quedado dormida sin darse cuenta. ¿Cómo es posible que se haya despertado tan pronto? La pastilla hace su efecto y se siente abotargada. Mira a la ventana y ve unas luces intermitentes reflejadas en la pared, rojas y azules.

¡Es una ambulancia!

Da un salto y se asoma.

El vehículo está aparcado en el césped de la señora Grau. Desconecta la alarma del piso inferior y sale corriendo a la calle tras ponerse la bata.

Entonces ve como la sacan, en camilla, medio inconsciente y con una mascarilla de oxígeno en la cara. Su hijo y su hija aguardan apesadumbrados. Él sube en la ambulancia con ella mientras la hija de la señora Grau sigue a su madre en el coche, que conduce su marido. La doméstica de la vieja cotilla, Santi Lajarín, una extremeña que estudió Fisioterapia y que lleva años en el pueblo, le cuenta con su acento dulce y afectado:

—Es grave. He llamado enseguida a sus hijos y al 112.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Dicen que tiene un derrame cerebral. Se le ha paralizado todo el lado derecho. Me di cuenta porque veía visiones.

—¿Visiones?

—Sí, he entrado en su cuarto a darle las buenas noches y la he visto sentada en una mecedora frente a la ventana. Me ha dicho: «¿Ves a esa chica?». Yo he mirado al punto que señalaba, en la calle, y no había nadie. Entonces ha añadido: «Es una muerta, ¿sabes? Desde que llegó no dejan de pasar cosas malas. Se llama Rosa». Ahí me he asustado mucho; era evidente que veía visiones, y he avisado a todo el mundo. Pobrecita —añade echándose a llorar.

Isabel abraza a la joven pensando que la visión de la señora Grau, producto seguramente de su obsesión por el tema y de un accidente cerebrovascular, no hará sino acrecentar la leyenda de la chica muerta. ¿No son demasiadas casualidades?

* * *

Isabel apura un café en casa mientras se prepara para ir al gimnasio. Solo toma eso al levantarse. Siempre desayuna después del ejercicio, como si así

podiera recortar unos gramos a su maldito cuerpo, que se empeña en almacenar todo lo que puede en forma de grasa. Sabe que está obsesionada, pero quiere perder los diez kilos que le sobran. Aunque solo sea por fastidiar a Bernardo.

La televisión está encendida y en las noticias hablan de Ana Gallart. Dos niños dicen que la vieron encaminarse hacia la cantera de Solans el día en que desapareció.

Una pequeña luz se enciende en la mente de Isabel.

La cantera de Solans.

Los dos chicos no han hablado antes porque habían hecho novillos de su clase de clarinete y no querían que sus padres lo supieran. Ella caminaba en dirección a la cantera, dicen. Parece algo raro, porque la cantera está cerrada desde hacía diez años y ese camino conduce hacia el monte Talló, una montaña donde no vive nadie.

Isabel sigue dándole vueltas en la cabeza.

Entonces lo recuerda; sí, lo leyó en la hemeroteca: Rosa, la primera de las niñas asesinadas en el 73, desapareció en aquel mismo punto. En la cantera de Solans.

—No puede ser —farfulla asustada.

Está comenzando a descubrir cosas que no le gustan. ¿Es posible que vuelvan a repetirse aquellos sucesos de hace cuarenta años? Nadie recuerda aquellos horribles crímenes, solo ella y de casualidad, porque lo ha visto en la hemeroteca.

¿No debería comentarlo con alguien? ¿Con las autoridades?

No, la tomarían por loca; un ama de casa aburrída, pensarán.

¿Y Bernardo?

No, tampoco la ayudará. Sabe que se reirá de ella, de esa afición que tiene a las «novelitas» de detectives, como hace siempre. Lo sopesa y decide investigar algo más antes de atreverse siquiera a decirle nada a nadie.

Cuando salga del gimnasio y acuda a la hemeroteca no buscará solamente información sobre su familia. Seguirá leyendo sobre el caso. Y como ya había pensado, hará una visita a la señora Gordillo que trabajó toda su vida en los juzgados y era amiga de su madre. Ella podrá contarle detalles sobre el asunto y sobre Juanes.

La intriga por qué el abogado no recurrió la sentencia. El tipo se suicidó tras decir «esa es Rosa», al aparecer aquella extraña niña disfrazada que resultó no ser de nadie.

Mientras sube al coche y se dirige hacia el gimnasio por la calle principal, su mente se dispone a repasar todas las circunstancias que comienzan a forjar en su mente una teoría absolutamente disparatada: una preadolescente vestida como

una muerta recién salida de su tumba se había personado en la fiesta de Halloween de los Vera sin que, hasta la fecha, se haya sabido quién era. A dicha joven la vieron en un bar camino de la casa de Juanes, por el que preguntó explícitamente. El propio Juanes, cuando escuchó hablar de la joven, dejó caer lo que tenía en las manos y dijo que esa era Rosa.

Así se llamaba la primera de las niñas asesinadas en el 73 por José Casares, un retrasado cuyo abogado defensor era ¡el propio Juanes!

Unos días después, el viejo abogado se ahorcó.

Un viajante de comercio apareció en un riachuelo al borde de la muerte tras haber permanecido perdido durante días en la inmensidad de los bosques. Decía haber comido en un restaurante que llevaba muchos años cerrado y en el que vio a la chica en cuestión.

¿Puede volver alguien del más allá? ¿Por qué se sentía culpable Juanes? ¿Por qué temía que una niña muerta pudiera volver de la muerte? Isabel recuerda el incidente del cascabel en su casa y que su vecina, tras ver a esa niña en el jardín, ha sufrido un derrame cerebral.

¿Qué está pasando en El Valle?

Y para colmo, una niña ha desaparecido en el mismo lugar que Rosa Benet, la primera víctima de Casares en el setenta y tres. ¿Casualidad?

Las viejas de la farmacia apuntaban a ese extranjero misterioso, el tipo de la coleta que vive cerca de las montañas. Más allá de la cantera, camino del monte. Cerca de donde desapareció la niña. La última casa de un camino deshabitado. ¿Otra casualidad? Tiene que averiguar más cosas sobre él.

* * *

—Las pastas las hago yo misma —explica solícita la señora Gordillo a la vez que deposita la bandeja con servicio de té sobre una mesita que hay junto al ventanal. A cada lado de esta hay una cómoda butaca.

—Las recuerdo de cuando era niña —dice Isabel—. Sabían a Navidad.

—No sabes lo que me alegra que vengas a verme. Desde que mi Pedro se fue me encuentro muy sola. Todos mis amigos han muerto: los Martínez, tus padres... En fin, prefiero no hacer el recuento. Y yo, por mi parte, me niego a morir en un asilo, eso puedes tenerlo seguro. Me sacarán de mi casa con los pies por delante.

—No hable usted así, Enriqueta; es usted una mujer fuerte.

—Sí, pero los años son los años...

—Ya quisiera yo llegar a su edad así; porque usted se jubiló mayor, ¿no?

—A los setenta. Y porque no me dejaron seguir.

—Y habrá visto usted cada cosa en toda una vida en los juzgados...

—Doce jueces.

—¿Cómo?

—Sí, que fui secretaria de doce jueces. Hubo de todo: estirados, fanáticos religiosos, ya sabes, de la Obra; algún liberal y socialistas, pero con todos aprendí algo, eso te lo puedo asegurar.

Isabel sonrío satisfecha; la conversación va por los derroteros que ella quería.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Enriqueta?

—Claro; dime, hija.

—¿Recuerda a Juanes, el abogado?

—Pues claro, se ahorcó hace poco.

—¿No ejercía? Nunca lo he visto por los juzgados, ni con un portafolios.

—No, era abogado, en efecto. Pero dejó la abogacía.

—¿De golpe?

—De golpe. De un día para otro.

—¿Y de qué vivía?

—Ni idea. Debía de tener rentas. Ya sabes, alguna herencia. Pero lo que es trabajar no trabajaba. Después del caso Casares dejó de ejercer.

Isabel sabe que está llegando a donde quería, debe andarse con tiento.

—Sí —dice—. Pues curiosamente he estado en la hemeroteca para buscar información sobre la llegada de mi familia a El Valle, quiero hacer cuatro álbumes, uno para cada uno de mis hijos y otro para mí.

—¡Qué idea tan excelente, cariño!

—Sí, eso me pareció. Pero ¿sabe? Buscando información sobre mi año de nacimiento me encontré con el caso Casares y me lo he empapado. Un caso apasionante. Y horrible, claro. Murieron tres niñas.

—Nunca he visto tanto periodista por el juzgado. Aquello montó un revuelo como no puedes imaginar. Eran tiempos convulsos, años agitados, con mucho activismo: que si el Sáhara, cada dos por tres se rumoreaba que el Caudillo estaba enfermo...

—Declararon culpable a ese hombre, ¿no?

—Sí, el juez Gomís, un ultraconservador, un fanático del Régimen, falangista convencido. El reo murió en una institución psiquiátrica. Se colgó a los dos años de ser condenado.

—Como Juanes.

—Exactamente, como Juanes.

—Me ha extrañado saber que Juanes no recurrió la sentencia. Habría sido lo normal, ¿no? Agotar todas las instancias hasta el final.

La anciana sonrío y mira a Isabel como si fuera una colegiala.

—Sí, es cierto, a mí también me extrañó que no recurriera.

—¿Y por qué cree que actuó así?

—Ni idea. Pero recuerdo que un día estábamos comentándolo en el juzgado, ya sabes, varios empleados. Y el juez que había dictado sentencia, Gomís, que en paz descanse, pasó y nos dijo: «¡No quiero volver a oírles hablar de eso!». Y se fue muy enfadado.

—¿Y le hicieron caso?

—Pues claro, hija, ¿acaso no sabes que en un juzgado un juez es como Dios?

Isabel queda un rato pensativa:

—¿Y no le pareció raro que Juanes dejara la abogacía a partir de aquel momento?

—Supongo que se decepcionó con el sistema.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No sé, aquel caso fue excesivo en todo, ya sabes; la presión de la prensa, de la población, de los padres... Las niñas habían ido desapareciendo y cundió el pánico. Nadie dejaba salir a sus hijos solos de casa. Llegaron órdenes de muy arriba. Resolver aquello era prioritario. Las presiones políticas eran tremendas. No te haces una idea. Juanes defendía a un tipo al que la opinión pública había condenado de antemano. Le hallaron un calcetín de una de las niñas en el cuchitril donde vivía.

—Sí, lo he leído; llevaba bordadas las iniciales de una de las niñas.

—Esa fue la única prueba. El pobre Casares lloraba, se echaba las manos a la cara y decía no recordar nada cuando lo interrogaban. En aquellos tiempos no se andaban con chiquitas con los detenidos y menos con un supuesto asesino de niñas.

—Me imagino.

—Yo asistí a las declaraciones; a las oficiales, claro. Me daba la sensación de que aquel grandullón no entendía nada de lo que decían. Un psiquiatra que testificó para la defensa dijo que su edad mental no llegaba a los siete años. Aquello fue un acicate más para condenarlo.

—¿Cree usted que Casares era culpable?

Enriqueta levanta la mirada y echa un vistazo por la ventana, parece pensativa:

—Debo confesar que no; pero también es verdad que en cuanto lo detuvieron cesaron los crímenes.

—Ya. Sí, parece un argumento de peso. Pero Juanes no quedó contento. ¿Por qué se suicidó cuando comenzaron esas extrañas apariciones? ¿Por qué pensó en Rosa?

—Una de las pocas veces que vi a Casares hablar como un adulto, fue en un

extraño momento de lucidez de los que a veces tenía. Pocos, muy pocos. Le enseñaron la foto de una de las niñas muerta, violada, algo horrible. Se puso como loco. Hicieron falta cuatro agentes para reducirlo. Dijo a voz en grito cuando lo llevaban a su celda: «¡Soy inocente! ¡Soy inocente! Ellas volverán desde sus tumbas a demostrarlo».

—¿Y cree que por eso Juanes asoció esa aparición a Rosa?

—Sin duda.

—Sí, pero debía de sentirse culpable por algo, ¿no?

—Todo apunta a que algo hizo mal, sí.

JUANES

Cuando Isabel sale de casa de la señora Gordillo tiene una idea aproximada de lo que ella cree que sucedió. Comienza a nevar. Hace ya dos semanas que no ocurría. No era normal. En las noticias han dicho que va a hacerlo copiosamente. Es un pequeño inconveniente en la vida cotidiana de El Valle: la entrada al garaje colapsada, el coche lleno de nieve por las mañanas y las quitanieves funcionando durante las noches para que la gente pueda ir al trabajo por las mañanas, pero reactiva el turismo por el esquí y eso beneficia a todos.

Su mente vuelve al caso. No en vano ha leído muchas novelas de detectives y es una holmesiana estricta. Cree que de pequeños detalles se puede sacar mucha información. Es un hecho probado que, cualquier abogado, recurre la pena de su defendido hasta la última instancia. ¿Por qué Juanes se negó a seguir defendiendo a Casares? ¿Por qué no apeló a un tribunal superior?

Isabel es consciente de que su mente tiende a ver las cosas, a veces, de manera obsesiva, pero la lógica es la lógica. Y no hay explicación a que Juanes no recurriera la sentencia y, a continuación, abandonara la abogacía para siempre. Es un argumento que encuentra sólido, sospechoso y demoledor.

Se dirige hacia la peluquería de Jennifer, la sobrina del abogado. Con la excusa de cortarse las puntas va a intentar sonsacarle.

Cuando llega, el establecimiento está casi vacío.

—La nieve aleja a las clientas —dice Jennifer ayudándola a quitarse el abrigo—. Pero atrae a los turistas.

En apenas unos segundos, está sentada, con la cabeza echada hacia atrás aprovechando que la peluquera le lava la cabeza.

—¿Sabes? Estoy haciendo un álbum —dice Isabel para romper el hielo.

—¿Un álbum? —pregunta la otra algo confundida. Nunca fue demasiado lista. Una rubia mona, ordinaria y con una gran habilidad para embarazarse desde adolescente de tipos que se daban a la fuga. Tiene tres hijos y gracias a que le hicieron una ligadura de trompas aquello remitió. Ahora la pobre no tiene tiempo mas que para trabajar y sacar adelante a tres críos hiperactivos y maleducados.

—Sí, ya sabes, con recortes, fotos; para reflejar la historia de mi familia aquí, en el pueblo.

—Ah, sí, muy buena idea.

—Curiosamente, el otro día, en la hemeroteca, buscando noticias me encontré con un recorte en el que salía tu tío.

La peluquera aprieta los dedos contra el cráneo de su clienta. Una reacción instintiva.

—Sí —dice Isabel—, el señor Juanes.

Jennifer afloja la presión y vuelve a masajear con suavidad. Mejor.

—Era por un caso que llevó: un asesino de niñas. Luego se retiró.

—Sí, dejó la abogacía.

—¿Y sabes por qué?

—No lo sé. Siempre fue un tipo raro. Desde que vino de la Legión decían que estaba un poco, ya sabes, ido.

—Ya. Pero me pregunto una cosa. ¿De qué vivió todos estos años desde que dejó la abogacía?

Los dedos de la peluquera se clavan como garras en el cuero cabelludo de Isabel.

—¡Ay! —grita ella.

—Perdona, Isabel, perdona. Comprenderás que no es un tema agradable. Se mató, ¿sabes? No es fácil para la familia hablar de eso.

—Ya, perdona, me hago cargo. Su muerte es reciente y, además, en unas circunstancias...

—Se colgó, Isabel, se colgó.

—Te pido disculpas.

—No pasa nada, querida, es lo que hay. Un día, recuerdo que yo tendría unos catorce años, mi padre le preguntó algo raro. Nunca se llevaron bien. En una barbacoa familiar le dijo: «Daniel, ¿de dónde sacas la pasta para vivir?». Porque claro, hacía años que había abandonado la abogacía y no se le veía trabajar en nada.

Isabel queda expectante.

—¿Y sabes lo que contestó?

—Ni idea.

—Le dio un puñetazo y salió de allí a toda prisa. Tuvieron que sujetar a mi padre entre tres para que no descolgara su escopeta y se fuera a por él.

—Vaya, menuda relación.

—Sí, mi familia siempre ha sido así. Comprenderás que después de aquello aquel tema era... ¿Cómo se dice?

—Tabú.

—Eso, tabú.

—Me hago cargo.

—Algunos decían que cobraba una pensión de veterano, pero no creo que le diera para tanto y encima para toda una vida. Solo ha dejado la casa y algunas deudas. Apenas le quedaba ya dinero en la cuenta. No sabemos qué hacer con ella.

—¿Con qué?

—Con la casa. Está hecha un desastre. Para venderla habría que invertir mucho dinero en reformarla primero. Está semiabandonada. Ya ves, en mitad del bosque, a nadie le interesará. ¿Quién es capaz siquiera de acercarse por allí? Tan aislada. La hierba ha crecido en el único camino que lleva a ella. Nadie pasa por allí. Cualquiera podría meterse allí, ya sabes, de ocupa, y nadie se enteraría. Total, está tan lejos y tan apartada... Terminará por caerse sola por falta de mantenimiento.

«Nadie pasa por allí».

Isabel ha tenido una idea. Así que cambia de tema estratégicamente.

* * *

Cuando pasa por la tienda de ultramarinos, Isabel escucha disimuladamente la conversación de dos ancianas mientras va llenando su cesta de productos dietéticos. Hablan del misterioso extranjero.

—Y vive más arriba de la cantera. ¡Solo! —dice una de ellas.

—¡Y es extranjero! —apunta la otra, como si no ser del pueblo fuera ya, de por sí, el peor de los delitos.

—Cuando hay nieve, coge los esquís y sale por ahí como un loco, por esas pistas de Dios.

—Igual se entrena para alguna competición. Y dicen que lleva rifle.

—Sí. Muy sospechoso.

Isabel sonrío para sus adentros, pues sabe que la mayor parte de sus vecinos tiene armas de caza en sus hogares y nadie sospecha de los demás por ello.

—Creo que era escritor y mató a alguien. Lo dieron por loco y salió libre. Por eso se vino aquí, no puede volver a su país, México.

—¿No era argentino?

—Eso, eso, lo que sea. O sueco; de aquí desde luego que no...

Isabel no sabe si tomárselo a risa o enfadarse por aquello. Igual el misterioso desconocido no es nada de eso que dicen aquellas arpías. A ella le parece incluso atractivo. Piensa en sus fuertes brazos con la camisa de leñador arremangada y en su larga melena, que resulta muy sensual. No como la anodina calva de su marido. Comienza a sentirse algo excitada.

—Demasiado tiempo sin follar, Isabel —murmura para sí.

—¿Cómo dice? —le pregunta el aprendiz de la tienda, que va pasando su compra por el escáner.

—¿Eh? No, nada, nada. Cosas mías —contesta ella muy azorada.

* * *

Son las dos de la madrugada y nieva copiosamente. Una luz que aparece en el camino seguida de un ronroneo que rompe la noche se aproxima a la vieja casa de Juanes. Está en las afueras y no hay ninguna construcción cercana. El viejo era un tipo solitario y la cabaña, baja y alargada, se encuentra rodeada de un mar de bosques solo interrumpido por un camino de tierra que lleva hasta ella.

El coche, una ranchera, se para justo delante de la puerta principal. El conductor detiene el motor y, sin apagar las luces, desciende del vehículo. Es una mujer alta y enteramente vestida de negro. Lleva una linterna en la mano.

De pronto, como si se lo hubiera pensado mejor, vuelve sobre sus pasos y desconecta las luces del vehículo.

Isabel ha pensado que prefiere no llamar la atención aunque pierda visibilidad. A fin de cuentas, aquello es un allanamiento.

¿No estará volviéndose loca?

Se imagina los titulares: «Desquiciada ama de casa detenida por robo».

—¡Dios, Isabel! —farfulla.

La puerta principal se encuentra bien asegurada. No puede abrirla, aunque es de madera y muy endeble, pero no quiere forzarla. Cuanto más tiempo tarden en darse cuenta del allanamiento, mejor.

Rodea la casa por detrás; allí el bosque está más cerca y se encontrará resguardada de miradas indiscretas. Observa la puerta de la cocina y comprueba que tampoco es fácil de abrir. Decide entrar por una ventana. Se agacha y coge la piedra más gruesa que queda a su disposición. Echa el brazo atrás, apunta y la lanza contra el cristal de la ventana de la cocina. No la asusta el ruido. Está lejos de la civilización. Ayudándose de la linterna, retira los cristales que han quedado en el marco de la ventana; y se aúpa con las dos manos, se apoya en el quicio y pasa las piernas al otro lado. Está dentro.

Un escalofrío le recorre la espalda.

Juanes se suicidó allí mismo.

No es muy miedosa y no cree en fantasmas, pero recuerda el incidente del cascabel, Nelson y las apariciones de esa misteriosa chica, y se siente invadida por un miedo atávico, una suerte de pánico que le hiela los huesos. A pesar de ello, sigue adelante como una autómata.

Echa un vistazo a la cocina y no ve nada que le llame la atención. La sola luz

de la linterna apenas ilumina aquella estancia forrada en madera. Allí huele a cerrado, a viejo. Se siente incómoda. Echa un vistazo a la pequeña despensa y solo ve latas de conserva como para resistir un holocausto nuclear. Decididamente, Juanes no era un tipo sociable. Entonces pasa al salón. Una vitrina repleta de armas, trofeos de caza y poco más. Repara en que el viejo no tenía televisión aunque sí un añoso aparato de radio de válvulas. Sin duda, un coleccionista pagaría una fortuna por él. ¿Lo sabrá la familia?

En una estantería hay unos cuantos libros, todos son de aventuras bélicas. Se nota que el tipo era un excombatiente. Decían que su paso por la Legión lo había dejado ya muy tocado. Juguetes rotos que resultaban de los diferentes delirios imperiales que acometió el Régimen en el norte de África. Al lado, unos pocos libros de derecho: *Instituciones del derecho procesal civil*, de Rafael de Pina Vara, *Cuestiones sobre el proceso penal*, de Francesco Carnelutti, y otros títulos que parecen añosos, encuadernados a la vieja usanza y con olor a polvo. Es obvio que hace mucho que no los tocaba.

Pasa al baño y apenas ve nada que le llame la atención: toallas, un cepillo de dientes, pasta y un peine. Le resulta llamativo el contraste de aquel aseo con el suyo, repleto de cremas hidratantes, productos de belleza, geles y champús. No hay duda, los hombres son más simples. Y Bernardo es calvo, así que no usa apenas champú.

Jesús, qué asco.

Recuerda a Bernardo y se le eriza el cabello. Cada vez lo ve más repugnante. Recuerda su última llamada de esta misma noche.

—No iré a dormir, tengo trabajo aquí —ha dicho.

Lo de siempre.

Imbécil.

Su mente vuelve a volar y se encuentra pensando en el misterioso extranjero. Se imagina a sí misma montándolo en el suelo de su cabaña, junto al fuego.

Decididamente, piensa que está como un cencerro.

Toma la determinación de pasar al dormitorio: el lugar donde se colgó Juanes.

Nada más entrar no puede evitar mirar hacia arriba. Allí está la viga en que se ahorcó el viejo. Un crujido en la madera le hace ver el cuerpo bambolearse en la cuerda, intuye la sombra y da un grito.

No.

Un momento. Son las sombras de las ramas de un árbol del exterior. Hay luna llena y se proyectan dentro del dormitorio. Debe darse prisa. Ahora sabe que ha sido una locura ir allí. Una locura porque es un acto inútil, porque aquellos asesinatos del pasado son asunto de otro tiempo, porque la niña desaparecida se habrá fugado de casa y porque es imposible que los hechos se repitan tantos años

después. ¿Por qué está allí? ¡Por una mera coincidencia! Ana Gallart ha desaparecido en el mismo lugar en que lo hizo otra niña, Rosa Benet, hace la friolera de cuarenta y un años. ¿Y qué?

Es una mera coincidencia.

El hecho de que Juanes no recurriera, de que no volviera a trabajar, el misterioso origen de sus ingresos... todo eso le ha hecho montar en su mente una auténtica película de detectives; está loca, ha perdido la cabeza.

Que las dos niñas desaparecieran en el mismo lugar no quiere decir nada. Nada. Y ahora lo ve claro.

Su mente no quiere asumir que su vida se hunde, que la ataca la más asfixiante soledad y que necesitaría a alguien a su lado, alguien que la quisiera, que le hiciera sentirse amada. Alguien.

Mira el armario y apenas descubre tres camisas, tejanos y botas de leñador. También hay jerséis, tabardos y ropa contra el frío. En la cajonera hay ropa interior de pata larga y calcetines gruesos. Entonces mira al camastro. Apenas cabe en él una persona. Parece uno de esos simples catres militares con su manta cuartelera y la sábana que asoma bajo ella, pulcramente doblada. Juanes nunca dejó de ser un soldado.

Al pensar en eso se enciende una luz en su mente y se lanza al suelo.

Allí está: un cajón de metal, del ejército.

El cajón donde Juanes guardaba sus cosas.

* * *

Isabel llega a su casa y tras cerrar la puerta de un taconazo, sube las escaleras a toda prisa llevando en las manos la caja del muerto.

Entra en su habitación y se encierra. Nota como su pulso acelerado le bulle en las sienas, que parecen a punto de estallar. Baja las persianas y, procurando no hacer ruido, se sienta en la cama con la caja metálica de Juanes sobre el regazo.

Cree que va a sufrir un infarto de un momento a otro.

La abre y comienza a inspeccionar su contenido: viejas fotos de Juanes vestido de militar, más joven y rodeado de soldados con el uniforme de la Legión; cartas a una novia, postales y una sorprendente fotografía de Paul Newman en bañador.

¿Sería homosexual?

Entonces repara en una pequeña libreta de ahorros. Es de una Caja de Ahorros llamada CAZAR (Caja de ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja). Parece antigua. De hecho, esa entidad ya no existe.

Isabel la abre y comienza a echar un vistazo. Hay ingresos, alguna

transferencia por importes de aquella época, cinco mil pesetas a Hacienda y conceptos similares. Al lado de cada operación, su fecha, van desde el año 67 al 75, entonces repara en la última: ¡una transferencia a su favor de trescientas mil pesetas!

Trescientas mil pesetas de la época.

Isabel acude a su ordenador y hace una búsqueda. En un momento comprueba que aquello era mucho dinero en el año 1973, suficiente como para comprar una casa céntrica en cualquier localidad de España.

Vuelve a inspeccionar la caja y rebusca hasta hallar la escritura de la vieja cabaña del viejo: sesenta mil pesetas.

Y recibió una transferencia de trescientas mil pesetas.

En la libreta no consta quién fue el impositor, aunque comienza a hacerse una idea.

Isabel se pasa las manos por el pelo, se atusa los cabellos.

Mira la fecha de la transferencia: 8 de septiembre de 1974.

El día siguiente a la condena de José Casares.

* * *

—¡Vaya! ¿Qué haces aquí? —dice Adrián levantando la cabeza de la pantalla de su ordenador.

—Venía a visitarte, ¿no puedo? —contesta Isabel.

—Por supuesto, sabes que me alegra el día verte.

—Pues eso.

—Sigo siendo tuyo, lo fui desde la primera mirada —bromea el empleado de banca.

—¡No empieces! —protesta ella simulando molestarse. En el fondo, no le hacen gracia esas bromas, pues siempre ha sospechado que Adrián, el primer chico con quien salió en secundaria, no ha dejado nunca de quererla. Él era algo mayor. Nunca se casó, y en el pueblo rumorean que es homosexual.

—¿Tomamos un café? —propone él—. Tengo un hueco.

—Sí, ahora, pero antes quería preguntarte una cosa.

—¡Acabáramos!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no venías a verme y lo sabes, vienes a hacer alguna operación, ¿no?

—¿No es esto un banco, Adrián?

Él sonríe mientras comienza a teclear el número de cuenta de Isabel en su terminal.

—No, no —dice ella alzando la diestra—. No es sobre mí.

El otro arquea las cejas como diciendo «¿y bien?».

Ella arroja la vieja libreta de Juanes sobre la mesa.

—¿Y esto?

—¿Quieres ese café? —dice ella.

—Y un cruasán.

—Hecho.

Adrián Miñano abre la libreta y exclama:

—¡Pero si esto es de la época de Franco!

—Dime algo que no sepa.

—¿De dónde sale esto? Es de... ¡el señor Juanes!

—¿Y?

—No entiendo qué haces con esto.

—Cosas mías, me ha dado por las viejas historias del pueblo.

—¿De dónde la has sacado?

—No hagas preguntas Adrián. Tú no sabes nada de esto. Pero, mira, mira la última operación de la libreta. ¿Qué te parece?

—¿Sí?

—¡Trescientas mil pesetas!

—Sí, lo veo.

—En el 73.

—Es mucho dinero, sí, ¿y?

—Querría saber quién hizo esa transferencia.

Adrián vuelve a levantar la cabeza y mira a Isabel por encima de sus gafas bifocales.

—Sigues teniendo ese moretón en la frente —dice ella.

—Está curado, no es nada.

—No me gustan esas bicis de montaña, Adrián, os metéis por lugares demasiado escarpados.

—Pues a mí sí.

—Si no llega a ser por el casco te habrías matado.

—Pues para eso se lleva, ¿no, listilla?

Ambos se quedan mirándose:

—¿Y bien? —Isabel.

—¿Qué?

—La transferencia, ¿quién la hizo?

—¡Y yo qué sé!

—¿No trabajas aquí? Mira en tu ordenador.

Adrián vuelve a mirarla como si fuera tonta:

—A veces me pregunto qué vi en ti —dice con resignación—. ¿Es necesario

que te cuente que no hay nada de esto en mi ordenador? En primer lugar, la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja era nuestro nombre allá por el Paleolítico, sí, pero esta operación es muy anterior. Además, en aquella época apenas existían los ordenadores, por Dios, no estábamos informatizados, no puedo buscar el rastro de esta operación por ambos motivos, ¿comprendes? Solo tenemos una serie de números, una cuenta. Y cambiamos de sistema de numeración hace muchos años ya. Es imposible saber quién hizo ese ingreso.

—Ya —responde ella bajando la mirada.

Ambos se quedan en silencio:

—¿Y ese desayuno? —dice él.

—Vamos. Te lo has ganado.

LAURA ÁLVAREZ

Isabel se levanta de buen humor. Su excursión a casa de Juanes le ha proporcionado un dato interesante: justo después de renunciar a recurrir la sentencia de Casares, el viejo abogado recibió una fuerte suma de dinero. Extraño, ¿no?

Prepara el desayuno, pues no le apetece ir al gimnasio, y coloca todo el material en la mesa de la cocina. Entonces sale al jardín a recoger el periódico. Se agacha, lo mira y se queda de piedra al ver el titular principal:

OTRA NIÑA DESAPARECIDA EN EL PUEBLO

Rápidamente entra corriendo en casa y extiende el tabloide sobre la mesa: Laura Álvarez, de doce años, falta de su casa desde hace más de veinticuatro horas.

Isabel se echa las manos a la cabeza. Según reza el grueso de la noticia, todos los cuerpos de seguridad se encuentran desbordados ante la búsqueda contrarreloj de la otra niña, Ana Gallart.

¡Qué mala suerte!

Y qué raro.

Dos desapariciones de niñas en un pueblo tan pequeño en tan poco tiempo.

Entonces tiene un presentimiento.

Relee la noticia.

La chica fue vista por última vez por un repartidor en un pequeño parque situado en el pinar de la Fuente, donde la niña asistía a catequesis en la iglesia de San Pedro.

El presentimiento se hace más y más fuerte. Quizá no esté tan loca como ella cree.

Engulle media tostada y el café de un trago, sube, se ducha y sale conduciendo a toda velocidad hacia la biblioteca. Tiene que comprobar algo.

* * *

Una vez frente al ordenador de la hemeroteca, Isabel sabe lo que tiene que

hacer. Lenta y pacientemente, va buscando todas y cada una de las informaciones relacionadas con el caso Casares y va imprimiendo página a página para llevarse todo el material a casa.

Es obvio que la idea que le ronda la cabeza es una locura, quizá un desvarío, pero tiene que comprobarlo.

Imprime desde la primera noticia que informa sobre que una niña llamada Rosa Benet falta de su casa desde hace dos días, hasta las desapariciones de las otras dos niñas, la aparición de los cuerpos, el revuelo, las críticas a la ineficacia de las autoridades y la detención de Casares. Luego se encarga de rebuscar toda noticia referente al juicio, un año después: las declaraciones de peritos y forenses que definen al acusado como un perturbado, los detalles forenses, las referencias a las violaciones y los testimonios de los policías que resolvieron el caso.

Observa que la encargada de la biblioteca, la señora García, la observa por encima de su gafas bifocales. Es evidente que ha llamado su atención.

Entonces Isabel se traslada a una amplia mesa de lectura y busca el dato que la ha llevado a dirigirse a toda prisa a la Biblioteca. No tarda en encontrarlo: la segunda niña desaparecida en el caso Casares, Marta Martínez, fue vista por última vez la tarde de un martes de octubre de 1973.

Junto al jardín de la iglesia de San Pedro, al lado del pinar de la Fuente.

Laura Álvarez ha desaparecido en ese mismo lugar.

Isabel no puede creerlo.

Se ve obligada a leer la noticia otra vez.

Otra coincidencia. Demasiadas.

Decide irse a casa.

* * *

Isabel repasa lo que ha ido averiguando hasta el momento frente a la chimenea de su casa, disfrutando de su soledad y apurando media botella de vino, un buen tinto de La Rioja. Parece que todo transcurre en dos planos: el pasado y el presente. En el setenta y tres, una niña, Rosa, desapareció cerca de la cantera de Solans, ahora, en dos mil catorce, ha vuelto a suceder lo mismo con Ana Gallart.

¡Qué casualidad!

¿Pueden estar repitiéndose los hechos?

Las dos niñas desaparecieron en el mismo punto.

Ahora, unos días después, desaparece otra niña, Laura Álvarez.

La segunda de las víctimas de los crímenes del setenta y tres desapareció exactamente en el mismo lugar: el pinar de la Fuente.

¿Acaso no es una casualidad excesiva?

¿Qué probabilidad puede haber de que se produzcan dos coincidencias como esas?

No hace falta ser matemático para saber que la probabilidad es mínima, inexistente, cero.

Alguien está repitiendo las mismas pautas.

Pero ¿cuarenta y un años después?

Se supone que el asesino fue Casares, aunque el soborno recibido por Juanes y su suicidio le hace pensar que no, que le cargaron el muerto a aquel pobre disminuido.

Juanes ingresó trescientas mil pesetas de aquella época.

Había alguien poderoso detrás de aquellos crímenes.

Pero estos pararon.

Y ahora, alguien ha hecho desaparecer a dos niñas en los mismos lugares en que lo hicieron las asesinadas del setenta y tres.

Casares no fue el asesino, lo tiene claro.

Pero hace cuarenta y un años de aquello, el asesino de entonces bien podría andar por los setenta u ochenta años.

No. Es de locos.

¿Por qué nunca le habían hablado de los crímenes del setenta y tres?

¿Por qué es un suceso desconocido por los habitantes del pueblo?

¿Qué está pasando en El Valle?

Una niña muerta en una fiesta de Halloween, un viejo abogado que dice «esa es Rosa» y se suicida, el viajante de comercio que dice cenar en un bar que lleva décadas cerrado...

¿Quién es esa extraña adolescente vestida de muerta a la que algunos dicen haber visto?

Incluida su propia vecina.

Recuerda el incidente del cascabel y se le ponen los pelos de punta.

BRÍGIDA

Decide aplicarse, analizar los hechos racionalmente. Las coincidencias se han producido, eso es un hecho. Pero ¿qué va a hacer con ello? ¿Ir a la policía? La tomarán por loca. Una pirada premenopáusica que se aburre y ve fantasmas por todas partes.

¿Y esa chica que apareció en Halloween y que hizo suicidarse a Juanes? Preguntó por él en un bar de carretera. ¿Pueden los muertos volver de la vida? ¿Están haciendo justicia las víctimas desde el más allá?

Isabel sabe, por sus lecturas en la hemeroteca, que Rosa, la primera desaparecida del setenta y tres, desgraciadamente fue hallada cadáver más allá del monte Talló, al bajar por el valle que forma la cresta de Sas, un paraje indómito y a un paso del río. Todo el mundo pensó que el asesino debía de ser un tipo fuerte o bien había conseguido que la niña llegara allí por su propio pie. Ella, que conoce la zona, no cree en ninguna de las dos posibilidades: un tipo, por fuerte que sea, no podría descender con un cuerpo auestas por ese paraje y tampoco habría sido fácil hacer descender a nadie por allí en contra de su voluntad. ¿Y dos personas? ¿O tres?

Definitivamente, se está volviendo loca.

¿No debería acudir allí y ver si el cuerpo de Ana está en el mismo lugar donde apareció Rosa?

Si desapareció en el mismo sitio, quizá con los cuerpos ocurra otro tanto.

Un momento, está dando por hecho que Ana está muerta. No, no quiere pensar algo así.

¿Estará muerta? Quizá sí.

¿Y si hablara con la policía?

Se reirían de ella, claro.

¿Y la madre de Ana?

Brígida.

Brígida Guardiola. La conoce desde niña. Isabel era amiga de su hermano mayor y la vio crecer. Ella sabrá escucharla, sí. Eso hará. Podría planteárselo, decirle algo. Pero ¿cómo?

* * *

Los padres de la niña desaparecida viven en una casita de madera a las afueras del pueblo, justo cuando este termina para dar paso a esa naturaleza indómita que, en definitiva, ha terminado por ser el sustento de toda la población.

Isabel llama a la puerta y escucha el ruido de la chiquillería; no en vano, los Izquierdo tienen otros tres niños menores que la desaparecida Ana.

Brígida Guardiola abre la puerta a la vez que grita:

—¡Todos a hacer los deberes!

Viste un jersey hecho a mano, grande, inmenso y luce unas enormes ojeras efecto de la falta de sueño. Tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Hola, Isabel —dice por todo saludo.

—Hola, Brígida. Venía a verte, a transmitirte mi apoyo y a charlar, ¿tendrías un momento?

Al fondo se escucha el sonido de un flash y Brígida apunta con toda naturalidad:

—No hagas caso, esos periodistas llevan ahí varios días.

Isabel se gira y ve a un tipo semiescondido tras un poste de teléfonos; lleva un chaleco color caqui repleto de bolsillos, y dos cámaras al hombro.

Al momento se encuentra en la amplia cocina, las dos mujeres frente a un té y sentadas en una inmensa mesa de madera.

—¿Cómo estás?

—No estoy —dice la madre de la niña desaparecida—. Las horas pasan y corren en nuestra contra. Pronto empezará a nevar. Me dicen que igual se ha escapado, pero con doce años ¿adónde iba a ir? No creo en esa posibilidad; conozco a mi hija, sé que le ha pasado algo.

—No digas eso, Brígida.

Isabel se siente culpable; no en vano, ella piensa lo mismo.

—No te haces una idea de lo que es esto.

—Me hago cargo de que nunca podré saber qué se siente.

—Y espero que nunca lo sepas.

—Ya, ya; te entiendo, Brígida.

—¿Y si no aparece nunca? No podré vivir con esta zozobra. Necesito saber algo, lo que sea, aunque sean malas noticias.

Isabel repara en que Brígida presiente lo peor; en cierta medida está pidiéndole que le cuente aquello por lo que ha acudido allí.

—Brígida...

—¿Sí?

—Verás, he venido a verte por algo, digamos, delicado.

—¿Sabes algo? ¿Viste algo? Le he contado a la policía todo lo que he podido. Ella salió del colegio y ya no volvió a casa. Nadie la vio. Solo esos críos que volvían del monte después de haber hecho novillos. ¿Qué haría por allí? Se han llevado su ordenador, pero no encuentran nada, no hay rastro de su teléfono móvil. El último registro de las antenas es de una hora antes de su desaparición; lo encendió al acabar las clases. —Todo esto lo dice atropelladamente, para, de pronto, pararse y añadir—. ¿Qué querías decirme?

—Estoy haciendo un álbum para mis hijos sobre la historia de la familia, ya sabes, con recortes, fotos, esas cosas. El caso es que acudí a la hemeroteca y me puse a buscar noticias, y de casualidad, me topé con algo.

—¿Con «algo»? ¿Sobre qué?

—Sobre unos crímenes. Del año 1973.

—¿Aquí?

Isabel asiente y añade:

—Tres niñas fueron asesinadas. ¡Vas a decir que estoy loca!

—No, no, ¡dime! ¡Dime! —exclama Brígida, desesperada.

—No sé si debería contarte esto.

—Busco respuestas, Isabel; las que sean.

—El caso es que he encontrado cierto paralelismo.

—¿Paralelismo con qué?

—Con... lo que está ocurriendo ahora.

—¿Cómo?

—Sí, con lo de Ana.

—No entiendo.

Isabel hace una pausa, no sabe muy bien cómo decirlo:

—Verás: como te digo, hace cuarenta y un años años tres niñas fueron asesinadas. Ahora mismo han desaparecido dos. El caso es que he leído todo lo que he encontrado sobre aquellos asesinatos y hay cosas que coinciden.

—¿Que coinciden?

—Sí, hay coincidencias entre ambos casos. Me topé con ello de casualidad, haciendo mi álbum, pero así es. Creo haber encontrado ciertas similitudes...

—¿Estás diciéndome que crees que mi hija ha sido asesinada?

Isabel apoya las manos sobre la mesa, suspira, se levanta y dice:

—Perdóname, tienes razón. Me he vuelto loca. No sé ni cómo se me ha pasado venir a verte con esta tontería con lo que estás pasando. Disculpa, debo de estar desquiciada, ha habido muchos cambios en mi vida y no positivos; debe de ser eso.

Cuando va a salir de la habitación escucha a Brígida, que dice:

—No, espera, cuéntame.

* * *

Brígida se acerca a un aparador y saca una botella de coñac y dos vasos. Sirve la bebida y tiende uno de ellos a Isabel. Ambas se atizan un buen trago.

La invitada empieza a hablar:

—Veamos, en el año 1973 un retrasado mental, un tipo inmenso, fue condenado de por vida por asesinar a tres chicas en El Valle.

—Vaya.

—Se llamaba José Casares.

—Nunca oí hablar de ello.

—Ni yo, y es raro; parece como que en el pueblo todo el mundo quisiera haberlo olvidado. El caso es que he encontrado una cosa: la primera chica desaparecida entonces, Rosa, lo hizo en el mismo sitio que tu hija.

—¿Cómo?

—Sí, cerca del camino a la cantera. ¿No te parece mucha casualidad?

—¿Y luego desaparecieron dos más?

—Así fue.

Las dos mujeres quedan en silencio. Se atizan otro trago.

—No sé muy bien cómo decirte esto...

—Sigue.

—El caso es que ahora ha desaparecido otra niña, Laura Álvarez.

—Sí, lo sé.

—Desapareció en el pinar de la Fuente, junto a la iglesia de San Pedro, en el jardín.

—Sí, lo he visto en la tele.

—Bien, pues la segunda chica del setenta y tres, Marta Martínez, desapareció exactamente en el mismo lugar.

Brígida agita las manos:

—Espera, espera. Me estás diciendo que mi hija desapareció en el mismo lugar que la primera de las asesinadas del 73.

—Exacto.

—Y que ahora, Laura, ha desaparecido en el mismo lugar en el que lo hizo la segunda asesinada de aquellos crímenes.

Isabel asiente.

—¡Gregorio, ven corriendo, tienes que escuchar esto! —grita Brígida llamando a su marido.

Isabel, justo antes de que entre el marido, agacha la cabeza y musita:

—Brígida, he pensado que si Rosa desapareció en el mismo lugar que tu hija, Ana, igual deberíamos...

—¿Sí?

—Echar un vistazo al lugar donde apareció el cuerpo de Rosa.

—¿Crees que mi hija...? ¿Mi hija está muerta?

—No lo sé, Brígida; solo sé que veo un paralelismo.

Gregorio, en el quicio de la puerta, pone cara de no entender nada.

La madre duda, mira a Isabel con cara de pocos amigos.

—Creo que hay alguien imitando los crímenes del setenta y tres, o quizá es la misma persona —dice Isabel.

—No quiero creer que Ana esté muerta, Isabel.

—Lo entiendo.

—¿Qué es todo esto? —pregunta él, visiblemente molesto.

Brígida se lo explica.

Él, un tipo de más de uno noventa, rubio, fuerte y de pelo abundante. Se sienta y se atiza una copa.

Se acaricia los cabellos.

—No sé, parece una locura, ¿no?

—Son muchas casualidades —apunta Brígida—, ambas niñas desaparecieron en el mismo lugar que las del setenta y tres, y en el mismo orden.

Isabel vuelve a tomar la palabra:

—Si vosotros hablarais con las autoridades...

LA CRESTA DE SAS

Gregorio y Brígida llaman al jefe de la policía municipal para que acuda de inmediato a su casa. Este, al pensar que hay noticias nuevas, no tarda en personarse. Cuando entra y ve a Isabel pone cara de extrañeza. Se sienta y escucha. Cuando le explican las coincidencias, Juan Huete, «el jefe», parece contrariado. Es un tipo sensato, no llega a la cuarentena y se conserva bien; moreno, de pelo rizado, goza de la absoluta confianza de los habitantes de El Valle, pues mantiene el orden, que es de lo que se trata.

—No he conseguido permanecer en este cargo doce años embarcándome en aventuras, Isabel.

—Pero, Juan, ¿no te das cuenta? Las dos niñas han desaparecido en los mismos lugares en que lo hicieron las del setenta y tres, no es descabellada la posibilidad de que haya surgido un imitador, un *copycat*.

—¡Por Dios, Isabel, ves muchas películas de psicópatas! ¿Un *copycat*? ¿Qué cojones es eso? ¡Dejaos ya las series de detectives y dejad el trabajo a los profesionales, joder!

—Pienso que deberíamos intentarlo, buscar en la cresta de Sas, rastrear la zona; igual Ana sigue viva —dice Brígida.

El jefe la mira con cara de pena, se hace evidente que cree que la chica está muerta. Isabel percibe que a ella, en cambio, la observa con cara de pocos amigos. Un jefe de policía municipal de una ciudad pequeña con dos niñas desaparecidas y la más que posible existencia de un asesino en serie, un pedófilo, debe de sentirse bastante mal, angustiado ante lo que le ha tocado vivir y lo peor, lo que le espera. Como si le leyera el pensamiento, Huete dice:

—Mirad, hemos rastreado toda la zona; ya sabéis que es difícil peinar una zona como esta, hay muchas áreas boscosas. Acaba de desaparecer otra niña y no puedo ocultaros que eso no es bueno. Debéis permanecer en casa sé que es duro, pero vuestro sitio está aquí. Dejad el trabajo duro a la policía. Mañana por la mañana llega gente especializada. Vienen inspectores de Huesca y Zaragoza, y los acompaña un especialista de Madrid.

—¿De Madrid? —Brígida, desconfiada.

—Sí, creo que de una unidad específica; me han dicho que es bueno.

—¿Cómo? —dice Gregorio, que cada vez parece más asustado.

—Sí, ya habéis oído: viene gente de la Policía Nacional. No sé más, gente preparada, me dicen. Creo que el tipo de Madrid colaboró con los Mossos para capturar al Carnicero de Hospitalet.

Isabel se da cuenta de que la presencia de los inspectores en el pueblo denota que las autoridades no piensan ya en una desaparición accidental, ahora hay dos, y es evidente que barajan ya la posibilidad de un asesinato. Por eso viene con ellos este tipo, no hay duda.

—Un agente de la Policía Nacional, especialista en atención a las familias vendrá a vuestra casa mañana, estará permanentemente aquí con vosotros y servirá de enlace. No os tenéis que preocupar de nada. Tendréis psicólogos a vuestra disposición; hay prensa, pero vendrá más; os recomiendo que no salgáis de casa. Esto va a ponerse feo.

—¿Cómo dices, Juan? —dice Gregorio.

—Dejadnos trabajar. No puedo enviar helicópteros, al Ejército, a la Policía y a la Guardia Civil, a mi gente, a buscar en un paraje boscoso solo porque una ciudadana aburrida leyó algo de unos crímenes de hace treinta años. ¿Entendéis?

—Cuarenta y uno.

—Mejor me lo pones.

—¿Y si desaparece una tercera niña? —añade Isabel—. Como en el setenta y tres.

—¿Dónde desapareció la tercera? —pregunta Huete con cara de extrema paciencia.

Isabel abre el tremendo carpetón que la acompaña. Comienza a barajar papeles, a ojear aquí y a allá.

—Un momento, un momento... —dice agobiada.

Los otros tres se miran con desconfianza.

—¡Ya lo tengo! En el parque de San Jaime, a la salida del pueblo.

El jefe de policía la mira con cara de pocos amigos:

—Eso no va a pasar. Vamos a resolver esto. Son coincidencias sin importancia, créeme. No podemos hacer caso a cada ciudadano que viene con su propia teoría. Y ahora, si me disculpáis, tengo que ir a hablar por teléfono con el comisario de Huesca y con el juez.

* * *

Ha amanecido un día precioso, frío y soleado. Tras perder la mañana en no hacer nada, poner una lavadora y adecentar algo el salón, Isabel ha comido e intentado dormir la siesta. De pronto se ha visto metida en su coche. Enseguida

se ha encontrado a sí misma pasando por la carretera del monte Talló, justo al lado de la cantera abandonada, el lugar donde desapareció Rosa Benet, la primera de las niñas del setenta y tres. Curiosamente, en el mismo lugar se vio por última vez a Ana Gallart, la hija de Brígida y Gregorio. Actúa como una autómatas, dejándose llevar por una especie de impulso, primitivo pero certero.

Todo aquello es una gran casualidad, por eso continúa adentrándose en el Parque Natural de Talló para bajar con su coche hasta la cresta de Sas. Allí desciende del mismo y, sin saber por qué, toma su mochila y comienza a caminar.

Es una zona muy boscosa y apenas se ve a nadie por allí. Es el lugar donde apareció el cuerpo de Rosa y cree que es donde debe de hallarse el de Ana. Camina y camina mirando a los lados, se adentra de vez en cuando en el bosque buscando algo de tierra removida, alguna evidencia, pero sabe que es como buscar una aguja en un pajar.

El jefe de la policía municipal piensa que lo suyo son delirios de ama de casa aficionada a las novelas, está claro, pero ella ha leído sobre los crímenes del setenta y tres y sabe que la segunda desaparición, la de Marta Martínez, se produjo en el pinar de la Fuente, el mismo lugar donde ahora ha desaparecido una segunda niña, Laura Álvarez. ¿Cómo no lo ven las autoridades?

Sigue caminando y escucha un sonido. Para. Es un ciervo a la carrera. Aquella es una naturaleza indómita y salvaje. El Valle es un lugar maravilloso donde se respira paz y tranquilidad. Parece mentira que algo así pueda estar ocurriendo en su pueblo.

El cuerpo de Rosa se encontró más adelante; solo un hombre muy fuerte pudo trasladarla tan lejos, eso ayudó a que condenaran a Casares.

Si encontrara el cuerpo de Ana, la tomarían en serio. Pero ¿cómo va un asesino a repetir los crímenes casi cuarenta años después? Debía de ser un anciano. ¿Cómo iba a trasladar allí el cuerpo esta segunda vez?

Llega hasta una pequeña explanada que llaman el Peine de la Dama, no sabe por qué. Allí encontraron a Rosa, la niña muerta que vino del más allá para vengar su crimen.

Es un lugar solitario.

La encontraron en un pequeño abrigo de madera para excursionistas, en el suelo, enterrada pero algo visible.

Se acerca con tiento. Empuja una piedra con el pie y mira de soslayo, como con desconfianza. Allí no hay nada.

Da vueltas y vueltas, nada.

El paraje es muy grande. ¿Quién estará detrás de todo aquello? ¿Por qué apareció una niña en Halloween que se parecía a Rosa? ¿Por qué desapareció

Ana en el mismo sitio que Rosa? ¿Por qué se ahorcó Juanes?

No, ella no está loca y averiguará qué está pasando. Pasa más de una hora dando vueltas, mirando, remirando y sintiendo pena por sí misma. ¿Qué hace allí? ¿Está mal de la cabeza? ¿No será todo una excusa que busca su mente, una obsesión, para alejarla del sufrimiento de una vida anodina, de esposa cornuda y madre cuyos hijos volaron del nido?

Se ha pasado más de veinte años criando niños y ahora, ¿qué? ¿Qué le queda? Solo un montón de recuerdos. Algunos ni siquiera son buenos. Otros sí, los de sus hijos. Piensa en cómo los echa de menos y en lo sola que se siente por las noches. Es horrible haber tenido una familia y perderla. La soledad la muerde. Cuando tenía a los niños apenas percibía las continuas ausencias de ese imbécil de Bernardo.

Se siente gastada, quemada e inútil. No ve el futuro. Aparece frente a ella como una especie de gran muro al que no asoma ni la más mínima ilusión.

Quizá esté desarrollando una depresión nerviosa. Ha leído los síntomas: no duerme bien, lamenta abrir los ojos por la mañana y no le importaría quedarse dormida y no despertar.

No quiere seguir por ahí con sus divagaciones. No quiere caer en un pozo y vuelve a pensar en las coincidencias de las desapariciones.

Entonces recuerda a las viejas que hablaban de ese misterio extranjero. Vive en el camino a la cantera. Insistían en que todo estaba sucediendo a raíz de su llegada. No estaría de más echar un vistazo. ¿Acaso no será él el asesino?

* * *

Isabel observa la casa del extranjero desde lejos, con unos prismáticos, escondida tras un inmenso abeto y con un termo de café. Ha nevado bastante y hace frío. Ha dejado su coche en un lateral de la carretera que sube a la cantera y ha cruzado un fragmento de bosque para observar la casa del tipo misterioso. Dicen que es noruego. ¿Se está volviendo loca? ¿Acaso la policía no habrá preguntado ya a ese hombre? La chica, Ana, desapareció algo más arriba de la casa. Seguro que han hablado con él e incluso es posible que lo hayan investigado.

De pronto se abre la puerta de la casa y sale él. Va vestido enteramente de negro y lleva un rifle al hombro. Isabel piensa que si practica la caza furtiva se le puede caer el pelo. Se ajusta unos esquís de fondo y comienza a esquiar montaña arriba, por el sendero que sale de su misma casa. Isabel lo ve perderse al fondo.

Sigue esperando. Se aburre.

¿Y si echara un vistazo a la casa?

—Isabel, estás como una cabra —se escucha decir.

Deja pasar el tiempo, veinte minutos, veinticinco quizá.

¿Qué hace allí?

La verdad es que si se para a pensarlo no ha dejado de hacer cosas sin sentido en los últimos días, primero colarse en casa de Juanes y ahora, esto, vigilar a un hombre que vive solo en el monte, sin meterse con nadie. Bien es cierto que se dice que el noruego no es un tipo sociable, no habla con nadie ni se le ve por los restaurantes y bares del pueblo. No puede decirse que haya hecho ningún esfuerzo por conocer gente o integrarse en la comunidad.

Pero no, no está loca.

Su incursión en casa de Juanes le aportó una información más que sustanciosa. Juanes recibió trescientas mil pesetas de la época tras renunciar a recurrir la sentencia de Casares. Eso es un hecho. Y ella tiene la cartilla que lo demuestra, así que colarse en la casa del viejo no fue una locura tan absurda.

Entonces, como movida por un resorte, sale de su escondite y cruza el camino hasta la casa del extranjero. Es grande, enteramente construida en madera y con amplias cristalerías en la primera planta y en la buhardilla. Se desliza hasta la parte trasera. Sabe que va a cometer una insensatez, pero no puede remediarlo. Actúa como si no fuera ella, como si aquello formara parte de una película, es extraño. Entra por la puerta trasera que da al lavadero y enseguida se ve en el salón. Hay muchos libros, la mayoría en inglés. Le parece raro. Son tratados sobre asesinos en serie, ensayos sobre delincuencia y alguna novela negra que otra. Es extraño. No entiende cómo la policía no ha investigado a aquel tipo.

Sigue mirando.

Entra en un despacho y queda parada: sobre la mesa, multitud de fotografías de asesinatos, escenas de crímenes y chicas descuartizadas.

Es su hombre, no hay duda. Aquel tipo debe de estar como una chota, todo aquello es muy macabro. ¿Cómo no lo saben las autoridades? Hay dos niñas desaparecidas y a apenas unos metros existe un tipo que acumula ese tipo de material, por Dios, si es evidente.

Entonces es consciente de que allí huele mal, es un olor muy fuerte, como a carne quemada.

Pasa a la cocina y entonces lo ve, una inmensa olla bulle encendida sobre el fuego. Se acerca y echa un vistazo.

¡Es una pierna!

Todo se vuelve negro.

ENAR

Isabel despierta conmocionada. ¿Qué ha pasado? Ah, sí, la casa del noruego. Se levanta a duras penas, está mareada. La pierna inmensa se deshace en aquella olla. Es él, el asesino. Lo ha descubierto y está en su casa. Ha debido de desmayarse. Tiene que salir de allí lo antes posible. Está a cuatro patas sobre el suelo de la cocina, mareada; hace lo que puede para levantarse cuando se le ponen los pelos de punta.

Se escucha como se abre la puerta principal.

Ha vuelto.

Tiene que salir, huir ya.

Está conmocionada.

¿Cuánto tiempo ha estado inconsciente?

Ha debido de golpearse la cabeza.

—¿Hay alguien ahí? —dice una voz de hombre.

¿Cómo sabe él que ha entrado alguien?

Se oyen pasos, se acerca. La pierna burbujea en la olla, siente náuseas. Ahí está él, en el umbral de la puerta de la cocina. Ella se apoya en la encimera y se levanta a duras penas. Siente miedo. El tipo es muy alto.

—¿Quién es usted? —dice él con un extraño acento extranjero y una mirada gélida como el hielo.

Está frente al asesino. Debe escapar.

Todo se vuelve negro de nuevo.

* * *

Isabel despierta tumbada en el sofá del salón. Unos ojos azules, muy intensos, la miran escrutadores. Es el extranjero. Le tiende una taza de té:

—Ha tenido usted una lipotimia, me temo.

Lleva la barba corta, de color blanco, como su pelo.

—¡Usted, usted! —comienza a gritar histérica.

—Tranquilícese, por favor. No está en peligro.

—¡La pierna! ¡Hay una pierna en...!

—¿Y?

—¡Cómo! ¿Lo admite?

—Pues claro.

—Pero va a matarme... ¿verdad?

—Perdone, pero ¿está usted bien?

Se hace un silencio entre los dos. Isabel no dice palabra.

Entonces él, muy serio, toma la palabra:

—Me llamo Enar, Enar Olson, ha entrado usted en mi casa sin permiso, se ha desmayado y me dice que si voy a matarla. ¿Es así como se comportan aquí con los recién llegados?

—Pero... la pierna.

—¿Qué de malo hay? Es una pierna de venado. Hay que macerarla bien y hacer una cocción muy larga.

—¿De venado?

—Pues claro, ¿de qué iba a ser? Tengo licencia de caza, está todo en orden.

Isabel se queda parada, por un instante comienza a sentirse como una idiota, o peor, como una loca.

—¿Y las fotografías?

—Pero ¿es que ha registrado usted mi casa? —dice el desconocido, con aire indignado.

—¿Qué pensará la policía de eso? ¿Eh? ¡Conteste! —ella, amenazante.

—Ya las han visto.

—¿Y no lo detuvieron?

—Pues no, vinieron esta mañana a consultarme, estoy retirado. Les dije que me dejaran en paz.

—¿Retirado?

—Perdone usted, estimada...

—Isabel.

—Isabel, creo que es usted quien tiene más cosas que explicar que yo, y me temo que o lo hace o llamo a la policía. ¿Qué elige?

Ella se queda pensativa por un instante.

—¿No es usted un asesino?

Él se echa a reír con una gran carcajada.

—¿Asesino? ¿Yo? —Se apoya con las palmas de las manos en los muslos, parece a punto de caerse de risa—. Nunca me había ocurrido algo así, lo juro. Estos lugareños...

—Pero, entonces, la policía... usted ha dicho que han venido a verlo.

—Soy escritor, retirado. Esas fotografías que ve son de un viejo caso, no quiero hablar de ello. Escribía novelas de crímenes y tenía muchos seguidores.

Me creí muy listo, comencé a aprender a hacer perfiles y me entrené en visión remota.

—¿Visión remota?

—Es algo largo de explicar; no le interesa, créame. Comenzaron a consultarme en casos, no solo en Noruega, en toda Europa. Acerté muchas veces, me decían que tenía una cabeza privilegiada, un don; supongo que me creí policía o algo así, un personaje como los de mis novelas. Fui a Estados Unidos, gasté tiempo y dinero en formarme. Hasta que fallé. Punto. Me vine aquí y me retiré. Ya no escribo. Solo aspiro a una vida sencilla, no quiero pensar.

Ella se queda con la boca abierta y lo mira asombrada.

Él descuelga el teléfono y añade:

—Usted dirá: encargo unas pizzas, llamo a la policía o se va.

—Las pizzas —se oye decir a sí misma Isabel.

* * *

La conversación con el extranjero resulta agradable. Enar ha recorrido medio mundo y su español, pese al acento, que es algo gracioso, resulta aceptable. Parece un tipo cortés, con don de gentes, y a Isabel le resulta realmente atractivo. Después de despachar las pizzas acompañadas de una botella de vino, se sientan en el sofá que hay junto a la chimenea a tomar una copa. Él sirve dos *whiskies* y le dice:

—Bueno, ¿vas a contarme qué haces aquí?

Ella apura un trago y mira al suelo:

—Vas a pensar que estoy loca.

—Lo pienso ya.

Ella sonríe.

—En el pueblo han comenzado a suceder cosas raras —se oye decir—. Todo empezó el día de Halloween.

Entonces le cuenta las extrañas circunstancias que se han vivido en el pueblo: la niña muerta en la fiesta de los Vera, la misma niña en un bar de carretera preguntando por Juanes, el suicidio de este tras decir «esa es Rosa»... el viajante que cenó en un restaurante cerrado años ha, donde vio a la niña... su vecina, que cuando tuvo el derrame también la vio... el incidente del cascabel...

—¿Y? —dice Enar sonriendo.

—Que todo el pueblo anda desquiciado, están pasando cosas raras.

—Es un claro caso de psicosis colectiva. La niña de la fiesta es una cara dura que se coló sin invitación y punto, de muerta nada.

—¿Y el resto?

—Coincidencias.

—¿Y el viajante?

—Isabel, ¿te haces una idea del número de gente que toma drogas de todo tipo? Ese individuo se dio una buena fiesta de metanfetamina o cannabis en su coche, junto al viejo restaurante, y se le fue la cabeza. Cuando lo encontraron no iba a contar que todo era producto de un «mal viaje», habría perdido su trabajo, ¿comprendes?

Bajo el punto de vista de Enar todo parece razonable. Es un tipo racional y parece analizar los hechos como un profesional.

Isabel vuelve a mirar al suelo y dice:

—Hay quien dice que todo esto comenzó a suceder desde que llegaste tú.

Enar estalla de nuevo en una violenta carcajada.

Se le saltan las lágrimas de tanto reír.

—¿Y por eso estabas espiándome?

—Sí.

Entonces toma la palabra:

—Todo esto que me cuentas son tonterías, escúchate.

—¿Y las niñas desaparecidas?

Enar hace una pausa:

—Eso es otro asunto diferente. Vinieron a verme, la gente de la Policía Local acompañada de dos inspectores de la Policía Nacional y un viejo amigo; me pidieron ayuda, ya que ando por aquí. Les dije que no. Estoy retirado. Nunca más. Estoy escribiendo una novela de amor, ¿sabes? No quiero meterme en lo de la desaparición de esa niña: Ana.

—Dos.

—¿Cómo?

—Dos, que han desaparecido dos niñas. Anteayer. La segunda se llama Laura. Son dos.

—Vaya —dice Enar haciendo un gesto de contrariedad con la boca—. ¿Ha desaparecido otra chica? Aquí arriba no me entero de nada. Con una sola desaparición podríamos estar hablando de la fuga de una adolescente, pero ¿dos chicas en tan poco tiempo?

—Sí. Ya son dos las niñas desaparecidas, Enar.

—¡Y en un pueblo tan pequeño! —exclama él. Parece sorprendido—. Quién lo diría. Créeme, eso es malo; hay un asesino por medio. De eso no hay duda alguna.

—¿Estás seguro?

—Buena pinta no tiene.

—El caso —continúa ella— es que he descubierto una cosa y el jefe de policía

me toma por loca.

—¿De qué se trata?

—Vas a pensar que soy una cuarentona tarada.

—Ya creo que estás loca, ¿recuerdas? Has allanado mi casa. Prueba, no tienes nada que perder.

Entonces Isabel se arma de valor y comienza a hablar:

—Decidí hacer un álbum de fotos familiar, ya sabes, para mis hijos que ya están en la universidad. Acudí a la hemeroteca a buscar viejos recortes. Allí me encontré con un viejo crimen, del año setenta y tres: tres niñas murieron asesinadas. Fueron violadas y se condenó a un gigantón retrasado mental por ello, José Casares. Aquel caso impulsó la carrera del ahora alcalde y otro político muy importante que ahora ocupa una Secretaría de Estado en el Ministerio de Justicia, en Madrid.

—Te sigo, ¿y?

—Entonces se produjo la desaparición de esa niña, Ana Gallart. Y descubrí que había ocurrido en el mismo punto en que lo hizo Rosa, la primera de las desaparecidas en el setenta y tres.

—Rosa, escucha: se supone, según tú y vuestro imaginario colectivo, que es la chica muerta de la fiesta de Halloween.

—Exacto, la que provocó el suicidio de Juanes. ¿Y sabes qué? Juanes fue el abogado defensor de Casares.

—Vaya, comienzas a interesarme. Continúa.

—Me colé en casa de Juanes.

—Estás loca, eso está claro —dice él sirviendo otras dos copas.

—Lo sé. Era un exmilitar. Tras el juicio no apeló y nadie sabe de qué vivía. Dejó la abogacía después de aquello y ha pasado muchos años viviendo aparentemente del aire. Descubrí una cartilla de ahorros. A los dos días del juicio, alguien le transfirió trescientas mil pesetas de las de aquella época. Enar, eso entonces era mucho dinero. Solo con una pequeña parte se compró una casa.

—¡Vaya!

—Estarás de acuerdo con que es raro que un defensor no apele una reclusión psiquiátrica de por vida.

—Raro no, rarísimo.

—Pues espera, aún queda lo mejor. Te he dicho que ha desaparecido otra chica.

—Sí, y yo no lo sabía.

—Ya. ¿Y sabes dónde? En el pinar de la Fuente.

—¿Y?

—Que es el mismo punto donde desapareció la segunda víctima del setenta y

tres. La segunda de las chicas de aquellos crímenes también desapareció en el pinar de la Fuente. ¡El mismo lugar! ¡Otra vez! ¿Te das cuenta?

Enar junta las manos, las entrelaza y las sitúa delante de la cara, como pensando:

—Todo esto parece una de mis novelas.

—¿Crees que estoy loca?

—En absoluto. Es obvio que tenéis un *copycat* —sentencia.

—¿Sí?

—Sí, no hace falta ser científico para ver que alguien está copiando los crímenes del setenta y tres.

—¿Y la niña muerta? Me contaron que Casares juró que volvería del más allá para vengarse.

—Abandona esa línea de razonamiento, Isabel. No hay apariciones ni muertos. Ten miedo, sí, pero de los vivos.

—Entonces, ¿no estoy loca?

—No, eres una persona observadora e inteligente que ha descubierto algo que las autoridades desconocen.

Entonces Isabel le cuenta su conversación con el jefe de la policía local. Él se ríe.

—¿Qué pasa?

—Demasiado profesional. Tiran de manual, no quieren salirse del guion y eso, a veces, los pierde. Además, no quiere ver la realidad porque se le viene una buena encima.

—¿Y qué hago?

—Pues, la verdad, no lo sé.

—Tú entiendes de estas cosas, se nota.

—Estoy retirado, la cagué. No podría ayudarte.

—Enar, va a desaparecer otra niña. Lo sabes. Las dos desaparecidas están muertas, estoy segura de ello; el asesino está actuando otra vez.

—No, no; es un imitador. El asesino del setenta y tres estará ya muerto, hazme caso. Este es un imitador. Otro tipo nuevo. Usa la lógica.

—Nadie en el pueblo conoce estos sucesos, era algo olvidado. Ni siquiera yo lo sabía. Mis padres nunca me hablaron de ello.

—Pues me parece evidente que alguien está reproduciendo los hechos a la perfección.

Enar la mira con cierto aire compasivo; al menos se siente comprendida:

—¿Y qué has pensado? —pregunta él.

—He ido al lugar donde encontraron el cuerpo de la primera desaparecida en el setenta y tres, pensando que el cuerpo de Ana estaría allí.

—¿Y?

—Es muy grande, boscoso, no he encontrado nada.

—Ya.

—Quería demostrar que los crímenes están repitiéndose. Si lo consiguiera, podría convencer a las autoridades de que vigilaran el punto donde desapareció la tercera niña y así lo cazarían.

—Tiene sentido eso que dices.

Entonces Enar queda callado por unos instantes.

De pronto, añade:

—¿Cómo se llama el paraje ese al que has ido?

—La cresta de Sas.

—Bien, de acuerdo; esto es lo que haremos. Puedes dormir aquí, has bebido mucho y hay hielo en la carretera. Mañana por la mañana iremos con los esquís de fondo y te ayudaré a echar un vistazo. Luego, intentaremos hablar con la gente al cargo del caso, tengo contactos. Aquí y también en Madrid. Quizá podamos convencerlos de que monten un dispositivo. ¿Dónde dices que desapareció la tercera chica?

—En el parque de San Jaime.

—A ver qué podemos conseguir.

* * *

Isabel despierta con cierto dolor de cabeza. Ha dormido en el sofá, pese a la insistencia de Enar para que, galantemente, lo hiciera en su cama. Quizá anoche bebió demasiado. Se para a pensar en lo sucedido y le parece surrealista. La forma en que se coló en su casa, la actitud comprensiva del anfitrión pese al allanamiento, las fotografías de crímenes y la historia del escritor traumatizado que huye de su país. Enar dijo que «había cometido un error». ¿Qué clase de error? ¿Qué hizo para tener que dejar su casa y perderse en un rincón de los Pirineos sin relacionarse con nadie? En los últimos días todo parece extraño, tiene la sensación de que las cosas se le están yendo de las manos y se imagina a sus amistades diciendo que se ha convertido en una histérica; va a ser el hazmerreír del pueblo si sigue comportándose de esa manera. Está perdiendo los papeles por momentos y lo sabe, ella nunca ha hecho ese tipo de cosas. Ha vivido una vida en la que siempre hacía lo que se esperaba de ella: la buena hija, mejor hermana y sufrida esposa. ¿No habrá llegado el momento de que comience a pensar en sí misma?

A pesar del dolor de cabeza, una cosa le queda clara: hay algo bueno en Enar. Es un tipo que parece sincero, que la escuchó y cuya conversación le resulta

tranquilizadora. No, no cree que sea ningún loco. ¿O piensa eso porque lo encuentra tremendamente atractivo?

Se levanta y acude a su encuentro.

Cuando se acerca a la cocina, él ya ha preparado el desayuno: café, tostadas, zumo de naranja y algo de fruta.

La luz que entra por la ventana ilumina su rostro a la vez que se afana en la cocina, y a ella le parece guapísimo. Se siente como una adolescente. ¿Qué le pasó en su país? ¿En qué metió la pata? ¿No será un grillado de tantos?

—Buenos días —dice él—. Tenemos que desayunar. Esta mañana haremos un poco de ejercicio, tengo esquís para ti.

Durante el desayuno hablan de temas triviales, se nota que hay aspectos de su vida que él no quiere tocar. A Isabel le da la sensación de que vive como un eremita. Según le cuenta él, se levanta temprano y sale a correr o a hacer esquí de fondo, cocina, lee, hace meditación zen y estudia español. Parece que quisiera mantener la mente ocupada y una vida sencilla, lejos de la gente y en un paraje precioso.

¿Qué le hizo alejarse de la civilización?

Tiene una vitrina llena de novelas firmadas por él en distintos idiomas y se codea con los cuerpos policiales, eso quiere decir que debió de tener éxito como escritor. ¿Por qué dejaría alguien una vida así para perderse en un pueblecito perdido?

—¿Estás escribiendo alguna novela?

—Una de amor. Pero no avanzo. Creo que lo mío con la literatura es un asunto del pasado. Ya sabes, como si hubiera perdido el toque. Decidí dejar el género policíaco. Ya te imaginarás por qué —dice haciendo girar el índice junto a su sien—. No me sentaba bien. A mi cabeza, ya sabes. Tanto crimen, pensar como el asesino, detalles, fotografías... Supongo que pretender ver el lado más siniestro del ser humano de manera constante me pasó factura. Pero dejémonos de cosas tristes, tenemos que ir al sitio ese.

—La cresta de Sas.

—Eso es, en marcha. Nos vendrá bien el aire puro.

GARRIDO

Ha nevado bastante y los esquís resultan útiles para moverse por aquellos parajes. El lugar es precioso. El aire fresco de la mañana y el sol invernal alimentan la esperanza y hacen que Isabel se sienta bien. Allí arriba están lejos de los problemas, del mundo, y eso revitaliza en cierta manera.

—Yo he pasado por aquí —dice Enar, que marca un ritmo no demasiado fuerte pese a que Isabel siente que se le sale el corazón por la boca y los pulmones van a estallarle. No quiere parecer una floja de cara al noruego y no se queja, aunque le falta el resuello.

Se paran en el pequeño abrigo en que se encontró a la primera víctima del setenta y tres, Rosa.

Enar se agacha e inspecciona el pequeño habitáculo, apenas un toldo hecho de troncos para resguardarse de las ventiscas. Inspecciona el suelo y mira aquí y allá entre las recias maderas:

—Así que, según tus cálculos, la niña que buscamos...

—Ana Gallart.

—Ana Gallart, debería haber aparecido aquí.

—Sí; están repitiéndose los hechos como yo sospecho, debería ser así.

—¿Cuánto tardó en aparecer el cuerpo de la niña del setenta y tres?

—Tres días.

—¿Y Ana lleva desaparecida...?

—Más de siete.

Enar se pasa las manos enguantadas por la cara. Hace frío.

—Eso no avala tu teoría, ¿no? —pregunta.

—Pues no.

—Quizá se trate de simples coincidencias.

—¿Y la niña muerta? ¿El suicidio de Juanes?

—No sigas por ahí; no hay muertos vengándose de los vivos. Eso no existe. Ya te lo dije: teme a los vivos, no a los muertos.

Enar mira hacia los bosques del fondo. Tiene los ojos azules, bonitos y tristes. Parece sopesar los hechos.

—Mira, Isabel: estoy de acuerdo contigo. Lo primero que aprende uno cuando

se mueve en el ámbito de la criminología es que las casualidades no existen. Me gusta esa frase. Leí unas novelas de un español, un tal Tristante. Su detective, un tipo muy holmesiano, del siglo XIX, decía constantemente: «No creo en casualidades». Y eso me gustaba. Yo, al menos, no lo hago. No creo en casualidades. Que hayan desaparecido dos niñas exactamente en los mismo lugares que las del setenta y tres, y además en el mismo orden, no es ninguna tontería. Luego está todo eso que encontraste tras es el suicidio de Juanes, que no apelara la sentencia de Casares y que fuera sobornado. Algo huele mal en aquellos crímenes.

—Entonces ¿tú me crees?

—Yo estoy de acuerdo contigo.

Isabel se lanza sobre Enar y le da un abrazo. Él parece un tanto cohibido.

—Te diré lo que haremos —dice el escritor noruego—. Esta tarde hablaremos con la policía, igual conseguimos que coloquen un dispositivo de vigilancia en el lugar donde desapareció la tercera niña. Es previsible que nuestro hombre vuelva a actuar allí. En el lugar donde desapareció la tercera de las chicas del setenta y tres.

* * *

Isabel acude a su casa a comer, una ensalada. Enar le ha dicho que tenía que telefonar a Noruega, a su hijo. ¡Tiene un hijo! Ese hombre es una caja de sorpresas.

Mira el frigorífico y se encuentra una nota de su marido:

—¿Dónde diablos estás? —reza el pósito amarillo.

Entonces mira su teléfono móvil y ve que tiene varias llamadas suyas de la noche anterior. Un solo mensaje de texto dice: «He venido a coger algo de ropa porque duermo en Barcelona, estás desaparecida».

«Menudo gilipollas», piensa para sí.

Se tumba en el sofá y contempla el jardín nevado. Piensa en las niñas desaparecidas. Esa climatología las mataría en una noche, pero ella sabe que hay un asesino imitando al del setenta y tres. ¿O será el mismo?

A las cuatro le suena el despertador de su teléfono móvil; se levanta, se pone un conjunto color crema que cree que le queda bien, se acicala y sale embutida en un llamativo anorak naranja. Ha sido especialmente cuidadosa a la hora de maquillarse y sabe que es por Enar.

Cuando sale lo encuentra esperándola en un inmenso todoterreno. Se saludan con una sonrisa y ella, impulsivamente, le da un beso en la mejilla. Él no parece sorprendido; es más, sonrío, y se encaminan a la oficina de la Policía Local en la

calle Mayor.

Es un edificio de tres alturas, nuevo, blanco y funcional, rodeado por una valla blanca de aspecto metálico que no deja ver nada del interior. La puerta está cerrada. Hay cuatro o cinco fotógrafos de prensa vagando por allí y dos unidades móviles de televisión.

Llaman a un interfono.

—¿Qué desean? —dice una voz impersonal.

Enar, muy seguro de sí mismo, dice:

—Avisé a Garrido.

—¿Cómo? —dice el otro muy sorprendido.

—Sí, que avise a Garrido, Darío Garrido, es policía. Debe de andar por ahí dentro. Dígale que está aquí Olson.

—Perdone, no conozco a ese Garrido...

—Ha venido con los agentes de la Policía Nacional, es inspector; hágame caso, pregunte y avise. No se busque complicaciones con sus superiores. Bastantes problemas tienen ya.

Pasan unos tres minutos y la voz vuelve a oírse:

—Pase —dice.

Un zumbido demuestra que les han abierto la puerta. Entran sin demora.

Una vez dentro, Enar e Isabel se encuentran con un tipo alto y fuerte, trajeado, con el pelo cortado a cepillo, guapo, de ojos azules y que los recibe con una inmensa sonrisa. Parece más un predicador de los Testigos de Jehová que un agente de policía:

—¿No decías que no ibas a ayudarnos? —dice Garrido tendiéndole la mano a Enar.

—Esta es mi amiga Isabel, ha descubierto algo que os puede ayudar.

—Encantado, soy el inspector Garrido. ¿Algo sobre el caso?

—Hay dos casos, uno en el setenta y tres y otro ahora —dice ella.

—¿Cómo? —Garrido, escéptico.

—¿Podemos hablar en una sala privada? —dice Enar—. Es largo de contar.

—Sí, claro —contesta el agente de policía, que los hace pasar a una sala impersonal, con las paredes pintadas de blanco, presidida por una amplia mesa y donde hay café y algo de bollería.

Enar e Isabel aceptan un café que les ofrece Garrido y entran en materia.

Él escucha atento.

Ella le cuenta todo, cómo pensó hacer un álbum familiar, los recortes, la noticia que encontró y las coincidencias.

Garrido la escucha con ambas manos apoyadas en la cara, como cubriéndose con ellas la nariz.

Entonces habla:

—Y me decís que no habéis encontrado el cuerpo de Ana donde desapareció aquella...

—Rosa.

—Rosa. Sí.

—Hay dos coincidencias muy grandes, Darío —dice Enar.

—Tú lo has dicho, dos coincidencias. Si el cadáver de Ana hubiera aparecido en el mismo lugar que el de Rosa, lo tendríamos claro, habría un imitador, pero vosotros habéis acudido allí y decís que no, que no está.

—Requeriría una búsqueda más detallada, más gente... —argumenta Enar.

—No tenemos gente suficiente. Todo el mundo está peinando esos montes de Dios, ¿sabes lo que hay ahí fuera? Dicen que por aquí hasta están volviendo los osos, con eso te lo digo todo. Bosques y árboles como para ocultar cien mil cadáveres y recuperar una especie que ya no existía por aquí.

Hay una pausa.

Enar toma la palabra de nuevo:

—Bueno... Se nos ha ocurrido algo. La tercera chica desapareció en el parque de San Jaime, sería fácil colocar un dispositivo, esperar; si hubiera un *copycat* lo cazaríamos allí.

—No tienen gente suficiente, Enar.

—¿No está usted al mando? —Isabel, con tono algo despectivo.

—De mi gente sí. Trabajo en Madrid. Como Enar sabe, viví muchos años en Barcelona. Tuve, incluso, la oportunidad de pasar a los Mossos, como hicieron muchos compañeros, pero a mi mujer le surgió una gran oferta de trabajo en Madrid y me mudé. Pertenezco a la Sección de Homicidios y Desaparecidos de la Comisaría General de Policía Judicial. Esta semana estaba impartiendo un curso sobre perfiles en Zaragoza. Cuando se produjo la desaparición, el jefe de la comisaría de Huesca, Rafa Torrella, que es amigo de toda la vida, me pidió que alargara mi estancia aquí unos días y que acompañara a sus agentes a El Valle. Yo le dije que tenía cosas pendientes en Madrid, pero había telefoneado a mi jefe y, sorprendentemente, estaba todo autorizado. No hice más preguntas y estoy aquí. Pero no tengo ni autoridad ni ganas de hacer algo como lo que me pedís, lo veo todo muy circunstancial. Es más, estoy deseando volver a casa.

—Piénsalo, es fácil; podríais solucionar el caso de un plumazo —insiste Enar.

—¿Por dos casualidades?

—Se están repitiendo los hechos —dice Isabel—. Han pasado cosas raras.

—No hay cadáveres.

—Sabes perfectamente que tarde o temprano los tendrás —sentencia Enar—. Gana tiempo, al menos.

Garrido resopla, cierra los ojos y luego mira hacia el techo con hastío:

—Sí, ya he oído esas historias de una chica muerta y del tal Juanes que se ahorcó. Todo el pueblo anda histérico con eso. Son cuentos de viejas. No podemos dejar que esas tonterías nos distraigan. ¡Somos profesionales, por el amor de Dios!

—Se están repitiendo los hechos. ¿No lo ve? —insiste Isabel.

Garrido la mira con cara de pocos amigos:

—Señorita...

—Señora.

—Señora...

—Amat.

—Señora Amat, ¿podría usted salir un momento, por favor?

Ella pone cara de pocos amigos, da un bufido y sale sin despedirse.

Garrido se queda mirando a Enar, sonrío:

—¿Te la estás follando?

—No, Darío.

—Pues está buena, que lo sepas. Es mi tipo.

—No me toques los cojones —contesta el noruego—. Una amateur como ella ha dado con la clave del caso y no lo ves.

—No, Enar; yo sí que tengo aquí un lío de un par de huevos: dos crías muertas, sí, porque tú sabes que están muertas; la gente, histérica, hablando de fallecidos que vuelven del más allá; los políticos, llamando cada cinco minutos para poner nerviosos a los investigadores; yo, jodido, intentando guiar a esta gente, y tú te encoñas con una paleta y me vienes a buscarme líos.

—Vigila el parque de San Jaime, hazme caso.

—Estás retirado.

—Viniste a preguntar.

—Sí, vivías aquí y pensé que resultarías de ayuda.

—Eso hago.

—No me imaginaba que vendrías con historias de muertos que vuelven a hacer justicia...

—¡No es eso, joder! —grita Enar dando un golpe en la mesa.

—¿No?

—No. Tienes un imitador actuando en la zona, ¿no te das cuenta? Hace cuarenta y un años alguien violó y mató a tres niñas en este pueblo, y ahora, tienes a un loco ahí fuera que está haciendo exactamente lo mismo, un fetichista, un *copycat*. Busca entre los expertos de la historia local, muévete, pero tienes un problema y podemos salvar la vida a una tercera niña.

—No hay evidencia suficiente que sustente vuestra teoría.

—¿No vas a hacerme caso?

Garrido lo mira con cariño y le dice:

—¿Por qué dejaste todo esto, Enar? No siempre has acertado en el pasado.

—En efecto, tienes razón —responde el noruego poniéndose de pie—. He hecho lo que he podido. Y por cierto, no era necesario que me recordaras eso. Y sale del cuarto dando un portazo.

* * *

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Isabel ya en el coche.

—No cree que tengamos razón, piensa que son casualidades.

—No puede ser.

—Es lo que hay, Isabel.

—¡Menudo gilipollas!

—No, Isabel, no lo subestimes; ahí donde lo ves, con esa pinta de monitor de aeróbic, fue el primero de su promoción. Es muy bueno. Pero está tirando de manual y lo que nosotros apuntamos es solo una posibilidad. Además, está fuera de su jurisdicción, este caso no es suyo. Es difícil que se arriesgue a perder su prestigio como asesor por seguir un presentimiento. Se supone que está aquí para asesorar a los agentes de Huesca. Creo que piensa que no resultaría muy profesional sugerirles algo así.

—No veo tan difícil que vigilen el parque de San Jaime.

—Están diezmados, aquello requeriría varios equipos, tres turnos. No van a darnos algo así por un presentimiento.

—No es un presentimiento.

—No, no lo es.

—Estabas de acuerdo conmigo.

—Y lo estoy.

Llegan a casa de Isabel y Enar para el coche.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Vamos?

—Ya, supongo que no vas a seguir ayudándome —dice ella visiblemente molesta.

Él parece pensarlo:

—No, no; no es eso. Lo dejé, estoy retirado. Cometí un error, tuvo consecuencias...

Silencio.

—¿Sabes? —dice ella—. No dejo de pensar que tenemos en nuestras manos la vida de una tercera niña.

Él asiente.

Entonces toma la palabra:

—Déjame pensar. Dame esta noche. Mañana ven a mi casa, te prepararé un buen desayuno y te diré lo que haremos.

—Entonces, ¿vas a ayudarme?

—Sí. O eso creo.

Ella se abalanza sobre el escritor y le da un abrazo.

—Gracias —dice.

Él la mira y le dice:

—Tienes instinto, Isabel, y por algún motivo has dado con el hilo correcto; lo único es que no sé como vamos a tirar de él. Somos dos, tú un ama de casa y yo un tipo acabado. Vaya equipo. Déjame pensarlo esta noche y mañana te diré cómo lo organizamos. Aunque podamos hacer poco, lo haremos, descuida. Vamos a intentarlo.

FINITA BENET

Isabel cena una ensalada y se va a la cama. Tiene las piernas agotadas del esfuerzo de la mañana, haber seguido el ritmo de Enar en la cresta de Sas le ha costado, pero no quería que él pensara que era una foca sedentaria. Ella hace deporte y se mantiene en forma, pese a esos kilos que le sobran.

Enciende su ordenador portátil, abre el buscador y teclea «Enar Olson».

Aparecen miles de entradas.

La mayor parte de ellas en noruego. Hay multitud de fotografías promocionales, en encuentros con lectores, charlas y firmas de ejemplares. Hay vídeos de entrevistas, pero todas están en noruego y no llevan subtítulos en inglés. Descubre que sus novelas se tradujeron al francés, al inglés, al polaco y al alemán. Muchas fotos en actos sociales con distintas mujeres, todas ellas muy guapas.

Hay incluso dos series de la televisión noruega basadas en un personaje suyo, la detective Astrud Dahl, una policía brillante que sufre TOC, trastorno obsesivo compulsivo.

Está claro que Enar ha sido una persona muy conocida en su país y en otros, con fama y renombre. Utilizando como puede el traductor, encuentra noticias en las que se habla de su participación en algunos casos en que colaboró con la policía: unos niños desaparecidos en Harran y un secuestro en Odense, Dinamarca.

Estudió criminología y daba charlas sobre asesinos en serie. En un momento dado algo llama su atención. En Wikipedia dice, literalmente, «especialista en visión remota».

¿Visión remota?

¿Qué es eso?

Lee lo que encuentra en internet al respecto. Según se dice, es la capacidad psíquica de recibir información o impresiones de un evento, objeto, persona o lugar que está a distancia. El término fue popularizado en los setenta por los físicos Harold Puthoff y Ruseell Targ, para separarlo de la clarividencia. A pesar de ello terminaron calificándola como pseudociencia. Las agencias gubernamentales americana y rusa invirtieron mucho en el proyecto y entrenaron

profesionales para localizar silos de misiles e instalaciones militares secretas rivales.

¿Es Enar una especie de adivino?

¿Por qué lo dejó todo en noruega?

¿Por qué se vino a vivir a un pueblo perdido de los Pirineos?

Hay tantas referencias y noticias en noruego que tardaría un siglo en descifrar aquello con el traductor.

Dijo que tenía un hijo, ¿lo ve habitualmente?

Ese hombre es un misterio, pero al menos la cree, tiene influencias, conoce el tema y quiere ayudarla, y además, decididamente, le gusta. Piensa que es hora ya de apagar la luz, quiere madrugar al día siguiente.

* * *

Cuando Enar sale al exterior embutido en su mono y con sus esquís de fondo, se topa con Isabel en la puerta de su casa.

—¿Te importa que te acompañe? —dice ella.

Él se queda parado por un instante. Lleva un rifle al hombro. Al parecer, le gusta practicar el tiro.

Sonríe:

—No, en absoluto. A mí me ayuda a pensar, a sentirme bien. Suelo ir solo, es mi momento, pero, total, estoy solo todo el día, vamos. De joven competía en esquí de fondo y era buen tirador.

Ella lo sigue y comienzan la marcha.

Percibe que él no marca un ritmo demasiado fuerte y aun así se siente desfallecer, pero se ha propuesto seguirlo hasta el final. Se adentran en Talló atravesando senderos estrechos pero transitables y con buena nieve, salen a un par de planicies y van aumentando el ritmo. Hace sol, es un día brillante y hermoso y el ejercicio físico resulta tonificante. Él va delante y ella detrás; no hablan.

Isabel comprende que no le sienta mal aquello: el contacto con la naturaleza, el silencio solo interrumpido por el siseo de los esquís y aquella magnífica luz. Se siente relajada y piensa con más claridad. Sigue intrigada por el noruego. Lo acribillaría a preguntas, pero no tienen confianza suficiente.

A los cuarenta y cinco minutos hacen una parada y él saca una especie de pequeña botella, le ofrece algo para beber; es una bebida isotónica:

—¿Has pensado en lo que vamos a hacer? —pregunta ella.

—Sí —contesta Enar muy seguro de sí mismo—. No he pegado ojo. Sigamos. No hay que dejar que los músculos se enfríen.

Tardan otro tanto en volver a la cabaña.

Se deshacen de los equipos en un pequeño abrigo, un porche acristalado que hay en la entrada, y tras estirar un poco los músculos, pasan a la cocina. La inmensa chimenea del salón calienta de sobra la casa. El ambiente es agradable. Enar prepara chocolate caliente y ambos se sientan a la mesa de roble de la cocina. Él está frente a la ventana y le da la luz en la cara. Sus ojos son inmensamente azules.

—Creo —comienza diciendo— que no tenemos casi nada que hacer. Por lo menos en el plano actual.

—¿Cómo? —Isabel.

—Sí, aquí están trabajando en ello la Policía Local y la Nacional; además, cuentan con Garrido y en general son todos gente muy preparada. Por otra parte, los cuerpos de rescate rastrean los montes y las familias están atendidas y vigiladas. No van a permitir que vayamos haciendo preguntas por ahí. La única posibilidad era que nos hubieran tomado en serio y vigilaran el parque de San Jaime, pero ya ves lo que hay.

—Podríamos hacerlo nosotros.

Enar sonrío:

—No lo descarto —dice—, pero no es un trabajo que pueda hacerse con dos personas.

—La niña desapareció un martes al caer la tarde. El imitador hará lo mismo. No tenemos que vigilar aquello constantemente.

—Bueno, es una posibilidad que no descarto.

—Entonces, ¿en qué has pensado?

Él vuelve a colocarse las manos en la cara, como pensando:

—La clave está en el pasado.

Ella se queda mirándolo muy seria.

Enar continúa hablando:

—Mira, no me cabe la menor duda de que nos las vemos con un imitador.

—O el mismo asesino.

—¿Con ochenta años? Iría por ahí con un andador subiendo por estos montes de Dios. No, no; es otro.

—Enar, pudo cometer los crímenes con dieciocho, bien podría andar en los sesenta.

—No es lo habitual. Suelen debutar más tarde. No veo a un abuelo jubilado con la próstata jodida corriendo tantos riesgos y haciendo esfuerzos. Creo que la clave está en los crímenes del setenta y tres.

—Que se están repitiendo es algo que está muy claro para mí.

—Por eso. Y ahí tenemos que indagar. Tú tienes sospechas más que evidentes

de que sobornaron al abogado de Casares.

—Juanes.

—Juanes, para que no recurriera. A mí me da la sensación de que José Casares era un pobre desgraciado que pasaba por allí y que cargó con el muerto. Quizá alguien lo sabe y está vengándose. Me dijiste que nadie recordaba los crímenes por aquí, ¿no?

—Yo misma no tenía noticia de ellos.

—Quizá habría que preguntar a gente que se dedique a la historia local; no sé, alguna sociedad histórica...

—Tengo un amigo en una: Adrián. Ya lo consulté por lo de la cuenta de Juanes. Trabaja en la Caja de Ahorros.

—Habla con él.

—Pero no te sigo, ¿qué vamos a hacer exactamente?

—Creo que si resolvemos lo del setenta y tres, o por lo menos, si conseguimos más datos sobre aquello, podremos dar con el *copycat*. Adelantarnos un paso, ya sabes.

—¿Y no será una pérdida de tiempo?

—¿Podemos hacer otra cosa?

—Salvo vigilar el parque de San Jaime, no.

—Pues entonces. Yo voy hablar con mis amigos de Madrid y voy a ver si puedo consultar la documentación de aquel caso: qué sospechosos se barajaron, qué criminales sexuales había en el pueblo, esas cosas. Cualquier dato puede ser relevante. Igual conservan algo de eso en la DGS, aunque no podemos olvidar que esto sucedió en pleno franquismo.

—¿Y yo?

—Haz preguntas a la gente que vivió aquello. Cualquier detalle puede ser importante.

—Pero el asesino actual, ¿es del pueblo?

Enar se lo piensa.

—Hacer perfiles no es una ciencia exacta. Hay muchos tipos de asesinos en serie. Los imitadores son cada vez más abundantes, pero no son lo que más se da. Hay muchas clasificaciones, desde la de Canter hasta el modelo CGT. Hacer un perfil es más un arte que una ciencia, pero aún no podemos hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Tenemos víctimas?

Isabel se queda parada por un instante.

—No.

—Bien podrían estar secuestradas. No podemos descartar ninguna hipótesis.

—Yo creo que hay alguien reproduciendo los crímenes, y tú también —dice

ella muy segura de sí misma.

—Sí, sí; totalmente de acuerdo. Pero para poder hacer un perfil del nuevo asesino necesitamos más datos: mira, Isabel, hay unos pasos para seguir que son recogida de información, búsqueda de un patrón criminal, reconstrucción del crimen, elaboración del perfil, investigación y detención. ¿De acuerdo? No tenemos los cuerpos, no sabemos cómo las han asesinado.

—Las asfixiarán.

—No lo sabemos aún. No podemos llevar a cabo el proceso con seriedad. No sabemos si el asesino es de aquí o si viene de fuera.

—¿Y podrás saberlo?

—Eso espero. Lo que quiero que entiendas es que nos faltan muchos datos aún para poder perfilar al asesino actual. Cuando se produjeron los asesinatos del setenta y tres, a estas alturas ya había aparecido la primera víctima. En esto no está actuando de la misma manera, ¿entiendes?, luego no es del todo igual.

—¿Me estás diciendo que necesitamos los cadáveres?

—Más o menos. No puedo reconstruir el crimen si no lo hay. Tengo un patrón, sí, pero estamos atascados en mitad del proceso. De momento yo pediré toda la información que tengan en Madrid sobre el caso del setenta y tres. Tengo amigos allí, me deben favores; diré que es para una novela.

—¿Y yo?

—Habla con tu amigo de la sociedad histórica y, sobre todo, entrevístate con todo aquel pudiera tener relación con el caso del setenta y tres y sigue con vida. ¿De acuerdo?

—Así lo haremos.

Cuando Isabel se levanta, llega a la puerta y se gira; entonces, pregunta:

—Enar, ¿qué es la visión remota?

Él, sin mirarla, se dirige a dejar las tazas en el fregadero y dice:

—Una mierda, Isabel; una mierda.

* * *

Finita Benet se afana en un pequeño invernadero situado en la parte trasera de su jardín. Alguien toca el cristal y la hace girarse. Es Isabel Amat. La conoce porque dio clase a sus hijos.

—¡Hola, Isabel! ¿Cómo tú por aquí? —dice abriendo la puerta del habitáculo de cristal.

—Buenas, Finita. Quería hablar contigo sobre un tema.

La profesora parece extrañarse un poco:

—Claro, claro, tú dirás, ¿pasamos dentro? Hace un frío tremendo.

En un momento están sentadas frente a la mesa de la cocina, una estancia bien iluminada con cortinas blancas llenas de puntillas. Un ambiente idílico. Finita sirve té.

—¿Qué es eso que querías decirme? —dice la profesora de párvulos.

Isabel apura un trago de su taza y dice:

—Rosa; quiero hablar contigo de Rosa.

Finita Benet hace un gesto extraño, como un tic.

Parece que no termina de entender el porqué de aquello.

—¿Por qué? ¿Por esa historia que cuentan de la fiesta de Halloween? ¿Por lo de Juanes?

—Mi vecina también la vio.

—¿Cómo?

—Pero en honor a la verdad te diré que sufrió un derrame cerebral, no cuenta. Pero mi vecina también vio a esa chica. O creyó verla.

Finita ladea la cabeza como negando. No parece que aquello la agrade demasiado.

Isabel retoma la palabra.

—No, querida, no estoy aquí para hablar contigo de esos rumores que circulan por el pueblo. Probablemente es histeria colectiva, tonterías de viejas.

—¿Entonces?

Isabel hace una pausa:

—Me gustaría que no comentaras nada de lo que voy a decirte, a las autoridades no les haría gracia, se desataría la histeria y quizá me vería mal parada con el jefe de policía, que ya está molesto conmigo.

—Tienes mi palabra.

—¿No has encontrado cierto paralelismo?

—¿Paralelismo? —Finita, perpleja.

—Sí, lo que pasó... Y ahora... Lo que está ocurriendo...

—No te sigo, Isabel.

—Finita, hace cuarenta y un años tu hermana y otras dos niñas fueron violadas y asesinadas.

—Lo sé. He vivido toda mi vida con ello. Mira —dice señalando un estante lleno de frascos de píldoras ansiolíticas—. Aquella tarde salió en bici y yo no quise acompañarla. Si yo hubiera ido con ella estaría viva. Me quedé en casa porque quería ver la televisión.

—Habría ocurrido igualmente.

—Sí, eso me han dicho decenas de psiquiatras.

—Tengo que hablar contigo, Finita; están pasando cosas.

—¿Te refieres a las dos niñas que han desaparecido?

—Sí, creo que se están repitiendo los hechos.

—¡Qué tontería! Cogieron al culpable, José Casares.

Se quedan en silencio durante unos segundos.

Isabel saca un plano de su bolso:

—Mira —dice—. Lleva marcados los lugares donde desaparecieron las niñas del setenta y tres y las de ahora.

Finita lo mira atentamente.

—¿Crees que...?

—Creo que hay alguien imitando los crímenes del setenta y tres.

—¡Es imposible!

—¡Quizá la misma persona!

—Fue Casares, Isabel.

—No estoy de acuerdo. He descubierto ciertas evidencias que me hacen pensar que le cargaron el muerto. Pero escucha, Finita, tengo claro que alguien, no sé si la misma persona o un imitador, está repitiendo el mismo patrón.

—No puede ser, no puede ser —dice Finita, que se levanta, saca una píldora de un frasco y se la introduce debajo de la lengua.

—He hablado con las autoridades. Me ayuda un experto, Enar; un escritor noruego que estudió criminología.

—¿El loco ese de la montaña?

Isabel asiente. Decididamente no está controlando la entrevista.

—Hemos hablado con las autoridades. Pretendíamos que vigilaran el punto en que desapareció la tercera niña del setenta y tres, ahí podríamos cazarlo.

—¿Y?

—No nos hacen caso. Dicen que son casualidades.

Vuelven a quedar en silencio.

—De momento no podemos hacer nada, no hay cuerpos, no hay evidencia para cazar al criminal, nadie las vio desaparecer, pero tenemos algo que nos permitirá adelantarnos.

—Los crímenes del setenta y tres —dice Finita.

—Exacto. Por eso quiero hablar contigo y con todo aquel que pudo tener relación con el caso, para encontrar puntos en común, una falla, una coincidencia.

—¿Y la gente lo sabe?

—No debe saberlo. La Policía Local y los inspectores de la Policía Nacional ni se lo creen, pero en manos de la opinión pública sería una locura.

Finita se lo piensa:

—No creo que nada de lo que dices tenga sentido, la verdad, pero dime: ¿en qué puedo ayudarte?

—Háblame de Rosa. Cuéntame todo lo que puedas, anecdótico o no.

—Era una niña encantadora. Nos llevábamos muy bien. Yo era dos años mayor que ella y creo que, en cierta medida, me admiraba. Le encantaban las flores, el verano. Salía con la bici por ahí y venía con la cesta llena de flores que colocaba en un jarrón en la mesa de la cocina. En invierno iba mucho por el invernadero municipal, el que hay junto al jardín de Santa Isabel; le encantaban las orquídeas. Le gustaba todo lo bello. Aquello hundió a mis padres, Isabel, nada volvió a ser lo mismo. Yo, en la adolescencia, caí en las drogas; sentía que, de alguna manera, me culpaban por haber sobrevivido. No era así, ahora lo sé, pero he necesitado muchos años para entenderlo: era yo la que me sentía culpable por seguir con vida.

—Todo eso que me cuentas es normal, Finita.

—Sí, pero no hace que fuera menos duro.

—¿Tenía muchas amigas?

—Pues no, ahora que lo dices, Guillermo y yo.

—¿Problemas en la escuela?

—No, en absoluto; iba a la escuela Primo de Rivera y tenía unas notas excelentes.

—¿Y lo de las amigas?

—No, no era nada anormal; siempre estaba con Guillermo. Desde el jardín de infancia fueron inseparables.

—¿Guillermo... que más?

—Pau, Guillermo Pau.

—Lo conozco, tiene una ferretería en la calle San Pedro. ¿Eran novios?

—A esa edad la palabra novios resulta quizá un poco fuerte. Pero bueno, se podía decir que sí, se besaban y eso. Se querían mucho.

—Debió de ser duro para él.

—No te lo imaginas. Juró que cazaría al asesino. Cuando capturaron a Casares no se quedó tranquilo. Su forma de ser cambió, se hizo hosco, bajó en sus notas, se metía en peleas. Supongo que de alguna manera perdió la ilusión por la vida. Luego, a eso de los diecinueve, empezó a salir con la que ahora es su mujer, Lourdes; ella lo hizo volver a la normalidad. Tienen cuatro hijos.

—¿Crees que podría hablar con él?

—Prueba.

Isabel va tomando notas y continúa preguntando:

—¿Participaba en algún tipo de actividad tu hermana, Finita?

—No, salvo la catequesis; iba los sábados por la tarde a la iglesia de Santa María; con el padre Baillo.

—Las otras dos chicas desaparecidas no eran muy religiosas, ¿verdad? ¿Iban

allí también?

—No lo sé, Isabel.

—¿Hay algo que quieras contarme, algo que pienses que puede ser de utilidad?

—No, la verdad.

—Algún detalle, aunque no parezca importante. Todo cuenta.

—No, nada, que me siento culpable. Me pidió que saliera con ella en bici, venían las primeras nieves y ya no iba a poder cogerla hasta el verano siguiente. El señor Mohamed, que tenía un taller, acababa de repararle los frenos. Yo le dije que no. Guillermo tenía entrenamiento y tampoco podía. Se fue sola. Ambos nos culpamos por ello.

Silencio.

—Una última cosa, Finita.

—¿Sí?

—Fueron unos crímenes truculentos.

—Sí, las forzaron, estrangularon, hicieron con ellas todo tipo de tropelías sexuales, ya sabes.

—¿Y cómo es que yo no he oído hablar nunca de estos crímenes? En toda mi vida en este pueblo jamás he oído a nadie hacer mención al tema.

—¿Te refieres a si hubo algún tipo de consigna al respecto?

—Sí.

—No, no la hubo. Al menos oficialmente. Pero ¿sabes?, creo que un suceso así en una comunidad tan pequeña provoca un cierto efecto de búsqueda de la amnesia colectiva. ¿Me sigues?

—No.

—Que a nadie le interesaba hablar del tema. Era traumático. Esta es una localidad turística. No solo está la madera, también se necesita a los turistas tanto en verano como en invierno. En fin, ¿por qué removerlo? Creo que, tácitamente, todo el mundo optó por el olvido, ¿me entiendes?

—Parece lógico, Finita, parece lógico.

BERNARDO

Cuando Isabel llega a casa se encuentra con el Jaguar de Bernardo aparcado en la puerta. Son las seis y media y ha oscurecido hace rato. Repara en que ni ha pensado en él en los últimos días. Ni en él ni en sus devaneos. Hace frío, tanto que el aire te huela los pulmones.

Cuando entra se lo encuentra repantigado en el sofá del salón:

—¡Hombre, dichosos los ojos! —dice irónico—. ¿Dónde coño estabas?

—Haciendo recados —contesta ella con cara de pocos amigos.

—Las últimas veces que he venido ni estabas en casa —contesta poniéndose de pie. Parece molesto.

—¿Y?

—Que no se a qué te dedicas.

—Bernardo —contesta ella muy tranquila—. Las últimas veces que yo he estado en casa, que son todas, a diario, el que no está nunca eres tú.

—Yo trabajo.

—Sí, trabajas mucho. Sobre todo de noche —añade ella irónica.

—¿Qué insinúas?

—Bernardo, insinúo lo que me da la gana. Llevo años sola y he decidido hacer lo que me plazca mientras tú te dedicas a tus devaneos en Barcelona.

—¿Flirteos? ¡Cómo te atreves! No hago más que trabajar para traer dinero a esta casa.

Parece furioso, fuera de sí; es obvio que ella ha dado en el clavo.

—El dinero no es problema. Mis padres me dejaron suficiente.

—¡No voy a consentir que se me insulte en mi propia casa! —grita él para salir disparado escaleras arriba. Isabel se sirve una copa de vino blanco tranquilamente y se sienta en el sofá. Lo escucha escarbar en los armarios. Es evidente que se está preparando una maleta o algo así.

Al instante baja las escaleras corriendo. Lleva una pequeña bolsa de viaje en la mano.

—Recuerdos a Evelyn —dice Isabel sonriendo antes de que él cierre de un portazo.

Al momento se escucha el rugido del Jaguar, que sale a toda velocidad

patinando por la nieve.

* * *

A la mañana siguiente Isabel vuelve a acompañar a Enar en una salida por el monte. El esquí de fondo es un ejercicio completo y, aunque le duelen mucho las piernas, comienza a sentir que aquello es bueno para las agujetas que acumula de días anteriores. No hablan. Él va delante y marca el ritmo. Ella siente, o quiere sentir, que el hecho de que él le permita acompañarlo en esos momentos es algo especial.

—El ejercicio es muy importante para esto —dice Enar señalándose la cabeza mientras disfrutan de un café una vez que han llegado a casa—. Si quieres que te sea sincero, es el único momento del día en que me siento bien: ahí arriba, en plena naturaleza, solo escucho mi propia respiración y el siseo monótono de los esquís. En verano, cuando no hay nieve, corro. Lo llamo correr-pensar. Cuando llevo más de media hora de ejercicio mi mente entra en un estado de placidez, de tranquilidad; veo las cosas de otra forma. Es como si me quedara colgado. Es mi momento, un momento para mí, de soledad y tranquilidad.

—Vaya, gracias por permitirme acompañarte.

—A ti también te viene bien, ¿me equivoco? —pregunta Enar.

Ella asiente.

—No salgo más porque no puedo; estoy hecho un vejestorio, si me paso de la raya, me lesiono. Ya tengo cuarenta y siete años —dice el riéndose de sí mismo.

—¡Pero si estás estupendo! —dice ella, que se arrepiente del comentario al instante. Decididamente, Enar le gusta. No puede evitar comportarse con él como una adolescente. Le gustaría parecerle interesante, pero se pone nerviosa, no puede evitarlo, le tiemblan las piernas y siente mariposas en el estómago. Nunca le había ocurrido nada así, ni siquiera con Bernardo. Además, ha perdido la costumbre. ¿Cuándo fue la última vez que flirteó con un hombre? Ni lo recuerda. Tantos años de fidelidad incondicional a su marido para obtener este pago. Mira a Enar fijamente; le gusta. No como ese idiota de Bernardo.

—¿Qué tal con la hermana de Rosa? —pregunta Enar de sopetón.

Isabel le cuenta lo que averiguó en su entrevista con Finita Benet.

—Deberías hablar con ese novio que tuvo, Guillermo.

—Sí, lo había pensado.

—Yo hice unas llamadas a Madrid, acompáñame.

Enar la lleva al despacho, donde, sobre un sofá, hay cinco cajas de cartón apiladas:

—Es lo que tienen sobre los asesinatos del setenta y tres.

—¡Vaya! ¿Y eso es legal?

—No del todo, pero son fotocopias. Me las envió un amigo. Tengo que revisarlo a fondo, ya sabes, la investigación. Cuando detectan cualquier caso relacionado con asesinos en serie recogen toda la información que pueden, aunque sea de la policía local; así van creando una base de datos impresionante.

—¿Cómo es que tienes tantos contactos?

—Estuve muchos años metido en esto. Hice cursos, en Estados Unidos; ten en cuenta que colaboré mucho con la policía noruega y con la danesa, también. Coincidí con algunos agentes españoles en seminarios y cursos.

—¿Garrido?

—Sí, uno de ellos. Una vez asesoré a un equipo de la Comisaría General de Policía Judicial, antes de que llegara Darío Garrido. Conservo algunos amigos allí.

—Vaya —Isabel, sorprendida.

—Tengo que revisar todo esto —dice él.

—Yo hablaré con Guillermo —responde ella.

—¿Qué puntos en común has encontrado entre las tres niñas?

—De momento, que iban a la misma escuela.

—¿Iglesia?

—No, no coincidían.

—¿Sabes si pertenecían a algún club? No sé, ¿de *girl scouts* o como se llame eso aquí?

—De momento no tengo constancia, seguiré preguntando.

—Bien, tenemos trabajo; si te parece, nos vemos esta noche aquí, a cenar.

—Mejor en mi casa —dice ella.

—Llevaré un buen vino —dice el deparándole la mejor de sus sonrisas.

A Isabel la idea le parece excelente.

* * *

Isabel intuye que la conversación con Guillermo Pau no va a ser sencilla. Conduce tranquilamente hacia su negocio pensando qué estrategia va a seguir. El Valle es un pueblo de calles amplias, con mucho sitio para aparcar. Todo está limpio y ordenado, a los lugareños les parece un lugar idílico para vivir. Isabel aparca en un pequeño descampado frente a la ferretería de la calle San Pedro. Es un negocio boyante, con más de cinco empleados, repleto de materiales, herramientas, colas, pegamento, tornillos, sierras eléctricas y utensilios de todo tipo cuya utilidad desconoce.

Él está en el mostrador despachando unas bombillas a una señora. Sonríe.

Luce una calva de esas que se disimulan echando por encima el pelo sobrante; es castaño, alto y bien parecido.

Isabel espera a que termine y dice:

—¿Guillermo?

—¿Sí? Dígame, ¿qué desea? —contesta él todo amabilidad.

—Me gustaría hablar con usted, me llamo Isabel Amat.

—¿Sí?

—Es sobre Rosa.

La cara del tipo se transmuta.

Isabel no sabe muy bien cómo hacerlo. No sabe cómo decirle que los crímenes están repitiéndose. La tomará por loca. Todo aquello debe de resultar muy doloroso para él.

—Ya —dice muy serio—, me lo imaginaba.

—¿Qué? —dice ella.

—Sí, que antes o después alguien vendría a hacerme preguntas.

—¿Sí?

—Claro, ¿no es obvio?

Ella ladea la cabeza como negando.

Entonces Guillermo afirma muy rotundo:

—Parece que están repitiéndose los hechos.

Isabel se queda de piedra. No sabe reaccionar. ¡Guillermo Pau piensa como ella!

—¿Podríamos salir fuera, tomar un café? —dice ella intentando reponerse de la sorpresa inicial.

—Sí, claro —responde él—. ¡Juana, hazte cargo de esto! —ordena a una empleada.

Salen y cruzan la calle para instalarse en una mesa con banco corrido del café La Cumbre. Esperan a que la camarera, Dolores, les sirva, y comienzan a hablar.

—¿Y tú eres?

—Ama de casa.

—¿Cómo? —Guillermo, incrédulo.

—No puedo decirte otra cosa.

—¡Qué cojones! ¡Esperaba a una fiscal, inspectores de la policía, no sé! ¡Un ama de casa! ¡Joder!

—Nadie se ha dado cuenta, Guillermo.

—¿Nadie se ha dado cuenta? Es evidente ¡Hostias! Las dos niñas han desaparecido exactamente en los mismos lugares.

Isabel asiente.

—Pensé que era cuestión de tiempo que viniera la policía, ya te imaginas, todas esas historias que se llevan ahora de asesinos que imitan a otros asesinos. ¡No puedo dormir! ¿Sabes? ¿Y si es el mismo tipo?

Quedan en silencio.

—Y... ¿tú? —dice Guillermo—. ¿Cómo te has dado cuenta?

Ella le cuenta la historia del álbum familiar, de cómo comenzó a buscar recortes y de la forma en que reparó en los paralelismos.

—¡Va a desaparecer una tercera niña! ¡En el parque de San Jaime! —dice él, que, al parecer, recuerda todos los pormenores del caso.

—Lo saben.

—¿Lo saben? ¿Quién lo sabe?

—La policía local, los inspectores de Madrid; todos —responde Isabel muy seria.

—¿Y van a hacer algo?

—Nada. No nos creen.

—¿No os creen? ¿A quiénes? ¿Por qué hablas en plural?

—A un criminólogo, un escritor noruego que vive más allá de la cantera, y a mí. Tiene amigos en la policía.

—Sí, sé quién es; no es muy sociable, creo. En el pueblo no se habla demasiado bien de él, aunque por otro lado ya conoces cómo es la gente de por aquí. Entonces ¿se lo habéis contado a la mismísima policía?

—Sí.

—¿Y no van a hacer nada?

—Dicen que son casualidades, no nos creen. Los cuerpos no han aparecido, no hay crimen. Otra cosa sería que aparecieran los cadáveres en los mismos lugares de entonces.

Guillermo se echa las manos a la cabeza.

—¡Es una pesadilla! ¿Sabes cuánto tardé en olvidar esto?

—Me hago una idea, Guillermo.

—¿Y me estás contando que de todo un pueblo, la Policía Nacional, la Guardia Civil y la Policía Local incluidas, solo un ama de casa se ha dado cuenta de esto?

—Y tú.

—Yo soy un caso aparte.

—¿Por qué?

—Porque viví obsesionado con el caso, porque quería matar al culpable. Porque yo la quería. Yo era un crío, trece años; cuando salió el juicio, catorce, pero habría matado a Casares con mis propias manos. Iba a los juzgados, me

colaba, preguntaba a todo el mundo que quisiera escuchar.

—¿Te sentías culpable por no haberla acompañado?

—¡No sabes cuánto!

—Finita dice que tenías entrenamiento ese día, no pudiste acompañarla.

—Sí, sí, ¡lo sé! ¡No sabes la de veces que he oído eso! Pero no me consuela, ¿sabes? Cuando vi que había desaparecido esa niña, Ana, y encima, en las inmediaciones de la cantera, me dije: aquí estamos otra vez. Todo se repite.

—¿Crees que fue Casares?

—Lo creí, pero con lo que está pasando ahora no sé qué pensar. Yo hacía muchas preguntas, ¿sabes? De hecho, estaba obsesionado. El alcalde, Fabregat, que entonces era Policía Armada y vino de Huesca a llevar el caso, me amenazó.

—¿Te amenazó?

—Sí. Cuando detuvieron a Casares me dijo, literalmente: «Chico, no remuevas la mierda o acabarás mal». Cuando llegué a mi casa, mi padre estaba esperándome cinturón en ristre; hasta mi entrenador me amenazó con echarme del equipo si no me tranquilizaba y dejaba el tema.

—Vaya.

—Una noche, cuando volvía a casa después de entrenar, me salieron al paso tres tipos. Eran algo mayores que yo, llevaban pasamontañas. Dos me sujetaron y otro me dio un puñetazo en el estómago. Caí doblado. Me dieron una patada en la boca y quedé inconsciente. Cuando llegué a casa preferí no decir nada.

Guillermo Pau está muy nervioso:

—¿Y qué vais a hacer? —insiste; parece preocupado, ansioso.

—Ya sé que suena duro, pero de momento no podemos hacer más. Hemos comunicado a las autoridades que pensamos que hay un imitador actuando. No digas nada. No sería bueno, desataría la histeria colectiva.

—¿Más aún? ¿Con gente que dice haber visto a Rosa en una fiesta de Halloween? ¿Te parece poca histeria la que existe ya?

Isabel suspira. A Guillermo no le falta razón.

—Las autoridades tienen estos datos y no han querido tenerlos en cuenta. Por desgracia, Enar y yo hemos llegado a la conclusión de que es necesario que aparezcan las víctimas para que nos tomen en serio.

—Esto es de locos, Isabel.

—Así son las cosas.

—Pero ¿a qué esperan?

—Ye te lo he dicho, necesitan los cuerpos para iniciar una investigación en serio. Hasta ahora no tienen nada. Han revisado cámaras de establecimientos, de tráfico... no tienen nada.

—¿Y la tercera? ¡Aún falta la tercera!

—Por eso es importante no decir nada. Es probable que el asesino crea que nadie ha reparado en el paralelismo entre los crímenes. Lolita Alcaraz desapareció en el parque de San Jaime a las cinco y media de la tarde fue un martes, Enar y yo vamos a vigilar.

—Contad conmigo —Guillermo no se lo piensa.

—Mientras tanto, y como no podemos hacer gran cosa, hemos pensado en revisar el caso del setenta y tres en busca de una falla, de una pista. Él tiene toda la documentación que quedó en la DGS de la época, se la han enviado. Yo estoy hablando con todos los implicados. Por eso, ahora, querría hablar contigo de Rosa, ¿es posible?

—¿Qué quieres saber?

GUILLERMO PAU

—¿Erais novios, Guillermo?

—Sí. Bueno, ya sabes, todo lo novios que se puede ser a esa edad. Nos conocimos en el jardín de infancia y siempre fuimos inseparables. Yo le escribía cartas de amor y ella decía que se casaría conmigo, que era su príncipe azul. Nos besábamos a veces; ya sabes, con cierta inocencia. En la boca. Yo estaba loco por ella.

—No tenía muchas amigas, ¿no?

—No, en el colegio no, la verdad. Yo la esperaba siempre a la salida, nos íbamos con las bicis. Le encantaba montar en bicicleta, por eso le gustaba tanto el verano. Ah, y las flores. En invierno iba mucho al invernadero que hay al principio del camino del vivero, en el jardín de Santa Isabel.

—Por eso su hermana tiene su propio invernadero.

—Supongo que sí, que es una forma de recordarla.

—¿Era estudiosa?

—Sí, sacaba buenas notas.

—¿Alguna vez la importunó alguien? ¿Algún adulto la siguió?

—No, en absoluto, Isabel, y todo eso ya me lo preguntaron hace 41 años.

—Entonces: le gustaba la bici, iba a catequesis, las flores, acudía al invernadero del jardín de Santa Isabel... ¿Algo remarcable? ¿Algún incidente que te llamara la atención? ¿Tenía contacto con algún adulto en privado?

—No, es imposible; yo la acompañaba a casi todos esos sitios. Éramos uña y carne. Fue algo inesperado. Ella nunca tuvo un problema con nadie. Si yo la hubiera acompañado ese día...

Guillermo Pau se pone las manos en la cara y se echa a llorar como un niño.

Isabel no cree que pueda sacar mucho más en claro.

—Guillermo, reponte, piensa en tus hijos, en tu mujer. Vamos a cazar al tipo que está haciendo esto y de paso, ¿quién sabe?, al que hizo lo del setenta y tres.

—Fue Casares.

—No lo tengo tan claro, Guillermo, no lo tengo tan claro.

* * *

—Esta quiche es excelente —dice Enar haciendo los honores a la anfitriona.

—Y el vino también.

—Y el vino también.

Ambos se quedan en silencio, mirándose a los ojos.

¿Es posible que ella, Isabel Amat, le guste a aquel extranjero misterioso?

—He comenzado a abrir las cajas de la DGS. Voy poco a poco, mucho papeleo intrascendente. Me ha costado una pasta que lo trajeran tan pronto de Madrid, ¿sabes? Además, está todo en español; me cuesta un poco, la verdad. Estoy leyendo declaraciones de vecinas, repartidores y paisanos que vieron a las chicas por última vez.

—¿Sacas algo en claro?

—Nada. Mañana me pondré con la lista de sospechosos a quienes interrogaron; no creas, es larga. Las niñas estudiaban en la misma escuela: interrogaron al profesor de educación física, por supuesto, al jardinero, al director... En fin, a todos los varones que podían tener relación con ellas. Pura rutina. Las releo por si sale algún dato de interés.

—¿Esto es lo que hacías en tu país, Enar?

—No, no —ríe él—. Yo era un simple profesor de Ciencias que comenzó a escribir novelas policíacas. Aquello comenzó a ir bien, era bueno construyendo tramas, sospechando de todo el mundo. Siempre fui muy observador y, la verdad, no me había ido mal en la vida fijándome en los pequeños detalles.

—Como Holmes.

—Como Holmes. Siempre he pensado que las pequeñas observaciones sobre la gente terminan dándote mucha información.

—¿Sí?

—Sí, por desgracia.

—¿Por qué dices por desgracia?

—Porque a veces hay cosas que uno no querría saber. Mi matrimonio se fue al garete por una frase que mi mujer pronunció a destiempo. La pillé, estaba liada con mi mejor amigo. No creas, yo también llevaba lo mío, los viajes y las lectoras. Llegué a creer que era una estrella de *rock* o algo así. Mi matrimonio se fue al garete.

—Tienes un hijo.

—Sí, de quince años. Lo único bueno que he hecho en esta vida.

—¿Y la policía te consultaba?

Él se incorpora y junta las manos como el que va a hacer una confidencia:

—Hice mucha amistad con policías a los que frecuentaba para documentarme, también con criminólogos, forenses y jueces. Comenzaron a consultarme qué haría en los sumarios que llevaban entre manos y yo les daba mi opinión. Mis

consejos resultaban tremendamente certeros. Me animaron a estudiar criminología. Mi fama ya trascendía al hecho de ser escritor, me llamaban de programas de televisión para consultarme sobre tal o cual crimen. La policía me tenía en cuenta; una vez me llamaron incluso de Scotland Yard. Yo me creía que era Dios. Un gilipollas.

—¿Y la visión remota?

—El peor error de mi vida, Isabel.

—¿Por eso estás aquí?

Él permanece en silencio durante unos segundos:

—Puede decirse que sí. Tengo dinero suficiente para vivir aquí hasta que muera, pagar la pensión de mi hijo y costearle una buena universidad. Solo aspiro a tener una existencia tranquila. Solo quiero descansar. Creo que lo tengo todo hecho en esta vida. Sobre todo cometer el peor de los errores.

Isabel comprende que no es el momento de seguir indagando. Enar ha adquirido un aire taciturno que no la atrae tanto. Ya sabrá más.

—Y ahora, el postre —dice—. ¡Auténtica tarta de manzana!

—¿Auténtica?

—Está hecha con manzanas de aquí, del pueblo. Ya verás.

* * *

Al día siguiente, a las 17 horas, Isabel y Enar aguardan expectantes en el todoterreno del escritor. Los acompaña un termo de café. Están apostados junto a el parque de San Jaime. Van a hacerlo todos los martes. A la tercera desaparecida del setenta y tres la capturaron allí mismo, a las 17:30. Se han situado al final de la calle Valencia, justo donde esta termina y empieza el bosque. El parque de San Jaime es un espacio arbolado que separa una zona residencial situada junto al complejo del polideportivo municipal y la zona este del pueblo. En un lateral hay una vieja vía del tren y un pequeño afluente del río.

—¿Y Pau? —pregunta Enar.

—He hablado con él por el teléfono móvil, está en la calle que limita con los árboles por el otro lado, la calle Sena; de ahí vino la niña que desapareció en el setenta y tres. Es una zona residencial de casitas similares unas a otras.

—Bien, bien —dice Enar.

En medio del parque de San Jaime, entre la vegetación, está la rambla de Arredola, y justo delante de donde ellos están apostados discurre una ruta senderista llamada la senda de Ricau.

Llevan prismáticos e incluso unas gafas de visión nocturna que Enar conservaba de su época gloriosa de reconocido criminólogo.

Ha nevado mucho.

—Eso es bueno, por las huellas —dice él.

Lolita Alcaraz, una joven de origen andaluz, hija de asistenta y con malos resultados en los estudios venía de ver a una amiga en su casa de la calle Sena y atravesó el parque de San Jaime para acortar. Nadie volvió a verla. Hace cuarenta y un años de aquello, toda una vida.

—¿No encontraron huellas de coches? —pregunta Isabel.

—Esa parte de las notas de la DGS no dice nada al respecto.

Pasa poco tiempo antes de que ambos se den cuenta de que por allí no pasa nadie, la espera va a ser aburrida. Hace frío en el coche, pero no quieren encender el motor para no llamar la atención del posible secuestrador.

—Todo esto es una locura, ¿sabes? —dice ella.

—¿Por qué dices eso?

—¿Qué probabilidad hay de que una niña pase a la misma hora por el mismo sitio y el secuestrador la vea?

Enar sonrío.

—Estos tipos suelen ser muy pacientes. Mira, hay muchos tipos de asesinos en serie, y varias clasificaciones. Este es relativamente previsible, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque es un imitador.

—¿Y?

—Si actuara por iniciativa propia, podría ir haciendo cambios, pero está copiando lo que hizo otro y no siempre va a poder hacerlo igual eso le va a provocar, sin duda, zozobra, rabia, pero no quiere que lo cojan y su objetivo, por algún motivo, es reproducir los crímenes del setenta y tres.

—¿Será el mismo asesino?

—No lo creo; si está vivo debe de ser muy mayor y sería un caso único en la historia. No, yo me inclino por pensar que es un imitador. Un asesino en serie suele un varón de raza blanca, que vive en un país industrializado, que se declara heterosexual y que sabe simular una vida absolutamente normal, aunque carece de empatía. Ve a los demás como piezas de un tablero de ajedrez con las que puede jugar. Su inteligencia emocional es cero, pero ojo, saben simular, ser amables cuando es necesario e incluso tener amistades. Muchos mantienen matrimonios aparentemente normales, tienen hijos y están integrados en su comunidad. Fingen muy bien. Si fuera el mismo, andaría ahora por los setenta.

—¿Y si empezó a matar con veinte?

—Sesenta. Pero aquellos crímenes no me parecen cometidos por alguien tan joven.

Se hace un silencio:

—¿Tú eras un *profiler*?

Enar asiente.

—Sí, si es que eso sirve de algo. Y era bueno. Pero, repito, no es una ciencia exacta. Eso es algo que estuvo muy de moda, pero cada vez los profesionales creen menos en ello. No es tan fácil acertar, créeme.

—¿Y la visión remota?

—Eso lo dejé.

Parece molesto. Cada vez que sale ese tema, Enar se pone claramente de uñas. A veces le da la sensación de que oculta algo. Le gusta, pero siente que lo rodea algo así como un halo de desconfianza.

Entonces ella toma la palabra y dice:

—Mira, Enar, haremos lo siguiente: hazme suposiciones sobre cómo era el asesino del setenta y tres, y luego, si te parece, lo comparamos con cómo podría ser el de ahora, ¿te parece?

Él asiente.

El sonido de un mensaje en el móvil de Isabel los hace parar. Ella lee en voz alta.

—Es de Guillermo: «Algo se mueve».

Cogen el equipo y observan los árboles.

Un abeto parece agitarse.

Algo sale de detrás.

Es un perro callejero.

Falsa alarma.

Están al final de un callejón, junto a un garaje, y observan que un matrimonio los observa descaradamente desde la ventana bien iluminada de la cocina. Decididamente, El Valle es un pueblo muy pequeño y la gente, quizá, demasiado cotilla.

—Espero que no llamen a la policía —dice él.

—Podíamos besarnos —contesta ella—. Ya sabes, para disimular.

¿Por qué ha dicho eso? Isabel se siente avergonzada. Enar la pone nerviosa, como una quinceañera, ¿por qué siempre queda como una imbécil cuando está con él?

Quedan en silencio y él retoma la palabra:

—Mira —dice—. Hubo un tipo que desarrolló una hipótesis interesante. Los asesinos en serie no son tontos, no suelen matar a la vecina de al lado, aunque de todo hay. Así que matan lejos del lugar donde viven, o al menos lo suficientemente lejos como para no despertar sospechas. Este tipo, Canter, hizo lo siguiente: describir un círculo que englobara los lugares donde actúa un asesino y apuntar justo al centro como lugar de posible residencia del tipo. A

veces ha funcionado. Pero, claro, en asesinos excursionistas, lo que se llama un transeúnte, que caza en una zona amplia, que se mueve. Mira —añade sacando un mapa—. He marcado los tres puntos donde desaparecieron las chicas: el pinar de la Fuente, algo al sur; más al este, el parque de San Jaime, y al norte, el camino que lleva a Talló. Es una zona muy pequeña para aplicar el círculo de Canter. Me da un triángulo.

—Cuyo centro cae en mitad del pueblo.

—Exacto.

—Algo hacia el sur del pueblo, pero sí, en el centro. Nada que no sepamos.

—Exacto. Porque sabemos que el asesino no parece un transeúnte; según la tipología de Hickey para mí es un Local, más que un Hogareño —apunta Enar.

—No te sigo.

—Mira, el *Hogareño* mata en su propia casa o lugar de trabajo, como una araña, donde se siente seguro. El *Local* selecciona a sus víctimas dentro de una provincia, a veces un condado o una ciudad. Suelen ser tipos con vida estable, trabajo fijo, asentados en un lugar, no tienen facilidad para desplazarse.

—Entonces el asesino del setenta y tres era un *Local*.

—Sí, está claro —responde él—. Y luego, según la tipología de Kim Rosso, creo que encaja en la descripción de Merodeador. El Cazador se desplaza buscando víctimas, el Trampero las atrae con algún tipo de señuelo y el Pescador es oportunista. El Merodeador vigila a sus víctimas y busca el momento adecuado. La falta de testimonios me hace pensar que no era un Pescador, que son oportunistas y actúan incluso cuando están trabajando. Eso es arriesgado, ¿sabes? Este no dejó rastro, sabía cómo y dónde hacerlas desaparecer.

—Todo eso no encaja mucho con la descripción de un retrasado mental como José Casares.

—Pues más bien no.

—Son las siete —dice ella—. Estamos fuera de hora.

—Sí, deberíamos irnos. Escribe Pau.

—¿Te hace una *pizza* en Marino's?

—¿Por qué no? —contesta Enar.

* * *

A la mañana siguiente, tras la sesión de esquí de fondo, Isabel y Enar suben a la buhardilla de la casa del escritor. Allí, un inmenso tablón de cedro, dispuesto sobre dos caballetes, hace las veces de mesa. Está lleno de papeles tirados aquí y allá. En la pared hay un tablón de corcho con múltiples anotaciones y las cajas de la DGS se acumulan al fondo.

—Pareces más delgada, Isabel —dice él mientras suben la estrecha escalera.
«¿Me ha mirado el trasero? —piensa ella—. No, qué tontería».

—Dios te oiga —dice Isabel—. Me haces sufrir en nuestras salidas por el bosque. Espero que ese ejercicio esté haciendo su efecto.

—Mejor para tu marido, ¿no?

Es la primera vez que Enar hace referencia a la vida privada de Isabel.

—Mi marido es un gilipollas. Me engaña. Tiene una putita en Barcelona y apenas vive en casa. Lo ha hecho toda la vida.

—Vaya —dice él—. Lo siento.

—Es lo que hay. Podríamos decir que ya no vivimos juntos.

—¿Has pensado en divorciarte?

Ella se queda parada.

—Pues ahora que lo dices, no. Pero sería lo más lógico.

Él la mira fijamente hasta que casi la pone nerviosa. Entonces, de pronto, dice:

—Si fueras mi mujer yo no te dejaría dormir sola.

Ella lo mira fijamente, sorprendida. No sabe muy bien cómo reaccionar. ¿Qué quiere decir eso? ¿Es un piropo? ¿Es un machista? Se azora. Como siempre que se pone nerviosa, habla:

—Y bien, ¿qué querías enseñarme?

Enar revisa unos papeles aquí y allá hasta que encuentra lo que busca:

—Aquí está —dice—. Son muchos los detalles que tengo que comprobar, leerme toda la investigación, ya sabes: sospechosos, coartadas, horarios... en fin, una locura, pero hay algo que me ha llamado la atención.

—Ya me dirás.

—Casares.

—¿Sí?

—Tanto tú como yo pensamos que no fue el asesino. Era una mole, sí, pero su cociente intelectual no llegaba ni a cincuenta y cinco, ¿te das cuenta? ¡No era ni *border line*! Era un auténtico retrasado, con lo que ello implicaba en aquella época. No lo veo capaz, ni de lejos, de cometer los tres crímenes y salir impune.

—No salió impune.

—Según has visto tú en la hemeroteca y yo en estos papeles, la investigación estaba bastante atascada. Lo pillaron por una simple casualidad.

—¿Cómo?

—Sí, ocurrió en unos billares que había en la calle Mirador. Una chica, que estaba en la puerta con unos amigos, montó un escándalo.

—¿Un escándalo?

—Sí, Casares pasó junto a ella y, según declaró la chica, él le tocó el trasero.

—¿Le tocó el culo?

—Sí, parece que ella montó una buena.

—Pero ¿la gente lo vio?

—No, ella declaró que en ese momento no dijo nada por miedo, que era un tipo inmenso y se sintió atemorizada. Acudió con su padre a la policía, por la noche, muy alterada.

—¿Y se llamaba?

—Espera —dice él mirando sus notas—. Emilia, Emilia Zurita. Y entonces... y aquí viene lo bueno, los policías venidos de Huesca se presentaron en la cabaña donde vivía Casares, apenas una choza. Trabajaba ayudando a un jardinero, un tal señor Blanco. Y esto es lo que me llama la atención, según dice el atestado: «Se personan para tomar declaración al acusado»...

—¿Y?

—Que llevaban una orden de registro del juez.

—¿Por qué? —pregunta Isabel.

—Ni idea, no tiene ni pies ni cabeza. Entonces, y fíjate qué casualidad, sobre la estufa, a plena vista, un agente encuentra un calcetín de niña que resultó ser nada más y nada menos que de Marta Martínez.

—La segunda víctima.

—El calcetín iba bordado con sus iniciales y la madre lo identificó.

Isabel se echa las manos a la boca. Parece consternada.

—Parece una trampa, Enar. Si a eso le sumamos que el abogado, Juanes, no recurrió y que luego recibió una transferencia de trescientas mil pesetas...

Ambos quedan en silencio.

—Casares se mató en el psiquiátrico —dice ella.

—Lo sé.

—¿Es una sensación mía o todo parece una trampa, una pantomima para hacer cargar a alguien con la culpa?

—Tiene toda la pinta, Isabel, pero si la policía, el juez, e incluso alguien con trescientas mil pesetas se tomaron tantas molestias para ir a por Casares es que hablamos de gente muy pero que muy importante.

—Enar, aquel caso lanzó la carrera del actual secretario de Estado de Justicia, Jover, y del alcalde, Fabregat. Hablamos de las personas más poderosas de El Valle e incluso con gran influencia a nivel nacional.

Ambos vuelven a quedar en silencio.

Isabel toma la palabra:

—Casares...

—¿Sí?

—¿Tenía algún antecedente por delitos sexuales?

—Estaba limpio como una patena. Solo tenía una detención por romperle la

nariz a un tipo que lo llamó subnormal.

Isabel sigue pensando.

—Pero, entonces, ¿el asesino siguió suelto?

—Eso me temo.

—Y según tengo entendido, esos tipos, una vez que empiezan a hacerlo, no dejan de matar.

—Así suele ser, sí.

—Pero no hubo más crímenes.

—Sí, como pasó con Jack el Destripador —dice Enar—. El asesino dejó de actuar de pronto. Es raro. Igual se trasladó de ciudad.

—Quizá deberíamos buscar crímenes parecidos en fechas posteriores en otras provincias.

—Eso sería buscar una aguja en un pajar, Isabel. No hay registros informáticos de aquella época.

Ella vuelve a colocarse las manos en la cara, para reflexionar:

—Podemos sacar dos conclusiones: Casares no fue, una, y la otra, que el supuesto asesino cambió de aires.

—O murió.

—¿Y ahora ha vuelto?

—Lo de ahora no lo estamos investigando. Seguimos sin datos suficientes. Es cosa de la policía. Lo nuestro es aclarar lo del setenta y tres.

—Conozco al señor Blanco, llevó mi jardín hasta antes de jubilarse; está en el asilo, iré a verlo. Has dicho que él empleaba a Casares.

—¿Y la chica de la denuncia, esa tal Zurita?

Isabel resopla:

—Es una puta, literalmente. Creo que anda metida en drogas.

—Haremos una cosa —responde él—. Mañana por la mañana ve a ver al viejo; a la tarde, si quieres, te acompaño e iremos a verla a ella. No quiero que vayas sola.

EL SEÑOR BLANCO

La residencia donde está ingresado el señor Blanco está estratégicamente situada junto al hospital comarcal de El Valle y a un paso del jardín de Santa Isabel, por donde los internos pueden pasear acompañados por las enfermeras y el personal al cargo. En esa época del año no es posible, así que todos los internos viven atrincherados en la residencia tratando de evitar las consecuencias que para ellos pueden provocar un simple resfriado o una mala gripe.

Isabel entra y pregunta en recepción. Según le dicen, Blanco no tiene familia alguna y nunca recibe visitas. Lleva allí más de diez años. Miente y adelanta que está haciendo un álbum con información sobre su familia y que quiere hacerle preguntas sobre sus padres, ya que fue el jardinero de su casa durante muchos años.

Un celador, joven y guapo, la acompaña a la 308.

A Isabel le llama la atención el cariño con que trata a los abuelos con que se cruza por los pasillos: una broma con uno, otra con otro, un piropo a una viejecita... Se nota que el joven disfruta con su trabajo.

—Son como niños —dicen el joven—. El señor Blanco tiene 83 años, el alzheimer comienza a afectarle y su mente va y viene, así que ya le digo que no se haga muchas ilusiones. Igual lo pillará usted en un momento de lucidez, que no articula palabra o suelta incoherencias. Ya la aviso.

Cuando se abre la puerta de la habitación Isabel se encuentra con un abuelo decrepito, flaco, con pijama y bata, sentado en un butacón desde el que mira por la ventana.

—¡Blanquito! —tienes visita, dice el joven llamando la atención del abuelo.

—¿Sí? —dice él como ilusionado—. ¿Quién?

Isabel se sienta en un taburete que hay frente a él y toma sus huesudas manos. No puede evitar el recuerdo de aquel hombre fuerte que podaba los setos de su casa, que cavaba y cortaba el césped. Un tipo rudo de enormes manos acostumbradas al duro trabajo a la intemperie.

—Señor Blanco, soy Isabel Amat. ¿Me recuerda?

El otro pone cara de no saber.

El enfermero se despide para dejarlos tranquilos.

—Cuando acabe, toque ese timbre y vengo a buscarla —dice a modo de despedida.

Isabel se centra en el abuelo, una vez a solas, e insiste:

—Sí, sí, los Amat, los de la serrería.

—¡Exacto! —responde ella.

Una conexión se establece en el cerebro del viejo, que abre los ojos y exclama:

—¡Claro, los Amat! ¡Buen jardín! Me acuerdo del arce que teníais en la parte de atrás, añoso y centenario.

—Correcto —dice Isabel animada.

—¿Y tu padre? ¿Cómo está?

—Me temo que murió, y mi madre también.

—Eran muy buenas personas —apunta el abuelo—. ¿Sabes? Una vez me hice un corte en una mano, profundo, tuve que estar un mes sin trabajar. Y ya sabes, si un jardinero no trabaja, no come. Tu padre siguió pagándome puntualmente como si hubiera estado haciendo mi trabajo.

Isabel se emociona; sabe que su padre, Juan, siempre fue un modelo en el trato a sus empleados, quizá de ahí su éxito en los negocios.

—¿Y cómo está usted? —pregunta ella.

—Bien, bien. Aquí me tratan muy bien. Veo la tele.

—Se preguntará por qué he venido a verlo.

El otro, muy ufano, contesta:

—Porque eres mi sobrina.

—¿Cómo?

—Sí, Flor, mi única familia, y tiene mucho mérito que hayas venido a verme desde Cádiz.

Isabel queda un poco descolocada. Al señor Blanco se le acaba de ir la cabeza.

—No, yo no soy...

—¿Y tus hijos? ¿Bien?

—Sí, sí, en la universidad —disimula.

Entonces piensa y saca unas fotos de sus hijos que lleva en la cartera.

—¡Qué mayores! Hará veintitantos años que no nos veíamos, ¿verdad?

—Verdad.

Se hace un silencio.

Isabel no se siente bien por lo que está haciendo, pero se decide:

—Tío.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de José Casares?

Un rictus de dolor asoma a la cara del antiguo jardinero.

—Claro, claro que me acuerdo del bueno de José. Era como un niño. Igual. Lo mismo. Muy trabajador. No tenía familia, como yo, y por eso le di trabajo; a mí me iba muy bien y necesitaba a alguien que me ayudara en ciertas tareas sencillas pero pesadas. José medía más de uno noventa, tenía una fuerza descomunal.

—¿Era bueno, dices?

—Como el pan. Su mentalidad era la de un niño de siete años, le gustaban los tebeos y hacer pajaritas de papel. ¡Y los helados! Le encantaban los helados. Era muy trabajador, obediente y educado.

—¿Tenía novia? ¿Hablaban de chicas?

—¿De chicas? ¿José? Si te estoy diciendo que era como un crío. Eso no entraba en su cabeza. Era una mente simple, hacía lo que se le decía y punto; era obediente, yo le pagaba y él vivía con eso. Leía sus tebeos en su cabaña y era feliz. No hacía daño a nadie.

—¿Entonces, el crimen?

—Se lo llevaron —dice Blanco de pronto.

—Sí, lo acusaron de matar a tres niñas.

—Él no fue. Se lo dije a la policía, al fiscal y al gobernador civil. No me tuvieron en cuenta. Yo lo conocía. No había un ser más afable e inocente en todo el pueblo. Pero claro, ellos sabían que yo era republicano y mi palabra no valía. Esos malditos franquistas. ¡Pobre José!

—¿Y por qué lo acusaron?

El viejo echa un vistazo a la ventana. Mira a uno y otro lado y, como asegurándose de que nadie lo escucha, añade:

—No se lo diga a nadie, pero creo que le cargaron el muerto. Los días pasaban y no daban con ninguna pista, la gente estaba nerviosa, el fiscal era un tipo ambicioso, eran días convulsos, la gente esperaba que Franco muriera y las autoridades no querían problemas de orden público. Yo fui a verlos, les dije que se equivocaban y, ¿sabes?

—¿Sí?

—Me amenazaron. El mismísimo policía al mando, que por cierto comenzó a hablarse con una moza del pueblo y luego se quedó aquí para siempre. Entró en política. Creo que empezó en la UCD y luego se paso al CDS.

—Fabregat.

—Sí, ese. El alcalde. Se me quedó mirando y dijo: «Tiene usted razón, señor Blanco, puede que Casares sea demasiado simple, quizá actuó dirigido por alguien que le decía qué hacer, ¿su jefe, quizá?».

—¿Y usted qué hizo?

—Me quedé de piedra. «El caso está resuelto», añadió, «¿quiere usted que

siga esa línea de investigación?». «¿Cómo?», dije yo. «Sí, la de si alguien le daba órdenes». Entonces, añadió: «Me han dicho que es usted un poco rojeras, ¿no?». La verdad, sentí miedo y salí de allí. No sabía muy bien de qué iba aquello y temí que me liaran. Estaban amenazándome con decir que yo le había inducido a cometer los crímenes. No insistí; me asustaron.

—Ya, es comprensible.

—¿Y qué tal tu padre, Isabel? —dice de pronto el viejo.

—Murió —repite ella al comprender que ya no la ve como su sobrina.

Entonces se decide a hacer una pregunta:

—¿Alguna vez molestó Casares a alguna chica, espió a alguna en las casas en que trabajaba, cogió ropa interior de alguien?

—Nunca.

—Pero hubo una joven, Emilia Zurita, que puso una denuncia contra José porque le tocó el trasero.

—¿Emilia? ¡Válgame Dios! Si yo te contara... Bueno, yo y todo el pueblo. Esa chica no fue nunca lo que se dice de fiar. Yo, entonces, era joven. Vamos, que tenía mis necesidades, ya sabes. Ella debía de tener quince años o poco más. De vez en cuando venía a mi casa y bueno, yo le daba cien pesetas...

Isabel queda en silencio.

—¿Sí?

—Pues eso.

—No lo entiendo, señor Blanco.

Isabel no quiere entender lo que el otro parece estar contándole.

—Que ella me hacía cosas. Con la boca, siempre. Era muy buena, no creas. Lo sabía todo el pueblo; me la recomendó Mirete, el carpintero. Le gustaba mucho el dinero y era facilona, todo el mundo salía ganando.

Isabel se hace una idea aproximada de todo aquello. Tiene que hablar con Emilia Zurita. Se levanta y da un beso al arrugado rostro del señor Blanco.

—Cuídate mucho, tío, volveré a verte —miente.

Y toca el timbre.

* * *

En El Valle no hay barrios conflictivos, pero la casa de Emilia Zurita parece sacada de uno de los peores suburbios de Madrid o Barcelona. Está apartada. Algo más allá del camino del Campal, donde continúa la carretera de la Sarga, sale un camino que discurre entre terrenos agrícolas y lleva al lugar donde vive la mujer. La casa, de madera blanca, vivió tiempos mejores. El porche tiene la mosquitera rota y aparece atestado de trastos. En un lateral de la casa se

acumulan objetos oxidados, chatarra y fragmentos de hierro como para vender al peso.

Un perro escuálido y lleno de ronchas les ladra.

Al fondo se ven algunos aperos de labranza, en mitad de un campo, y un granero derruido.

Isabel observa que en la entrada del porche hay colgados multitud de amuletos: indios, otros de aspecto africano, atrapasueños, plumas y distintos colgantes que se mueven con el viento.

—¿Qué desean? —dice un voz seca y bronca desde el porche.

Es Emilia Zurita. Está flaca como un cadáver y apenas conserva los dientes. Lleva la camisa metida por dentro y unos vaqueros sucios ceñidos por un cinturón que evidencia su extrema delgadez. Tiene la cara llena de pústulas y la piel muy ajada, como tantos y tantos adictos. Es un ejemplo de la degradación física a que la droga lleva a los seres humanos.

Enar mira, asintiendo, a Isabel.

—Me llamo Isabel y este es Enar, solo queremos hablar contigo.

—Te conozco, niña rica.

—¿Podemos pasar? —dice el noruego.

Emilia desaparece en el interior de su casa y deja la puerta abierta, como dándoles a entender que sí.

La tele está encendida, están emitiendo un concurso que a nadie le importa y aquello parece una pocilga. Envoltorios de *pizza* y comida preparada aquí y allá, vasos sucios y ceniceros llenos de colillas lo llenan todo en el pequeño salón.

—¿Tenéis tabaco?

—No —dice Enar.

Emilia se sienta en el sofá, parece agotada. Ellos dos lo hacen en dos sillas, no si cierta aprensión.

—¿Qué tripa se os ha roto?

Enar repara en que la mujer suda y se lleva las manos al estómago. Tiene calambres. Está en pleno mono. Quizá esos los ayude.

—Queríamos hablar contigo de un tema del pasado —dice Isabel.

—Mi pasado da mucho de sí —contesta Emilia, cuyo pelo es de varios colores, desgreñado, y comienza a clarear por tantos años de desnutrición.

Isabel hace una pausa:

—De José Casares.

Emilia los mira con cara de pocos amigos.

—De eso hace muchos años. Yo era una cría. Lo condenaron por asesinato y se mató.

—Tú lo denunciaste, ¿no?

—No, no sé. No recuerdo.

—Sí, dijiste que te había tocado el culo en la puerta de los billares. ¿Recuerdas si alguien más lo vio?

—Ni idea, no recuerdo de qué me estás hablando. Tengo cincuenta y seis años y no recuerdo meses enteros de mi vida. ¿Lleváis maría?

—Tu denuncia provocó su detención y que lo acusaran del asesinato tras registrar su chabola.

—¿Y? Que no lo hubiera hecho.

Isabel echa un vistazo alrededor. Las estanterías están llenas de estampas de santos. Un sagrado corazón preside el centro del aparador y hay talismanes y patas de conejo aquí y allá. Emilia Zurita le teme a algo. Y ese algo viene del más allá.

—¿Eres médium o algo así?

—Me gusta la ouija, sí. Los muertos existen, están ahí. Es un hecho.

—¿Son peligrosos?

—Cuando tienen motivos, sí —dice muy convencida.

—¿Crees que Casares tiene motivos para estar enfadado contigo? Me refiero allí donde esté, en el más allá.

Ella se queda mirándolos con la cara ida. Vuelve en sí.

—Yo qué sé. Bastante infierno es ya esta vida.

Enar toma la palabra, muy serio, contundente.

—Vaya mono estás pasando, ¿eh?

Ella asiente.

El noruego saca un fajo de billetes del bolsillo.

—Esto te aliviaría por una buena temporada. ¿Heroína?

—Me va más el cristal —responde ella salivando ante la perspectiva de una dosis.

Enar la mira y retoma la palabra:

—Es muy fácil. Solo quiero que me digas la verdad, ¿te tocó Casares el culo?

—Sí. Venga, la pasta.

—No, no. Piensa. ¿Lo inventaste? ¿Te dijo alguien que lo denunciaras?

—Sí, me lo tocó, era un bobalicón salido, como todos los tíos que pensáis solo en lo mismo. La pasta.

—No lo entiendes —Enar—. No me vale cualquier respuesta para darte tu droga, necesito la verdad.

—¡Que os den por culo!

—¿Te pidió alguien que lo denunciaras?

—¡Que no, dejadme en paz! ¡A la mierda! ¡A la mierda! —dice poniéndose en pie.

Entonces Isabel pone la mano sobre el brazo de Enar para que no siga hablando.

—¿Has visto a Rosa? —suelta de sopetón.

Emilia ladea la cabeza como negando.

Isabel insiste:

—Ha vuelto, ¿lo sabes? Juanes se suicidó. —Isabel insiste, muy seria.

—No... No... —dice la drogadicta moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—La has visto, ¿verdad? Mucha gente lo ha hecho. Preguntó por Juanes, iba a por él. ¿Sabes por qué? Por lo que le hicieron a Casares. Las otras dos niñas no tardarán en volver también. Y luego vendrá José; él es el que quiere vengarse. Seguro que las ha enviado. Él lo juró, ¿sabes?, en los juzgados. Juró que volvería para vengarse. —El tono de voz de Isabel ha ido tornándose cada vez más lúgubre, como si estuviera contando un cuento de miedo a un grupo de infantes en un campamento de verano.

Enar mira a Isabel totalmente sorprendido.

—¡Yo no hice nada! —grita Zurita.

—¡Mentiste!

—¡Luciano me pidió que lo hiciera! Estábamos esperando a que yo fuera mayor de edad para que él dejara a su mujer.

—¿Luciano? —pregunta Enar.

—Sí —sigue Emilia—. Era jefe del Movimiento en El Valle, de Falange. Luego, el muy hijo de puta dejó a su mujer y se fue con una negra a Canarias. Me la jugó bien, se rio de mí.

—Así que... mentiste —añade Isabel.

—Sí, Luciano me dijo que tenían identificado al asesino, pero que no tenían pruebas. Que sabían quién era y tenían que resolver el caso ya. Me explicó que si yo denunciaba a Casares tendrían una excusa para entrar a su casa y hacer un registro. ¡Estaban seguros de que era él!

Isabel y Enar se miran sonriendo. Ahora tienen la confirmación de lo que habían sospechado desde el principio.

—Mandaste a un inocente a la cárcel —dice Enar.

—¡Era un cerdo, un retrasado mental, un asesino!

Isabel se levanta de golpe:

—¡Vámonos, Enar, aquí no nos queda nada que hacer!

El escritor se levanta y Emilia dice:

—¿Y mi dinero?

Enar le arroja el fajo con desprecio.

Cuando salen por la puerta la oyen decir:

—Y que conste que yo no os he dicho nada.

BERNARDO OTRA VEZ

—No sé cómo va a acabar lo de las chicas desaparecidas ahora, pero puedo asegurarte que lo del caso del setenta y tres hiede —dice Enar.

Isabel y el escritor están en casa de ella, sentados a la mesa del salón ante una tabla de quesos y una buena botella de vino.

—Tengo que reconocerte que estoy consternada. Condenaron a un hombre inocente a sabiendas.

—Sí, ahora lo sabemos con seguridad.

—Bueno, lo que diga esa drogadicta no tiene validez ante ningún tribunal. Pero nos ha contado lo que hicieron.

—Al menos ahora estamos seguros.

—Pero ¿te das cuenta? Le cargaron el muerto a un pobre subnormal. Podía haber ido al garrote o haber sido fusilado; es cierto que a Franco le quedaba poco, un par de años, pero la pena de muerte estaba vigente. Aunque fue aún peor, se mató en el psiquiátrico. Esa gente no tiene moral.

—Eran otros tiempos, Isabel; en Europa también se cometieron muchas injusticias hace años. Ahora, con la técnica del ADN se han descubierto muchos casos similares. La policía actuaba de otra forma, en algunos lugares no había ni unas mínimas garantías democráticas y los cuerpos de seguridad buscaban cabezas de turco. Se tiraba de los soplones, se apalizaba al que fuera y caso resuelto, en cuanto el pringado de turno firmaba la confesión, adiós muy buenas. ¿Sabes cuántos inocentes han pagado injustamente? Casares no es una excepción.

—Pero es una vergüenza, ¿por qué lo hicieron?

Enar apura un trago de vino y se lo piensa:

—Yo lo veo claro. Tenían tres niñas muertas, el pueblo asustado, toda la prensa nacional husmeando por El Valle, presiones desde arriba —créeme, sé lo que es eso—, y al ver que ya no había más desapariciones decidieron cargarle el muerto a un pobre subnormal. De hecho, fíjate, se encargaron de que le cayera reclusión en una institución, cuando aquí, en plena dictadura, la Justicia era muy dura en casos así. Lo arreglaron todo. El policía ese que ahora es alcalde, el fiscal y las autoridades, todos quedaron bien. Y solo perjudicaban a un pobre

tonto que no se enteraba de nada.

—Juró volver del más allá a vengarse. Y se suicidó. Luego Casares fue perfectamente consciente de lo que le acusaban. Debió de sufrir mucho.

—Sí, en eso tienes razón.

—¿Y el verdadero asesino? —dice Isabel.

Enar se acaricia la barba:

—Supongo que puso pies en polvorosa. Le tocó la lotería.

—¿Y cómo lo buscamos?

—Es muy difícil. No podemos saber si siguió actuando en otro sitio porque los datos de aquella época no están informatizados. Puedo hablar con mis amigos de Madrid para buscar un patrón similar. Lo normal es que siguiera operando, salvo que...

—Que muriera o que fuera Casares.

—¡No digas tonterías! Hemos oído a esa puta. Lo amañaron todo.

—Igual tenían alguna información, algún soplo. A veces se sabe quién es el culpable pero no se tienen pruebas, créeme. Puede que en el fondo supieran algo.

—¿Y las trescientas mil pesetas a Juanes por no recurrir?

—Sí, es cierto. Eso parece un soborno. No habrían sobornado al abogado de ser culpable su defendido. Les habría dado igual que recurriera.

Los dos se quedan en silencio.

—¿Y qué hacemos? Estamos perdidos —dice ella.

—No, Isabel, no seas pesimista. Hemos obtenido mucha información. Sabemos más que nadie. Sabemos que Casares no fue, que sobornaron a su abogado, Emilia nos ha corroborado que le tendieron una trampa.

—Ya, ¿y?

—Que no vamos mal. Sabemos quién no fue. Ahora nos toca averiguar quién lo hizo.

—¿Cuarenta y un años después?

—Sí, suena difícil, pero es lo único que tenemos. Eso y seguir vigilando el parque de San Jaime.

—Está bien, mañana hablaré con mi amigo Adrián, como ya te comenté, trabaja en un banco y es miembro de la sociedad histórica local. Hablaré también con los familiares de las otras dos niñas desaparecidas: Marta Martínez y Lolita Alcaraz.

—De acuerdo, yo seguiré repasando los papeles de la DGS. A ver qué encuentro.

—Mañana no te acompañaré a esquiar, iré a ver a Adrián.

—De acuerdo. Te está sentando bien, ¿sabes? El ejercicio, digo.

Ella se ruboriza. Enar la está mirando desde el fondo de sus ojos azules y lo

está haciendo de una forma que la hace temblar. Se siente, una vez más, como una adolescente.

Entonces se abre la puerta de la casa.

Es Bernardo.

Se queda en el vestíbulo, de pie, con las llaves en la mano y la boca abierta:

—¿Y esto? —dice.

—Buenas noches primero, ¿no? —dice Isabel.

—¿Qué coño es esto? —dice Bernardo de muy malas maneras.

—Bueno... —Enar se levanta—, yo ya me iba.

—No, Enar, no es necesario —dice Isabel.

—¿Enar? —Bernardo levantando la voz.

—Ya hablaremos —dice el noruego poniéndose el abrigo—. Gracias por el vino y el queso. Buenas noches.

Antes de que puedan darse cuenta, Enar se ha ido.

La puerta de la calle permanece abierta. Entra un frío de mil demonios e incluso copos de nieve que amenazan con acabar estropeando todo el parqué del suelo.

—¿Vas a explicarme qué es esta mierda? —dice él.

—Nada, no es nada.

—¿Te lo estás follando?

—Bernardo... ¿qué dices?

—¡Ya me lo habían avisado! Que ibas pavoneándote por ahí con un tipo extranjero, ¡un guaperas! Que os habían visto cenando, en el coche, a escondidas. ¡Pero no podía imaginarme que tuvieras la desvergüenza de traerlo a casa! Aprovechas que me doy la vuelta para traer el pan a esta casa para engañarme.

—Bernardo. Te vas.

—¿Estás más delgada? Te estás cuidando para él, ¿no es eso? ¡Estáis follando!

—¡He dicho que te vas!

Él da un paso y se sitúa frente a ella, amenazante.

—¡Eres mi mujer!

Ella niega con la cabeza:

—No, no soy tu mujer. Soy la que te lava la ropa. Te has follado a media Barcelona, has hecho abortar a chicas —él da un respingo sorprendido de que ella sepa algo así— y tu putita de turno es Evelyn Carrera. Tu trabajo no te da motivos para dormir en Barcelona seis noches por semana. ¿Me tomas por imbécil? Quiero el divorcio.

—¡Que te follen!

—Puedes decir lo que quieras, pero estás fuera de mi vida, Bernardo; eres un putero y un cerdo. Me das asco.

—¿Qué quieres, follarte a ese *hippie*?

—Sí, me lo voy a follar, ¿qué pasa? Seguro que lo hace mejor que tú, que no me has tocado en cinco años.

Bernardo le propina un tremenda bofetada.

Isabel sale algo despedida hacia atrás. Se toca la cara. Se rehace. Levanta la mirada y, de pronto, sin pensarlo, propina un rodillazo en la entrepierna a Bernardo, que cae doblado como un junco. El miserable se retuerce de dolor. Mientras hace esfuerzos por respirar, ella se agacha, tira bien fuerte de la corbata y dice:

—Mira, media mierda. Esta casa es mía. Está a mi nombre; mis padres, que sabían quién eras, se aseguraron de ello. Tienes media hora para recoger tus pertenencias y salir cagando leches de aquí. Has pegado a una mujer y llevo la señal en la cara. Voy a salir a dar un paseo. Esta es mi casa. Si cuando vuelva te veo aquí, me volveré a la comisaría de la policía local y tendrás una denuncia por agresión. Esto es violencia de género. No te digo como puedes acabar, imbécil.

A la vez que el otro farfulla y se retuerce, Isabel toma el teléfono móvil de su marido, que ha rodado por el suelo.

Mira el último mensaje.

Es de Evelyn.

«No me escribas más, Bernardo, ya te dije que hemos terminado. Lo quiero a él».

Isabel sonrío:

—¿Es esto lo que te pasaba? ¿Esa puta te ha dejado? ¡Y ahora pasas por casa! Él levanta la mirada, parece un perro apaleado.

—¿Sabes que te digo? ¡Me alegro! Te lo mereces, gilipollas. Te llegarán los papeles de mis abogados. No necesito ni pensión.

Entonces se pone el abrigo y antes de salir a la intemperie se gira. Él está de rodillas, en el suelo. El poco pelo que conserva se le ha ido a un lado y su calva parece más ridícula que de costumbre.

—Ah, y tienes media hora. Si no, dormirás en el calabozo. No quiero volver a verte por aquí.

* * *

A Adrián se le ilumina la cara al ver aparecer a Isabel por la oficina de la caja de ahorros:

—¿Vienes a verme?

—Pues claro —contesta ella sonriendo—. ¿A quién si no? ¿Tomamos un café?

—Pero ¿qué te has hecho? ¡Estás estupenda!

Ella sonrío. Lleva unos tejanos que no se ponía desde hacía diez años.

—Deporte —contesta—. Mucho deporte.

—¡Madre mía! Si no fuera porque estás casada con ese idiota de Bernardo te tiraba los tejos ahora mismo. Pero con malas intenciones, que conste; nada serio, solo sexo. Tú y yo amantes. ¿Imaginas?

—Anoche lo mandé a la mierda.

—¿A quién?

—A Bernardo, no podía ser de otra manera.

—¡Vamos, vamos! ¡Tienes que contármelo todo! —dice Adrián cogiendo su chaqueta.

Cruzan la calle a toda prisa y acaban en el único Starbucks del pueblo. Suele estar lleno de turistas cuando es temporada alta. De momento, es un lugar tranquilo.

—¡Cuenta! ¡Cuenta! —dice él, ávido de noticias.

Ella le cuenta el incidente de la noche anterior:

—Pero tú y el noruego...

—¡No, Adrián!

—Pero estaba cenando en tu casa.

—Llevamos un asunto entre manos, por eso he venido a verte.

—Acabáramos. Siempre igual. Solo me quieres por el interés.

Ella bromea:

—Sabes que siempre serás mi segunda opción.

—¿Segunda? Bernardo ya no está en juego.

Ella sonrío con timidez.

—¡Ah, claro! —se queja Adrián—. Estás loquita por el escritor ese ¿no?

Isabel vuelve a sonrío.

—No, no. No disimules. Si lo he visto. Es un tiazos. Si yo fuera gay, como rumorean en el pueblo, le tiraría los tejos. Un tipo alto, grande, guapo y misterioso. ¿Sabes? Si te descuartiza con una sierra eléctrica luego no me vengas con quejas.

Los dos estallan en una carcajada.

A Isabel, Adrián le parece adorable. Hace tiempo, en efecto, que en el pueblo se rumorea que es homosexual, pero en un lugar tan pequeño como aquel todo el que no se casa antes de los treinta es sospechoso de ser gay. A pesar de sus bromas, siempre se ha portado bien con ella, la ha tratado como si fuera una

diosa pese a que ella era la primera en sospechar que Adrián pudiera ser gay. Aunque, si lo es, ha sabido ser muy discreto al respecto durante muchos años. No se le conoce ninguna historia con nadie en toda su vida, ni de uno ni de otro sexo. Solo aquel breve noviazgo con ella, un par de semanas y unos besos junto al río en las fiestas del pueblo.

Las empleadas avisan a Adrián por el altavoz y va a recoger los cafés.

—Bueno, ya me dirás eso que quieres preguntarme —dice sentándose al fin.

Isabel sonríe con aire pícaro:

—Está relacionado con tu pandilla de raros.

—¿Mensa?

—No, la otra.

—Ah, la sociedad histórica de amigos de El Valle. Y no somos raros.

—No voy a entrar en eso.

—¿Y qué se te ofrece en relación con la historia de nuestro pueblo?

—Primero, jura que no vas a contar nada.

—Huy, qué misteriosa.

—Es un asunto jodido, Adrián.

—Soy una tumba, lo juro.

—Bien. Como sabes, comencé a hacer un álbum familiar...

—Sí. Me pareció una idea genial.

—Fui a la hemeroteca y encontré noticias sobre un hecho que desconocía.

—¿Del pueblo?

—Del pueblo.

—¿Y qué, si puede saberse?

—Los asesinatos del setenta y tres.

Adrián hace una mueca.

Isabel sigue hablando.

—He ojeado todas vuestras revistas y nunca habéis hablado del asunto.

—Es una revista mensual, el contenido es limitado. Es cuestión de espacio, nada más.

—¡Pero si dedicáis dos páginas a una calabaza gigante que apareció en el 56! En este pueblo no pasa nunca nada y no habéis tratado nunca ese tema. Es raro, ¿no?

—No; bueno, sí.

—No te sigo.

—Ten en cuenta, Isabel, que nosotros tiramos mucho de archivo; y miramos cosas antiguas, ya sabes: los primeros pobladores de la zona, la miseria que había aquí en el XIX y siglos anteriores, una vida rural en alta montaña y con un clima durísimo. En fin, que si la situación de los primeros habitantes del pueblo,

que si la endogamia; vamos, todo eso. Si acaso algún tema de la guerra civil.

—¿Y esto te parece poco interesante? ¡Tres niñas asesinadas! ¡Un asesino en serie en El Valle! Salió hasta en la prensa nacional.

—Demasiado contemporáneo.

—Jodidos *freaks*.

—No te pases, bonita.

Los dos se quedan en silencio por un momento.

—Además, no he dicho que el suceso no fuera objeto de análisis por parte de la sociedad; usamos mucho la hemeroteca, ¿sabes?

—¿Y?

—Digamos que se produjeron ciertas controversias sobre la necesidad de sacar un artículo sobre ello.

—¿Por qué?

—No es un tema agradable.

—Tampoco es el del contrabando, la tasa de subnormalidad o los republicanos que iban a pasar la frontera y eran entregados por guías lugareños a las autoridades franquistas.

—Está muy cerca en el tiempo y había ciertos intereses.

—¿Intereses?

—A ver, Isabel, a ti no se te escapa quien es nuestro principal financiador, ¿no?

—El Ayuntamiento.

—El Ayuntamiento.

—¿Y?

—Que el Ayuntamiento tiene una persona delegada en nuestro consejo que quieras que no controla qué hacemos con ese dinero público que se nos da. La idea que tienen ellos es que generemos una publicación que atraiga al turista, ya tenemos esquí de fondo, *trekking*, montañas, *mountain bike*, *rafting*, deportes acuáticos en verano, y un poco de historia no viene mal. Poder visitar ciertos lugares emblemáticos atrae más gente: iglesias, algún retablo; ya sabes, lo típico.

—¿Y?

—Pues que quieren que nos centremos en eso.

—Pero fueron unos crímenes atroces.

—Lo sé, Isabel, estudiamos el caso. De hecho, se preparó un artículo, yo hice un refundido. Se lo di a la representante del Ayuntamiento, Sara Cox. A los pocos días vino a verme al banco y dijo que ese artículo iba fuera. Que no querían espantar turistas. Según me comentó, el alcalde Fabregat había dicho que bastante trabajo había costado que todo se olvidara.

—Vaya.

—Fabregat fue el policía que resolvió el caso, ¿lo sabías? —pregunta Adrián
—. Vino con otros cinco policías armados y un par de inspectores desde Huesca; él estaba al frente, era el hombre al mando en Huesca.

—Sí, Adrián, lo sé. Perfectamente.

—¿Y qué interés tienes tú en este asunto, querida?

Isabel toma un sorbo de café y mira a su interlocutor con cara de pocos amigos:

—¿Has notado que han desaparecido dos niñas recientemente?

Adrián se lleva las manos a la boca con los ojos muy abiertos:

—¡Es cierto! —exclama.

—Pues eso. Ahí lo tienes.

—¡Se están repitiendo los hechos!

—Calla, Adrián, te van a oír.

—¿Y se lo has dicho a las autoridades?

—Claro, a la Policía Nacional.

—¿Y qué han dicho? Estarán siguiendo el patrón de aquellos asesinatos, los lugares y las pistas.

—No me hicieron ni caso.

Adrián queda pensativo.

—Me parece poco profesional.

—Igual ellos tienen razón y nosotros estamos equivocados.

—¿Estamos?

—Enar y yo.

—Ah, lo olvidaba, tu nuevo novio.

—No es mi novio —dice Isabel deseando que lo fuera. Decididamente lleva mucho tiempo sin sexo y casi todas las noches tiene sueños eróticos.

—¿Y qué vais a hacer?

—Pues como no hay cuerpos que analizar y solo se han producido dos desapariciones en vez de tres, estamos investigando lo del setenta y tres a ver si sacamos algo que nos ayude. Estamos vigilando el parque de San Jaime, que es donde desapareció la tercera chica para cazarlo si repite los hechos como sospechamos.

—¿Y cómo lo hacéis? ¡Qué emocionante! ¿No os da miedo?

—No, Guillermo Pau se sitúa a un lado de el parque de San Jaime y nosotros al otro, ya sabes, con la rambla por medio.

—No podéis controlar todo ese terreno, hay muchos árboles.

—Lo sé, pero esperamos cazarlo.

—¡Un asesino en serie en El Valle! ¡Quién lo diría! Y esa niña muerta que apareció en Halloween, esa es otra. Por no hablar del suicidio de Juanes.

—Mantén la cabeza fría, Adrián.

—Sí, sí; veo demasiadas series de televisión de policías.

—Una última cosa.

—¿Sí?

—Me dices que preparasteis un artículo sobre el tema. ¿Cuál era vuestra hipótesis?

—No te entiendo, ¿hipótesis?

—Sí, según vuestras informaciones, ¿quién era el culpable?

—¿Pues quién iba a ser? Casares.

FABREGAT

—**H**as hecho lo que debías, Isabel —dice Enar refiriéndose al asunto de Bernardo y entrechocando su copa con la de ella.

—¿Qué vas a darme de cenar? —pregunta ella.

—He preparado lasaña.

—Me encanta.

—Anoche, cuando salí de tu casa, esperé un poco. Temí que tu marido se pusiera violento.

—No, es un mierda.

—Ya, pero a fin de cuentas, yo había provocado esa situación.

—Tú no, él y sus queridas. ¿Cómo he podido creerme que durmiera en Barcelona durante seis días semanales si su empresa tiene una oficina en Huesca, a apenas una hora de aquí? Es cierto que hay muchos proyectos de su empresa en Cataluña y que debía acudir a despachar a Barcelona un par de veces por semana. Pero de ahí a no dormir nunca en casa hay un buen trecho. He sido una tonta.

—Bueno, eso ya ha pasado.

—Y tanto. Soy una mujer libre. Mi casa es mía y no tiene excusa alguna para aparecer por ella —contesta volviendo a chocar la copa de Enar, que sonrío abiertamente.

Isabel toma de nuevo la palabra:

—Apareció así porque su amiguita de turno lo había dejado, ¿sabes?

—Ya.

—Me siento liberada. Puedo hacer lo que quiera: irme de viaje, ir a visitar a mis hijos o estudiar de nuevo.

—Te recuerdo que estás en medio de una investigación criminal.

—¿Temes que te deje solo?

Enar sonrío:

—¿La verdad? Sí.

Ambos quedan en silencio, mirándose a los ojos.

Suena el timbre del horno.

Durante la cena, Isabel lo pone al día de la conversación con Adrián y las presiones del Ayuntamiento para que el tema de los crímenes del setenta y tres no apareciera en la revista de la sociedad histórica.

—Voy a hablar con el alcalde Fabregat —dice muy resuelta.

—¿Estás loca?

—No, nunca he estado más cuerda. Mira, Enar: sabemos que Casares era inocente, que sobornaron a Juanes, que convencieron a una putita para que pusiera una denuncia falsa. Fíjate, a un alma pura como José. ¡Qué cerdos! Es obvio que la mierda los sobrepasó con creces.

—Isabel, si no he entendido mal, tu alcalde, Fabregat, y ese tipo que tiene un gran cargo en Justicia, Jover, comenzaron unas carreras meteóricas gracias a este caso. Lo último que puede interesarles es que se sepa que pagó un inocente.

—¿Y por qué le echaron la culpa a Casares? —pregunta ella.

—No es la primera vez que lo veo —dice él—. Una jugada muy típica de servicios de inteligencia: cuando hay un crimen que no se puede resolver, cuando se está totalmente a ciegas, se le cuelga el marrón a un confidente o algún desheredado.

—¿Y a quién protegían?

—Puede que a nadie. Igual creían que era Casares y fabricaron las pruebas. Igual lo hicieron simplemente para acabar con las presiones de arriba y de la opinión pública. Supongo que en el franquismo las cosas se resolverían de ese modo. Aunque, ¿sabes? He encontrado algo raro.

Entonces se levanta y conforme sube las escaleras dice en voz alta.

—Iba a esperar a después de los postres, pero quiero enseñártelo ahora:

Al momento baja con una subcarpeta roja de cartulina en la mano:

—Mira —dice abriéndola—, he seguido leyendo el material de la DGS, he abierto cajas, he leído faxes, fotocopias y declaraciones, y observa esto.

Ella lee en voz alta:

—Delincuentes sexuales fichados, El Valle. ¡Vaya!

—Interesante, ¿no? Es lo primero que se hace, tirar de la lista de delincuentes sexuales de la zona. Se les empieza a apretar, a comprobar coartadas, qué han hecho en los últimos tiempos; en fin, lo típico. El Valle apenas tenía cinco mil habitantes. Solo tenían una lista de tres posibles.

Ella toma la lista en la mano y lee en voz alta:

—Norberto Ruiz, mecánico. Antecedentes de exhibicionismo. ¿Sabes? Yo conocía a este tipo, era muy amable. Murió hará unos diez años.

—Pues no es nuestro hombre; de ser él, habría seguido matando. He leído sus declaraciones. Tenía coartada, siempre estaba en casa con su mujer y sus hijos lo corroboraron. No sacaron nada en claro contra él.

—¿Crees que era peligroso?

—Se sacó la colita delante de un par de colegios de monjas cuando tenía veinte años, no pasó de ahí. Cosa rara, un don nadie.

Isabel sigue leyendo:

—Ricardo Fernández Pascual, profesor particular de piano. A este no lo conozco —dice ella.

—Deduzco por las declaraciones que le dieron cera de la buena. En cuanto comprobaron sus coartadas, salió por piernas de El Valle. Luego se produjo el tercer crimen, cuando ya estaba en Huelva. He llamado a Madrid, a Canillejas. Tuvo varias condenas posteriores, por toqueteos, no más, pero lo suficiente para pasarse media vida en la cárcel.

—¿Y el tercero? —pregunta Isabel.

—Eso es lo raro.

Enar levanta un folio; es la declaración del supuesto sospechoso, está repleta de tachones de tinta negra.

—Como puedes ver, donde dice «nombre» hay un tachón, también en «profesión» o «dirección», y así en todo lo relativo a sus datos personales.

—¿Y cómo es eso?

—Pues me temo que o bien en comisaría o en el juzgado se tomaron muchas molestias como para mantener en secreto la identidad de este sospechoso.

—¿Un miembro respetable de la comunidad?

—Bien podría ser —dice Enar—. El oficial que firma el atestado declara que tiene coartada para los días clave, aunque también están tachados los nombres de las personas que estaban con él.

—Qué raro, ¿no? ¿Y cargaron el muerto a Casares para librar a este?

—Eso es adelantar mucho los acontecimientos, Isabel.

—¿Y qué dice la declaración?

—No hay contacto entre el sospechoso y las víctimas. Salvo la primera, con la que coincidió un par de veces en el invernadero por... dice literalmente «su afición a las orquídeas».

—Mi padre era aficionado a las orquídeas —contesta Isabel. Ambos quedan en silencio—. ¿Y adónde fue el sospechoso tras los crímenes?

—No lo sabemos, Isabel, no sabemos su identidad, no sabemos si se fue o se quedó.

—Todo esto huele muy mal; digas lo que digas, voy a hablar con Fabregat.

—Es el alcalde, sé prudente.

Enar saca una *creme brulée* de postre y toman una copa junto a la chimenea.

En silencio.

Isabel parece perturbada por lo de las orquídeas.

Entonces se levanta y dice:

—Estoy cansada, ¿vengo a esquiar mañana?

—Por supuesto —dice él—, el ejercicio nos ayuda a pensar.

Enar la acompaña a la puerta. Hace un frío terrible.

—Podías quedarte a dormir.

—No, hoy prefiero estar en casa —dice ella poniéndose el abrigo.

Están frente a frente.

Isabel se queda embelesada con sus ojos azules.

—Estás muy guapa esta noche, Isabel —escucha que dice él.

Cuando quiere darse cuenta, están besándose. Un beso largo, húmedo y maravilloso. Dulce, pero sensual. Sin saber muy bien cómo, Isabel percibe que Enar está apretándole los pechos. Siente que la sangre le sube a la cabeza, se siente excitada. Jadea.

—No, no —se escucha decir—. Esta noche, no. Te veo mañana. Antes pasaré a ver al alcalde.

Y sale a toda prisa de allí.

* * *

Isabel apenas puede pegar ojo. ¿Es idiota? Podía haberse acostado con Enar y ha salido de allí a la carrera. ¿Qué le ocurre? Ella sabe lo que le pasa. Las orquídeas. Las malditas orquídeas. El sospechoso al que protegieron las autoridades en aquel momento debía de ser alguien respetado en la comunidad. Todos los datos personales están tachados. ¿Por qué? ¿Quién era? En la declaración dice que coincidió con una de las chicas en el invernadero, con las orquídeas. A Rosa Benet, la primera víctima, le gustaban las flores.

El padre de Isabel iba mucho por allí, era un enamorado de la orquídeas.

Su mente da vueltas y vueltas.

¿Podría ser su padre el misterioso protagonista del expediente en el que alguien tachó todos los datos del sospechoso? ¿Por qué hicieron algo así?

Entonces, una luz se enciende en su cerebro.

¿Por qué dejó su padre la policía en Barcelona?

Según le dijeron, porque iba a nacer ella y sus padres buscaban un lugar tranquilo, sin delincuencia, donde ver crecer a sus hijos. Siempre ha sido demasiado desconfiada, lo heredó de su madre, que siempre decía: «piensa mal y acertarás».

¿Por qué dejó su padre la gran ciudad? Porque iba a nacer ella, sí. Aunque en una ocasión, tras una comida y con sendos *whiskies* en la mano, escuchó a su tío Fran decirle a su padre:

—Hiciste bien en dejarlo tras el incidente.

«El incidente».

¿No dejó su padre la policía de manera voluntaria? Su tío Fran no se vino al pueblo, siguió en Barcelona y crio allí a sus hijos. ¿Qué pasó?

¿Podría ser su propio padre uno de los tres delincuentes sexuales a los que se investigó en el setenta y tres? A ella le consta que hacía generosas donaciones a la UCD y luego a Alianza Popular. Es obvio que se cubría las espaldas llevándose bien con unos y con otros. Fabregat, el alcalde, perteneció a la UCD. Luego pasó al CDS y ahora gana las elecciones de calle como independiente.

Malditas orquídeas.

El sospechoso había tenido contacto con Rosa porque era aficionado a las orquídeas.

Su tío Fran está muerto.

No puede ayudarla.

Necesitaría hablar con alguien de aquella época, que compartiera comisaría con su padre y su tío.

No, no. Es una locura.

Entonces comienza a escucharse otra vez: el maldito cascabel.

Es imposible. Ese perro está muerto.

¿Qué está pasando en ese pueblo?

Debería haber dormido donde Enar; ahora estaría disfrutando del sexo, durmiendo abrazada a un tipo de más de uno noventa.

El cascabel vuelve a sonar.

Desactiva la alarma. Se atiza dos píldoras para dormir y baja al salón para tumbarse en el sofá con la tele encendida. Se deja acompañar por el bate de béisbol.

* * *

Isabel se despierta de mal humor: se ha desecho de Bernardo, Enar tomó la iniciativa y entonces sucede lo de las orquídeas. ¿No será una neurótica? ¿Un ama de casa al borde la menopausia?

Es una simple casualidad. ¿Por qué el misterioso expediente con el nombre tachado habría de ser de su padre? Está claro que se ha obsesionado con eso.

Sale y coge el periódico.

El titular del *El Eco del Valle* casi le hace caerse de espaldas:

¿SE ESTÁN REPITIENDO LOS CRÍMENES DEL SETENTA Y TRES?

Mientras desayuna, examina el tabloide. El redactor habla de los crímenes de hace cuarenta y un años, hasta ahora olvidados por gran parte de la población, y

establece los paralelismos que estos tienen con las dos desapariciones de la actualidad. En varios momentos se alude a que están repitiéndose los hechos y que el asesino puede haber vuelto. Hace referencia a una posible inocencia de Casares «según fuentes fiables de la investigación» y, para rematar rememora el incidente de la niña disfrazada de muerta que preguntó por Juanes antes de que este se suicidara.

Isabel se echa las manos a la cabeza.

Si las autoridades lo tenían difícil para hallar los dos cuerpos de las niñas desaparecidas, esto no hace sino complicar al máximo el escenario. En páginas centrales viene un dossier sobre los crímenes de Casares con fotografías de las víctimas; el mismo condenado; el policía al cargo, Fabregat, y el fiscal de entonces, Jover.

¿Quién ha filtrado esto a la prensa?

Ella solo se lo había dicho a Guillermo Pau y Adrián, que parecen de confianza, pero hay que recordar que la policía también lo sabía y, por ende, la policía local.

Siente que todo aquello que toca se convierte en mierda.

Entonces sube al trastero y baja con varios álbumes y cajas de recuerdos.

Empieza a echar un vistazo.

Es consciente de que los crímenes comenzaron pocos meses después de que llegaran sus padres. ¿Por qué dejó su padre la policía de Barcelona? Comprueba que Juan fue miembro del consejo ciudadano del pueblo, integrado por quince notables, gente de orden a ojos del Régimen, desde prácticamente su llegada. Un cargo importante, miembro de un órgano consultivo pero con influencia. Los hombres más adinerados que, en realidad, controlaban el destino de El Valle.

Lo dejó en octubre de 1975.

Una semana después del suicidio de Casares.

¿Otra casualidad?

Entonces toma una vieja fotografía en blanco y negro:

Aparecen su padre y un sacerdote de aspecto afable. Cada uno de ellos tiene una orquídea en la mano con su correspondiente maceta. La de su padre dice «segundo premio», la del cura es la ganadora.

Da la vuelta a la instantánea y ve la letra de su padre:

—Con el padre Baillo, concurso 1973.

¡Malditas orquídeas!

Decide salir de allí a toda prisa.

* * *

—No tengo mucho tiempo para ti, Isabel —dice el alcalde Fabregat. Un tipo rechoncho, con cara de pan y de amplia barriga, que luce unos ostentosos tirantes.

Ella toma asiento frente a su mesa de despacho.

—Tengo que hablar con usted urgentemente.

—No sabes la que tengo liada, Isabel. Esas dos niñas desaparecidas a estas alturas deben de estar muertas y para colmo, lo de la prensa de hoy. Has sido tú, ¿verdad?

—¡No!

—¡Sé que has estado haciendo preguntas al respecto!

—¿Y?

—Los profesionales te dijeron que son casos distintos. ¡No hay ningún imitador, maldita sea!

—¡Yo no he hablado con la prensa! De hecho, Enar y yo fuimos directamente a la policía. Los crímenes están repitiéndose.

—Ya —él, con sarcasmo—. Y una niña muerta ha venido a vengarse del más allá. Enviada por Casares.

—¿Quiere que hablemos en serio o no?

Fabregat apoya las manos en la mesa y resopla, como conteniéndose:

—Dime, Isabel.

—Estamos estudiando a fondo los crímenes del setenta y tres.

—¿Y?

—Hemos revisado y seguimos revisando mucha información.

—Señal de que tenéis tiempo libre. No como yo.

—Y hemos llegado a varias conclusiones.

—Y ahora supongo que vas a contármelas —agrega el alcalde, con fastidio.

—¿Por qué el Ayuntamiento no quiso que la sociedad histórica sacara un artículo sobre los crímenes del setenta y tres?

—¡Vivimos del turismo, por Dios! Ha costado años enterrar todo aquello. ¿Tan difícil es de entender?

—¿Enterrar ha dicho?

—Sí, hija, sí. ¡No sabes el trabajo que costó que aquello se olvidara! ¿Te haces una idea de la de cancelaciones que tuvimos aquel verano? Si no hubiera sido por la madera nos habríamos hundido, este pueblo sería historia. Tenemos un enclave maravilloso: montañas, ciclismo, deportes náuticos en verano, la nieve y el esquí. ¿Sabes lo que se dejan aquí todos esos gilipollas que vienen en expediciones buscando soltar adrenalina? ¿Quieres acabar con todo esto de un plumazo?

Ella asiente.

—Sí, Isabel, te sonará duro, pero el Consejo Ciudadano tenía una responsabilidad al respecto e hicimos lo que pudimos para que el tema se fuera acallando. Tu padre mismo, que era un buen hombre, estuvo de acuerdo.

—Alcalde Fabregat...

—¿Sí?

—Usted era policía. Vino desde Huesca a hacerse cargo del caso. Usted tenía una responsabilidad.

—E hice honor a ello.

—Sabemos que no fue Casares —suelta ella de pronto.

—¿Cómo?

—Uno de sus compinches, Luciano, convenció a Emilia Zurita para que pusiera una denuncia falsa y que así pudieran registrar su chabola.

—¡Estás loca!

—Condenaron ustedes a un inocente.

—¡Eso es falso! ¡No puedes demostrarlo!

—Usted sabe que es verdad, su carrera se basa en una gran mentira.

—¡No te consiento!

—Era un pobre subnormal y le cargaron el muerto. No tenían ni idea de quién era el asesino, ¿verdad?

Fabregat la mira con desprecio y ladea la cabeza a uno y otro lado.

—Tú si que no tienes ni la menor idea. La presión era insufrible: el gobernador civil estaba encima de nosotros constantemente, llamaban de Madrid a diario, la prensa pululando por aquí, la gente histérica. Se hizo lo que se pudo y créeme, este pueblo siempre ha sido una comunidad bien avenida. Todas las decisiones se tomaron por consenso.

—¿Del Consejo?

—Por consenso.

—¿Qué está usted queriendo decirme?

—Que todos tenemos nuestra propia mierda, y tu familia, también. Olvida esta historia y deja trabajar a los profesionales.

Se hace una pausa.

Fabregat golpetea la mesa muy nervioso con su pluma. Parece estar fuera de sí. Isabel se siente intimidada, aquel tipo ha intentado amenazarla mencionando a su propia familia, a su padre en concreto.

El asunto de las orquídeas le vuelve a la mente.

Entonces ella, como una bomba, suelta:

—Sé que sobornaron a Juanes. Por eso se suicidó.

—¿Qué?

—Después de no recurrir la sentencia de Casares, Juanes recibió una

transferencia de trescientas mil pesetas.

Fabregat la mira con cara de loco y dice:

—¡Sal inmediatamente de mi despacho!

PERFILES

Cuando Isabel llega a casa de Enar la cena está casi lista:

—Perdona por cómo me fui anoche. Me agobié —dice ella dándole un beso en la mejilla.

—No te preocupes, estás separándote, es normal que no estés para muchas fiestas. Quizá yo fui demasiado rápido. Metí la pata.

A ella le gustaría decirle que no es eso, que está preparada, pero que el asunto de su padre la ha descentrado totalmente. Pero no se atreve ni a mencionar esa posibilidad, la aterra la sola posibilidad de que su padre pudiera ser el asesino.

Pasan a la cocina y él le ofrece una copa de vino. Sin dejar de preparar la cena, Enar le dice:

—¿Has ido a ver al alcalde?

Isabel le cuenta la conversación entera.

—«Una decisión colegiada» —dice el escritor—. Me parece obvio que todos se pusieron de acuerdo, o al menos los notables.

—Eso incluiría a mi padre... —dice ella obviando el asunto de las orquídeas.

—Isabel, este es un pueblo pequeño y tu padre tenía experiencia como policía en una de las ciudades más grandes de aquel momento. Lo normal es que le consultaran.

—Ya, me imagino.

Ella comprende que está hecha un lío. ¿Sería Juan Amat, su padre, el tipo del misterioso informe lleno de tachones? ¿El delincuente sexual fichado que había tenido contacto con Rosa por las orquídeas? ¿Por qué dejó su padre la policía repentinamente? Se conoce a sí misma y sabe que hasta que no averigüe la verdad, su mente no descansará.

Entonces, impulsivamente, se acerca a Enar por la espalda y le toca el hombro. Él se gira y lo besa apasionadamente. Se funden en un abrazo.

Nota que el aliento del hombre es dulce y se siente excitada; besa bien. Ella se acerca todo lo que puede y se retuerce contra el cuerpo de Enar, que es bastante más alto que ella. Él le agarra el trasero sin dejar de besarla. Luego pasa a mordisquearle el cuello y ella gime. Se da la vuelta y Enar coge sus pechos. Están justo delante de la encimera de la cocina. Sin soltarlos él sigue besándola,

ella está dándole la espalda. Antes de que Isabel se dé cuenta, la mano derecha de Enar se ha deslizado bajo su falda y se introduce bajo su ropa interior. Con el dedo corazón, comienza a hacer círculos alrededor de su clítoris. Isabel gime. Echa una mano atrás y palpa el miembro de Enar. No sabe cómo, pero se ha desabrochado el pantalón y está fuera. Pasa la mano por su pene, lo agita y él gime de placer. De pronto, ella se inclina, apoyada en la encimera, y él la penetra. Comienzan a agitarse como posesos. Isabel jadea y comienza a suspirar alzando la voz; le parece escuchar los gruñidos del hombre, pero se siente invadida por una sensación maravillosa. Él sujeta sus caderas y la embiste mientras ella apoya los brazos en la encimera. El ritmo de las sacudidas va haciéndose más rápido, ella grita, y se agitan más y más rápido.

—Ya... —dice ella—. ¡Ahora!

Enar e Isabel llegan al clímax a la vez y quedan derrengados sobre la encimera de la cocina. Al lado hierve la olla donde han de preparar la pasta.

—¡Madre mía! —dice Isabel.

Ella se gira y quedan frente a frente, se besan y se abrazan.

—Isabel... —dice él.

Ella sonríe.

—Nunca imaginé que nuestra primera vez fuera así; imaginaba algo más romántico, no sé, en una cama con sábanas y eso; ya sabes, algo más convencional —dice ella bromeando.

Enar sonríe. Parece feliz.

—Ha salido así. Es la pasión. No hemos podido evitarlo, ha surgido solo. Tú y yo, Isabel, tenemos una química especial.

—Sí, lo sé —dice ella volviendo a abrazarlo.

* * *

Enar permanece sonriente toda la cena. Se la come con los ojos.

Ella vuelve a insistir en el incidente con el alcalde Fabregat.

—Me llama la atención lo de «una decisión colegiada» —dice él.

—Sí, algo así vino a decir, más o menos.

—Vamos, que puede intuirse que fue un asunto decidido por las autoridades: desde el policía al mando, Fabregat, pasando por los prohombres del Régimen, el fiscal y el Consejo de Ciudadanos.

—Algo así entendí yo.

—Y te amenazó veladamente, mencionó a tu familia.

—Sí, se refería a mi padre.

—¿Y eso?

Ella no quiere mencionar el asunto de las orquídeas delante de Enar, así que improvisa:

—Era expolicía y le consultarían; además, pertenecía al Consejo.

—Ese Consejo...

—Creo que fue idea del jefe local del Movimiento. Crearon una especie de grupo de notables, con gente considerada respetable, pero sin ninguna atribución real. Más o menos podemos decir que era una especie de consejo asesor, la mayoría eran los empresarios más importantes del pueblo. Pero parece que todo el mundo estuvo de acuerdo en colgarle el muerto a Casares.

—Ya. Nunca había visto nada así en mi vida.

—¿Crees que hay alguien que conoció la historia y está, de alguna manera, repitiendo los crímenes para vengarse de lo que hicieron?

—No es descartable. Aunque no sabemos cuánta gente sabía de la inocencia de Casares.

Ambos se quedan en silencio, por un momento.

—¿A quién buscamos? —dice Isabel.

—A alguien que era de aquí y conocía muy bien el pueblo.

—No, no, Enar; no me refiero al setenta y tres. Me refiero ahora. Tú hacías perfiles, ¿no?

—Sí, pero sin víctimas, sin *modus operandi*, no puedo hacer nada. Ya lo comentamos.

—Algunas ideas podrías esbozarme.

Él da un trago a su copa de vino:

—Bueno, si seguimos las estadísticas, y las estadísticas pueden equivocarse, ya sabes que buscamos a un varón, yo creo que entre 25 y 40, dada la antigüedad de los otros crímenes quizá no sea muy joven y de alguna manera tenga relación con ellos. Quizá de niño los vivió y los recuerda. Hay quien dice que esta gente tiene cierta predisposición genética a sufrir su patología, a lo que sería un trastorno antisocial de la personalidad: individuos impulsivos, agresivos, amantes del riesgo, insensibles a los castigos, no aprenden de errores pasados y desprecian a los demás, los utilizan, solo les interesan los otros en la medida en que son objetos de su utilidad. Son mentirosos, mienten compulsivamente; emocionalmente inmaduros, no pueden comprender los sentimientos ajenos. Son dominadores y manipuladores.

—¡Estás describiendo a mi marido a la perfección! —dice Isabel.

Ambos estallan en una carcajada.

—Hay muchos así, los subcriminales. El típico jefe tirano que machaca a su gente, el marido maltratador o los niños hijos de puta que maltratan a sus padres. No llegan al asesinato ni a la violencia porque temen las consecuencias, pero en

el fondo son...

—Psicópatas.

—Dejémoslo en que tienen una inteligencia emocional cero. No empatizan con nadie, no quieren a nadie. El hombre que buscamos, el de los crímenes de ahora, es un caso raro. Fíjate que está imitando los crímenes, pero no a la perfección: los cuerpos no han aparecido en los mismos sitios ni en el mismo plazo, no ha desaparecido una tercera chica y no tenemos nada contra él.

—Por cierto, pasado mañana es martes, nos toca vigilancia —dice ella.

—Es alguien con algún tipo de misión. Quizá vengarse y hacer justicia.

—¿Y la niña de Halloween?

—¡Qué tontería! ¡Una adolescente disfrazada!

—¿Y el suicidio de Juanes?

—Escuchó lo de la niña muerta y su propio remordimiento hizo el resto, Isabel, está claro. ¿Sabes? Hoy me ha llamado Garrido.

—Tu amigo, el inspector que lleva el caso.

—Sí, desde la oficina de la policía local. Estaba enfadado conmigo. Me ha costado convencerlo de que nosotros no hemos filtrado a la prensa lo de la repetición de los crímenes.

—¿Te ha creído?

—Sí, me conoce. Andan muy liados, «de culo», me ha dicho. Desde que se ha publicado que los crímenes están repitiéndose el pueblo se ha vuelto loco. Tienen la centralita bloqueada, los padres están preocupados, exigen vigilancia en los colegios y tienen cientos de llamadas de grillados que dicen haber visto a Rosa aquí y allá; en fin, que se les ha complicado el escenario. Las televisiones nacionales ya se han hecho eco de la historia, están llegando más y más unidades móviles.

—Eso dificultará la labor del asesino.

—O se lo hará más fácil. Mucha confusión, mucha gente nueva por el pueblo, furgonetas y fotógrafos. Piensa, Isabel; el caos le favorece.

—¿Crees que es un tipo listo?

—Existe la creencia generalizada de que todos los asesinos en serie son muy inteligentes y en realidad no es así. Solo se trata de un tipo de delincuente que, al contrario que los pobres pringados que viven del delito, revisa sus actos, planifica sus acciones y no suele cometer errores. Aunque hay dos tipos claros: los organizados y los desorganizados. Estos últimos son un puro desastre y se les puede cazar más fácil.

Enar continúa su disertación:

—El nuestro es organizado, sí. Fíjate que está esperando a llevar a cabo el tercer secuestro aun incumpliendo los plazos de los crímenes que quiere revivir

porque algo se lo ha impedido.

—Es inteligente, entonces.

—Sí, lo es. Según el FBI, solo el 15 % de los asesinos en serie podría considerarse dentro de lo que es una inteligencia superior. Y yo creo que este la tiene. Por cierto, no es un asesino en serie.

—¿Cómo?

—Aunque sospechamos que está repitiendo crímenes, aún no hay cuerpos. Y, además, la definición de asesino en serie incluye a aquel individuo que mata a tres o más personas en lugares distintos. Y este solo lleva dos. De momento.

—¿Cómo puede ser esa persona? Dame indicios. Yo conozco a la gente del pueblo.

Enar resopla:

—Es muy difícil de precisar, pero en ellos, una vez detenidos e investigados, suelen aparecer una serie de elementos comunes.

—Como... ¿cuáles?

—Abuso infantil. Muchos han sufrido abusos de niños o simplemente maltrato. Físico o psicológico. Otros tienen ciertos desequilibrios químicos cerebrales, con patologías mentales complejas; otros han sufrido traumatismos craneoencefálicos. Se han dado casos de personas que, tras una lesión en el lóbulo frontal, han cambiado su personalidad y se han hecho muy agresivos.

Isabel va haciendo memoria, repasa mentalmente a sus vecinos y sus historias.

Enar sigue.

—Los hay que provienen de entornos sociales durísimos, que han vivido situaciones de injusticia social: hijos de padres drogadictos, niños huérfanos que han ido de orfanato en orfanato y han pasado por decenas de casas de acogida... Niños que han crecido en barrios marginales, en guetos. Gente que ha vivido algún trauma fuerte: accidentes, han visto asesinatos o han sufrido la pérdida de los progenitores de forma violenta, por ejemplo. Y luego tipos con fantasías sexuales delirantes, que también los hay. Eso los lleva a hacerlas realidad y, por ende, al crimen.

—Este es un pueblo tranquilo. No veo a nadie que encaje en ninguno de esos supuestos.

—No sabemos lo que pasa en los hogares de puertas adentro, Isabel, créeme. Es probable que el asesino sea de tu edad, ¿lo has pensado?

—Pues ahora que lo dices, tienes razón.

—Quizá hasta estudiaste con él.

Isabel asiente sorprendida al darse cuenta de que aquello puede ser verdad:

—Durante muchos años se habló de la tétada fatídica. Una serie de síntomas que muchos asesinos en serie dieron en la infancia.

—¿Y esos síntomas son?

—Piromanía, agresión a la propiedad, maltrato a los animales y enuresis.

—¿Enuresis?

—Un sesenta por ciento de los asesinos en serie se hacían pis en la cama de niños.

—Vaya.

—Pero, ojo, que alguien tenga esos síntomas no quiere decir que sea un asesino, que quede claro, ¿eh?

Ella sonríe.

—Estás guapísima —dice Enar.

—Y tú. Me gustan tus ojos.

Se hace un silencio.

—¿Sabes? Al margen de este caso, he pensado mucho en lo que ha cambiado mi vida desde que entraste por esa puerta.

—No será para tanto.

—Sí, Isabel. Vine aquí porque no conocía a nadie. Tengo cuarenta y siete años y me siento como si tuviera ya sesenta. He hecho de todo en esta vida: dar conferencias, viajar, hacer programas de televisión, dar clases en la universidad y mil cosas más. La cagué. Creí que era un Dios, infalible, pero la cagué. Por eso decidí venirme aquí, vivir solo, renunciar a todo. Me sentía una mierda.

—Pero ¿qué dices?

—Sí, una especie de mutante perjudicial para la raza humana. Mi mente siempre iba un paso más a allá y no creas, era algo bueno. Me venía muy bien a la hora de escribir novelas o ayudar a la policía. Pero me equivoqué. Mi mente no siempre acierta. Decidí venir aquí, donde no conocía a nadie, y no relacionarme con los lugareños. Vivir mi vida de forma solitaria: el ejercicio, correr o el esquí; cazar algo de vez en cuando, mis libros, mis series de televisión favoritas, hacer meditación y acabar así mis días, solo.

—Pero si tienes cuarenta y siete años.

—Me sentía como si tuviera cien. No tenía ilusión por vivir. Tú me gustaste desde el primer momento. Has despertado en mí sentimientos que ya no existían. Espero no agobiarte, pero solo pienso en estar contigo. Cada día espero como un adolescente que llegue el momento de vernos. Cuando despachaste a tu marido el corazón me estalló de alegría. Eres la mujer más maravillosa que he conocido.

A ella le da un vuelco el corazón.

—No me conoces.

—Sí.

Ambos se quedan mirándose a los ojos.

Entonces él toma la palabra:

—¿Subimos? ¿A la cama? Podemos hacerlo como tú lo habías imaginado en un principio.

Ella se levanta para besarlo apasionadamente, lo toma de la mano y suben por las escaleras de la cabaña.

MALOS SUEÑOS

La luz que entra por el inmenso ventanal despierta a Isabel. Son las cinco y media y ya no puede volver a dormir. Acostumbrada a la rutina y a los escasos acercamientos de Bernardo, se ha visto sorprendida por una noche de pasión a la que no está acostumbrada. Aparte de la vez de la cocina, ella y Enar han vuelto a hacerlo en dos ocasiones durante la madrugada. No recuerda que eso ocurriera en toda una vida con Bernardo.

A pesar de ello, ha tenido pesadillas. Está tensa. Mira a la derecha y ve a Enar. Apenas puede creer en su suerte: es bueno, guapo e inteligente. Su cuerpo, desnudo, queda medio descubierto por el edredón. Tiene el pelo largo, suelto. La barba bien recortada y respira profundamente después de una noche de pasión. Le parece el hombre más atractivo que ha visto nunca.

Y pese a ello no puede evitar preocuparse.

Primero el asunto de las orquídeas, y luego, el recuerdo de aquel comentario de su tío sobre cómo su padre dejó la policía. Es una locura, pero, ¿no será su padre el tipo del expediente que aparece lleno de tachones? Necesita saberlo.

«¿Es que no sabes ser feliz simplemente?», piensa para sí y maldice la capacidad que tiene su mente para complicarlo todo.

Otra cosa la preocupa: Enar.

La conversación de la noche anterior.

¿Por qué decidió aislarse del mundo?

¿Por qué renunció a relacionarse con nadie?

¿Qué pasó en Noruega?

¿No será que se consideraba peligroso para los demás?

Tiene que averiguar más cosas de Enar, conseguir que se abra, que le cuente qué pasó. Hay algo raro en él, aunque no quiera reconocerlo. No le parece normal que un tipo bien parecido, en una edad como la suya, con buena salud, guapo, bien plantado y con dinero se retirara de esa forma del mundanal ruido. En la cena había dicho que creía que «no iba a volver a sentir nada por nadie». ¿Acaso no es eso lo que él mismo le describió que les ocurre a los psicópatas?

«Decididamente, Isabel, estás loca. Crees que tu padre o tu novio pueden ser los asesinos», piensa de nuevo para sí. Esto no es normal. Quizá Bernardo

tuviera razón y esa afición suya por las novelas de detectives la lleva a pensar siempre un paso más allá.

En cuanto a Juan, su padre, no va a quedarse de brazos cruzados. El alcalde la amenazó veladamente. Su tío Fran ya no vive, pero debe de quedar en Barcelona alguien de aquella época, y ella necesita saber.

Vuelve a mirar a Enar y se queda embobada.

No puede ser que sea capaz de nada malo. Es todo lo que ella siempre había soñado.

* * *

Isabel llega a casa y se pone a rebuscar entre cajas y cajones. Ha desayunado con Enar, han salido a practicar la sesión diaria de esquí y han hecho el amor.

Debería sentirse satisfecha, feliz.

Pero tiene dos asuntos que resolver.

El primero, el de su padre.

Al fin encuentra lo que estaba buscando: una vieja fotografía de la comisaría de la calle Conde del Asalto, donde prestaban servicios su padre y el tío Fran. Detrás están apuntados los nombres y apellidos de todos los hombres. Hay veintisiete. Consume buena parte de la mañana buscando teléfonos asignados a esos nombres en la ciudad de Barcelona. Confía en que la mayoría aparezcan en las páginas blancas de la compañía telefónica. La mayoría de los que contestan no son ellos, simplemente tipos que se llaman igual. Habla con el hijo de un sargento que ya falleció y que se llama igual que su padre, y este le da el nombre de uno de ellos que sigue vivo a los ochenta y dos años, Humberto Galván, de origen extremeño. Un emigrante más que acabó siendo policía armada en Barcelona.

Busca en internet, en la página web de la compañía de teléfonos, y encuentra un número.

Al otro lado contesta una mujer. Sí, es su suegro, vive con ella. Humberto aún rige, aunque anda delicado de salud.

Isabel sabe que tiene que ir a verlo.

Saca los billetes de tren por internet y coge el coche para salir hacia Lérida. Allí tomará el tren hasta Barcelona. Llama a Enar y le deja un mensaje en el contestador. Quizá esté fastidiándolo todo.

* * *

Cuando llega a Barcelona no pierde ni un minuto y coge un taxi hacia el

Ensanche. Afortunadamente, el domicilio de Galván no está muy lejos de la Estación de Sants.

Tiene varias llamadas perdidas y un mensaje de texto de Enar:

«¿Cómo te vas a Barcelona? Mañana tenemos que vigilar el parque de San Jaime».

Isabel siente que desde que comenzó todo aquello actúa como una demente.

No quiere compartir con Enar las sospechas sobre su padre.

¿Cómo fue tan ingenua? Creyó que sus padres se habían trasladado a El Valle para darle una vida mejor y lo más probable es que su padre hiciera algo deshonesto. Recuerda aquel viejo comentario del tío Fran y se le clava como un millar de astillas en el cerebro.

Galván vive en el carrer de Córsega, un poco antes de que la calle se reúna con la Diagonal. Es una zona que siempre le ha encantado. De una ciudad que supo crecer de manera ordenada, como se hacía en Nueva York por aquellos tiempos. Aquellos bloques de edificios, cuadrados, con espacio en el centro y con avenidas más amplias, fueron un intento de mejorar la salubridad y las condiciones de vida de los ciudadanos.

Se planta frente a la casa. Allí todas son parecidas, tienen el mismo aire, construcciones antiguas pero bien conservadas, con balcones de hierro mirando a la calle.

Se llena de valor, da dos pasos al frente y llama al timbre. Se identifica y le abren. El ascensor es antiguo, casi una delicia. No tarda en llegar al segundo D.

Abre una mujer de unos sesenta años, regordeta y con delantal. Huele a bizcocho. Lleva el pelo teñido de rojo y le dice:

—¿Qué desea?

—Soy Isabel Amat. He hablado con usted esta mañana.

—¿Y ya está usted aquí?

—Perdone, sé que es mala hora. Son las seis de la tarde.

—¡Pues a mí me parece increíble! Viene usted de los Pirineos. ¡Qué tiempos! Ginés, ven aquí —dice llamando a su marido.

Tras las presentaciones de rigor (Ginés Galván resulta ser un amable bibliotecario alto y espigado que está al borde la jubilación), le hacen tomar asiento en el salón.

Ella no sabe muy bien cómo explicarlo, pero acierta a decir:

—Verán, querría hablar con el señor Galván, fue compañero de mi padre. Mi familia se mudó a Aragón y hay algo que yo querría saber sobre su traslado. Mi tío Fran murió y Humberto es el único que queda vivo de aquella comisaría. ¿Podría hablar con él unos instantes?

—¡Pues claro! —dice Ginés—. No hay nada que le anime más que hablar de

los viejos tiempos.

—Pero a esta hora...

—No hay problema, no hay problema.

—Igual duerme.

—A su edad apenas lo hace. Por las noches, claro. Y se queja. Luego se pasa la tarde dormido, entre siestas y vistazos a la tele. Acompáñeme a su cuarto. Está un poco sordo.

El cuarto de Humberto Galván da al espacio interior del bloque. Es de noche ya y el abuelo, vestido con una cálida bata, está sentado en un sillón viendo la tele. Unos tubos salen de su nariz y junto a él se observa una botella de oxígeno.

—Papá, esta chica viene desde el Pirineo para hablar contigo.

—¿Conmigo? —dice girándose el abuelo.

—Soy la hija de Juan Amat, encantada —dice ella tendiéndole la mano.

—¡El viejo Juan! ¡Y su hermano Francisco! ¡Menudos elementos!

Ginés Galván e Isabel se sientan al borde de la cama.

—Verá —dice ella—, supongo que usted recordará aquellos tiempos.

—Como si habláramos de hoy mismo. Ya me lo decían a mí, ¿qué haces intentando entrar en la policía de Barcelona? ¿Acaso no sabes que eso es para gente de allí? Lo tienen todo copado. Y tú eres extremeño. Idiota. Pero Franco tenía mucha manía a los catalanes, ¿sabes? Creo que ser de fuera me ayudó. Entré, y mira, trabajé con los hombres más valientes que uno puede conocer.

—Había buen ambiente en la comisaría.

—¡Mucho! Éramos como hermanos. Cada uno tenía su compañero. Pero no creas, éramos una piña.

Isabel hace una pausa, toma aire:

—¿Cree usted que mi padre era buen agente?

—¡De los mejores! Sé que falleció, hija, me lo dijo tu tío Fran. Luego le llegó a él la hora también. No vivía lejos de aquí, a veces nos veíamos en el parque y hablábamos de los viejos tiempos. Siento tu pérdida.

—Gracias, señor Galván.

Isabel vuelve a quedarse en silencio. No sabe muy bien cómo enfocar la cuestión:

—Señor Galván...

—¿Sí, hija?

—¿Y diría usted que mi padre era buena persona?

—Por supuesto: un gran hombre, un buen compañero y un buen marido. No eran tiempos fáciles. Ya sabes, la dictadura y eso. Éramos duros con la gente. No era como ahora. He visto muchas cosas. Pero sí, tu padre era un buen hombre.

Ella sonrío:

—Me alivia que me diga usted eso.

—Solo tuvo un poco de mala suerte.

—¿Mala suerte?

—Cosas sin importancia, hija, del día a día.

—¿Por qué se mudó a Aragón?

Galván guarda silencio.

Ginés e Isabel se miran cómplices.

—Tu padre fue un hombre de honor, Isabel.

—¿Pasó algo? ¿Hizo algo malo?

Galván mira a su hijo y responde:

—Eran otros tiempos, las cosas se hacían de otra forma. Quizá ahora no se entiendan.

—¿Qué pasó? —Isabel ansiosa.

—Nada, forma parte del pasado.

—¿Molestó mi padre a alguien? ¿Una adolescente quizá?

El abuelo la mira como si estuviera loca y contesta:

—Pero ¿qué dices? Juan Amat era un hombre de los pies a la cabeza. Nunca hizo nada parecido. Era un gran policía. Fíjate que nunca lo vi ni darle un guantazo a un detenido. Era un tipo tranquilo, de orden.

—¿Entonces?

—¿Eso crees? —dice Galván—. ¿Que tu padre pudo hacer algo indecoroso? ¿De dónde sacas algo así?

Isabel mira hacia el suelo avergonzada.

—Pero ¿qué pasó, papá? —pregunta Ginés Galván.

El viejo hace una pausa y dice:

—Nos salvó a todos los de la comisaría.

—¿Cómo?

—Mirad, no lo vais a entender. Era una época dura. Se intuía la muerte de Franco y había cierto, digamos, desorden. Gracias a Dios de los estudiantes y desafectos, que, dicho sea de paso, eran muy activos, se encargaban esos bestias de la Político-Social. Pero era raro el día en que no había algaradas. No era fácil para nosotros. Echábamos muchas horas. Estábamos peor pagados que los agentes de ahora, a duras penas llegábamos a fin de mes. Teníamos hijos, hipotecas y deudas. Así que digamos que todos los comerciantes de nuestro distrito hacían una donación.

—¿Os sobornaban? —Ginés.

—¡Donación! ¿No me has oído? Éramos la mejor comisaría de nuestra ciudad, en nuestra zona se podía comerciar, vivir y pasear sin que hubiera problemas. No sé cuándo empezó aquella práctica, pero cada comerciante del barrio donaba

veinte duros a la semana. ¡Solo veinte duros! ¿Os dais cuenta? No era nada.

—Pero, entonces —dice Isabel— ¿ustedes admitían sobornos?

—¡Y dale! Sabía que no ibais a entenderlo.

Los tres se quedan en silencio.

Entonces el viejo retoma la palabra:

—¿Queréis la historia o no?

Los dos asienten.

—Era muy poco dinero —continúa Galván—. Cien pesetas a la semana, pero nuestra comisaría atendía un distrito grande y suponía una buena cantidad. No se tocaba. Lo llamábamos «fondo para viudas y pensiones». Se guardaba y si algún compañero caía se ayudaba a la viuda, si el hijo de un agente necesitaba una ortodoncia, una operación imprevista o yo que sé, cualquier desgracia que atender. De ahí tirábamos. Alguien tenía que hacerse cargo de guardar el dinero, y elegimos a tu padre. Era el tipo más cabal de la comisaría. Y entonces ocurrió.

—¿Qué pasó?

—Algún hijo de puta se chivó a los jefazos. Se presentaron en comisaría, lo pusieron todo patas arriba, pero, no creas, sabían adónde iban: a la taquilla de tu padre. Allí encontraron una caja fuerte de esas pequeñitas, con candado, con ciento cincuenta mil pesetas. Tu padre no pudo justificar su procedencia.

—Vaya —dice Isabel.

—Sí. Hubo una investigación. Tiraron de la manta. Podían expulsarnos a todos del cuerpo. Sé que a tu padre le ofrecieron inmunidad total. El gobernador civil era un tipo del Opus que iba de recto. Quiso hacer una limpia. Pero no. Tu padre no habló. No dijo nada. Se acogió a su derecho a no declarar y ocultó que todos andábamos metidos en aquello. Gracias a su brillante hoja de servicios y la intervención del mismísimo jefe regional del Movimiento y más que nada por no dar un escándalo, se le permitió renunciar al cargo por motivos personales y se fue a Aragón.

Isabel suspira aliviada.

Los tres vuelven a quedar en silencio.

—No digo que estuviera bien lo que hacíamos, hija. Pero se había hecho así desde siempre y era como una especie de propina. Desde entonces dejó de recaudarse. Tu padre se comportó como un hombre. De haber hablado todos nos habríamos quedado sin trabajo. ¿Más tranquila?

—Sí, mucho más. Me alegro de haber venido a verlo señor Galván. Muchas gracias.

—Pues vuelve a tu casa y descansa, tu padre fue un gran hombre.

Isabel se levanta y siente que le tiemblan las piernas. Las sospechas que había albergado con respecto al pasado de su padre no eran más que tonterías. Decide

que cuanto antes vuelva a casa, mejor.

MERCEDES LUENGO

Enar trocea unos sándwiches sobre una tabla, en la encimera de la cocina.

Parece furioso:

—Podías haberme avisado.

—¡Te envié un mensaje de texto!

Él la mira con cara de pocos amigos.

—¿Acaso te parece normal desaparecer de esa forma? Hay un asesino en serie suelto por aquí, ¿recuerdas? Y tú no paras hacer preguntas por todo el pueblo. Eso te coloca en una situación delicada, ¿has reparado en ello?

—Tenía que ir.

—Veinticuatro horas desaparecida, Isabel.

—Lo justo para ir y venir de Barcelona. Empléé media tarde en trasladarme a Barcelona y a la vuelta igual, llegué a eso de la una a Lleida. He maldormido y lo primero que he hecho ha sido presentarme aquí, a verte.

—Sí, porque hoy es martes, te lo recuerdo.

—¿Preparas los sándwiches para la vigilancia?

—Claro.

—¿Irá Guillermo Pau?

—Por supuesto.

Quedan en silencio por unos instantes.

—No lo entiendes Enar. Localicé, por casualidad, a uno de los compañeros de mi padre que aún vive. Tenía que ir, quitarme esta zozobra.

—¿Qué zozobra?

—Ese informe lleno de tachones de uno de los delincuentes sexuales que tenía la policía. Hablaba de que ese tipo había visto a una niña de las asesinadas porque eran aficionados a las orquídeas. Mi padre las cultivaba. Era evidente que el informe pertenecía a alguien conocido del pueblo, no lo consideraron sospechoso y tacharon todos los datos.

—¿Y? ¿Por qué había de ser tu padre?

—Una vez, sin que ellos se dieran cuenta, y hace muchos años, escuché una conversación entre mi tío Fran y mi padre. Daban a entender que mi padre había salido de la comisaría por algún asunto turbio.

—¿Eso es todo? ¿Y por eso te largas a Barcelona sin avisar? Somos un equipo, ¿no?

—Supongo que tienes razón. Pero mi mente funciona así, una vez que se me mete algo en la cabeza no puedo parar hasta quitármelo. Quería asegurarme de que esa ficha no pertenecía a mi padre. El alcalde Fabregat insinuó...

—Bueno, ¿y te has quedado tranquila?

—Sí, mi padre dejó el cuerpo por un asunto de sobornos. Todos se dejaban querer en la comisaría por los comerciantes del distrito y él guardaba el dinero; pagó el pato.

—No hay nada nuevo bajo el sol, cariño. ¿Tranquila entonces?

—Sí.

Silencio.

—Bueno, no —repite ella.

—¿Cómo?

—Está el asunto de las orquídeas. En el expediente del tipo misterioso, este declara que coincidió con una de las víctimas en el invernadero municipal, viendo orquídeas.

—¿Y?

—Finita Benet, la hermana de Rosa, me dijo que a ella le encantaban y que en invierno iba por allí.

—¿Y?

—Mi padre era un gran aficionado a las orquídeas. Es un invernadero municipal, todo el mundo puede alquilar un pequeño espacio, y él se pasaba horas y horas allí, ganó concursos, incluso.

Enar sonrío y abraza a Isabel.

—Isabel, no todas las personas a las que les gusten las orquídeas en El Valle son responsables del asesinato de Rosa, ¿entiendes? Has despejado tus dudas sobre por qué tu padre dejó Barcelona, no te calientes más la cabeza con eso. Y ahora, vamos, tenemos que hacer la vigilancia en el parque de San Jaime, no sea que aparezca nuestro hombre.

* * *

La vigilancia no depara grandes alicientes. Está oscuro y apenas se ve nada. Se comunican con Guillermo Pau, al otro lado de los árboles, que los avisa cuando ve pasar a alguien, sobre todo si es un niño o una joven. Ellos permanecen atentos hasta que la persona en cuestión aparece por el lado donde ellos observan.

Algo tedioso.

Bueno, no tanto. Se besan apasionadamente a la vez que él aprieta sus pechos sobre el jersey y ella pasa la mano por la entrepierna de Enar. Jadean.

—Tenemos que centrarnos —dice ella—. Así no estamos vigilando bien.

—Sí, sí, tienes razón —dice él apartándose un poco.

Están al final de la calle Valencia. Esta termina en una especie de replaceta aislada con el suelo de tierra; frente a ellos, la masa de árboles.

Guillermo, como siempre, espera al otro lado, en la calle Sena, una zona de viviendas unifamiliares iguales unas a otras.

Suena el teléfono móvil.

Un mensaje. Isabel lee:

—Es Guillermo: «Una joven con mochila va para allá».

Deciden mantenerse a la espera.

Entonces, de repente, se escuchan unos gritos:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Un gran resplandor viene de la calle Agustín, la paralela.

Enar e Isabel bajan del coche y se asoman.

Un vehículo enorme, modelo ranchera, arde pasto de las llamas.

Desde dentro de las casas se oye a alguien gritar que avisen a los bomberos.

Enar comienza a decir:

—Qué raro. En este momento —pero al instante recapacita y añade—. Tengo un extintor en el coche...

Una sombra aparece de entre la maleza y lo golpea en la cabeza haciendo que se desmorone. Le propina un empujón a Isabel y esta cae al suelo.

El desconocido, un tipo delgado, de negro, que lleva un pasamontañas sale corriendo.

—¿Estás bien, Enar? —dice Isabel acercándose a él a cuatro patas. El escritor tiene la cara llena de sangre, no puede levantarse, está conmocionado:

—¡Es él, Isabel, es él! —grita. Parece mareado, apenas es capaz de ponerse en pie.

Ella se levanta y sale a la carrera. Ve perderse al enmascarado por entre los árboles. Un coche arranca, se encienden unos faros.

Ella sube al todoterreno de Enar y lo pone en marcha. Una furgoneta blanca surge de entre los árboles de la Rambla y huye campo a traviesa. Ella acelera y la sigue.

Van a toda velocidad, tiene que seguirlo, es el secuestrador y tiene que salvar a la chica. Intenta a duras penas marcar el número de Pau, pero no puede.

El conductor de la furgoneta alcanza la senda de Ricau y llega a una zona donde un pequeño río le hace frenar. Hay un meandro con una gran isla de

sedimentos encima, justo donde el arroyuelo se junta con el río Arazán. Acelera y lo atraviesa para llegar al otro lado, hasta las viejas vías del tren. De ahí llegará a la carretera y luego a la autopista.

Isabel se lo piensa y, muy decidida, acelera para cruzar el río. El coche se hunde, golpea una roca inmensa, se ladea, derrapa y termina por volcar.

* * *

—Se llama Mercedes Luengo —dice el agente Garrido—. Esta es de mayor edad, supongo que se ha tenido que conformarse con lo que podía cazar.

Están en una habitación del hospital. Enar, tumbado en la cama con un aparatoso vendaje e Isabel con una muñeca algo dañada, apenas resuelta con una simple férula. Guillermo Pau está de pie, al fondo. Parece hundido. Tiene la mirada perdida.

Se hace un silencio largo, muy embarazoso.

Los tres miran entonces al inspector Garrido con cara de pocos amigos.

Este, de pronto, estalla:

—¡Bueno! ¿Qué? ¿No vais a decir nada?

Los otros lo miran con cara de odio. No disimulan. Enar ladea la cabeza como negando.

—¡Venga! —grita Garrido fuera de sí—. ¡Despellejadme! Podéis decirlo, ¡venga! ¡Ya te lo dijimos, Darío! ¡Eres un mierda! ¡Un mal agente! ¡Solo te pedimos una vigilancia! ¡Una simple vigilancia! ¡Una niña va a morir por tu culpa. ¡Por tu puta culpa!

—Cálmate —dice Enar muy tranquilo.

—¿Que me calme? ¿Que me calme? —grita Garrido fuera de sí.

Enar lo mira y le dice:

—Me duele la cabeza; no grites, por favor.

Todos se quedan en silencio.

Garrido se sienta y apoya las manos en la cara. Parece desesperado:

—Teníais razón, teníais razón desde el principio. ¡Estaba clarísimo! ¿Cómo no lo vi? ¿Qué clase de policía soy? ¡Por Dios, qué idiota! Tenemos un *copycat* y no quise verlo. Es culpa mía, Enar. Pensé que habías perdido el toque después de lo de Harbak. Creía que estabas tocado. Y me vienes con... —añade señalando a Isabel.

—Sí, dígalo —dice ella—. ¡Con una maruja!

Garrido se pasa ambas manos por el pelo:

—Estamos de mierda hasta las cejas —dice—. No hace falta que me metáis más el dedo en la llaga.

El silencio se hace eterno.

Garrido piensa.

—¿Qué podemos hacer ahora? —dice.

Enar toma la palabra:

—Quizá seguir los pasos del asesino del setenta y tres. Si las niñas desaparecieron en los mismo lugares y está imitándolo, lo lógico es que los cuerpos vayan apareciendo en los mismos sitios que antaño.

Garrido resopla:

—¿Dónde apareció la primera víctima, Rosa Benet? —pregunta a Isabel.

—En la cresta de Sas.

—Mañana mismo comenzaremos la búsqueda —dice Garrido—. Esto no es nada bueno: el alcalde está fuera de sí, el ministro es un histérico, me ha llamado una decena de veces; y para colmo los de la Policía Local no saben dónde tienen la mano izquierda y la mano derecha. Me han llamado de Canillejas, mi jefe. ¡He quedado como un puto gilipollas! La gente está histérica y todas las televisiones contando la historia de los crímenes que se repiten en el tiempo.

Enar mira a Garrido y vuelve a tomar la palabra:

—Pues tenemos muchas cosas que contarte, Darío.

—¿Más? ¿Más aún?

—Hemos averiguado algunas cosas sobre el crimen del setenta y tres.

—¡Sorpréndeme!

—No fue Casares.

—¿Cómo?

—Le cargaron el muerto a un pobre subnormal.

—¿Y cómo podéis saber eso?

Enar, muy serio:

—Puedo probártelo. Tengo que permanecer esta noche en observación por lo del golpe en la cabeza, pero mañana vendrás a mi casa y hablaremos. Se cometió una gran injusticia y aquel caso catapultó las carreras del actual alcalde y del secretario de Estado de Justicia.

—¿Tú estás seguro de eso que me estás diciendo?

—Al cien por cien.

—No puede ser.

—Créeme, te lo puedo demostrar. Mañana.

—¿Creéis que alguien puede estar vengándose por ello?

—No es descartable.

* * *

Cuando Isabel y Enar llegan a la cresta de Sas quedan asombrados ante la actividad febril que los rodea. El agente Garrido da orden de que los dejen pasar levantando una cinta amarilla que rodea una vastísima zona.

—Acaban de darme el alta —dice Enar a modo de aclaración.

Isabel y Enar miran a su alrededor estupefactos. La zona, salvo el estrecho camino, es boscosa, y el despliegue es impresionante. Han movilizado a un regimiento de alta montaña y se ven hileras de hombres separados por apenas un metro peinando la zona. Agentes con perros, la policía científica y agentes de la policía local pululan aquí y allá. Hasta un helicóptero sobrevuela la zona.

—Vaya, parece que ahora sí que nos has tomado en serio —dice Isabel mientras acompaña a Garrido, que los guía hacia el lugar donde una pequeña excavadora extrae tierra del lugar donde estaba situado el pequeño refugio en el que se halló el cuerpo de Rosa Benet en el setenta y tres.

—No hemos encontrado nada —dice Darío mirando a Enar.

—¿Cómo? —responde el noruego—. El cuerpo debería estar aquí.

—Pues no, no está —dice el inspector de policía.

Isabel añade:

—El cuerpo de Rosa Benet, en el setenta y tres, fue encontrado semienterrado en esa especie de abrigo construido por troncos a la orilla del camino.

—Pues no hay nada —dice Garrido—. Hemos dejado actuar a los de la Científica, han empezado poco a poco, luego excavando más profundo y nada. Así que hemos optado por dismantelar el abrigo, quitar los troncos y puedo asegurar que ahí no hay nada, os lo puedo asegurar.

Isabel y Enar comprueban el espectáculo; lo que antes era un pequeño abrigo de madera a la orilla del sendero construido con troncos, un techado y apenas tres paredes, es ahora un inmenso socavón de tierra rojiza de más de tres metros de profundidad.

—No lo entiendo —dice Isabel—, debería estar allí. Está repitiendo el patrón. ¡Anoche secuestró a una niña en el mismo lugar que a la tercera del setenta y tres! Está repitiendo los crímenes al milímetro. ¿Cómo que no está aquí el cuerpo de Ana Gallart? ¡No lo entiendo!

—Yo tampoco —dice Enar.

—Pues por algún motivo vuestro hombre no está siguiendo el guion —dice Garrido.

—¿Dudas, a estas alturas, que alguien está repitiendo los crímenes? —pregunta Enar.

—No, no, eso está fuera de toda discusión; tenemos a un pirado que está reproduciendo lo del setenta y tres. Eso todo el mundo lo tiene claro ya, pero, por algún motivo, o no ha matado a las niñas o no ha arrojado los cuerpos en el

mismo lugar.

—Es un *copycat* —dice Enar—. Su mente lo empujará a hacerlo exactamente igual. Tiene que haberla dejado aquí, seguro.

—¿No ves este despliegue, Enar? ¡Aquí no hay cuerpo ninguno. Ahora van a traer incluso un sonar, por si las moscas.

Los tres caminan de aquí allá, sin dirección fija, pensando.

—Por cierto —añade Darío Garrido—, ha aparecido la furgoneta con que secuestraron anoche a Mercedes Luengo. En un solar en Bono, junto al límite con Cataluña. Era robada y las placas son falsas. Están tomando huellas, pero ya os adelanto yo que este fulano no habrá dejado ningún rastro.

Entonces se hace un silencio.

Isabel dice:

—La segunda víctima del setenta y tres, Marta Martínez, apareció precisamente en Bono. Bueno, algo al norte, en el embalse de Baserça. ¿Por qué no buscáis allí?

—¿Te haces una idea de lo que cuesta esto? —responde Garrido—. ¿Quieres que me corten las pelotas? No, no. No puedo justificar un despliegue como este a no ser que tenga datos concretos. Esto es una puta pesadilla.

Enar mira el enorme agujero donde estaba el refugio.

—No puede ser —murmura para sí—. Tenía que estar por aquí.

Entonces Darío Garrido los mira y dice:

—Ayer me dijisteis que habíais averiguado cosas sobre el caso del setenta y tres.

—Así es —dice Enar.

—Y que se condenó a un inocente.

—A sabiendas, además.

—Eso que decís es muy grave —dice Garrido.

—Lo sé —apunta Enar—. Y probablemente sea la causa de todas estas muertes.

—¿Crees que alguien está vengándose?

—Te dije que puede ser.

—Tenemos que hablar —añade Garrido—. No digáis ni una palabra de esto a nadie. El alcalde y el secretario de Estado de Justicia están enfurecidos con vosotros. Sed discretos. ¿Cuándo podéis mostrarme las pruebas de lo que habéis averiguado?

—Esta tarde, en mi casa —dice Enar.

—Me invitarás a cenar, al menos.

—Cuenta con ello.

—Allí estaré. Y recordad, ni una palabra a nadie. ¡Menudo circo tenemos ya

montado! Vaya un desastre.

Cuando Isabel y Enar se giran para marcharse, Darío Garrido grita:

—¡Enar!

El noruego se gira y encoge los hombros como diciendo, «¿Qué?».

Garrido añade:

—Visto que aquí no aparece nada y que no damos con los cuerpos, quizá es hora de que tú te pongas manos a la obra con tu numerito, ¿no te parece? No perdemos nada.

—Vete a la mierda —dice Enar antes de marcharse.

CENA

Enar e Isabel están preparando la cena en la cocina mientras aguardan a Garrido. Ella está cortando la verdura para la ensalada y, de pronto, dice:

—¿A qué se refería antes Garrido cuando te ha dicho eso?

—¿Cómo? —dice Enar disimulando.

—Cuando le has dicho que se fuera a la mierda.

—Nos hablamos así de toda la vida, son bromas.

—¿Me tomas por tonta?

—En absoluto.

—Entonces, ¿a qué se refería?

—No lo sé.

—Enar, tengo una excelentísima memoria. Ha dicho «en vista de que no damos con los cuerpos, quizá podías ponerte manos a la obra». Ha hecho referencia a «tu numerito».

Él la mira muy serio y contesta:

—Sí, eso ha dicho.

—¿Manos a la obra en qué?

—¡Tonterías!

—Lo has mandado a la mierda. ¿En qué quiere que te pongas manos a la obra? ¿Cómo podrías tú encontrar los cuerpos?

Él saca una botella de vino blanco del frigorífico y comienza a abrirla con el sacacorchos. No puede disimular su cara de fastidio.

—Dime —insiste ella.

El escritor tira del tapón y este emite el característico sonido de la botella que se descorcha.

—Enar, ¿de verdad vas a provocar que me enfade contigo? ¿Quieres que existan secretos entre nosotros?

Él suspira y reconoce:

—Se refería a la visión remota.

—¿Cómo?

—Sí, estaba planteándome que las localice utilizando la SRV.

—¿Y cuándo vas a explicarme en qué consiste de verdad? ¿Vas a hacerlo?

—¡No!

—Pero ¿qué es eso? ¿De qué va? ¿Adivinas cosas, eres vidente?

—Mira, Isabel: hubo una época en que creí en ello, me lo tomé en serio y la cagué. Aquello costó una vida. La visión remota es una técnica, pero no puede considerarse ciencia, ¿entiendes? ¿Qué nos vale en criminología? Aquello que es fiable, científico, exacto al cien por cien. La técnica del ADN es fiable, es efectiva, es exacta. ¡Es ciencia! La visión remota se considera pseudociencia y, por tanto, no nos vale. Y ese fue mi error, considerarla algo exacto, fiable.

En ese momento suena el timbre.

Enar sale disparado de la cocina:

—Es Garrido, ya abro yo —dice.

* * *

La cena resulta agradable. Garrido es un tipo abierto y amable, bromista. Casado y con dos hijos, es un apasionado de su trabajo. Tras unos canapés y unas copas de vino blanco, comienzan con una ensalada de zanahoria y repollo verde. Los dos viejos amigos parecen relajados y se ríen de viejas anécdotas, según Enar, «de cuando él era joven».

Garrido quiere saber todo lo que han averiguado en cuanto al caso del setenta y tres. Al fin parece tomarlos en serio.

Isabel comienza a contarle pacientemente cómo se le ocurrió la idea de hacer el álbum y cómo se dio de bruces con la noticia de las muertes del setenta y tres. El hecho de que una chica desapareciera en el mismo lugar que Rosa Benet, la primera víctima de Casares, la puso sobre aviso.

—¿Y dices que ese gigantón era inocente? —pregunta Garrido.

Mientras Enar va a la cocina a por las costillas con salsa barbacoa, el plato favorito de Darío, según su amigo, ella le cuenta cómo se coló en casa de Juanes. Y Garrido repasa los hechos algo sorprendido.

—A ver si lo entiendo, Isabel. Apareció esa niña extraña en la fiesta de Halloween, a la que nadie ha podido identificar. Juanes dijo «esa es Rosa» y se colgó.

—Así es como fue.

—Estos pueblos son alucinantes, la verdad —dice Darío riendo—. Y entonces tú, ni corta ni perezosa, te cuelas en casa de Juanes.

Ella suelta una carcajada:

—Sí, lo sé; me pareció una locura de cuarentona histérica, pero lo hice.

—Y encontraste una caja con la cartilla de ahorros.

—Exacto. Me pareció extrañísimo que Juanes no recurriera la sentencia de

Casares y al día siguiente recibiera una transferencia de trescientas mil pesetas de la época.

Garrido emite un silbido de admiración.

Enar, que sirve las costillas, añade.

—Y no sabemos quién hizo la transferencia.

—¿Cómo es eso?

—Isabel fue a ver a un amigo suyo al banco. Las transacciones de aquella época no salen en los ordenadores.

Garrido se rasca la nariz como pensando.

—Mirad, con tres niñas desaparecidas y la que tengo liada aquí, si mis jefes se enteraran de que ando metido en un caso del setenta y tres me cortan las pelotas, ¿entendéis?

—Supongo —dice Enar.

—Quiero decir que quizá podría ayudaros un poco. Podría hacer una llamada e intentar que averigüen a quién pertenecía aquel número de cuenta en el setenta y tres. No será fácil, ¿eh?

—¿Lo harías? —dice Isabel.

Darío asiente:

—Es una vergüenza que un noruego no prepare *Pinnekjøtt* y en cambio prepare tan bien un plato típico norteamericano —dice.

—Aprendí por ti, capullo, ¿recuerdas? En Cuantico no hablabas de otra cosa: que si nunca habías probado algo tan bueno, que esto no lo hacen igual en España...

Garrido se ríe e indica a Isabel con un gesto de la cabeza que siga, que le describa lo que saben. Entonces ella le cuenta todo lo que han averiguado. Cómo los investigadores del caso lograron convencer a Emilia Zurita para que pusiera una falsa denuncia a Casares y registrar así su cubículo.

—Igual el calcetín sí era suyo —dice Garrido.

—El alcalde me reconoció que fue un cabeza de turco.

Se quedan en silencio por un instante.

—No sé, me parece todo demasiado fuerte. Que la fiscalía y la policía, las autoridades, el gobernador civil y ese Consejo Cívico que teníais aquí hicieran algo así... ¡es de película!

—A Juanes le dieron una pasta. No volvió a ejercer la abogacía —apunta Enar.

Garrido se lo piensa:

—Mirad, habéis hecho un gran trabajo. Sobre todo tú, Isabel, que empezaste esto sola. Tiene toda la pinta de que ese pobre Casares cargó con el muerto y que ahora, alguien, quizá movido por el remordimiento, está vengándose o pasando

factura, no sé. Ahora, se me ocurren dos hipótesis: le cargaron el muerto a Casares porque era retrasado, pasaba por allí y no tenían pistas sobre el asesino, o dos, el asesino era alguien realmente importante. Y digo muy importante, porque trescientas mil pesetas era mucho, pero que mucho dinero.

—Parece más lo segundo que lo primero —responde Isabel.

Entonces le hacen referencia a los expedientes de los tipos fichados por antecedentes en delitos sexuales y el informe que lleva tachados los datos de uno de ellos.

—Joder —dice Garrido—, vaya chapuza.

El policía vuelve a quedarse en silencio, sopesando posibilidades.

Entonces, con parsimonia, habla:

—No cabe duda de que todo lo que estamos viviendo ahora es consecuencia de aquello. Yo tengo que centrarme con mi equipo en las tres chicas desaparecidas. Vosotros, si os parece, seguid con lo del setenta y tres. Averiguad todo lo que podáis. La llave de la resolución del caso está en el pasado. No digáis nada a nadie. Hablad con los familiares de las niñas, con sus profesores, con quien podáis. Pero discretamente. La prensa no para de hablar del tema, es cierto, pero nadie pone en duda que Casares fue el culpable.

—¿Olvidas a las viejas del pueblo y la aparición de Rosa?

—¡Eso son bobadas! —dice Garrido—. Seguid trabajando. Yo os ayudaré en lo que pueda, discretamente, claro. Iremos reuniéndonos aquí, si os parece. No hay nada malo en que tres amigos cenem juntos. Tendremos que averiguar a quién pertenecía el expediente lleno de tachones y ver si sacamos algo en claro sobre de quién era el número de la cuenta desde la que se sobornó a Juanes.

—De acuerdo —dice Enar.

—Seguiré haciendo preguntas —dice Isabel, que sigue obsesionada con el asunto de las orquídeas, aunque no quiere reconocerlo.

Entonces, tras un silencio, Darío, algo violento, dice:

—Enar, tengo que pedirte una cosa.

—No hagas eso, amigo.

—Si no lo necesitara no lo haría, créeme.

Enar se pasa la mano por el rostro y lo mira enfadado:

—¿Recuerdas cuando fuimos a verte a comisaría? Te reíste de mí, ¿cómo dijiste? Ah, sí; «que había perdido el toque».

—Entiéndeme, tengo que apurar hasta la última posibilidad. Si no hay cuerpos, no puedo cazar a ese tío.

Enar saca una botella de whisky y hace los honores.

Se atiza un trago.

—Juré que no volvería a hacerlo.

—Hay tres familias desesperadas. Todos sabemos que esas chicas están muertas —dice Darío.

Enar mira al suelo con aire resignado y dice:

—Lo pensaré.

* * *

Isabel está sentada en pijama en la cama de Enar. Consulta recortes de hemeroteca sobre el caso y algunas de sus notas. Él aparece, tras ducharse, con un albornoz. Se seca la cabeza con una toalla. Tiene el pelo largo y mojado.

Entonces, sin mediar palabra, se acerca a un cajón y saca una pequeña subcarpeta.

En la portada dice: sesión 7756.

—¿Qué es esto? —dice ella.

—Ábrelo —contesta enigmático.

Ella la abre y encuentra cuatro folios.

Están escritos en inglés.

El título del primero, a bolígrafo y en mayúsculas dice:

GARDAR HAUDEN

Debajo hay una plantilla rellena a mano: primero reza «Visión Remota, Plantilla A». Debajo, un cuadro de texto dice: «visualizador», «fecha» y «hora». Están rellenos con los datos de Enar a bolígrafo, una fecha y una hora, las 7:05 a. m.

Más abajo hay un cuadro con un número de ocho dígitos escrito de su puño y letra, y al lado otro que dice «idiograma». Dentro, alguien ha pintado a toda prisa un triángulo.

—¿Qué es esto? —dice ella.

—Una sesión de visión remota.

Ella sigue ojeando el folio y debajo lee:

«Fase 2. Información sensorial», y ahí se añaden parámetros como texturas, colores, olores, sabores, temperaturas, dimensiones y sonidos. Alguien ha escrito al lado de cada uno de esos parámetros cosas como: «arenosa», «barro», «negro», «pino», «monte», «humedad», «ardilla», «cuervo», «maderas», «truncos».

Debajo pone «Fase3. Dibujo Inicial».

Hay un dibujo apenas interpretable de unos cilindros junto a un gran triángulo y un monigote acuclillado.

Luego hay una segunda página donde se ve un cuadro que dice:

«Desde arriba debería percibirse» y otro triángulo. Nuevos parámetros sobre

información sensorial con texturas, olores, sabores y sonidos se repiten.

Debajo, otro dibujo imposible de interpretar.

En una tercera página dice «Rejilla de exploración» y hay un cuadro. En la parte superior hay impresos parámetros como: «sensorial», «dimensional», «impacto estético», «impacto emocional», «tangibles e intangibles».

Alguien ha escrito debajo a bolígrafo: «frío», «humedad», «abierto», «madera», «feo», «oscuro», «miedo», «cuervos», «leña».

El último folio es un dibujo: hay un gran triángulo con líneas horizontales dentro, como una cabaña. Detrás de esta se ven unos cilindros apilados, árboles alrededor y un monigote en cuclillas junto a ellos.

—No entiendo —dice Isabel.

—Eso es una sesión de visión remota.

—¿Y si me lo explicas? —dice ella.

VISIÓN REMOTA

—Es una sesión de visión remota que realicé en el caso de Gardar Hauden, un niño de 8 años que desapareció en Finlandia, en Kontiolathi. Una familia noruega pasaba allí las vacaciones. Temieron lo peor. Yo vi que estaba pegado a una pila de troncos en la parte de detrás de una cabaña. Afortunadamente era verano; de haber sido invierno habría muerto de frío. Rastrearón la zona, sobre todo las cabañas que estaban deshabitadas. Lo encontraron en una de ellas, junto al lago Pikalampi. Se había perdido.

—¡Vaya!

—¿Te extrañas?

—Acertaste, ¿no?

—Sí, en esa ocasión sí —dice con un deje de amargura.

—¿Y se te daba bien?

—Yo creía que sí, hasta que la cagué.

—Y lo dejaste.

—Lo dejé.

Isabel es toda curiosidad, va preguntado con cautela mientras él se seca su larga melena blanca con la toalla.

—¿Eres una especie de adivino o algo así?

Él se ríe a carcajadas:

—No, no; qué va.

—Entonces, ¿qué quiere Garrido de ti? ¿Puedes hallar los cuerpos de las niñas?

Enar sonrío con amargura.

—Ya no, Isabel, ya no.

—¿Por qué?

—Decidí no hacerlo más. Mira, todo empezó como un juego, la verdad es que yo me creía un tipo brillante, un gran escritor, un tipo con gracia, chistoso, irónico... un intelectual. ¡Pobre gilipollas! Como ya te dije, la policía noruega me consultó en un par de casos ¡y acerté! Siempre he pensado que aquello fue mi perdición. Me lo creí, me tomé en serio a mí mismo, y en lugar de seguir con mis novelas de misterio, que me estaban dando una buena pasta, me puse a

estudiar criminología. Mi fama fue acrecentándose. Me consultaron del Yard, de la Guardia Civil española, los daneses, mucha gente; en fin, que fui metiéndome y metiéndome cada vez más en el mundo de la criminología. Una vez terminada la carrera, me dio por hacer perfiles, fui a Estados Unidos e hice un par de cursos con los mejores.

—Vaya, ¿te convertiste en un *profiler* como los escritores de las series de televisión?

—Algo así —dice Enar sonriendo con amargura—. El caso es que estaba en Cuantico, haciendo un curso sobre el tema que organizaba el FBI, y en el comedor me presentaron a unos tipos curiosos: hacían SRV.

—¿Qué?

—Scientific Remote Viewing. Estaban haciendo un curso, varios de ellos eran entrenadores. Me contaron de qué iba aquello y me invitaron a pasarme por la tarde a verlos en acción. Al principio pensé que eran una panda de pirados. Hicieron, digamos, varias pruebas conmigo. Yo no tenía ni idea, ni del procedimiento ni de cómo prepararme antes de una sesión ni del protocolo que se sigue en ella. Un *tasker*, un tipo, me daba un objetivo y yo tenía unos papeles en blanco. Me daban unas coordenadas, que son unos números al azar, y unas plantillas como las que has visto. Las rellené con aquello que me venía a la cabeza en cada momento. Quedaron muy impresionados. Mis dibujos no fueron buenos, pero acerté muchas texturas, olores, sensaciones e incluso llegué a ver un ciervo enorme, que era uno de los *targets*. Hablaron con los jefes y les dijeron que yo era un tipo con gran potencial para la visión remota. Yo estaba ocioso, acababa de cobrar los derechos para una peli, acababa de divorciarme y estaba pasado de rosca; no tenía ganas de escribir en ese momento, así que dije, ¿por qué no? E hice un curso de dos semanas.

—¿Y?

—Que era bueno, o eso quise creer. Me dieron la dirección de un tío de Hamburgo, una eminencia, Raynard Aygner, y me fui a conocerlo. Estuve tres meses entrenando con él. Yo desarrollé, digamos, mi propio sistema y mis propias plantillas, aunque básicamente seguía el método, digamos, tradicional.

—¿Y se te daba bien?

—Pues sorprendentemente sí. La policía noruega me tomó, una vez más, en serio y me consultaron varios casos: un camión robado lleno de tabaco, una mujer desaparecida... Yo, más o menos, acertaba el cincuenta por ciento de las veces.

—¿Acertabas?

—Sí, daba con una pista, un lugar o veía una masa de agua o un cartel. Les fui muy útil y claro, vinieron los demás.

—¿Otras policías?

—E incluso servicios secretos. Y yo, en la cumbre de la popularidad, ganando dinero como nunca, adulado, me creía que era un semidiós; un imbécil.

—¿Y qué es lo que te ocurrió?

Enar se entreabre el albornoz y se acerca a Isabel. La besa apasionadamente y deja que ella vea que su miembro está erecto. Ella lo coge con su mano mientras él sigue besándola y dice:

—Ya habrá tiempo de contártelo. Ahora disfrutemos de estas cosas.

* * *

La señora Martínez vive en una pequeña casa de madera, roja y de techo no muy alto, en el viejo camino de Francia, apenas a un paso de la autopista, al lado justo del gran espigón que hay en el río y que los lugareños llaman el Gancho.

Cuando abre la puerta y ve a Isabel, sonrío y le dice:

—Te conozco, vas haciendo preguntas por ahí.

—Y yo a usted, señora Martínez; trabajaba en el comedor cuando yo estudiaba.

—Sí, señor, te recuerdo de aquella época.

—¿Podría pasar a hablar con usted?

—¿Quieres una taza de té o un café?

—Me apetecería mucho. Café, mejor.

La casa es pequeña y acogedora, llena de labores de ganchillo que, a buen supuesto, son el entretenimiento de aquella mujer.

Charo Martínez no tarda en traer una bandeja con té y galletitas, y ambas se sientan en una mesa redonda que hay junto a la ventana del salón. No es la mejor zona de El Valle, demasiado cerca del río y los aserraderos, quizá, y más propia de madereros, gente humilde.

Isabel conoce la curiosa historia de la familia: al marido de Charo, Sirio, lo llamaban «el manco», porque su padre había perdido una mano en el aserradero allá por los cincuenta. Quiso el destino que a Sirio le ocurriera otro tanto, cuando su única hija, Marta, contaba con la edad de siete años. Fue el primer caso en la historia de El Valle en que un vecino tenía puesto ya el mote antes de que se produjera el suceso que había de proporcionárselo. El caso es que el bueno de Sirio perdió la mano izquierda y cobró desde entonces una pensión que, junto con el trabajo de Charo, les permitió ir tirando.

Luego vino la otra desgracia, la desaparición y muerte de Marta en el caso Casares.

—Quieres hablar de mi Marta, ¿no? —dice Charo sirviendo el café con su

manos sarmentosas.

—Sí, me gustaría hacerle unas preguntas, si no es molestia.

—¿Por qué? —dice la mujer de pelo blanco y recogido en un moño. Toda su vida ha sido muy delgada. Una persona religiosa y contenida.

—Porque estoy intentando aclarar algunos aspectos relacionados con aquellos crímenes.

—Ya —dice Charo—. Eres de los que piensan que los crímenes están repitiéndose, ¿no?

Isabel asiente:

—Más o menos —dice.

—Tengo setenta y un años y nunca olvidé lo que pasó. Es horrible que te arrebatan a una hija de esa manera. Mi Sirio no lo soportó. Soy persona creyente y estoy preparada para aceptar la voluntad del Señor, pero tengo que reconocer que la suerte no nos acompañó: primero fue lo de su mano, que él, más o menos, supo llevar con cierta resignación. Pero luego, lo de Marta, fue demasiado. Se dio a la bebida, ¿sabes? Su cabeza no podía comprender aquello, ¿por qué pasaban esas cosas? Volvía borracho del bar todas las noches, ido, me pegaba. Apenas duró diez años. Murió de cirrosis, ¿lo sabías?

—Vaya, lo siento —dice Isabel.

Se hace un silencio incómodo.

—Hábleme de Marta, ¿cómo era?

—Muy buena hija. Pelirroja. Fogosa. Pero muy religiosa, como nosotros.

—Sí, sé que desapareció al salir de catequesis en el pinar de la Fuente. Eran ustedes muy creyentes, ¿no?

—Así es. Bueno, al menos yo. Lo era y sigo siéndolo. Mi Sirio se alejó de Dios. Ella era más como yo, le encantaba ir a la iglesia. Su padre se enfadaba muchas veces con ella porque los chicos comenzaban a merodearla y ella, claro, estaba en edad. Lo normal. Pero algún guantazo que otro le dio, debo decirlo. Creo que en el fondo siempre se culpó de su desaparición.

—¿Cómo?

—Que él se sentía culpable.

—¿Por qué?

—Recuerdo aquel día como si fuese hoy mismo. A Marta se le rompió la bicicleta en una excursión que hizo la parroquia. Así que, en aquellos días, en lugar de ir y venir ella sola al pinar de la Fuente la llevaba mi Sirio. Él tenía aquella tarde una reunión del sindicato. Y yo sé que le gustaba quedarse luego un rato con los muchachos para echar unas cervezas. Así que a mediodía, en un hueco, se escapó del trabajo y fue al taller. La bici ya estaba reparada y dijo: «Mira, Marta, así puedes ir y venir tú sola de catequesis». Yo sé que él pensaba

que si no hubiera recogido la bicicleta para poder tomarse unas cervezas y la hubiera acompañado no habría muerto. Se culpaba por ello. Aunque nunca lo dijo.

Isabel recuerda el asunto de la bicicleta de la primera desaparecida, Rosa, y pregunta:

—¿Y quién se la arregló?

—¿Pues quién si no? El dueño del único taller de bicicletas que había en el pueblo, el señor Mohamed.

Isabel da un respingo.

—Sí, había participado en una marcha ciclista que hicieron los de la iglesia de Santa María y le había gustado mucho la experiencia, iban a hacer otra antes de que llegaran las nieves y mi hija estaba muy pesada con tenerla a tiempo.

—Estudiaba en el mismo lugar que las otras chicas, ¿no?

—Sí, como las otras.

—¿Y...?

—No se moleste, Isabel, ya nos preguntaron por todo el profesorado, por los entrenadores y mujeres de la limpieza. Mi hija no sufrió ningún acoso ni hubo ningún profesor o adulto que la molestara. Se llevaba bien con los compañeros. La policía no sacó nada en claro de aquello. El caso quedó resuelto.

—¿Cree usted que fue Casares?

—Encontraron pruebas. Lo tengo claro. Y luego cometió el mayor de los pecados que se puede cometer: el suicidio. ¿Acaso no equivale eso a una confesión de culpabilidad?

* * *

Está atardeciendo e Isabel y Enar yacen exhaustos en la cama tras hacer el amor. La luz del crepúsculo se cuela por los inmensos ventanales del dormitorio forrado en madera del escritor. La cabaña es un lugar precioso, un retiro ideal. Isabel piensa que si lo que buscaba era alejarse del mundanal ruido, Enar había elegido un sitio perfecto.

Le cuenta su conversación con Charo Martínez.

—No terminamos de sacar nada en claro con estas entrevistas —dice Enar.

—No —responde ella.

—Más allá de tres o cuatro detalles y de historias penosas como la mala suerte de esta familia con la historia de la amputación, la desaparición de Marta y el alcoholismo del padre, no avanzamos demasiado, no.

—¿Y tú?

—Me lo estoy leyendo todo pero, no. Quiero que te entrevistes con la tercera

familia. No tengo muchas esperanzas de que obtengamos algo, pero a ti te conocen, eres alguien familiar y es más fácil que se abran. En cualquier caso, el trauma, el paso del tiempo y tanta culpabilidad como arrastran provocan que difícilmente nos den algún dato objetivo.

—Todos se culpan en mayor o menor medida de la desaparición de sus niñas: Sirio, el Manco; Guillermo Pau...

—Es muy típico ese «¿Y si yo hubiera...?». Lo he visto muchas veces. Es inevitable torturarse con algo así.

—Bueno, seguiré haciendo preguntas.

—Tenemos que encontrar algún punto en común. Es obvio que el asesino las conocía a las tres y las eligió, debían de coincidir en algún punto, en alguna actividad.

—El instituto.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —exclama Enar—. Me he repasado todas las declaraciones. Se interrogó a todos y cada uno de los profesores, todo el mundo tenía coartada y ninguno responde al perfil; se compararon los horarios de las niñas, actividades extraescolares, amistades y hasta dónde solían sentarse en el comedor. Sí, iban a la misma escuela, pero no hay ningún nexo común, nada, ninguna actividad en la que las tres coincidieran.

—No eran las tres igual de religiosas.

—Sí, eso, ni en la parroquia coinciden. No sé, debe de haber un nexo y ese nexo, ese lugar, puede ser el que nos permita identificar al asesino.

—¿Las orquídeas? —dice Isabel no queriendo pensar en su padre.

—De momento, solo Rosa era aficionada a ellas.

Quedan en silencio.

—No podemos hacer gran cosa —dice Enar—. De momento, continuaremos con nuestro trabajo de revisión del pasado y que Garrido y su gente se enfrenten a lo de hoy día, que no es poco.

—¿Crees que están muertas?

—Seguro.

—¿Entonces...?

—Entonces, ¿qué?

Isabel no se atreve a decirlo.

—Que por qué no lo intentas.

—¿El qué?

—Localizar el cuerpo de Rosa. Tú podrías.

Enar emite un bufido de desaprobación.

Isabel insiste:

—Dijiste que acertabas en un cincuenta por ciento de los casos.

—Es una locura, Isabel; eso no funciona, no siempre. Estoy desentrenado. Lleva sus pautas. No funciona así, como en una película de adivinos.

—Pues entrénate.

—Me llevaría tiempo. Juré no volver a hacerlo.

Isabel le toma las manos y dice:

—Entre nosotros no puede haber secretos, Enar, ¿lo entiendes?

Él asiente con la cabeza.

—Entonces, cuéntame, ¿por qué no quieres hacerlo?

—La visión remota, como ya te he dicho, no es algo exacto. Pero si lo haces, has de hacerlo bien. Tienes que estar centrado, equilibrado. Yo comencé con buen pie, tras mi entrenamiento en Hamburgo obtuve buenos resultados; bueno, a veces. Antes de cada sesión tenía que prepararme bien, estar centrado.

—¿Cómo es una sesión?

—Puedes hacerlo a solas o con alguien que te da el objetivo: un *tasker*. A mí me decían lo que buscábamos y me encerraba en mi buhardilla; vivía en una zona boscosa, un lugar tranquilo, sin distracciones. Como este. Apenas tenía una silla y una mesa en el cuarto. La luz que entraba por la ventana, nada más. Ayer viste las plantillas. Escribes unas coordenadas, que son ocho dígitos, tus datos sobre la sesión y enseguida, sin dejar que la mente piense, dibujas el ideograma. Si dejas que pasen más de tres segundos se te cuelan pensamientos conscientes, así que tienes que ir rellenando la plantilla sobre la marcha, rápido, con lo primero que te venga a la cabeza: texturas, olores, todo. Ya lo viste. Hay que dedicarle tiempo, entrenar, estar en paz. Se puede decir que lo que actúa en ese momento no es tu mente, digamos, consciente. Estás en otro plano, concentrado en el objetivo.

—Pero ¿veías las cosas?

—Flashes, olores, un retazo de un lugar, sentimientos... a veces el más pequeño o mínimo dato permite localizar a una persona.

—¿Y por qué no quieres intentarlo? No perdemos nada.

—Requiere estar centrado, practicar. Mira, yo antes de cada sesión hacía una hora de MT.

—¿MT?

—Meditación trascendental. Cualquier técnica de relajación podría valer, pero era la que usaba yo. Ya sabes, controlar la respiración, bajar al mínimo las pulsaciones, la frecuencia respiratoria y repetir un mantra constantemente poniendo la mente blanco. O intentándolo, al menos.

—¿Un mantra?

—Sí, el que sea, hay muchos. El que a ti te valga.

—¿Cuál usabas tú?

—Muchos, pero sobre todo:

*«Hare-krsna-hare-krsna
krsna-krsna-hare-hare
hare-rama-hare-rama
rama-rama-hare-hare».*

—Eso es budista.

—Yo no soy budista, Isabel, pero a mí me servía. Después de una hora de meditación iniciaba la sesión de visión remota.

—¿Cuánto duraban?

—No sé, diez, veinte, a veces cuarenta minutos.

—¿Y qué es lo que te pasó?

Enar pone cara de pocos amigos. No le agrada hablar del tema.

Al fin, se decide a hablar:

—Hubo un asesinato de un niño en Noruega. Un pedófilo. Al poco desapareció otro. Se llamaba Bor, Bor Carlson —dice cerrando los ojos.

JUANA ALCARAZ

—¿Y? —Íbamos contrarreloj. Entre la *desaparición y la muerte y violación del primer niño habían transcurrido menos de veinticuatro horas. Me llamaron. Yo me desperté con una modelo en la cama. La noche anterior había acudido a una entrega de premios. Mi divorcio me había dejado desnortado: fiestas, chicas, glamour, ya te imaginas. Yo me creía que era una estrella del rock o algo así. El alcohol y las drogas no son aconsejables para tener los sentidos aclarados, ¿sabes? Salía más en las revistas del corazón que en los suplementos literarios.*

—Vaya.

—Me puse manos a la obra. Ni que decir tiene que yo no estaba en las condiciones ideales, pero me creía omnipotente, así que ni lo pensé. Estaba en Oslo por aquellas fechas. Los minutos corrían en nuestra contra. Tenían una pista, en una estación de servicio habían visto a un tipo que paró a repostar y dejó al niño dentro del coche. Al pagar dijo que iba a Konsberg. Identificaron la matrícula con la cámara de seguridad e iban a mandar a los equipos especiales, el tío tenía antecedentes por pequeños delitos sexuales, algo de exhibicionismo, creo, pero...

—¿Sí?

—A pesar de que tenían esa pista me pidieron que hiciera una sesión de SRV. No creyeron que el tipo fuera tan tonto como para dejar una pista tan clara, creyeron que lo había hecho para despistar. Ahí entré, yo, creí verlo claro y tras una sesión de visión remota los mandé a la zona de Skasenden. ¡Y los muy gilipollas me hicieron caso! Buscaron y buscaron, pero estaba claro que no había nada. Entonces, por pura rutina, siguieron la otra pista, la del tipo de la autopista. Lo pillaron en una casa alquilada, en Konsberg. El cuerpo del niño estaba allí aún, no había tenido tiempo de deshacerse de él. Tenía un sótano donde hacía sus cosas. Cuando llegaron, el crío llevaba dos horas muerto.

Isabel se queda mirando a Enar. Con la boca abierta.

Él comienza a sollozar:

—¡Los mandé en la dirección contraria! Si hubieran seguido la pista convencional habríamos salvado al niño. ¡Lo maté yo! ¿Te das cuenta? Ahí tienes una caja con todos los periódicos noruegos de la época. De vez en cuando

los saco y los releo con una buena botella al lado. Me despellejaron.

Isabel está en silencio escuchándolo. Él llora desconsoladamente.

—¿Sabes lo peor?

—Dime.

—Que cuando terminé la sesión de visión remota, muy ufano, me fui a la cama, a disfrutar de la modelo. Esa era mi vida, banal y superficial, aunque yo me creía alguien especial, un tipo listo. Yo estaba con una mujer, bellísima y tonta, dispuesta a todo porque se la viera con un «intelectual». Mientras yo follaba con una chica mucho más joven que yo, un niño estaba viviendo un infierno. Perdiendo la vida. Nadie debería pasar por eso. Unas horas después, cuando me llamaron y me contaron lo que había, se me hundió el mundo.

Enar se abraza a Isabel, que no sabe qué decirle para que deje de llorar.

* * *

Isabel llega a la calle San Marcial y aparca junto al número 10, el Hotel Cristina. Es un edificio de dos alturas en ladrillo rojo con unos hermosos toldos verdes que se fundó en 1911 y que combina el ambiente histórico con las comodidades de la vida moderna. Es un edificio de ladrillo visto que alegra la vista y anima al turista a entrar en él.

Sí, mira al asiento del copiloto. Lleva varios periódicos. Los titulares no son buenos: «La policía perdida», «Vía muerta» o «¿Incompetencia?», son algunos de ellos.

Por si esto fuera poco, *El Eco de El Valle* narra el incidente de un tipo que corre a medianoche entre el tráfico por la calle Mayor, sin camiseta y en pantalón de pijama, y grita que se le ha aparecido una niña muerta en su casa. «La de los crímenes», declaraba. Según la policía, había dado positivo a los test de alcohol y estupefacientes.

Ante ese panorama, le queda claro que ella y Enar solo pueden hacer una cosa: seguir investigando el pasado. Baja del coche y entra en el hotel. Allí trabaja Juana Alcaraz, última familiar con vida de la tercera de las víctimas del setenta y tres. Apenas tenía diez años cuando su hermana murió, así que no espera demasiado de la entrevista.

Juana, con su uniforme de cocinera, se sienta con Isabel en las mesitas que hay en el exterior, bajo los toldos, y enciende un cigarrillo con delectación.

—Uno de los pocos placeres que me quedan.

Está casada con un camionero y tiene tres hijos.

—Lo de mi hermana no me afectó tanto como a otros —dice—. No creas, yo era pequeña y ella era mi modelo, me peinaba como ella, quería ser como ella y

todas esas cosas que hacen los críos para emular a sus hermanos mayores; pero quizá era demasiado joven para apreciar la verdadera dimensión de la tragedia. Al ser una niña no me contaron los detalles y quizá eso me sirvió, en cierta medida, de protección.

—Tus padres vinieron de Puerto Rico.

—Sí, a buscar una vida mejor. Mi abuelo era español. Decidieron volver a casa, pues él no hizo fortuna. Pensaron que aquí podían empezar de nuevo. Y lo consiguieron, hasta que ocurrió lo de Lolita. Luego todo cambió; en el fondo vivieron toda la vida amargados. Ya sabe, una cosa así te cambia la vida.

—Me imagino.

—Creo que por eso me casé tan joven, para salir de casa. Para evitar esa sombra de tristeza que proyectaba mi pobre hermana y lo que le ocurrió.

—Querría hacerte algunas preguntas.

—Lo que quieras. Dicen que están repitiéndose los crímenes, ¿no es así?

Isabel opta por decir la verdad:

—Me temo que sí, Juana. Tengo las declaraciones de entonces y más o menos sabemos lo que pasó, la gente tenía coartadas y fue difícil dar con el asesino. Pero yo busco algo más, un detalle, alguna conexión entre ellas.

—¿No piensas que fuera Casares?

—No.

—Es curioso. Mi padre tampoco. Lo conocía. Había trabajado con el jardinero, el señor Blanco, y con él, y decía que José era incapaz de hacer daño a una mosca.

Isabel sonrío satisfecha.

—¿Recuerdas algo que te llamara la atención? ¿Sabes si coincidían en algún lugar aparte del colegio? ¿Algún detalle de aquellos días?

—No. Era una niña feliz, básicamente.

—¿No tenía problemas con nadie? ¿Algún adulto la molestó alguna vez?

—No, en absoluto.

Después de un silencio, Juana añade:

—Fíjate qué pena, estaba ilusionadísima. Había acudido a una excursión en bici del padre Baillo.

—¿Ibais a su parroquia?

—Sí, más o menos. Pero mi padre no era muy practicante. En mi familia no creían en Dios.

—¿Aun siendo de aquí y tras haber pasado por Puerto Rico?

—Creo que mi abuelo era anarquista. En mi casa no eran muy amigos de curas y monjas. Pero sí, es raro que mi padre nos hiciera ir a misa, ¿no? Sinceramente, creo que lo hizo por integrarse más en la comunidad. Como él

decía, no hay tantas diferencias entre las religiones y algunas ideas políticas. Ya sabes, el cristianismo de los primeros momentos, según él, era casi el comunismo.

—Bueno, se puede ver así, sí.

—El caso es que se le rompió la bici. Y en una semana había otra excursión, así que mi padre fue al señor Mohamed y le compró una bici rosa de segunda mano que estaba casi como nueva. ¡Estaba exultante!

Isabel, que toma notas, levanta la cabeza:

—Un momento.

—¿Sí?

—Has dicho el señor Mohamed.

—Sí, Mohamed; tenía un taller de bicicletas en la calle Luna, creo que era el único del pueblo.

—Mohamed —repite Isabel pensando para sí.

Juana la mira como si estuviera loca.

Isabel paga y se levanta diciendo:

—Muchas gracias, Juana, me has sido de gran utilidad.

* * *

—¿Te das cuenta, Enar? —dice Isabel—. ¡Es una conexión!

—¿Cómo? Tenían muchas cosas en común, profesores en común, el mismo colegio...

—En ninguna clase o actividad coincidían las tres juntas. Ni siquiera en sus parroquias.

—Ya, eso lo sé.

—¿No te parece una casualidad muy grande? ¿Que las tres llevaran bicicletas a arreglar a ese señor Mohamed en las semanas previa a su desaparición?

—Lolita Alcaraz no arregló una bici, la compró.

—Me da igual —dice ella muy resuelta—. Su padre fue al taller a comprarle una de segunda mano.

Enar pone cara de pensárselo.

—Tú dices que no crees en casualidades —sentencia Isabel.

—Sí, sí, es cierto, no creo en casualidades, pero ¡por Dios, Isabel! Es un pueblo pequeño y solo había un taller de bicicletas. Es lógico que todos los niños pasen tarde o temprano por allí.

—¿En las semanas en que desaparecieron?

—Bueno, quizá tengas razón. Hablemos con él.

—Está muerto.

—¿Cómo?

—Que murió.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Hace un montón de años.

Vuelven a quedar en silencio.

—¿Tiene familia aquí?

—Ni idea, creo que no; era de fuera, ya sabes, marroquí, creo. En aquellos años apenas había inmigrantes en España.

—Pues habrá que hablar con alguien de aquella época.

—Hay una abuela, encantadora, amiga de mi familia; me ayudó al principio de la investigación, la señora Gordillo. Podríamos ir a verla.

—Sí, puede ser.

—Coge las llaves del coche —dice Isabel tomando su abrigo.

* * *

Enar se ve sentado en el recargado salón de la señora Gordillo, disfrutando de sus galletitas y recibiendo miradas pícaras de la abuela. Es obvio que todo el pueblo debe de saber a aquellas alturas que está con Isabel.

—¡No sabes lo que me alegra que vengas a visitarme, Isabel!

—Y a mí hacerlo.

—Y tan bien acompañada. Por cierto... ¿Y Bernardo?

—Ya no estamos juntos, nos estamos separando.

La abuela sonrío beatíficamente. Echa un vistazo descarado a Enar y dice:

—Has hecho bien. En el pueblo se rumoreaban cosas sobre tu marido desde hace muchos años, ¿sabes?

—Me imagino, lo conozco bien.

—Yo le aguanté algún que otro escarceo a mi marido, que en paz descanse, pero, claro, era otra época. Nos educaban para aguantar lo que fuera. Vosotras no, las chicas de ahora sois diferentes, no aguantáis ese tipo de comportamientos.

—Enriqueta —comienza a decir Isabel—, usted conoce a todo el mundo en el pueblo.

—¿Sí?

—Y yo quería preguntarle por una persona en concreto.

—Dime, hija, dime.

—¿Recuerda usted al señor Mohamed?

—¿Mohamed?

—Sí, tenía un taller, reparaba bicicletas.

—¡Ah, sí! En la calle Luna. Muy buen hombre.

—¿Y qué recuerda de él?

—Moreno, alto, delgado y con bigote. Llegó a finales de los sesenta, creo.

—¿No sería a principios de los setenta? —pregunta Isabel mirando a Enar.

—No, yo creo que por el sesenta y ocho o así.

—¿Casado?

—No, no tenía mujer ni hijos. Abrió el taller y parece que le iba bien. Era un hombre tranquilo que no se metía en líos. Echaba muchas horas; reparar bicis no es algo que rente mucho, pero supongo que trabajaba tanto que salía adelante. Vivía solo. Al acabar el trabajo se iba a su casa, no era amigo de bares.

—¿Se relacionaba mucho con la gente?

—No, que yo sepa.

—¿Y no dio ningún problema?

Algo se activa en el cerebro de Enriqueta Gordillo. Toda una vida al servicio del juzgado da para acumular muchos datos.

—Hay una cosa.

—¿Sí?

—Creo que, cuando llegó, ahora que lo dices, hubo un sobre, un despacho que enviaron desde Murcia, de un pueblecito del mar Menor; venía de un cuartel de la Guardia Civil. Yo estuve allí un verano, se llama Santiago de la Ribera. El pueblo, digo. Él vino de allí, ¿sabes?

—¿Y?

—No recuerdo de qué se trataba. El sobre iba a nombre del juez, pero era algo sobre el señor Mohamed, y sé que llamó a la policía local y algo comentaron.

—¿Algún tipo de antecedente? —dice Isabel mirando a Enar.

—Algo así sería, sí. Pero ya os digo, el tiempo que estuvo aquí no dio un solo problema.

—Muchas gracias, Enriqueta, nos ha sido usted de mucha ayuda —dice Isabel despidiéndose de la abuela con un cariñoso beso y un abrazo.

MOHAMED

—¿Te convences? —dice Isabel tomando un café en La Cumbre.

—No —responde Enar—. No está entre la lista de delincuentes sexuales que barajaba la policía.

—¿Y si se les pasó?

Enar resopla. No lo ve claro.

—Piénsalo, cariño. Vivía solo, no se relacionaba con nadie, su trabajo lo llevaba a conocer niñas, las tres asesinadas pasaron por su taller en días previos a su desaparición y había venido del sur huyendo, tenía algún tipo de antecedente.

—Visto así...

—Podría ser nuestro hombre. Es el único nexo que he encontrado que relacione a las tres niñas.

Enar se lo piensa:

—¿Y cómo podríamos averiguar algo?

—¿Qué hizo en Santiago de la Ribera?

—Sí.

—Garrido. Pregúntale a Darío, nos ofreció su ayuda. Dijo que podíamos pedirle lo que necesitáramos.

—Sí, puede ser.

—Ve a verlo.

—¿Ahora?

—¡Cuanto antes! ¡Tengo una corazonada, es él!

Pagan los cafés y se despiden con un beso. Enar sale en dirección a la comisaría e Isabel pasa por la farmacia. Cuando sale de esta siente que alguien la llama:

—Isabel.

Se gira.

Es Bernardo. Lleva un ramo de flores en la mano

—¿Qué haces aquí? —dice Isabel.

* * *

—¿Me estás diciendo que pensáis que un tal Mohamed, que arreglaba bicicletas, puede ser el asesino del setenta y tres? —pregunta Garrido escéptico.

—Sí, algo así. Bueno, yo no. Isabel está más convencida de ello. Yo no tanto. Pero es un hecho que las tres tuvieron contacto con él la semana en que fueron asesinadas. Y es raro que llegara una carta referente a él de la Guardia Civil de Santiago de la Ribera, ¿no?

—Sí, tendría algún tipo de antecedente.

—Vivía solo. No se relacionaba con nadie.

Darío Garrido se gira hacia su ordenador y teclea su clave.

—Vamos a ver qué tenemos sobre este tipo —dice—. ¿Tienes todos sus datos?

—Solo Mohamed. Ah, y la dirección, tenía el taller en la calle Luna. Pon eso, igual te sale algo si puedes acceder a los datos de Hacienda.

—Vamos a ver. Igual en el censo. Está pensando —dice Garrido refiriéndose al ordenador.

Esperan unos segundos.

—Ahí está —exclama el inspector de policía.

En la pantalla ha aparecido un registro que Garrido lee en voz alta:

—Mohamed Dahmani. Tenía nacionalidad marroquí. Residencia en calle Luna 8, en El Valle. Es algo. Vamos a ver si estaba limpio.

Garrido teclea en una página de la Policía Nacional.

Al momento dice:

—Ojo, tenía antecedentes.

—¿Y?

—Una acusación de abusos sexuales a una menor en Santiago de la Ribera.

—¡Bingo!

—¿Y cómo pudo obviarlo la policía de aquí? No lo entiendo —dice Garrido.

—¿Hay algo más? —Enar, impaciente.

—No, no tiene condena. No estuvo en prisión. Debíó de quedar en eso, en una simple denuncia.

—¿Y no sale ahí?

—No, no concreta más. Hace muchos años de esto.

—¿Dónde puede encontrarse esa información? —pregunta Enar.

Garrido contesta muy seguro de sí mismo:

—Pues en el juzgado más cercano a Santiago de la Ribera, supongo.

El noruego lo mira suplicante:

—¿Podrías hacer alguna gestión? No sé, ¿una llamada?

Garrido pone cara de estar cansado de aquello.

Teclea en busca del teléfono del juzgado que corresponde al pueblo de donde

llegó Mohamed.

—Es el Juzgado de Primera Instancia de San Javier, creo. Espera que miro el número.

Toma su teléfono y marca. Al momento se identifica y enseguida le pasan. Logra hablar con una administrativa. Tras mencionar su número de placa para que la otra tome nota, le dice:

—¿Con quién hablo?

—Amalia.

—Mire, Amalia: estamos buscando información sobre un tipo. En el año sesenta y ocho tuvo una denuncia de abuso sexual, pero no tenemos nada más, con lo que suponemos que no hubo sentencia.

—Buff —se escucha al otro lado del teléfono.

—Allí deben de tener ustedes el expediente.

—Aquellos años no están metidos en la base de datos, no están informatizados.

—Lo sé, Amalia, me hago cargo.

—Tendría que bajar al archivo y buscar, puedeme llevar un tiempo y estoy muy liada. ¿Sabe fecha?

—Aquí dice abril del sesenta y ocho.

—Bueno, eso facilita la cosa —dice la mujer al otro lado del aparato.

—¿Qué me dice, Amalia, podría buscarlo? Yo ahora mismo mandaré el formulario oficial por mail.

—Tengo una mañana bastante liada —dice la mujer—. Pero haré un hueco antes del almuerzo. Mándeme ese mail para hacerlo oficial.

—De acuerdo, Amalia, se lo agradezco mucho. Mohamed Dahmani.

—Si puedo, le telefono.

Garrido cuelga el teléfono y se da una palmada en los muslos.

—Bueno —dice—. Ya os he hecho la gestión. Ahora habrá que esperar.

—¿Cuándo crees que lo sabremos? —pregunta Enar impaciente.

—Pues los juzgados suelen estar atestados de trabajo, yo no soy muy optimista al respecto. Unos días, supongo.

—¿No crees que te llame hoy?

—No creo. Eso si decide colaborar, encuentra un hueco y nos hace la gestión.

* * *

—¡Te dije que no quería volver a verte! —le dice Isabel a Bernardo en mitad de la calle.

—Quiero recuperarte —dice él tendiéndole el ramo de flores.

—Pero ¿estás idiota?
—No, solo he cometido un error, me arrepiento.
—¿Uno? Llevas toda la vida puteando por ahí y yo, como una tonta, cuidando a nuestros hijos.
—Lo de Evelyn se ha terminado.
—Sí, vi el mensaje, ella te dejó.
—No fue así.
—¿Es que no lo entiendes, Bernardo? Da igual lo de esa tal Evelyn. ¡Han sido tantas!
—Eres la mujer de mi vida, Isabel, estás bellísima.
—Bernardo, olvídalo.
—Es ese escritor, ¿verdad?
—¿Qué dices?
—Te lo estás tirando, te paseas con él arriba y abajo haciéndote arrumacos. ¡Me estás poniendo en evidencia!
—Eso a ti no te importa ya, Bernardo.
—¡Eres mi mujer!
—Yo no soy de nadie y el divorcio está en trámite, es cuestión de un par de meses.
—¡Solo quiero lo que es mío! ¡Has cambiado las cerraduras!
—Te recuerdo que la casa es mía, de mi propiedad. Y la herencia de mis padres, también. Te vieron venir e insistieron en que firmáramos un acuerdo prematrimonial. No puedes tocar mi dinero, mi herencia.
—¡Tengo derecho a vivir en esa casa!
—No tienes derecho a nada, imbécil. Es más. He trabajado como ama de casa toda la vida, si la pidiera, me darían una pensión compensatoria.
—¿Y?
—Que o desapareces de aquí o haré que tengas que pasarme una pensión por el resto de tu vida, gilipollas. ¿Lo entiendes?
El otro asiente, con cara de derrota y el ramo de flores colocado hacia abajo; estas parecen hasta mustias.
Entonces levanta la mirada y dice:
—No sabes con quién te estás metiendo. Prepárate.

* * *

Enar e Isabel vuelven de esquiar cuando, en el sendero, se encuentran con Adrián.

—¡Hola, pareja! —dice sonriente el amigo de Isabel.

—No sabía que esquiaras, Adrián.

—En esta época del año qué puede hacerse si no.

—Al menos no andas por ahí con esa bicicleta de montaña —dice Isabel.

—Estoy deseando que venga el verano para volver a salir.

—Pero ¿estás loco? —dice Isabel, que mira a Enar y aclara—. El pasado verano, este loco, que se tira por los barrancos más peligrosos con su bici, sufrió un traumatismo craneoencefálico.

—¡Vaya! —dice Enar—. Por eso yo prefiero correr; en verano, digo.

—Yo seguiré con lo mío en cuanto llegue el buen tiempo —Adrián.

—¿Y no tuviste bastante? —dice Isabel.

—Bah. Son gajes del oficio. La bici es una de mis pasiones. Por cierto, ¿cómo vais con lo de los crímenes del setenta y tres?

—Algo vamos averiguando —contesta ella.

—¿Sí?

—Es una labor lenta.

—¿Tenéis sospechoso? —pregunta Adrián muy interesado.

—El culpable fue Casares —dice Enar algo cortante. Isabel nota que Adrián no le cae muy simpático.

El amigo de Isabel queda un poco parado.

—Vaya. Yo pensaba que vosotros ibais un poco al margen de la versión oficial. O al menos eso se rumorea por el pueblo.

—No, no —desmiente Enar—. Estamos buscando detalles que nos permitan capturar al asesino de hoy, que es un imitador.

—No han encontrado los cuerpos aún, ¿no? —pregunta Adrián.

—No, en efecto.

—Entonces bien podrían estar secuestradas.

Enar toma la palabra muy serio:

—Querido Adrián, si algo aprendemos en este oficio, desde el primer momento, es que ninguna hipótesis debe ser descartada.

Y, dando por terminada la conversación, saluda a su interlocutor con la mano y continúa camino.

Al momento, Isabel se pone a su altura:

—Vaya, no has estado muy simpático, ¿no?

—¿Quién, yo?

—Sí, Enar, tú.

—No me gustan los sabihondos.

—Adrián es encantador. ¿No será que estás un poco celoso?

Enar sonrío:

—No, no lo estoy, Isabel. Me gustas mucho y siento algo grande por ti y creo

que tú también lo sientes por mí.

—¿Entonces?

—He tenido la sensación de que pretendía sonsacarnos.

—¡Pues como todo el mundo en este pueblo! Son todos unos cotillas y Adrián, más; es una rata de biblioteca, es soltero y sin vida amorosa, ¿qué va a hacer?

—Que haga lo que quiera, pero si busca información que se las arregle como hacemos nosotros.

—¿Y de Bernardo?

—¿Qué?

—¿Tienes celos de Bernardo? —dice ella haciendo referencia al incidente de las flores.

—No —dice él rotundo—. Pero me preocupa.

—¿Te preocupa? ¿Bernardo? ¿Mi Bernardo?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

Enar para la marcha, se gira y la mira muy serio:

—He visto muchos casos como ese, Isabel. Ese tipo de hombre es infiel por naturaleza y se creen libres para acostarse con las mujeres que quieran, pero ojo, su esposa es suya. Como la casa, el coche o el barco; su mujer es una posesión suya y solo de él. He visto a muchos de estos volverse locos cuando los pillan, porque tarde o temprano terminan cogiéndolos y acaban de patitas en la calle pagando pensiones varias. Entonces no digieren que «su esposa» puedan andar con otros hombres y hacen lo posible por amargarles la vida.

—Es inofensivo.

—Espero que lo sea, y si no, ya me encargaré yo de eso.

—¿Tanto te preocupa?

Enar, sin parar la marcha dice:

—Me preocupa todo lo tuyo, Isabel, porque, yo, te quiero.

Y ella se queda de piedra.

¿Ha dicho que la quiere?

Isabel se queda parada viendo como Enar se acerca a su cabaña, y repara en lo mucho que ha cambiado su vida. Ya no colecciona prospectos, ha sacado a Bernardo de su casa y está metida en una investigación criminal compleja. Por si fuera poco, ha conocido a un hombre maravilloso, fuerte, atractivo e inteligente que bebe los vientos por ella.

¿Cuánto tardarán en torcerse las cosas?

FEDRA HERNÁNDEZ

Cuando llegan a la cabaña, Darío Garrido los está esperando apoyado en el capó de su coche.

—¡Tengo noticias! —dice agitando un papel con la mano derecha.

—¿De dónde?

—De Santiago de la Ribera.

—Te quedas a comer —dice Isabel.

Aprovechando que sus amigos se afanan en la cocina preparando la comida, y tras abrir una botella de vino blanco, Garrido comienza a leer el *mail*:

—Es de mi buena amiga Amalia, de Santiago de la Ribera —bromea— que, ahí donde la veis, se molestó en bajar al archivo y buscar el sumario del señor Mohamed. En efecto, al final no hubo cargos; parece que el abogado del inculpado, la fiscalía y la familia de la chica llegaron a un acuerdo.

—¿A un acuerdo? —dice Enar—. Qué cosa más rara en un asunto de abusos a menores, ¿no?

—Pues sí —dice Garrido.

—¿Y qué más dice?

—Nada, que se sobreseían los cargos a cambio de que Mohamed Dahmani fijara su residencia a más de trescientos kilómetros de allí.

—¿Y firmó eso? —Isabel.

—Mejor eso que una condena, ¿no? —apunta Garrido.

—¿Qué más datos tenemos? —pregunta Enar mientras sofríe una cebolla.

—Poca cosa: denunciante, Julio Hernández; acusado, Mohamed Dahmani; cargos, propasarse con Fedra Hernández en la trastienda del local del denunciante, Ferretería Hernández.

—¿No hay nada más?

—Nada más —asegura Garrido.

—¿Has buscado...? —comienza a decir Enar.

—Sí, Enar —contesta Garrido con fastidio—. He buscado en la base de datos: Julio Hernández falleció en 1999 y no me aparece ninguna Fedra Hernández por ningún lado.

—¿Y cómo es eso? —indaga Enar.

—No lo sé —dice Isabel—. No estará fichada.

—Da igual, podemos encontrarla. Tendrá DNI. Le he dicho a uno de mis hombres que busque, pero estamos muy liados, os diré algo pronto.

—¿Y cómo vamos a localizarla? —dice Enar.

—En cuanto sepa algo os lo comunico. Por cierto, ¿te has pensado lo que te dije? —pregunta el inspector de policía.

—¿El qué? —responde Enar.

—Ayudarnos. Con los cuerpos. Sabes que están muertas; si no hay cuerpos no hay pruebas, si no hay pruebas no lo podemos cazar.

—No va a matar más, es un *copycat*. Ha imitado los tres crímenes por algún motivo y parará de matar.

—¿Y quieres que quede impune, Enar?

—No, no lo quiero.

—Quizá no baste con lo que estáis buscando en el pasado. ¿Sabes? Hay tres familias esperando encontrar los cuerpos de sus hijas. Ya están muertas, Enar, es seguro. No puedes hacer daño a nadie.

El escritor queda pensativo. Isabel se le acerca y apoya la cabeza en su hombro.

Enar suspira:

—Supongo que podría intentarlo —contesta.

* * *

Esa misma tarde, Isabel y Enar dialogan con un montón de papeles sobre la mesa. En el centro, el mail recibido desde Santiago de la Ribera. ¿Cómo van a localizar a los protagonistas de aquello? El denunciado, Mohamed Dahmani, está muerto. El denunciante, el padre de la menor, Julio Hernández, fallecido también. No existe ninguna Fedra Hernández en las listas de teléfono ni del pueblo ni de la región. ¿Se mudó? Probablemente se casó y se fue a otro lugar.

—No tenemos nada, ni un número de seguridad social, ningún dato objetivo al que agarrarnos —dice Isabel.

—Pues no —dice—. Si Garrido, que lo tiene más fácil, no lo ha conseguido, no sé qué vamos a hacer nosotros. Pero no será tan complicado, tendrá DNI. Deben de andar muy liados.

—Sería fundamental que pudiéramos hablar con esa chica. Creo que es él, estoy convencida. Dahmani.

Se quedan en silencio.

Entonces ella dice:

—¿Cómo dice el *e-mail* que se llamaba el establecimiento?

—¿Cómo?

—Sí, la tienda donde se produjo el incidente, la tienda de Hernández.

—Ferretería Hernández —lee Enar en voz alta.

Isabel abre su ordenador portátil. Lo inicia y entra en un buscador.

Teclea: «Ferretería Hernández. Santiago de la Ribera».

Aparecen varios *links*.

—¡Mira, Enar!

Hace click en el primer *link* y se ven dentro de un foro sobre historia del pueblo.

Hay distintos comentarios de los asistentes al foro. Hablan de las diversiones que tenían de niños. De carreras de carros hechos con madera y con cojinetes de los talleres mecánicos de la zona.

Uno de ellos dice: «sí, y comprábamos los rodamientos para los carros de carreras la Ferretería Hernández, en la calle San Martín de Porres».

Isabel entra en el localizador de Google Maps. Y teclea «San Martín de Porres, Santiago de la Ribera».

Usa la herramienta Street View y se sitúa en dicha calle como un peatón más.

Al lado hay una marca, el Club Social de Santiago de la Ribera. Hay un teléfono.

Llama.

—¿Diga? —responden al otro lado.

—Disculpe la molestia —dice Isabel—, llamo para hacer una consulta de un local cerrado hace tiempo ya. Estaba a un paso de allí, en la misma calle San Martín de Porres, y se llamaba Ferretería Hernández, ¿le suena?

—Yo soy nuevo, espere que pregunte, David lleva aquí toda la vida. David, ¿te suena de algo Ferretería Hernández?

—Claro —se escucha una voz al fondo.

—Espere —dice el joven, que pasa el teléfono a otra persona.

—¿Diga? —una voz de alguien mayor.

—Perdone la molestia, querría localizar a los antiguos propietarios de un establecimiento, ¿le suena la Ferretería Hernández?

—Claro, estaba aquí cerca, a un paso, en San Martín de Porres.

—¿Sabe cómo podría ponerme en contacto con los antiguos dueños o sus herederos?

—Ni idea. Ahora es una tienda diseño de interiores. Pregunte allí, ¿no? Igual saben algo.

—¿Sabe cómo se llama la tienda?

—Interiores... One, creo, o algo así. No sé me da bien el inglés, y no crea, que es un fastidio porque guiris aquí los tenemos a montones.

—Gracias, muchas gracias —dice Isabel colgando para volver su atención al ordenador.

Teclea «interiores, Santiago de la Ribera, San Martín de Porres, One» y sale una reseña. Es una web.

Una tienda de interiorismo sofisticada y moderna, con un aire ciertamente minimalista.

—¿A qué esperas? Llama —dice Enar.

Isabel marca el teléfono con el corazón en un puño.

—¿Podría hablar con el dueño por favor?

—Soy, yo —dice una voz al otro lado.

—Me llamo Isabel Amat y busco a los antiguos dueños de su negocio, aquello fue la Ferretería Hernández, ¿no?

—En efecto, se lo compré a la familia. Eran varios hermanos que no querían seguir con el negocio del padre.

—Estoy buscando a uno de ellos, a Fedra. ¿Sabría usted como localizarla?

—Debo de tener su teléfono de cuando hicimos la compraventa. Espere, que voy a por mi agenda.

Isabel siente que va a darle un vuelco el corazón.

—Ya estoy —se oye al otro lado del teléfono.

—Cambió de residencia ¿no? —se aventura a decir Isabel.

—No, no, creo que vive por aquí cerca. Está casada con un médico. No, no tengo el teléfono.

—Vaya.

—Tengo su dirección.

* * *

A la mañana siguiente, Isabel y Enar vuelven de esquiar y se encuentran a Garrido esperándolos en la puerta de la casa.

Isabel mira a Enar arqueando los hombros en una pregunta y él dice:

—Tranquila, te vas a alegrar.

—¡Ya era hora, tortolitos! —dice el inspector de policía.

—Te preparo una bebida y nos duchamos —contesta el escritor entrando en la casa.

Isabel se siente intrigada. ¿A qué se referirá Enar? Cuando sale de la ducha se ve, por un momento, con su imagen actual: ha perdido esos kilos que le sobraban, su piel es tersa, y su pelo, rubio y abundante. Sonríe. Se ve atractiva, ha cambiado. ¿Qué le ha hecho cambiar? ¿Enar o el caso? ¿Cómo pudo soportar esa anodina vida con Bernardo durante tantos y tantos años? Oye voces abajo,

así que se viste y va a la cocina. Cuando entra, Garrido está diciendo:

—¡Así que tenéis la dirección de Fedra Hernández!

Enar sonrío y dice:

—Se casó. Vive en una urbanización, no muy lejos del mar Menor, Torre Golf Resort, en el número 4 de la calle Aguja, exactamente.

—¡Vaya con los aficionados! —exclama Garrido.

—¿Qué es eso que os lleváis entre manos esta mañana? —pregunta Isabel—. Sí, me refiero a vosotros dos, estáis muy misteriosos.

—Voy a intentarlo —dice Enar.

—¿Cómo?

—Sí, voy a hacer una sesión de visión remota; quiero intentar localizar el cuerpo de Ana Gallart.

Ella se lanza a sus brazos y le besa las mejillas.

—Bueno, bueno —dice él ante tantas muestras de cariño—. No sé si sacaré algo en claro, estoy desentrenado.

—Nunca has estado más en equilibrio que ahora —dice Garrido mirando a Isabel.

Enar sonrío:

—Sí, sí, tienes razón. A veces la vida te sorprende y recuperas la ilusión. Pero, insisto, no os hagáis ilusiones.

—¿Cuándo vas a hacerlo? —Isabel.

—Ahora, pero primero tengo que hacer meditación.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Garrido.

—No sé, más o menos una hora. Luego, lo intentaré.

—¿Podemos verlo? —dice Isabel.

—Tú sí —responde sorprendentemente—. Darío que espere abajo. Para meditar sí debo estar solo.

Darío se acomoda en el salón y enciende su portátil. No para de recibir comunicaciones, falsas denuncias, decenas de pirados que se autoinculpan a los que hay que descartar, y todo eso genera mucho trabajo burocrático.

Isabel y Enar suben a la buhardilla.

Él enciende una vela aromática y la pone en el suelo. Se sienta sobre un inmenso cojín con las piernas cruzadas, junto a la ventana por la que entra un agradable sol invernal, y se echa por los hombros una fina manta de color naranja. Coloca las manos sobre las piernas, con las palmas hacia arriba, y concentra la vista en el bamboleo de la vela.

—Ahora, déjame solo. Ya te avisaré.

Ella sale del cuarto y cierra la puerta.

* * *

A los tres cuartos de hora Enar aparece en el salón. Garrido sigue a lo suyo e Isabel lee un libro en inglés que ha cogido de una estantería, una novela de Enar llamada *Hielo*.

—Ya estoy listo —dice.

—¿Seguro que quieres que te acompañe? —dice Isabel.

—Sí, me vendrá bien.

Suben a la buhardilla y él se sienta a una mesa. Delante hay una silla para ella. Él le tiende un formulario:

—Vamos a buscar el cuerpo de Ana Gallart. Ese es el objetivo. Escribe ocho dígitos en ese recuadro.

Ella observa que Enar ha rellenado la casilla donde se recogen los datos del visualizador, fecha y hora, con sus datos concretos.

Escribe 87549342.

Enar coge las hojas impresas y se pone a trabajar automáticamente.

Al lado pone «¡Ya!». Una flecha y un cuadro donde dice «idiograma».

Sin pensar, dibuja un rectángulo.

Pasa rápidamente al siguiente apartado. No se para, no da tregua a su mente para que no lo lleve a pensar cosas conscientes, para que no lo distraiga.

El en el siguiente apartado, donde dice «información sensorial», Enar sigue rellenando apartados sin pararse un segundo.

Isabel lo observa entre curiosa, extrañada y algo escéptica, ahora que ve cómo funciona el procedimiento.

Donde dice «textura», Enar escribe «barro», «rígido», «consistente». A continuación, junto a «colores» escribe «marrón», «blanco», «verde».

Sigue concentrado en su tarea. Al lado de «olores», pone, «monte», «aire puro». Junto a «sabores» escribe «polo», «helado», «hielo». Justo al lado de «temperatura», perfila «frío». En «sonidos» escribe «escarban», «silencio», «pájaros». Y en «dimensiones» pone «está fuera», «pequeño», «rectangular».

El formulario reza «Impacto estético». Enar, sin pararse, escribe la palabra «tranquilidad».

Sin levantar la cabeza, sin darse tregua, llega a un apartado titulado «Diagrama analítico».

Enar dibuja como un camino, hay arbustos a los lados y, junto a él, un rectángulo.

Pasa a la siguiente página que se llama «Rejilla de exploración». Donde pone «sensorial», escribe «blanco». Donde dice «dimensional», «pequeño». Va separándose de la columna superior conforme escribe. Arriba quedan impresos

los términos «Impacto Estético», «Impacto Emocional», «Tangible e Intangible».

Enar va escribiendo muy rápido hacia abajo. Garabatea: «húmedo», «monte», «aromas», «ardillas», «bonito», «paz», «miedo», «silencio», «quietud».

Gira la última hoja, parece ido.

Dibuja.

Un camino, matorrales, unas piedras que forman como un pequeño murete, y comienza a dibujar líneas rectas, como troncos, cilindros quizá. Van formando una estructura, como una portería de fútbol. Tiene un techo, unas paredes laterales, un fondo.

Termina y suelta el dibujo.

Parece exhausto.

—Tomemos un café —dice levantándose de golpe.

¿LA CRESTA DE SAS?

Después de tomar un café en el salón y hablar de trivialidades para relajar el ambiente y hacer una pausa, Enar sube a la buhardilla y baja con las cuatro hojas de su sesión de visión remota.

Las tira encima de la mesa y dice:

—¿Veis? Os lo dije. No estoy entrenado.

Entonces repasan uno a uno los puntos que ha ido remarcando y comentan las palabras en voz alta: «monte», «marrón», «blanco», «pájaros», «silencio», «hielo».

—¿Veis el idiograma? —dice Enar.

—Un rectángulo —contesta Isabel.

—Es el refugio, visto desde arriba. ¿Habéis visto el dibujo?

—Sí.

—He dibujado el refugio. ¿Entendéis?

Ambos se miran y dicen al unísono:

—¡No!

—¡El dibujo! ¡Por Dios! ¿No lo veis? Es el refugio. ¿Y todo lo demás? ¡Pájaros! ¡Silencio! ¡Hielo! Está clarísimo: es la cresta de Sas.

—¿Y? —dice Garrido con cara de tonto—. ¿Está allí?

—¡No, joder, no! La sesión ha sido un fracaso. Mi mente consciente tiene tan claro que estaba en la cresta de Sas, hemos pasado tanto tiempo buscándola allí, he visto la búsqueda, el hoy, en fin, que me he contaminado. Mi mente consciente no me deja entrar en trance porque con lo que respecta a este objetivo estoy totalmente influido, saturado, ¿entendéis? Yo veo la cresta de Sas y ya hicisteis una búsqueda allí sin resultado.

—¿No puedes volver a intentarlo? Igual logras visionar otro sito.

Enar parece enfadado.

—¿Sabéis qué? Que aunque estoy desentrenado, aunque hace años que no hago esto, aunque la cagué, por primera vez en mucho tiempo me encuentro bien. No me despierto lamentando haber vuelto a la realidad ni pensando en que me queda un largo y tedioso día por delante. Estoy en equilibrio. Y me hice la absurda ilusión, por alguna razón, de que lo resolvería. No sé, era una forma de

redimirme por mi error, de demostrarme que aún podía hacerlo. Y mirad, mi mente me ha llevado ¡al refugio de la cresta de Sas!

Los tres quedan en silencio.

—Bueno, nada te impide volver a intentarlo —dice Garrido.

—Ahora no, estoy saturado.

—Nadie dice que tenga que ser ahora mismo; cuando te apetezca. Además, podrías encontrar información sobre el paradero de las otras chicas.

Enar se lo piensa.

—De acuerdo —dice—, volveré a intentarlo. Total, no perdemos nada.

Garrido, que es un tipo hábil, decide cambiar de conversación.

—¿Y Fedra Hernández?

—¿Sí? —dice Enar.

—¿Cómo vais a averiguar qué pasó con Mohamed Dahmani? Es vuestro sospechoso principal.

—Las tres niñas tuvieron contacto con él —insiste Isabel.

Enar toma la palabra:

—Pues debo confesarte que no lo sé muy bien. He buscado el teléfono que corresponde a la dirección de Fedra, pero no me veo llamando a una señora de sesenta y tres años y preguntarle si podría aclararme si la violaron en la trastienda del negocio de su padre cuando era una adolescente.

—Sí, es un asunto delicado —apunta Isabel.

—Quizá deberíais ir a hablar con ella —les sugiere Garrido.

—¿Al mar Menor? —responden Isabel y Enar a la vez.

—¿Por qué no?

Enar no quiere confesarlo, pero no está tan convencido de que la pista de Dahmani sea buena. Cree que Isabel ha encontrado ese hilo y se aferra a él porque así descarta a su padre, aquella historia de las orquídeas que tanto la atormentaba.

—Tendremos que pensarlo —contesta el escritor.

—Bueno, yo tengo que irme —dice Darío a la vez que recoge sus cosas.

—Espera —dice Isabel. Sus papeles se han mezclado con los del agente y los separa. Entre los viejos documentos del setenta y tres, en una carpeta, Isabel introduce una fotografía que había sobre la mesa.

—¡Un momento! —dice Enar, que se pone de pie como activado por un resorte—. ¿Qué es eso?

Isabel la saca y la mira.

—La escena del crimen. Donde encontraron a Rosa. Una fotografía del refugio en el setenta y tres.

Enar la mira y ve el reducido refugio donde alguien había desenterrado el

pequeño cuerpo; hay una cinta típica de control policial y se ven los pies de uno de los hombre de Fabregat. La madera del refugio es vieja, añosa, de color marrón oscuro, casi negro.

—Sí, esto es lo que he visto yo en mi sesión —dice Enar—. Este refugio.

—¿Entonces? —dice Garrido abriendo las manos.

Enar se queda pensativo. Entonces habla, muy serio.

—Isabel, recuerdo la primera vez que te acompañé a la cresta de Sas, ¿tú te acuerdas?

—Sí, claro.

—Fuimos solos y echamos un vistazo al pequeño abrigo, también a la zona.

—¿Y?

—Hay algo raro.

Isabel y Garrido lo miran como si estuviera loco. Él sigue pensando, a lo suyo.

—Darío —dice—. ¿No tendrás una fotografía del registro del otro día? De cuando hicisteis la búsqueda del cuerpo de Ana Gallart en la cresta de Sas.

—Claro, muchas —contesta reiniciando su ordenador.

En unos segundos se introduce en una carpeta de su ordenador donde hay más de quinientas fotos del proceso de inspección de la cresta de Sas. Desde la llegada hasta que se desmontó el abrigo y se excavó el socavón.

—¿Puedes ponerme una fotografía del abrigo antes de que lo arrancaran buscando a Ana?

—Claro. Ahí la tienes.

Enar levanta la foto antigua y mira al ordenador.

—¡Sí! —afirma—. ¡Sí!

—¿Qué pasa? —pregunta Isabel intrigada.

—¿Veis? Las maderas son otras. Las del refugio donde se halló a Rosa son oscuras, las de ahora, barnizadas, como nuevas.

—Joder, Enar —dice Garrido—. En cuarenta y un años ya habrán cambiado las maderas y restaurado el refugio, ¿no?

—No —dice Enar—. Mi visión era clara. Está allí. Insiste.

Isabel y Garrido lo miran como si estuviera loco.

Entonces, de repente, dice:

—¿Podríamos hablar con algún guardia forestal?

—¿Cómo dices, Enar? —pregunta Garrido.

—Sí, ¿estás en contacto con ellos?

—Pues claro, mi gente sí, llevamos días y días rastreando la zona.

—Tenemos que hablar con uno —dice Enar con la mirada perdida.

Darío resopla, saca su móvil y llama a un número:

—Pedro, soy Darío —dice—. Ponme con los forestales. Es urgente.

Garrido espera.

Al momento dice:

—¿Con quién hablo?

Tapa el micrófono y les dice a sus amigos:

—Carlos Rojas, agente forestal.

—¡Pásamelo! —dice Enar.

Este toma el teléfono y dice:

—Señor Rojas, soy Enar Olson, participo en la investigación y quería hacerle una pregunta. ¿Lleva usted muchos años de servicio?

—Treinta —se escucha decir al forestal al otro lado del teléfono.

—Mejor. Quería preguntarle una cosa: el abrigo que hay en la cresta de Sas...

—Sí, donde buscaron el otro día a la niña.

—Ese. ¿Ha estado siempre en el mismo sitio?

—Pues claro, en la cresta de Sas, para que los excursionistas se refugien de las ventiscas.

—No, no, no me entiende usted, quiero decir que si ha estado situado siempre en el mismo lugar, en el mismo punto del sendero.

—¡Ah! ¡No, hombre, no! Hace unos diez años que se cambió de sitio.

—¿Se cambió de sitio?

—Sí, estaba como unos veinte metros más arriba.

—¿Está seguro de eso?

—Como que yo participé en los trabajos.

—Entonces, en el año setenta y tres, ¿el abrigo de la cresta de Sas estaba veinte metros más arriba del sendero con respecto a donde estaba situado ahora mismo?

—Claro.

—¿Está usted seguro de eso?

—Segurísimo.

—Señor Rojas, necesitamos que nos acompañe usted ahora mismo a la cresta de Sas, ¿podría hacernos ese favor?

—Por supuesto, nos vemos allí arriba. Denme quince minutos.

Enar cuelga el teléfono y les dice a sus amigos:

—Voy a por dos palas que tengo en el garaje, id arrancando el coche. No tenemos tiempo que perder.

* * *

Cuando llegan a la cresta de Sas, se encuentran con que Rojas los está esperando con su Range Rover. Es un tipo alto, recio, quizá algo pasado de peso,

de enormes manazas y que ronda los sesenta.

—Pero no entiendo, ¿qué hacemos aquí? —dice Isabel.

—Bajad del coche —ordena Enar—. Voy a por las palas. Es posible que mi sesión de visión remota no haya sido tan catastrófica. Es una corazonada. Solo vamos a comprobar una cosa.

Garrido baja del coche, se presenta y estrecha la mano del guardia forestal mientras Isabel hace otro tanto. Enar, que parece víctima de una actividad febril, se acerca con las dos palas.

—Encantado, señor Rojas, soy Enar Olson. ¿Está listo?

El otro asiente.

—Pues llévenos a donde estaba antes ese abrigo.

Los cuatro comienzan a caminar por el sendero. Todo está lleno de nieve y la temperatura es de menos cuatro grados centígrados. Hace viento y ello contribuye a que la sensación de frío sea aún mayor.

Pasan junto al hoyo que dejó la excavación de la búsqueda del cadáver de Ana Gallart. Aún hay resto de cinta policial aquí y allá.

Rojas continúa andando. Unos veinte metros más arriba, se para y dice:

—Aquí era.

—¿Está usted seguro?

Rojas, como hombre que conoce el campo, se gira y mira a su alrededor.

—¿Ve usted ese abeto? —dice refiriéndose a un árbol enorme.

—Sí —responde Enar.

—Pues quedaba justo enfrente del abrigo. ¿Ve la quebrada que queda algo a la derecha? Por ahí caían enormes bloques de piedra por la gelifracción y acababan dañando el refugio, por eso se decidió bajarlo a donde está ahora.

—A ver si lo entiendo —dice Garrido—. El lugar donde se encontró a Rosa Benet en el setenta y tres, ¿es este en realidad?

—Eso parece —dice Enar tendiéndole una pala.

Cruza al otro lado del camino y se pone a cavar en el lugar donde se supone que estuvo el abrigo en que se encontró el cuerpo de la primera víctima de los crímenes del setenta y tres.

—Eso es raro —dice el guardia forestal señalando un rododendro que hay en el mismo punto—. Está seco. Parece colocado aquí para tapar esto.

Tira de él y sale solo.

—Alguien ha puesto esto aquí —sentencia.

Garrido mira a Enar y comienza cavar a toda prisa; hay más de un metro de nieve.

Paran a hacer un descanso cuando llegan al suelo. Está helado.

—Tengo un par de picos —dice Rojas, que baja a su coche a toda prisa.

—¿Crees que es aquí? —le dice Isabel a Enar.

El noruego, con las manos apoyadas en las rodillas para recuperar el resuello, asiente.

Cuando vuelve Rojas, Enar comienza a golpear con el pico para fracturar el suelo helado, y Garrido lo ayuda retirando los restos con la pala.

—¡Está durísimo! —dice el escritor.

Salen despedidos varios fragmentos de tierra helada y dura. Vuelve a golpear.

Parece todo determinación, como el que está convencido de que va a encontrar lo que busca.

Garrido escarba un poco con su pala y se agacha a echar un vistazo.

—Deja el pico, Enar, no golpees más.

Los otros tres se agachan y miran: asomando desde debajo de la tierra se ve una mano rígida y amoratada.

—Hemos encontrado el cuerpo de Ana Gallart —sentencia el inspector Garrido.

EL SUR

Isabel está desnuda, sobre la cama. Monta a Enar, que gime de placer mientras le aprieta los pechos. Ella acelera el ritmo. Se siente bien, liberada de años y años de anestesia.

Nota que se acerca el momento del máximo placer y lo mira a los ojos, azules, algo gélidos.

Justo en el momento en que se siente invadida por el clímax, se deja caer sobre su amante y se abraza a él.

Suena el timbre.

—Joder —dice Enar jadeante—. ¡Qué oportunos!

—Déjalo —dice ella tendida sobre él—. No abras.

Unos golpes en la puerta de la calle dan paso a la voz de Garrido:

—¡Enar! ¡Isabel!

—Mierda —dice el escritor dando un salto de la cama para ponerse un albornoz.

Llega a la planta baja y abre. El frío se cuele por la puerta; corta la piel como cuchillas.

—¡Dame un café! —dice el inspector de policía arrojándole un periódico a las manos.

Isabel ya baja por las escaleras ciñéndose la bata.

—¡Vaya! —dice Garrido irónico—. ¿He interrumpido algo?

Enar farfulla una maldición y mira *El Eco de El Valle*. Isabel se acerca a mirar el titular por encima de su hombro.

LOS CRÍMENES SE REPITEN MILIMÉTRICAMENTE.

Dice la primera página del periódico local.

—Menudo lío tenemos —dice Garrido—. ¿Y ese café?

Enar se dispone a servir tres tazas, una para cada uno:

—Gracias —dice Garrido—. Tengo a tres equipos en tres escenas distintas. Han tenido que mandarme gente desde Madrid y Barcelona. Trabajan a destajo. Nos hemos topado con un gran, gran pirado. El tipo ha reproducido los crímenes a la perfección. Hemos estado trabajando toda la noche. Los forenses, también. Ana Gallart ha aparecido exactamente en el mismo sitio que Rosa, en la cresta

de Sas; Laura Álvarez, en el mismo lugar, junto al embalse de Basserça más allá de Bono en que apareció Marta Martínez; y Mercedes Luengo en una zona boscosa de Cerler, donde se halló a Lolita Alcaraz en el setenta y tres. Nos las vemos con un chalado de relumbrón. Ha reproducido los hechos a la perfección. Fijaos si ha sido exacto que no enterró a Ana Gallart en el nuevo abrigo de la cresta de Sas, sino que lo hizo en el punto exacto donde se situaba el refugio en el setenta y tres. Por eso no encontrábamos el cuerpo y por eso pudimos hallarlo gracias a tu experiencia con la visión remota. Es un tío que conoce la zona a la perfección y, sobre todo, la historia de los crímenes del setenta y tres.

—¿Tenéis algún dato forense de interés? —inquire Enar.

—Ha repetido el patrón. Tenemos su ADN. Pelos púbicos de cuando violó a las niñas. Las estranguló y no usó condón, le daba igual dejar pruebas. Debe de sentirse muy seguro. Sabemos que es del grupo AB.

—Joder —dice Enar—. ¿No hay nada más?

—No. Están analizándolo todo, cuerdas, restos de cinta aislante; en fin, no estamos escatimando en medios. Pero de momento, es poco lo que tenemos.

—¿Podría someterse a toda la población masculina al test del ADN? —dice Isabel—. Se trata de una población pequeña y está clarísimo que el asesino debe de ser de aquí.

—Es una medida que no descarto —dice Garrido—. Pero ese tipo de actuaciones suele resultar muy impopular, no agradan a las asociaciones de derechos civiles, así que lo dejaré como último recurso. Además, desde el punto de vista de los trámites judiciales es todo lento y delicado, solo debemos plantearnos usarlo como último recurso.

—Pues yo creo que solucionaría el caso.

—Hay elecciones en tres meses, las autoridades no quieren ni oír hablar de ello. No quieren dar la imagen de que son unos fascistas que persiguen a sus votantes. Son así de gilipollas.

—¿Y no tenéis ningún sospechoso? —pregunta Enar.

—Ninguno. Pero está claro que es alguien que conoce bien el entorno: debe de hacer excursionismo, montañismo, esquí de fondo y todas esas mierdas en la naturaleza que tanto se llevan.

—¡A mí no me miréis! —dice Enar levantando los brazos.

—No sé —apunta Garrido—. El tipo lo ha planificado todo muy bien.

—Pero ha dejado pruebas biológicas —dice Isabel—. Igual quiere que lo cojan.

Los tres se quedan en silencio.

—¿Por qué lo hace? —dice Enar—. ¿Por qué le da a un tipo por imitar de forma milimétrica unos crímenes del pasado?

Isabel interviene:

—Yo creo que es alguien que quiere vengarse porque sabe que Casares es inocente.

Enar y Garrido niegan con la cabeza.

—No creo que sea esa su motivación —dice el policía.

—Pues por alguna razón debe de estar relacionado con el caso del setenta y tres para haberse tomado tantas molestias —dice Isabel.

Garrido hace una pausa valorativa.

—Sí, eso que dices tiene sentido. ¿Habéis aclarado lo de Mohamed Dahmani?

—Pues no. No sabemos como llamar a una señora de sesenta y tres años para preguntarle si la violaron o no de adolescente —contesta Isabel.

—Sí, es jodido —dice Garrido—. Tengo que irme. Llevo un lío tremendo. Seguid investigando lo que podáis, averiguad todo lo que se pueda sobre el pasado. Creo que ahí está la clave y por ahí podemos coger a nuestro hombre. Y, por cierto, perdón por la interrupción —dice entre risitas poniéndose el abrigo para salir de casa.

* * *

—¿De verdad se te pasa por la cabeza la idea de volar al mar Menor? —dice Enar.

Están parados, sentados sobre una roca, contemplando el hermoso mar de bosques que se extiende delante de ellos. Más allá queda el río Arazán. En medio, el lugar donde se encontró a Rosa y a Ana con cuarenta y un años de diferencia. Una pausa en la sesión diaria de esquí que sirve para descansar las piernas y aclarar los pensamientos.

—Sí, Enar, creo que debemos ir.

—¡Estás loca!

—Si tuviera un euro por cada vez que me han dicho eso desde que comenzó el caso...

Ambos estallan en una carcajada.

—Mira, Enar, estamos atascados. No sabemos a quién corresponde el misterioso informe que va lleno de tachones y hemos descubierto a un tipo que es un nexo entre las tres niñas por el asunto de las bicicletas. Tuvo una denuncia de abuso sexual. ¿No deberíamos investigarlo? ¿No son muchas casualidades?

—Ya, pero ir hasta Murcia...

—Un trayecto en coche a Huesca, un tren de alta velocidad a Madrid y un vuelo, no es tanto.

—¿Te parece poco? ¿Y si es para nada?

—Tengo una corazonada con Dahmani. No podemos llamar a Fedra Hernández por teléfono, pero si nos presentamos allí personalmente y hablamos con ella cara a cara y le contamos lo que está sucediendo aquí quizá nos ayude. No sé, creo que aunque le resulte doloroso podrá aclararnos algo. Debemos ir a verla. La investigación del crimen actual está en manos de la policía y nosotros atascados en la nuestra. ¿Qué perdemos?

Enar mira al infinito, más allá de las masas de abetos.

—Saca los billetes —se oye decir—. No perdemos nada.

* * *

Isabel sale de su casa y activa la alarma para cerrar la puerta con llave. Lleva una bolsa de mano con el equipaje para viajar con Enar a Murcia al día siguiente. Hace muchos días ya que no duerme en su casa. Quizá debería plantearse llevar más cosas a casa de su novio, pero no quiere que este se sienta invadido.

Hace frío, menos diez grados.

Sube al coche y activa el limpiaparabrisas para limpiar el cristal de restos de nieve.

Entonces alguien golpea con los nudillos el cristal de la puerta, justo a unos centímetros de su cara.

Es un tipo trajeado que le indica que baje la ventanilla. Lleva el pelo cortado a cepillo y parece en buena forma. ¿Será un compañero de Garrido?

—¿Sí? —dice ella.

El otro, muy amable. Le indica:

—Perdone señora Amat, hay alguien que quiere hablar con usted.

Ella mira a donde le indican y ve un coche inmenso, negro.

—¿Quién? —pregunta algo inquisitiva.

—Acompáñeme, por favor, será un momento.

Ella se lo piensa y baja del coche.

Sigue al gorila que le abre la puerta del cochazo, y se introduce en él:

—¡Isabel Amat! —dice un tipo elegante y con aparente peluquín rubio que le tiende la mano.

—Señor secretario de Estado —contesta ella respondiendo al saludo totalmente sorprendida. Le parece extraño que Jover se haya tomado la molestia de acudir a hablar con ella a El Valle desde Madrid. Eso no deparará nada bueno.

—Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿no? Quizá desde tu boda.

—No —contesta ella—. Asistí con mis padres a una cena de recogida de fondos para su partido. Hará diez años.

—Sí, sí, es cierto —dice el otro sonriendo—. ¡Cómo pasa el tiempo! Tu padre fue un gran hombre. Siempre le he estado muy agradecido. Cuando yo apenas era un fiscal y comencé mi carrera fue uno de mis mayores apoyos aquí en el pueblo. Me ayudó con mi incipiente carrera política y creyó en mí cuando yo no era nada. Esas cosas no se olvidan, ¿comprendes?

—Supongo.

—No, me da la sensación de que no lo entiendes. He venido a verte especialmente a ti a este pueblucho de mala muerte por lealtad a tu padre.

—Pues no termino de entender, la verdad.

—Isabel, estás removiendo mucha mierda. El alcalde Fabregat me llamó muy soliviantado.

—Solo he hecho algunas preguntas, señor Jover.

—Malas preguntas. ¿Acaso no eres consciente de la que tenemos liada de aquí a unos meses de las elecciones? ¡Tres niñas muertas! Los electores votan seguridad, tranquilidad, orden...

—Como en el setenta y tres.

Él la mira con cara de odio y asiente:

—Sí —dice—. Como en el setenta y tres. Tu padre se revolvería en la tumba si viera lo que estás haciendo. Era hombre de orden.

—Estoy segura de que querría que se hiciera justicia.

—Tuvo su oportunidad, no creas, y no lo vi quejarse. Aquí no hay nadie inocente.

—Sí, lo hay.

—¿Quién?

—Casares.

El secretario de Estado de Justicia resopla airado.

Isabel sigue hablando:

—Sé que era inocente y que alguien pagó a su abogado, Juanes, para que no recurriera. Usted acusó a un inocente. ¿Lo sabía?

—¡No digas tonterías! Mira, cariño, me parece muy bien que hayas cambiado de vida y de hombre y que andes retozando con ese... noruego. Son locuras de cuarentona divorciada. Me parece bien, disfruta de la vida. Pero no pierdas la perspectiva.

Es evidente que Jover quiere demostrarle que lo saben todo sobre ella, pero no se deja amedrentar y contraataca:

—¿Quién sabía lo de Casares? ¿Hasta qué nivel llegaba la mentira? ¿Lo sabían en Madrid?

El secretario de Estado hace otra pausa. Es evidente que se contiene para no perder la paciencia. Con su mejor sonrisa, como buen político, habla con

tranquilidad:

—Querida Isabel, vamos a suponer, como si esto fuera una de esas películas de policías que tanto gustan a la gente como tú, que yo, que era el fiscal, cometí un error. Aquel caso fue el pilar sobre el que se desarrolló una brillante carrera política que llega a nuestros días. Yo tengo mis patrocinadores, grandes empresas y empresarios con los que estoy comprometido en multitud de proyectos que suponen millones de euros. ¿Sabes quién suena como el nuevo candidato a la presidencia del Gobierno Autónomo? Un servidor. Y me interesa, claro. Llevo muchos años preparando este asalto final y no voy a perderlo todo ahora por una tontería del pasado. Hay gente apoyándome, detrás. Voy a gestionar un presupuesto de cuatro mil seiscientos millones de euros, ¿sabes lo que es eso? Todo está atado, tenemos las cuentas hechas. Han hecho donaciones a cambio de lo que obtendrán después. No te voy a desvelar ahora cómo funciona la política. ¿De verdad crees que gente poderosa, tan poderosa, va a dejar que tú me jodas la campaña, niñata?

—Yo no esto jodiéndole a usted nada.

—Y entonces, ¿a qué vas a Murcia?

Isabel encaja el golpe. No sabe qué decir. Está claro que los están vigilando y muy de cerca.

—Sí, Isabel, lo sé todo. Allí no se os ha perdido nada, créeme. No pierdas el tiempo.

Isabel se recompone:

—Yo voy a hacer lo que crea conveniente y usted no es quién para dirigir mi vida.

—Ese novio tuyo, el noruego. Es inestable, ¿no? Creo que tuvo problemas en su país.

—No siga. No me da usted miedo. Voy a probar que Casares era inocente y haré que se restituya su memoria.

—Estás loca.

—Me da igual lo que usted piense de mí.

—No sigas removiendo la mierda, no sabes lo cerca que puede pasar de ti.

Isabel siente una punzada de desasosiego. Piensa en las orquídeas de su padre y el misterioso informe lleno de tachones.

—Déjeme en paz, Jover, haré lo que tenga que hacer —responde ella y sale a toda prisa del coche. No repara en que, al fondo de la calle, alguien observa la escena apostado dentro de un vehículo oscuro, es Bernardo.

* * *

—Hay mucha mierda en este asunto —dice Enar apurando un *bourbon* en el vuelo a San Javier—. Que todo un secretario de Estado se haya desplazado con la única finalidad de amenazarte demuestra que no vamos por mal camino.

—¿Sabes, Enar?

—¿Sí?

—Creo que, de alguna manera, se refería a mi padre. ¿Sabes por qué venimos aquí? ¿Sabes por qué quiero creer que fue Mohamed Dahmani?

—Viste que el tipo del informe de los tachones había coincidido con una de las víctimas en el invernadero municipal por las orquídeas. Y a tu padre le encantaban las orquídeas. Temes que, en el fondo, sea él.

—¡Cómo! ¿Lo sabes?

—Ha sido mi trabajo durante muchos años, cariño, leer en la gente. Además, lo comentaste y sé que llevas días obsesionada con eso.

Ella suspira ladeando la cabeza y él le coge la mano.

—Isabel. No fue tu padre.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé, con certeza.

—¿Qué certeza?

—Los crímenes cesaron y tu padre siguió viviendo muchos años en el pueblo; hazme caso, no fue él. El asesino o se quitó o lo quitaron de en medio. Pero, de momento, hablemos con Fedra y descartemos el asunto de Dahmani.

—¿No crees que fuera él?

—¿Dahmani? No, no lo creo. Por el mismo motivo que tu padre. Siguió viviendo en el pueblo y los crímenes cesaron. Murió de viejo. Este tipo de asesino en serie, una vez que empieza, no puede parar. Nuestro hombre se trasladó a otro sitio.

EL AMOR

Fedra Hernández es una mujer de en torno a sesenta años, con el pelo recogido, bien vestida y de hermosos ojos verdes. Debió de ser muy guapa de joven.

—¿Sí? ¿Qué desean? —repite hasta dos veces al hombre y a la mujer que tiene delante y que están parados como pasmarotes.

La diferencia de temperatura con respecto a El Valle es abismal. Allí parece casi primavera.

—¿Fedra Hernández? —acierta a preguntar Isabel.

La casa familiar es preciosa, color crema, de tejado rosado y con cierto aire colonial. Una profusa enredadera sube por un lateral de una añosa puerta de roble hasta el primer piso y el césped, aunque algo seco, parece relativamente bien cuidado. Isabel ha observado que pocas viviendas tienen hierba en la parte delantera, porque el sol de aquellas tierras apenas la deja crecer por mucho que se le riegue. La calle Aguja está situada una zona residencial tranquila y agradable, junto a la autovía que lleva de San Javier a Murcia, en mitad de un mar de invernaderos. Aquello es una urbanización cerrada, sobre todo para extranjeros. Las calles tienen nombres curiosos, de peces de la zona: aguja, marrajo, raya o lenguado. Un tanto surrealista.

—Sí, soy yo —responde la anfitriona—. Pero hace tiempo que cambié mi apellido. Adopté el de mi marido.

Isabel no sabe ni cómo empezar. Ahora sabe por qué no la encontraban. ¿Por qué cambió su apellido? Tiene que hablarle de los abusos, pero ¿cómo empezar? El tema es demasiado espinoso.

—Verá... —farfulla a duras penas—. Me llamo Isabel Amat y este es Enar Olson. Venimos de El Valle, Huesca.

Fedra da un respingo. Es obvio que ha oído hablar del lugar.

—Necesitamos hablar con usted —dice Enar.

—¿Son ustedes policías?

—No —dice Isabel—. Participamos en una investigación.

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

Isabel toma la palabra:

—Necesito unos momentos para explicárselo. ¿Podríamos pasar?

Fedra Hernández se lo piensa.

Abre más la puerta y dice:

—Adelante.

Se sientan en el salón. Ella, ciertamente alejada de ellos, y la pareja, en el mismo sofá, muy juntos el uno del otro. Los separa una inmensa mesa baja que fue una rueda de carro, con un grueso cristal encima. No les ofrece ni un refrigerio. La tensión se palpa en el ambiente.

—Ustedes dirán.

Enar toma la palabra, muy serio:

—Me llamo Enar Olson y soy escritor. Soy noruego. Me especialicé en criminología y en hacer perfiles de asesinos en serie, y he colaborado con el FBI en muchas ocasiones. También con policías de Europa y con la de aquí. No sé si ha visto usted en las noticias que en un pueblecito de Aragón, El Valle, se han producido tres asesinatos, tres niñas.

—Sí, lo vi en la tele.

—Las niñas fueron violadas y estranguladas —aclarar—. Aquí mi amiga Isabel descubrió casi de casualidad que hace cuarenta y un años —ambos observan que Fedra da otro respingo— se produjeron unos crímenes similares en el mismo pueblo.

—Bueno, similares no; idénticos —aclarar Isabel.

—El asesino actual raptó a las chicas en los mismos puntos donde desaparecieron las del setenta y tres, y ha colocado los cuerpos en los mismos lugares donde aparecieron entonces. Es lo que llamamos un imitador, un *copycat*. El caso más espectacular que he visto de un asesino en serie imitando a otro.

—Perdone, Enar —dice Fedra—. Pero no termino de entender dónde entro yo en esto.

El escritor, que parece muy convincente a ojos de Isabel, continúa hablando con mucha seguridad:

—Las autoridades y la policía andan perdidas. Así que Isabel y yo decidimos ayudar a mi amigo Darío Garrido, de la Policía Nacional; trabaja para la Sección de Homicidios y Desaparecidos de la Comisaría General de Policía Judicial con sede en Canillejas. Aquí tiene usted su tarjeta, por si quiere comprobarlo; puede llamarlo. Nosotros le echamos una mano en el estudio y revisión de los crímenes del setenta y tres por si hubiera algún detalle que pudiera resultarnos de ayuda.

—¿Y?

—Bien. —Enar se pasa la mano por la nuca—. El caso es que hemos encontrado ciertas evidencias que apuntan a que en el setenta y tres se condenó a un inocente.

Fedra sigue mirándolos con cierta estupefacción.

Isabel retoma el uso de la palabra:

—En consecuencia, nos hemos puesto a revisar qué otros posibles sospechosos había en El Valle en aquellos días.

La anfitriona comienza a poner cara de pocos amigos.

—Y nos hemos encontrado con que llegó cierto despacho oficial al juzgado de allí sobre un hombre... un hombre en cuyo taller de bicicletas coincidieron aquellas tres niñas.

El semblante de Fedra va cambiando y no precisamente a mejor.

—Se trata de Mohamed Dahmani —suelta de pronto Isabel.

—¡No mencionen ese nombre en mi casa! —grita Fedra Hernández. Mira a un lado y a otro, como el que oculta algo y añade—. Menos mal que mi marido está trabajando.

—Perdone —dice Isabel—. Pensamos que...

Fedra se levanta y sale a toda prisa del salón. Sus taconazos demuestran que sube unas escaleras y luego, otras. Debe de haber llegado hasta la buhardilla. Pasa un buen rato. Se escuchan ruidos.

Isabel y Enar se miran. No saben qué va a pasar. ¿Qué hace aquella mujer?

Al rato, tras unos minutos que resultan interminables, se escuchan los pasos de bajada.

Fedra entra en el salón muy enfadada y arroja un fajo de cartas sobre la inmensa mesa. Van unidos con un lazo rojo.

Isabel y Enar lo miran estupefactos. No saben qué está pasando.

—Son sus cartas —dice Fedra—. Me las mandaba Mohamed a un apartado de correos que contraté a escondidas de mi padre. En el setenta y cinco dejó de escribirme.

—Pero —dice Isabel—. ¿No hubo una denuncia por abusos?

—La denuncia la puso mi padre. Mohamed y yo estábamos enamorados.

—Vaya —dice Enar.

—¿Entonces Mohamed Dahmani no era un delincuente sexual? —pregunta Isabel.

Fedra la mira con odio y dice:

—¿De verdad han venido desde Aragón a esta, mi casa, para preguntarme si Mohamed era un perverso? ¡No lo puedo creer!

Isabel agacha la cabeza.

—No teníamos acceso al informe, la sentencia era muy breve —se disculpa Enar.

—Mohamed Dahmani era el hombre más maravilloso que he conocido en mi vida —sentencia Fedra—. Y no, no me malinterpreten; quiero a mi marido, es el

padre de mis hijos y un gran hombre, pero nunca he sentido ni sentiré por nadie lo que sentí por Mohamed.

Isabel y Enar permanecen embobados, con la boca abierta, como dos tontos.

Fedra sigue hablando mientras las lágrimas le asoman a sus ojos:

—El problema fue mi edad. Mohamed entró ilegalmente desde Marruecos. En aquella época no había inmigración ni muchos controles. Tampoco teníamos nada que ofrecer. Éramos nosotros los que llevábamos años emigrando a Alemania. Él rondaba los treinta años cuando lo conocí. Había tardado más de cinco años en legalizar su situación en este país. Tenía tres empleos, uno de tarde, en la ferretería de mi padre. Vivía solo para trabajar y acababa los días extenuado, pero lejos de conformarse comenzó a estudiar en la universidad. Quería ser abogado. Realizaba estudios nocturnos. Yo me enamoré de él perdidamente, desde el primer momento en que lo vi. Por las tardes iba a la tienda de mi padre, tras las clases, con la excusa de ayudar. Así pude pasar muchas horas hablando con él y descubrí que era un alma sensible; le gustaba leer, la poesía, aprender. Estaba luchando por abrirse camino siendo pobre, en un país extranjero y sin ayuda de nadie. Él se enamoró de mí. Había una cierta diferencia de edad. Andábamos con mucho cuidado. Comencé a acostarme con él. Todo era maravilloso y soñábamos con el día en que él se licenciara y yo llegara a la mayoría de edad; nos casaríamos y seríamos felices. Toda la vida. Íbamos a tener muchos hijos y a envejecer juntos. Veíamos a las parejas de ancianos paseando por la calle y decíamos «algún día seremos así». Ingenuos. La culpa de todo fue mía, yo era menor, y sin saberlo, lo colocaba en una situación difícil. Y entonces ocurrió una catástrofe.

—¿Qué pasó, Fedra? —pregunta Isabel.

—Mi padre nos sorprendió besándonos en la trastienda. Salió a hacer unos recados, pero olvidó las llaves y volvió de improviso. Ni quiso escuchar. Agredió a Mohamed, que no hizo nada por defenderse, y llamó a la policía. Él era mi padre; imagínense, era muy conservador, tenían ustedes que haber oído su declaración. Según él, Mohamed me tenía acorralada, en un rincón, e intentaba abusar de mí. Yo era menor. Ni me hicieron caso. Mi padre me amenazó. Cuando le dije que era el hombre de mi vida, cuando se enteró de que me acostaba con él, me dio una paliza y me encerró en mi cuarto. Estuve una semana sin poder levantarme. No me dejaron volver verlo. «¡Que tu hija de diecisiete se acueste con un moro es algo intolerable!», decía mi padre. Era una deshonra que mi familia no estaba dispuesta a aceptar; mucho menos que trascendiera. Mohamed no podía ni pagarse un buen abogado. Podríamos decir que lo obligaron a irse. Llegaron a ofrecerle un acuerdo: le retiraban los cargos si se iba a otro sitio, ¿qué iba a hacer? Yo me sentí morir, era el amor de mi vida.

No me rendí, y gracias a una amiga que trabajaba en el juzgado conseguí localizarlo. Le escribí. Sus cartas eran preciosas. No me había olvidado. Tenía un taller de bicicletas y todas las noches, al irse a la cama, miraba mi foto. Me quedaba poco para la mayoría de edad. Le dije que viniera a buscarme, que nos fugáramos. Él era presa del miedo; el juez, totalmente aleccionado por mi familia, lo amenazó con que si volvía a acercarse a mí reactivaría el caso y lo deportarían a Marruecos. Sus cartas eran mi motivo para vivir. Pero él tenía miedo. Y lo entiendo. No quería acercarse a mí. Era un amor imposible. Sus cartas eran preciosas. Yo lo amaba; ya sé que suena ridículo, pero mi vida sin él no tenía sentido. Poco a poco fueron llegando menos. Hasta que llegó la última. Esperé una semana, dos, tres y al final decidí fugarme, reuní el dinero y la ropa que pude y salí de aquí para dirigirme a El Valle. Mi padre me sorprendió en la estación de autobuses. Me enviaron a una universidad lo más lejos posible, a Salamanca. Volví a escribirle, contraté otro apartado de correos allí. No quiso volver a contestarme. Al final, opté por bajar los brazos y rendirme, conocí a mi marido en la universidad y esta ha sido mi vida. Espero volver a verle en el cielo.

—¿Su marido no sabe nada de esta historia? —pregunta Enar.

—Nunca le conté nada. Estuve unos años sin hablarme con mi padre, por eso cambié mi apellido. En sus últimos años me reconcilié con él.

—¿Cómo supo que Mohamed murió?

—Una vez, pasados muchos años, llamé a El Valle. Probé en el Ayuntamiento, la oficina de correos, con todos los servicios públicos. La excusa era mandarle un paquete desde una empresa de recambios. Me lo dijo una funcionaria de correos. Se me partió el alma.

Los tres se quedan en silencio por un rato.

Isabel y Enar no saben qué decir. ¿Podría su historia de amor acabar así?

—Sentimos mucho todo esto, Fedra —dice Enar—. El amor es lo más importante en la vida y a usted le arrebataron el suyo.

—Tengo a mi marido, mis hijos y mis nietos, pero nadie puede arrebatarme aquellos hermosos recuerdos, la ilusión, el sentir que te has fundido con otra persona y que has encontrado a ese alguien que está en el mundo solo para ti.

Isabel y Enar se miran.

Ella nota que hay lágrimas en los ojos del escritor.

—Bueno —dice Fedra—. ¿Qué clase de anfitriona soy? ¿Les apetece tomar algo? ¿Un té, un café?

—No, no —dice Enar poniéndose de pie—. No la molestamos más. Vamos a intentar coger el primer vuelo de vuelta. ¿Puede pedirnos un taxi?

Cuando el taxi sale de la urbanización, Fedra les dice adiós desde la puerta de su casa. Isabel nota que Enar le aprieta la mano con fuerza. Se gira para mirarlo

y ve que está llorando como un niño. A veces ese hombre es un misterio para ella.

* * *

—Conclusión —dice Isabel—. Que hemos descartado como posible sospechoso de los crímenes al señor Mohamed. Ahora entendemos que la policía de aquella época no lo considerara como tal, con que solo les hubiera enseñado una carta de Fedra habría demostrado su inocencia.

—Vaya —dice Adrián.

—¿Y vosotros? Sois unos *freaks* en vuestra sociedad histórica. Conocéis a la perfección la historia de la ciudad, ¿no sospecháis de nadie?

—Pues no. La verdad. Pero ten en cuenta que lo nuestro es ver legajos, recortes y hacer un banco de memoria con los abuelos que quedan vivos.

—Pues eso mismo hice yo y llegué a conclusiones bien distintas.

—¿Y qué es lo que quieres de mí esta vez, amada? —dice él con retintín.

—Necesito que me busques todo lo que tengáis en la sociedad histórica sobre el invernadero municipal.

—El del jardín de Santa Isabel.

—El mismo.

—Tu padre era muy aficionado a las orquídeas, era un asiduo —dice Adrián provocando que Isabel sienta una punzada en el estómago.

—Sí, lo sé, ¿podrás hacerme el favor?

—Cuenta con ello. Por cierto, el otro, día, cuando os vi esquiando y os pregunté, tu novio me pareció algo desagradable.

Isabel sonríe:

—No se lo tomes a mal. Él no te conoce como yo y cree que no debemos compartir datos de nuestra investigación con nadie.

—No sé, no me gustó.

—Estarás celoso.

Entonces Adrián hace una pausa:

—¿No es ese Bernardo?

Están sentados en el Starbucks, junto a la ventana. Y en la calle de enfrente, dentro de su coche aparcado, se ve al exmarido de Isabel. Parece observarlos.

—Vaya —dice ella sorprendida—. Enar ya me advirtió de que esto podía pasar. Pero no pensé que fuera a tomárselo así de mal, siempre se ha desentendido totalmente de mí.

—¿Ha estado molestándote?

—No, me hizo una escenita. Y me amenazó.

—¿Te amenazó? Debes denunciarlo.

Isabel suelta una carcajada.

—No, hombre, no llegó a tanto la cosa. ¡Se trata de Bernardo! ¡Por Dios! Aunque yo me pregunto, ¿qué hace que no está trabajando?

Adrián arquea las cejas y exclama:

—¿Cómo! ¿No lo sabes?

—Que si no sé ¿el qué?

Entonces el amigo de Isabel baja el tono como el que va a hacer una gran confidencia:

—Resulta que nosotros trabajamos con su empresa, por la delegación que tienen en Huesca. Y Carla, de riesgos, me ha contado un cotilleo.

—Tú dirás.

—¡Lo han echado!

—¿Cómo? ¡Me dejas de piedra!

—Fuera, *kaput* —dice él chasqueando los dedos—. Está sin empleo. De patitas en la calle, sin indemnización y sin referencias.

—¿Cómo?

—Resulta que aquí, tu galán, el calvito, estaba tirándose a un bombón, una ejecutiva.

—Evelyn Carrera.

—No sé el nombre. Pero ella no era, digamos, una mujer de empresa. Era una mujer florero que había ascendido tirándose a media empresa. Era la querida del consejero delegado. En Barcelona.

—¿Qué me dices!

—Lo que oyes.

—Miguel Maroto, es el número uno. Está forrado. No te imaginas las reverencias que le hace mi jefe en las ocasiones en que ha aparecido por mi banco. Le gusta venir a esquiar. Un pez gordo.

—Vaya.

—Pues aquí, el abuelo, hizo valer su dinero. Puso cámaras y tienen grabado a tu marido follando con su putita en el lugar de trabajo. ¡Los dos a la calle!

—¿Qué me dices!

—Parece que ese tal Maroto montó en cólera porque no solo lo engañaba con tu marido: tenía en su apartamento, viviendo con ella, a un chaval de veintitantos años, su semental.

Isabel se queda con la boca abierta.

—Así que me temo que tu Bernardo ahora va a tener mucho tiempo libre, poco dinero y nulas posibilidades de que lo contraten en Barcelona.

—Mejor. Que se mude. Lo más lejos posible.

Adrián e Isabel se despiden con un beso. Cuando sale a la calle y sube a su coche, se dirige hacia casa de Enar. Comprueba, por el retrovisor, que Bernardo la sigue a cierta distancia.

ADN

—¿Creo que deberías dejarme hablar con él —dice Enar.

—¡No, no quiero peleas!

—No te he dicho que vaya a agredirlo. Ese enano no me duraría ni un asalto. Solo quiero espantarlo. No soy amigo de violencias, deberías saberlo.

—Enar —dice Isabel—. No es buena idea, ya se le pasará.

—Pues entonces denúncialo.

—¡No es para tanto!

—Sé de lo que hablo. Estas cosas, cuando empiezan, hay que cortarlas cuanto antes.

—Cambiemos de tema, ¿vale? —dice Isabel.

Fuera nieve profusamente.

—¿Va a ayudarte tu amigo con lo del invernadero?

—Sí, va a mirarlo.

—Espero que así te quedes tranquila. Estoy convencido de que tu padre no es el tipo del informe de los tachones.

—Debía de ser alguien importante en la comunidad.

—De eso no cabe duda. Es obvio.

Los dos quedan en silencio.

—Enar —dice ella—. No sé por dónde seguir.

Él la mira y le toma las manos:

—No te has parado a pensar en una cosa.

—¿En qué?

—Estás investigando un caso de hace cuarenta y un años. Muchos de los que participaron en la investigación están muertos. Los otros que quedan chocean o quedaron tan impactados que no pueden darnos testimonios medianamente fiables. Tienes que comenzar a aceptar la posibilidad de que no lleguemos más lejos. Párate a pensarlo por un momento, demasiado has averiguado: que Casares era inocente, que Juanes se dejó sobornar y que los actuales alcaldes y secretario de Estado de Justicia sabían que todo era mentira.

—Sí, pero ese delito ya ha prescrito.

—En efecto, pero aunque ya no podrían ser condenados por ello, supondría,

de saberse lo que hicieron, el fin de sus carreras políticas. En cualquier caso, has averiguado muchas cosas, pero me temo que el paso del tiempo no va a permitir que vayamos mucho más allá. Y tendrás que comenzar a aceptarlo.

—¿Y el asesino actual?

—Eso es cosa de Garrido y la policía.

* * *

Suena el timbre. Es Garrido.

—¿Novedades? —dice el inspector de policía nada más entrar por la puerta.

—Poca cosa —contesta Enar—. Me temo que hemos llegado al fin del camino. ¿Y vosotros?

—Nada. Nos estamos volviendo locos, hemos revisado todo: cámaras de seguridad en los días en que desaparecieron las niñas, posibles huellas digitales en la furgoneta, hemos ido preguntando puerta por puerta y, por supuesto, hemos atendido las llamadas de todos los putos pirados de este pueblo que dicen haber visto una niña muerta que les ha dicho esto o lo otro. Es una psicosis colectiva. Las presiones de arriba son tremendas. Me temo que no vais desencaminados con respecto a que el caso del setenta y tres se cerró en falso, el alcalde y el ministro están histéricos. Quieren resuelto el asunto ya. Están a tres meses de las elecciones y estos los pone nerviosísimos. Supongo que se cagan de miedo por que podáis hacer público que Casares era inocente.

—Para eso tendríamos que demostrar quién fue el verdadero culpable. Y cada vez se nos aleja más la posibilidad.

Isabel baja por la escalera dando los buenos días:

—¡Vaya, estás más guapa que nunca! —dice Garrido mirando con picardía a Enar.

—Dadme un café, por amor de Dios —dice ella.

Entonces Enar le cuenta a Darío el asunto de Bernardo.

—Hay que pararle los pies a ese tío —dice el policía.

—No, dejadlo —ordena ella—. Es mi vida, no tenéis derecho a entrar en eso. ¿No veis que es un pobre desgraciado? Dará dos vueltas por aquí y desaparecerá. Lo conozco muy bien.

El móvil de Isabel vibra sobre la encimera de la cocina.

—Te equivocas Isabel, estas cosas empiezan así y van subiendo en intensidad. Se obsesionan. Aunque él te engañara, cree que eres suya. Este tipo de hombre funciona así. Son increíblemente machistas y posesivos —dice Garrido.

El móvil vibra de nuevo.

—Yo lo conozco —insiste Isabel.

Otro mensaje.

Y otro.

Los tres amigos miran el aparato.

Isabel sigue hablando sin hacer caso:

—Es inofensivo. Se le pasará, encontrará a otra a la que tirar los tejos y desaparecerá.

El móvil vuelve a vibrar.

Y otra vez.

Y otra.

Isabel, algo molesta lo coge:

—¿Quién será el pesado? ¡Siete mensajes seguidos! —entonces queda en silencio.

Darío y Enar se miran.

—Son de Bernardo —dice ella. Parece lívida.

Enar ladea la cabeza como diciendo, «te lo dije».

Isabel lee en voz alta:

—«Putá», «¿Ya has follado con él esta mañana?», «¿También se la chupas?», «Yo no soy una mierda de usar y tirar», «Me has hundido y esto no va a quedar así», «Prepárate a sufrir, zorra».

—Es suficiente —dice Garrido—. Dame el móvil, Isabel, esta misma mañana lo solucionamos.

—¡No! —dice ella—. Lo conozco. Ha perdido el trabajo y su exmujer está con un tipo mejor que él en todos los aspectos; es un ataque de celos pasajeros.

—Si no dejas a Darío, lo buscaré yo —dice Enar.

Ella lo mira y dice:

—No me gustan ese tipo de actitudes de gallito machista, querido.

Enar se gira y sale de la cocina. Se ha enfadado.

Isabel mira a Garrido y dice:

—Una semana, Darío; dame una semana. Si esto vuelve a repetirse, te aseguro que en una semana pondré una denuncia. Además, hasta el momento no ha hecho gran cosa.

Él la mira, sopesando qué hacer.

—De acuerdo, una semana.

—¿Cómo vais? —dice ella.

—Mal. Solo nos queda una opción, la prueba de ADN.

—¿Vais a someter a todo el pueblo a la prueba?

—Aún no lo tengo resuelto, pero podría ser la solución; es un pueblo pequeño. Es la forma más fácil de solucionar el problema. Pero es difícil, judicialmente hablando; aquí es una medida muy excepcional. Ha habido casos ya en España.

Pero algún juez ha tirado para atrás este tipo de medidas alegando la presunción de inocencia de toda una población. Me ha costado trabajo conseguir que las autoridades y el juez consideren en serio el asunto. Aunque, por otra parte, hay una cosa evidentísima...

—Que el asesino es alguien de aquí.

—Exacto. No es un merodeador: conoce la historia del pueblo, está reproduciendo los crímenes milimétricamente y se mueve por los escenarios como pez en el agua.

—Es un vecino, sí.

—Está claro.

—¿Cuándo se hará?

—No lo sé. Necesitamos todos los permisos: orden judicial, el Ayuntamiento, los compañeros de la Científica... supongo que en una semana o diez días lo tendremos todo preparado. Si no se tuerce nada.

—Creo que es una buena decisión, Darío.

—No perdemos nada. Son muchos los casos en diversas partes del mundo que se han resuelto así.

* * *

Isabel baja al pueblo a ver a Adrián. No ha hablado con Enar. Este ha cogido los esquís y se ha ido al monte. Está molesto con ella.

Cuando aparca junto al Starbucks, lo ve. El coche de Bernardo está aparcado allí. No debe de andar lejos.

Entra y se sienta en una mesa, donde la espera su amigo.

—Toma —dice él solícito—. Tu *capuccino*, como a ti te gusta.

—Gracias, cielo —dice ella volviendo la mirada hacia el lugar donde está aparcado el coche de su exmarido.

—¿Ha vuelto a molestarte? —Adrián, mirando de reojo.

Ella le muestra los mensajes. Él los lee.

—Vaya. Deberías ir a la policía.

—Es inofensivo, pasará. ¿Has averiguado algo?

—He buscado lo que teníamos en la sociedad. El invernadero municipal del jardín de Santa Isabel lo construyó en 1948 un ingeniero, un excombatiente de la guerra civil, comandante de zapadores. Lo hizo a imagen y semejanza de uno, ya extinto, que se ubicó en el Jardín des Plantes de París. Al consejo municipal le pareció buena idea. Como ya sabrás, porque tu padre tenía su parcelita allí, se concibió como un espacio doble: uno del Ayuntamiento, cultivado por los técnicos municipales con especies exóticas, y otro de servicio municipal, en el

que cualquier ciudadano podía disponer, por un módico precio, de una pequeña parcela de tierra. He revisado la información y casi desde el principio de su existencia se organizaron concursos.

—Me interesa el setenta y tres.

—Sí, sí, voy a ello —dice Adrián agitando la mano—. En aquella década los ganadores de los concursos son siempre los mismos: tu padre, el padre Baillo y otros como el señor Berruezo, Esperanza Carmona y alguno más. Parece que eran como un grupo de conocidos que se dedicaban a eso. Hay fotos en la prensa de la época.

Adrián le tiende un recorte: es una fotografía en la que aparecen su padre y el cura, que ya vio en la instantánea que ella conserva en su casa. Junto a ellos, una señora con pinta de ama de casa, un tipo pasado de peso y otro calvo y con gafas, con aspecto de oficinista.

—¿No tienes nada más?

—No, me temo.

—Con esto no tengo para gran cosa —dice ella.

—¿Cómo va la policía? ¿Avanzan?

—Desesperados. Los de arriba apremian y no tienen nada, así que van a hacer la prueba del ADN a la población.

—¿Cómo? —exclama Adrián airado.

—Sí, es un pueblo pequeño y tienen el ADN del asesino; es una comprobación muy sencilla y se le puede cazar así.

—¡Pues me parece indignante! —Isabel repara en que se ha puesto rojo de ira.

—Adrián, la gente inocente no tiene nada que temer.

—¿Y las libertades por las que se luchó durante la Transición?

—Eres un romántico y lo sabes, te excedes con esas cosas. Tú y tus amigos de Amnistía Internacional sois unos exagerados.

—Se empieza así y acabarán por ponernos a todos un chip en la cabeza para controlarnos. Ahora mismo pondré un *whatsapp* en el grupo de la asociación, esta tarde, reunión. Vamos a hacer una protesta formal.

Isabel sonríe por las cosas de Adrián, como ella las llama. Quizá tiene demasiado tiempo libre.

—Por cierto, Isabel. Me he acordado de una cosa.

—Dime.

—Sabes que en la sociedad histórica hemos hecho un banco de memoria. Vamos a casa de los viejecitos con una cámara y los grabamos. Nos cuentan lo que quieren: cómo era la vida, el trabajo, los precios de aquellos días, todo. Ya sabes, sus historias, lo que vivieron, cosas de abuelos, batallitas.

—Es muy buena iniciativa.

—Y yo fui a entrevistar a un tipo que puede interesarte.

—¿Sí?

—Vive en una casa de mala muerte. No está muy lejos, en Forcat. Puedo mandarte la dirección en un mensaje. Lo cuida una sobrina y está chocho. Nada de lo que grabé me sirvió, sólo decía incoherencias.

—¿Entonces?

—Que es un tipo que podría resultarte útil. Se llama Ródenas y fue policía armada en los tiempos de los crímenes. Según me contó su sobrina, a diferencia de los otros agentes él no le hacía la pelota a Fabregat. Ródenas lo consideraba un incompetente y un trepa. Discrepaba con él y decía que era un corrupto, que tenía las manos manchadas de sangre inocente.

—Joder.

—Ya te digo que chochea, pero podrías ir a verlo. Cuando Fabregat llegó a alcalde creo que movió hilos para que lo echaran del cuerpo, así que tuvo que ganarse la vida en las serrerías.

—¿Y me lo dices ahora?

—Pues acabo de caer, querida. Además, te digo que está ido. No pierdes nada por verlo.

Isabel se lo piensa y asiente.

—Bueno, voy a dejarte, que tengo que pasar por el supermercado —dice ella. Entonces, Adrián, que parece pensativo, dice:

—Isabel, ¿has pensado qué...?

—¿Sí? ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Esos mensajes de Bernardo.

—Dime.

—Son un poco... inquietantes. ¿No? Te sigue como un auténtico acosador.

—Está encabronado, solo es eso.

—¿Cuántas noches dormía fuera de tu casa?

—Casi todas.

—No sé, un tipo así. Es raro. ¿Y dónde podría estar toda esas noches?

—Pues con su putita, ¿dónde iba a estar si no?

—Sí, sí —insiste Adrián—. Pero es mucho tiempo, muchas noches en las que desconocemos su paradero, y viendo su comportamiento actual...

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Que bien podría ser el asesino.

—¡No digas tonterías, Adrián!

—Conoce el pueblo a la perfección, es un obseso sexual, lo han echado del trabajo por sus escándalos sexuales, es vecino y ahora va siguiéndote y amenazándote. ¿Qué más necesitas?

Isabel se levanta sonriendo:

—Vaya manía que os ha entrado a todos. Bernardo es un pobre imbécil, simplemente eso. Gracias por el café.

RÓDENAS

Isabel llega a casa y se encuentra a Enar cocinando. Se acerca a él y lo abraza:

—Lo siento —dice ella—. No pretendí herirte. Sé que lo haces porque te preocupas por mí y porque has visto todo tipo de casos. Pero créeme, Bernardo es inofensivo. He pactado con Darío que dejaremos pasar una semana. Si esto sigue, pondré una denuncia. Lo prometo.

Él sonrío y la besa.

El móvil vibra.

Otro mensaje.

Bernardo.

«Vas a sufrir, puta».

Enar ladea la cabeza.

—Una semana —dice ella—. Tienes mi palabra.

* * *

La casa donde viven Ródenas y su sobrina está en Forcat, a un paso del límite que separa Aragón de Cataluña, a las afueras de la pequeña localidad. Es verde, fea y destartalada. Una pequeña escalera de maderas añosas y grises da acceso a un porche que ha sido cerrado con cristales enmarcados en madera verde oscura. La puerta de acceso es estrecha y tiene tres paneles, uno de cristal y dos de plástico. En el piso de arriba se adivina una habitación con dos ventanas. El césped está mal cuidado y a la madera de la vivienda le hace falta una buena capa de pintura.

Isabel golpea la puerta y abre una mujer de unos cincuenta años que lleva puestos unos rulos en el pelo realmente antiestéticos. Fuma de manera compulsiva:

—Buenas, soy Isabel Amat.

—Sí, la que ha llamado.

—La misma. Ya sabe que querría hablar con su tío.

—Le dije por teléfono que desvaría. Pero no hay ningún problema.

—¿Tiene alzheimer?

—Tiene de todo, pero su paga me viene bien para poder completar gastos y llegar a final de mes. Pase.

Isabel la sigue y observa una casa destartada y desordenada. Hay cacharros sin fregar en la cocina y la tele está encendida. Desconoce a qué se dedica la sobrina, pero no tiene muchas ganas de preguntar.

—¡Tío, tienes visita! —dice la mujer.

Isabel entra en el pequeño cuarto donde se encuentra a un abuelo en pijama con la mirada perdida. Se da cuenta de que es el tercer viejo al que entrevista desde que comenzó con aquello. Gente que vivió aquella época y cuyo deterioro es visible. Se imagina cómo estarían sus padres de seguir vivos.

—Señor Ródenas —dice—. Soy Isabel Amat.

El otro ni contesta. Sigue mirando al frente. Al papel pintado de la pared, que, hortera y recargado, bien pudo estar de moda a finales de los setenta.

—Quiero hablar con usted.

Isabel le coge la mano. Cree que el contacto físico puede ayudarla a conectar con él.

—Usted trabajó en la Policía Armada.

Nada.

—¿Recuerda? Era usted de los grises. Vinieron al pueblo por lo de las niñas desaparecidas.

Ródenas farfulla:

—Fabregat, Fabregat.

—Exacto, eso es —dice ella—. ¿Recuerda usted los crímenes del setenta y tres?

No hay respuesta.

—Murieron tres niñas.

Nada.

—Usted era policía.

Ródenas contesta:

—Alcalde Fabregat, cabrón.

—Sí, sí Fabregat era el jefe, sí.

—Cabrón, sangre...

—¿Recuerda usted algo?

Nada. Ni contesta.

Isabel decide intentarlo a la manera de Ródenas. Repitiendo palabras como un autómatas. Cree que igual así puede hacer que su cerebro reconecte.

—Niñas muertas, Casares —dice.

Ródenas se gira y la mira. Abre los ojos como si hubiera vuelto a la consciencia. Entonces se gira y pierde la mirada en la pared de nuevo.

—Casares era inocente, ¿verdad?
—Fabregat, hijo de puta —murmura Ródenas.
—Las niñas, ¿quién las mató?

Silencio.

—Cuervo negro. Fabregat. Cabrón.
—Señor Ródenas, ¿recuerda usted algo?
—Cuervo negro, maldito cuervo.

Isabel comienza a desesperarse. Es evidente que aquella mente dejó de funcionar.

—Multas. Fabregat. Alcalde. Franco... ¡Viva España!
—Se lo dije —dice una voz detrás de ella.

Se gira y ve a la sobrina encendiendo un nuevo cigarro.

—Ya —dice Isabel—. Tenía que intentarlo.
—Está totalmente ido.

—No pasa nada —contesta Isabel poniéndose de pie—. Gracias por su tiempo.

* * *

Isabel y Enar cenan tranquilamente en casa. Está cayendo una nueva nevada. La oscuridad afuera es total y los copos empujados por la ventisca ametrallan los cristales de continuo.

Suena el teléfono de Enar. Lo coge.

—Es Garrido —dice.

Al otro lado del aparato se escucha una voz tenue y metálica:

—De acuerdo, pongo el manos libres —obedece Enar.

—¿Me oís?

—Sí, contestan a la vez.

—¿Me oís los dos?

—¡Que sí, pesado! Contestan entre risas.

—Tengo algo para vosotros —se escucha en el altavoz del teléfono móvil.

—Algo ¿sobre qué?

—¿Recordáis el número de cuenta que me disteis?

Enar niega con la cabeza.

Garrido insiste:

—Sí, joder, el número de cuenta que aparecía en la cartilla de Juanes. El número desde el que le transfirieron trescientas mil pesetas.

—¡Claro! —dice Isabel.

—Lo tenemos. Me han llamado mis colegas de Madrid y lo han identificado.

Ha sido más fácil de lo que pensábamos, porque es una cuenta que sigue activa.

—¿Cómo?

—Como lo estáis escuchando. No ha cambiado de usuario en todos estos años.

Y ahora sigue en la Caja.

—¿Y a quién pertenece?

—¿Estáis sentados?

—Sí —contestan con fastidio.

—Diócesis de Barbastro-Monzón —dice Garrido.

—¿Qué? —Isabel, incrédula.

Al otro lado del aparato se escucha:

—Sí, joder, que ese número de cuenta pertenecía, ha pertenecido y pertenece a la Diócesis de Barbastro-Monzón.

—¡No puede ser! —exclama Isabel.

—Aquí delante tengo los papeles.

Isabel enciende el portátil. Espera, teclea.

—¿Estáis ahí? —inquire Garrido.

—Sí, sí, espera. No soy demasiado católica.

Enar e Isabel miran la pantalla.

—El Valle pertenece a la Diócesis de Barbastro-Monzón —dice ella—. Está claro, sí.

Todos quedan en silencio.

—¿Y por qué habría de transferir una Diócesis católica trescientas mil pesetas de la época a Juanes?

—Esa es la cuestión, amigos, id tirando del hilo. Yo sigo preparando la prueba colectiva de ADN. Si me la autoriza el juez, voy a cazar a ese cabrón. Buenas noches.

Enar e Isabel se quedan mirándose el uno al otro sin saber qué decir.

* * *

Después del ritual de la sesión matinal de esquí, Enar e Isabel se duchan y hacen el amor. Se quedan tumbados, exhaustos, sobre la cama.

—Tenemos que ir a Barbastro. Te lo recuerdo —dice ella.

Él sonrío:

—Me vas a matar —dice él—. Tengo cuarenta y siete años. Me hago viejo. Solo dame unos segundos para recuperarme.

El móvil de Isabel vibra.

Ambos se miran.

—Es Bernardo —dice ella leyendo un mensaje. Le tiende el móvil a Enar, que

lee en voz alta:

—«Te voy a ahogar, puta. Con mis propias manos. ¿Acaso crees que sería la primera vez?».

Se miran.

Es evidente que Bernardo ha cruzado una línea roja.

—Voy a llamar a Garrido. Inmediatamente —sentencia Enar—. Quiero a ese tío entre rejas y con esto es ya más que suficiente. Ve vistiéndote, querida, salimos enseguida.

* * *

Enar e Isabel aparcan con facilidad en la calle Santa Bárbara. En apenas un par de minutos se llegan caminando a la Diócesis de Barbastro-Monzón, situada en la calle Trascolegial, a espaldas de Santa María del Romeral. Han reformado la planta baja. Unas fuertes rejas de hierro cubren las ventanas de recios postigos de madera.

Los recibe una monja que hace de recepcionista.

—Buenos días, ¿qué querían? —les dice muy amable desde detrás de sus finas gafitas.

—Queríamos ver al obispo.

—¿Cómo?

—Sí, queremos hablar con el obispo —repite Isabel.

—Tienen cita, claro.

—No.

—Entonces es imposible. Su ilustrísima está muy ocupado, solo se le puede ver con cita previa, y eso pidiéndola con muchísima antelación.

—Es un asunto muy grave. Corrupción —insiste Isabel—. ¿Prefieren que me vaya a los periódicos?

—No la entiendo, perdone.

—Trescientas mil pesetas de hace nada menos que cuarenta y un años. Una transferencia. Dinero sucio.

La monja comienza a ponerse nerviosa. Es evidente que no sabe de qué le hablan, pero el asunto parece grave y se inquieta.

—Esperen un segundo, por favor.

Al momento vuelve con un sacerdote. Un tipo de aspecto beatífico, pasado de peso, parece un bonachón:

—Soy el padre Jorques, relaciones públicas y encargado de prensa del Obispado.

—Isabel Amat y Enar Olson —dice ella—. Queremos ver al obispo porque su

archidiócesis transfirió trescientas mil pesetas al abogado de un asesino de niñas en mil novecientos setenta y tres. Tenemos la cartilla del banco que lo prueba.

El otro queda como fuera de juego.

—No la entiendo.

—Es un soborno. Podemos demostrarlo.

—Perdone, señora, pero usted me habla de algo ocurrido hace...

—Cuarenta y un años.

—Yo tengo treinta y nueve —dice el cura—. Comprenderá que no sé ni de qué me habla.

—Le hablo de un escándalo. Fue un soborno. Por eso quiero hablar con su obispo. O eso o me voy a los periódicos.

—Esperen un momento, si son tan amables —dice y desaparece tras una puerta.

ALEJANDRO ALACID

A los cinco minutos el padre Jorques vuelve.

—Acompañenme, por favor —dice.

Ambos siguen al cura y este los introduce en un elegante despacho forrado de estanterías repletas de libros. La alfombra es persa; la mesa, de roble, y un crucifijo preside la estancia. Hay varios ordenadores en el cuarto.

Un tipo bajo, delgado y con aspecto atildado sale de detrás de la mesa y les estrecha la mano. Viste de cleric man. Lleva unos gemelos demasiado llamativos.

—Alejandro Alacid, secretario personal de su ilustrísima.

Es rubio, el pelo le clarea y lleva un flequillo que le cae sobre la frente. Huele a colonia cara. Excesivamente atildado para ser un hombre de iglesia.

—Tomen asiento, por favor. Gracias, padre Jorques —añade despachando al otro cura de inmediato.

Ambos se sientan en un cómodo sillón mientras el anfitrión se sitúa frente a ellos en una sólida butaca. Lo hace con elegancia, tirando primero del pliegue de sus pantalones para que no se arruguen y cruzando las piernas. Coloca las manos sobre su regazo. Parece relajado. Sus buenas maneras rezuman pedigrí. Parece que su traje negro fuera de Armani, o quizá lo es.

—¿Desean tomar algo? ¿Café, un té, un jerez?

—No, gracias —responde Isabel—. Queremos ver al obispo.

—Me temo que eso es imposible.

—Iremos a los periódicos.

—No sé qué los enfada tanto, pero su ilustrísima está de viaje en San Francisco. Soy su mano derecha; sea lo que sea, pueden hablarlo conmigo.

Enar e Isabel se miran.

—¿Y bien? —dice el cura.

—Hace cuarenta y un años su diócesis transfirió trescientas mil pesetas a un abogado de El Valle.

—¿Y?

—Que se retiró y no volvió a trabajar nunca más.

—¿Y?

—¿Usted sabe lo que suponían trescientas mil pesetas en esa época?

—Ni idea señorita...

—Amat.

—¿Y usted?

—Olson, Enar Olson.

El sofisticado secretario hace una estudiada pausa:

—Me van a perdonar pero no los sigo. ¿Podrían explicarse un poco mejor?

Isabel está indignada:

—¡Trescientas mil pesetas! Fue un soborno.

—Señorita Amat.

—Señora.

—Pues señora. No puede usted entrar aquí y decir esas cosas. Si continúa así, llamaré a seguridad. Yo tengo treinta y tres años, ¿comprende? No sé ni de qué me está usted hablando.

—El señor Juanes era el abogado de un asesino en serie. Un tipo que mató a tres niñas y fue sentenciado a reclusión de por vida en un psiquiátrico porque dado su cociente intelectual no se le consideró responsable de sus actos.

—¿Y qué tiene eso que ver con esta diócesis?

—Ese Juanes no recurrió la sentencia. Y a los dos días recibió una transferencia de trescientas mil pesetas de esta institución, dinero más que suficiente como para vivir para siempre en un pequeño pueblo del Pirineo y comprarse una casa; de hecho, no volvió a trabajar.

Alejandro Alacid inclina la cabeza y la apoya con aire afectado en su mano derecha.

—¿Se da cuenta de que el actual obispo sería en aquella época un simple cura que ejercía en Valencia? ¿Qué me está contando?

—Fue un soborno —dice Isabel.

—Querida amiga...

—Isabel.

—... Isabel, ¿se da cuenta de que no podemos saber siquiera qué tipo de operaciones hizo la diócesis hace cuarenta y un años?

—Fueron trescientas mil pesetas.

—Yo llevo trabajando aquí tres años. Y mi obispo, diez como tal. No podemos saber qué se hacía aquí hace cuarenta años ni somos responsables de ello. ¿Comprenden?

—Sobornaron a una persona con trescientas mil pesetas —insiste Isabel, que está comenzando a importunar al imperturbable secretario.

—Pare el carro, pare el carro —dice alzando la mano derecha—. Desconozco absolutamente los pormenores del caso, pero siendo como dice usted que era ese

hombre un abogado, lo más lógico sería pensar que esa transferencia bien podría ser el pago de su minuta por algún servicio prestado a la Iglesia en algún asunto legal, ¿no?

—¿Una minuta de trescientas mil pesetas?

—Lo desconozco. Es lo que dice usted.

—Tengo la cartilla.

Se hace un silencio.

—Iré a los periódicos —amenaza Isabel.

—Amiga —Alacid, muy tranquilo—, vaya a donde quiera ir. Pero le diré lo que haremos. Me habla usted de una época en que la contabilidad de esta casa no estaba informatizada. Deme unos días para que hable con mis contables y busquen los libros; ahí constará el volumen de la transferencia, si la hubiera, y el concepto por el cual esta se realizó. ¿Le parece? No puedo hacer más por ayudarla.

Isabel mira a su interlocutor con cara de pocos amigos.

—Y ahora, si me permiten, tengo que seguir con mis quehaceres; en cuanto disponga de esa información la telefonaré para que venga usted a verla con sus propios ojos. Deje su teléfono al padre Jorques al salir, gracias —dice el cura dando la entrevista por terminada.

* * *

Enar ha preparado una buena cena y Garrido los acompaña.

—Estoy hasta los huevos de este caso. Quiero volver a casa con mi mujer y mis hijos.

—En cuanto hagáis la prueba del ADN lo tendréis —dice Enar.

Garrido sonríe.

—Hombre —contesta Garrido—, lo que está claro es que el tipo debe de estar acojonado. No me extrañaría que el día de la prueba pusiera pies en polvorosa. Pero así sabríamos quién es. Me pregunto qué relación tendrá con los sucesos del setenta y tres. Igual es un abuelete que busca venganza.

Enar mira a Isabel, sabe que teme que pudiera ser su propio padre. Decide cambiar hábilmente de tema:

—¿Sabéis algo de Bernardo?

—No, he cursado la correspondiente orden de detención. Solo con los seguimientos, amenazas y con el contenido del último mensaje pasará unos días en la cárcel. La ley es dura con los maltratadores. Y yo me encargaré de que lo pase lo peor posible.

Isabel ladea la cabeza contrariada.

—El caso es que debe de haberse ido —apunta Garrido—, por el pueblo no hay rastro de él ni de su coche. No sabemos ni dónde se hospedaba. Parece que nos haya olido venir.

—Es lo lógico —apunta Enar—, después del último mensaje que envió esperaríamos una denuncia, seguro. ¿Sabes? Un amigo de Isabel tiene una teoría sobre él.

—¡Qué tontería! —exclama Isabel enfadada.

—¿Cuál? —dice Darío Garrido intrigado.

—Cree que es nuestro hombre.

—¿Nuestro hombre, el asesino?

Enar asiente.

—La verdad es que en el último mensaje da a entender que ya ha estrangulado a alguien —dice Garrido—. Pero no creo que nuestro asesino fuera tan idiota como para confesarlo en un mensaje de texto.

—El asunto no carece de sentido —añade Enar—. Pasaba noches y noches fuera, quién sabe dónde.

Garrido se lo piensa y sonrío.

—No os preocupéis, en cuanto lo cojamos todo eso quedará aclarado y dejará de molestar. ¿Os imagináis que fuera el asesino? ¡Podría volver a mi casa!

—No digas eso ni de broma. Ese imbécil es el padre de mis hijos, no querría que pasaran por algo así —dice Isabel.

—¿Cuándo se supone que os llamará el cura ese? —dice Garrido cambiando de tema.

—¿Quién? ¿Alejandro Alacid? Menuda rata —contesta Enar.

—No sé —responde Isabel—. Dijo que tendrían que buscar en los libros de contabilidad y que les llevará tiempo.

—Ya sé que diréis que es porque soy ateo, pero nunca me han caído bien esos cuervos —dice Garrido.

—¿Quiénes? —Enar.

—Los curas católicos, con todas esas historias que ha habido de abusos... —dice Garrido.

—¿Qué has dicho? —Isabel.

Garrido la mira y repite:

—Sí, los abusos en colegios, ya sabéis.

—No, no, lo otro.

Enar y Garrido se miran.

—No entiendo —dice el policía.

—Sí —apunta ella—. Eso de que no te gustan...

—... que no me gustan esos cuervos.

Isabel queda mirando al frente, la mirada perdida.

—Cuervos —dice.

Ellos se miran.

—¡Cuervos!

—Isabel, ¿estás bien? —Enar.

—¡Cuervos! ¡Cómo no me he dado cuenta antes!

Y sale corriendo de la habitación escaleras arriba.

* * *

Enar y Garrido siguen mirándose asombrados cuando Isabel baja las escaleras a toda prisa. Lleva una caja en sus manos. La abre, mira una foto y la aparta.

—¡Cuervo! ¡Cuervo! —repite como una loca.

Saca sus notas.

—¡Sí! —dice subrayando un párrafo.

Pasa páginas y va a otro punto de su libreta.

—¡Sí! —vuelve a exclamar.

Sigue buscando más adelante:

—¡Bingo!

Entonces se echa hacia atrás y resopla aliviada.

Aparecen lágrimas en sus ojos:

—Enar, no era mi padre.

Y arroja una fotografía en la que aparecen orgullosos dos hombres con sus orquídeas tras un concurso: uno, Juan Amat, el padre de Isabel. El otro, un cura, de frente despejada, casi calvo, con nariz aguileña, vestido de negro y con alzacuellos.

* * *

Garrido pone cara de no saber dónde se encuentra:

—No entiendo nada, Isabel.

Ella contesta:

—Lo dijo Ródenas. Ese anciano pirado con el que hablé. No saqué nada en claro. Pero lo dijo: «cuervo, cuervo». Se refería a un cura. Todo cuadra.

—No te seguimos —Enar.

Isabel da la vuelta a la foto. Escrito de puño y letra de su padre se lee: «Con el reverendo Baillo, concurso 1973».

—Acabo de repasar mis notas —dice ella—. Hablé con familiares de las tres chicas muertas buscando algún nexo de unión, algún punto en común fuera del

cole. Encontré uno, las tres habían tenido relación de alguna u otra manera con el taller de bicicletas del señor Mohamed. Pero dejé escapar otro punto en común y es lo que acabo de repasar en mis notas.

—¿Y? —dice Enar.

—Unas semanas antes, las tres participaron en una marcha en bici, una excursión que organizó el padre Baillo, de la parroquia de Santa María.

—Pero las tres no eran de esa parroquia, y una no era muy practicante —dice Garrido.

—No, solo una de ellas iba a la parroquia. Iba a hacerse otra excursión semanas después, pero no se llevó a cabo. ¿Os dais cuenta? Las tres coincidieron en una actividad del padre Baillo.

—¿Y?

—Mirad la foto. Es ese tipo que está con mi padre. Aficionado a las orquídeas.

—La declaración del tipo misterioso que fue investigado, la que está llena de tachones, reconoce que había coincidido una vez con una de las víctimas, Rosa, porque él era aficionado a las orquídeas y ella había acudido a verlas —dice Enar.

—Y por eso tacharon sus datos tras hacerlo declarar. Porque era un cura.

—Todo esto es circunstancial —dice Garrido.

—Olvidas un dato, querido —apunta Isabel.

—¿Cuál?

—¿Quién pagó trescientas mil pesetas a Juanes?

—La Diócesis de Barbastro-Monzón —contesta Enar.

—Es él —sentencia Isabel muy segura de sí misma.

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA

La iglesia católica de Santa María en El Valle es una construcción grande, como una gran cabaña, de aspecto triangular. No hay ningún edificio cerca porque está rodeada por un amplio y cómodo aparcamiento.

Enar e Isabel aguardan dentro del coche. Hace frío.

—Yo no lo veo tan claro, Isabel, creo que te está ocurriendo como con Mohamed Dahmani. Buscas coincidencias, las encuentras y te convences a pies juntillas.

—No, no, en este caso no ocurre lo mismo. Vimos que a uno de los tres tipos a quien se investigó por tener delitos sexuales previos lo protegieron las autoridades tachando sus datos de su declaración, ¿me sigues?

—Sí, claro.

—Luego debía de ser un miembro importante de la comunidad. ¿Un cura? La policía lo interroga y él dice que solo tuvo contacto con una de las niñas una vez que se pasó a ver sus orquídeas. El padre Baillo cultivaba orquídeas. Además, miente. Unas semanas antes, las tres niñas habían coincidido en la excursión en bicicleta que había organizado la parroquia.

—Quizá hubo mucha gente, no sé; igual no podía saberlo.

—Y para rematar, la fuente de donde surgieron las trescientas mil pesetas de Juanes no es otra que la Diócesis de Barbastro-Monzón. ¡Por Dios, Enar! ¿Necesitas un mapa?

—Deberíamos averiguar primero qué antecedentes tenía Baillo, como hicimos con Dahmani, ¿no?

—En eso quedamos con Garrido. Pero quiero hablar con el cura actual. Mira, aquí llega.

Un gran todoterreno negro entra en el *parking* que, salvo por el coche de Isabel, aparece desierto.

Bajan del coche y se acercan a él:

—¿Buenas, podría ayudarlos? Soy el padre Parra.

Va forrado con un anorak negro de plumas que parece cálido y confortable.

—Isabel Amat y Enar Olson. Verá. Estamos interesados en localizar a un antiguo párroco de esta iglesia. Resulta que mi padre, ya fallecido, cultivaba

orquídeas y participaba en competiciones. Era muy, muy amigo suyo. No crea, tenían su rivalidad en los concursos, pero eran uña y carne —miente Isabel—. Me gustaría poder localizarlo, si es que sigue vivo.

El cura, un tipo alto, de cara ancha y rostro rubicundo, les dice:

—Sígueme, veremos qué se puede hacer.

Una vez en la sacristía y tras quitarse los gorros, bufandas y abrigos, el padre Parra les ofrece un buen café.

A Isabel se le hace evidente que desde la diócesis no lo han informado aún de sus pesquisas. El cura se muestra muy amable y no sospecha nada. Tiene que aprovechar el factor sorpresa.

Parra coge un libro de registros de un cajón:

—Aquí están todos los sacerdotes que han ejercido su ministerio en esta parroquia —dice poniéndose unas gafas para poder ver de cerca. Es un tipo afable y cercano. Dicen que muy aficionado al fútbol, para atraer a los jóvenes a la iglesia.

—Este es el registro: José Francisco Baillo, fue nombrado párroco el seis de julio de 1972 y dejó su cargo el 20 de diciembre de 1973. ¡Vaya, estuvo poco tiempo!

Isabel mira maliciosamente a Enar.

Apenas dos días después de la detención de José Casares.

—¡Miren, tiene ustedes suerte! Desde aquí se fue al Retiro de San Judas, cerca de Pamplona.

—¡Vaya! ¡Qué suerte! ¿Es una iglesia?

—No, no, es... ¿Como diría yo? Un poco de todo: seminario para los más jóvenes, lugar donde se desarrollan cursos de formación, ejercicios espirituales; ya saben, a veces, cuando un sacerdote necesita un par de años para hacer una tesis, se le aloja allí. La Universidad de Navarra no queda muy lejos. También es lugar de retiro de sacerdotes jubilados. Allí están muy bien atendidos.

Isabel, decidida a aprovecharse de la inocencia de aquel hombre, apunta:

—¿Y qué motivo pudo llevarlo a dejar la parroquia tan pronto y marcharse allí?

—Supongo que algún tipo de estudio, ¿no? —contesta Parra.

—¿Y consta ahí de qué parroquia vino?

—¡Pues sí! De un pueblo situado cerca de Alicante, San Vicente del Raspeig.

Isabel ha obtenido la información que quería, así que decide que ha llegado el momento de salir de allí cuanto antes.

—Pues muchas gracias, padre Parra. A ver si hay suerte y lo localizo.

—Espero que sí.

—Me gustaría no llegar tarde. Igual será ya muy mayor.

—Ya verá usted como no. Por cierto, ya saben que esta es la casa del Señor. Los esperamos cuando quieran.

—Gracias, padre, buenos días.

* * *

—Pero ¿estás loca?

—No. Sé lo que hago. Tenemos que ir a esa residencia antes de que los de la diócesis se enteren de que vamos haciendo preguntas. Si no, darán órdenes al respecto y no habrá cura o monja que esté dispuesto a hablar con nosotros.

Isabel ha parado el coche dos manzanas más allá de la iglesia. Delante de ellos, por un paso de cebra, cruzan los niños para ir al colegio.

—Pero irnos a Navarra ahora, así, sin equipaje. Es una locura.

—Yo voy a hacerlo, tanto si vienes como si no.

Suena el teléfono del coche e Isabel activa el dispositivo de manos libres:

—Soy Garrido.

—Te escuchamos —dice Enar.

—Pues, en efecto, no vais desencaminados; vuestro José Francisco Baillo tuvo tres denuncias en el setenta y dos en un pueblo al sur, es de Alicante...

—San Vicente del Raspeig —dice Isabel.

—¡Joder! ¿Cómo sabes tú eso?

—Preguntando.

—Bueno, el caso es que lo trasladaron aquí. Está claro que lo quitaron de en medio enviándolo al otro extremo del país.

—¿Y por qué las autoridades de El Valle se encargaron de tachar sus datos del expediente referente a su interrogatorio como delincuente sexual?

—Pues o comprobaron sus coartadas y decidieron que era inocente o alguien muy importante lo encubrió —dice Garrido.

Isabel toma la palabra:

—Darío, escucha: tengo la explicación a por qué finalizaron los crímenes tras la muerte de Casares. A los dos días de su detención, a Baillo lo trasladaron a una casa de reposo en Navarra.

Hay un corto silencio al otro lado del aparato.

—Vaya. Sí que son muchas coincidencias —Garrido.

—Salimos para allá ahora mismo.

—Mantenedme informado.

Se hace un silencio. Enar e Isabel se miran.

—Qué —dice ella mirándolo muy seria—. Me voy a Navarra, ¿vienes?

Él asiente.

* * *

El Retiro de San Judas es un complejo impresionante situado entre bosques en una zona cercana a Erice, no muy lejos de Pamplona. Un camino de tierra situado algo al suroeste del pueblo conduce a las instalaciones que quedan lejos de miradas ajenas. Se accede al lugar por una vía estrecha que queda rodeada de árboles a uno y otro lado para, tras una curva, darse de bruces con un gran muro tras el que el visitante se encuentra con tres edificios rectangulares unidos en el centro en un inmenso y acristalado vestíbulo. Al fondo se adivina un pabellón deportivo y una piscina cubierta. A lo lejos hay cabañas de madera para realizar campamentos de verano y ejercicios espirituales; es un lugar tranquilo, sin duda.

Isabel y Enar no tienen problema alguno para acceder al lugar, e incluso les aseguran que el director los recibirá de inmediato cuando cuentan que buscan a un antiguo amigo de su padre.

El despacho del director de aquel centro, el padre Blanes, es amplio, luminoso y está amueblado de manera muy convencional, algo moderna.

Isabel juraría que las estanterías son de Ikea.

—¡Pasen, pasen! —dice estrechándoles la mano.

—Isabel Amat y Enar Olson.

—Encantado —responde el otro—. Así que, me informan, vienen ustedes a preguntar por el padre Baillo ¿no?

—Así es —Isabel—. Era un gran amigo de mi padre y querría poder saludarlo personalmente.

El director entrecruza las manos y lamenta:

—Me temo que no va a poder ser. Llega usted tarde. El padre Baillo falleció hace años, en el 2010, a la edad de setenta y dos años.

—Vaya —dice Isabel algo contrariada.

—Una pena. Siento que su viaje haya sido en balde.

—¿Conservan ustedes algún tipo de recuerdo de él? Me refiero a objetos personales. Ya sabe, por si hubiera alguna fotografía con mi padre. ¡Rivalizaban por el cultivo de las mejores orquídeas del pueblo!

Blanes ladea la cabeza:

—Me temo que no. Aquí no tenemos grandes pertenencias y él no tenía familia. Supongo que sus cosas andarán guardadas en su viejo cajón en el almacén.

—¿Y por qué pasó tanto tiempo aquí? Era un gran sacerdote, lo lógico es que hubiera vuelto a alguna parroquia.

Blanes hace un gesto de fastidio con la boca.

—Nosotros tenemos tres pabellones: uno es para seminaristas jóvenes, otro

para sacerdotes que están realizando estudios y el tercero es como una suerte de casa de acogida, de asilo, para párrocos que ya son muy mayores.

—¿Y él vino a realizar algún tipo de estudio?

Blanes la mira con atención. Para estudiarla, medirla.

—No, Baillo vino al tercero de ellos.

—Pero en aquella época debía de andar por los cuarenta y cinco más o menos, ¿no?

El cura hace otra pausa.

—Veamos, Isabel, ese pabellón no es solo un asilo, es una suerte de casa de retiro. Vivimos tiempos difíciles y ni siquiera los hombres de Iglesia se ven libres de los padecimientos que sufre cualquier ciudadano.

—¿Enfermedades?

—Sí, mentales. Imagínese que un sacerdote, no sé, a la edad de treinta debuta en una esquizofrenia. ¿Qué vamos a hacer? Habrá que atenderlo, ¿no?

—¿Me está diciendo usted que aparte de los ancianos en ese pabellón tienen enfermos mentales?

—Es un término exagerado, querida. Algún depresivo que ha intentado quitarse la vida, hemos tenido algún esquizofrénico, sí, gente que viene del Tercer Mundo realmente dañada, ya saben, con síndrome de estrés postraumático... Pero están en un área completamente separada de la de los ancianos. Lo tenemos todo muy bien organizado.

—Entonces ¿el pobre padre Baillo sufría algún tipo de enfermedad mental? ¿Con la de veces que me he sentado en sus rodillas y lo cariñoso que era conmigo!

Blanes vuelve a dar un respingo en la silla.

—Sí, creo que debía de tener algún tipo de depresión profunda —parece que comienza a ponerse nervioso—. De hecho, el psiquiatra me dijo que tomaba una medicación muy fuerte. Lo mantenían medio alelado.

—Vaya, ahora entiendo que mi padre no pudiera ponerse en contacto con él en todos esos años.

—Nunca salió del centro, según tengo entendido —dice el director.

Enar e Isabel se miran.

—¿Y la patología que sufría era...?

—Lo desconozco —miente el otro—. Yo llegué aquí hace apenas siete años. No tengo acceso a los informes psiquiátricos de los hermanos que se hallan aquí recuperando la salud.

Isabel comprende que no va a poder sacar nada más en claro.

—Bueno, pues muchas gracias, padre Blanes, y que continúen aquí con su labor.

—Siento no haber sido de más ayuda. Los acompaño a la salida.

Conforme caminan junto a él, Isabel percibe la desconfianza de Blanes. Lo han puesto sobre aviso y él les ha ocultado información, aunque ha contado quizá más de lo que debiera.

Cuando suben al coche, antes siquiera de salir del recinto, Isabel marca un número dentro del coche:

—Garrido —se escucha por los altavoces.

—Es nuestro hombre —dice Enar—. Necesitamos que averigües todo lo que puedas sobre él.

En ese momento vibra el móvil de Isabel, es otro mensaje:

Lee en voz alta:

— «Te voy a hacer lo mismo que a esas niñas».

Es un mensaje de Bernardo.

EL VALLE

—José Francisco Baillo —dice Garrido arrojando una carpeta sobre la inmensa mesa del salón de Enar.

—¿Crees que es nuestro hombre? —pregunta Isabel anhelante.

—Definitivamente creo que sí —contesta el policía abriendo la carpeta para comenzar a leer—. Baillo nació en 1938 en Huelva, su padre era mecánico, de familia muy católica. Ingresó en el seminario a los dieciséis años. A los veinte, antes de ordenarse, hubo quejas de varios padres con respecto a él en un campamento realizado a las afueras de El Escorial, donde trabajó como monitor. Se ordena con veintitrés años y ejerce en Consuegra, Toledo. A los seis meses lo trasladan.

—Vaya —dice Enar.

—Sí, apuntaba maneras.

—¿Y sabéis todo eso? —pregunta Isabel.

—La policía lo sabe todo de todos. Cuando investigamos a alguien tenemos acceso a todos sus datos: historial bancario, antecedentes, multas, altas y bajas como trabajador. En fin, que de ahí pasó a Vigo, a la parroquia de María Auxiliadora.

—Vaya, lo mandaron a la otra punta del país.

—Allí se produjeron tres denuncias por «tocamientos indebidos» a tres chicos de la catequesis. El caso quedó en nada. Y aquí viene lo bueno, lo trasladan a México.

—¿A México?

—Como lo oyes; es obvio que sus superiores veían que el tipo era un auténtico peligro y lo enviaron lejos, a un país menos desarrollado donde podría hacer de las suyas.

Enar comenta:

—Yo leí una vez en un artículo de una periodista mexicana, Sanjuana Martínez, buena amiga mía, que denunciaba que la Iglesia católica estadounidense enviaba a sus curas pedófilos a México, donde pueden explayarse con la anuencia de la jerarquía eclesiástica y el partido en el poder. Quizá aquí hacían lo mismo.

—Pues ahí lo tienes —dice Darío—. El caso es que, lógicamente, le perdemos la pista hasta el año 1971 en que reaparece en una parroquia cerca de Alicante.

—San Vicente del Raspeig.

—Correcto, veo que hacéis los deberes. Como podréis imaginar, no tardaron en surgir los problemas: quejas, una denuncia de los padres de un niño y, en el setenta y tres, lo mandan a El Valle. Por eso, cuando se investigó el caso y se tiró de archivo para investigar a los posibles delincuentes sexuales que hubiera en el área la policía anduvo tras él.

—¿Y por qué tacharon sus datos personales?

—Supongo que comprobaron sus coartadas y dejarían de considerarlo sospechoso.

Los tres amigos se quedan en silencio.

—Está claro que era él —dice Darío—. Lo encubrieron y le cargaron el muerto a un pobre imbécil. Sabemos que las tres niñas coincidieron en su excursión de bicicletas: ahí se fijó en ellas y encima la diócesis sobornó a Juanes. Es nuestro hombre. Pero ahora viene la pregunta del millón de dólares.

—¿Sí?

—¿Cómo vamos a probar esto cuarenta y un años después? —sigue Garrido—. ¿Cómo vamos a demostrar que Fabregat y Jover lo sabían?

—¿Lo sabían? —Enar.

Garrido interviene:

—No podemos saber hasta qué punto tenían conocimiento de los hechos.

—Darío —dice Isabel—. Ambos me amenazaron.

Enar y Garrido se miran asintiendo.

Entonces Isabel toma la palabra:

—¿Sabéis? Hay una cosa que me parece rara, y es que no molestara a los niños de la catequesis como había hecho en otras parroquias.

—Quizá estaba muy aleccionado por sus superiores y no se atrevió. Así que fue un paso más allá, a no dejar testigos —contesta Garrido.

—Rosa Benet iba a catequesis con él —apunta Enar.

—Sí —dice Isabel—. Es cierto.

Otro silencio.

Los tres están mirando el dossier que hay sobre la mesa.

Darío toma la palabra:

—El caso del setenta y tres está resuelto, amigos. Y vamos a resolver el actual al hacer la prueba del ADN a todo el pueblo, y cazaremos al asesino.

—¿Todavía tienes dudas sobre la culpabilidad de Bernardo? —dice Enar—. Tendrás que cogerlo y hacerle la prueba a él.

—Bueno, bueno, no nos precipitemos por un mensaje —apunta Garrido—. Lo

importante es que habéis resuelto lo del setenta y tres.

—Sí, pero quiero que paguen los culpables de entonces —dice Isabel.

—Eso es muy difícil, Isabel. Y lo sabes —contesta Enar.

—No vamos a poder conseguir pruebas de algo tan lejano en el tiempo —dice Darío—. Si acaso podríais ir a los periódicos y que cuenten la historia. Ya sabéis, los hechos: que Juanes no recurrió, que recibió trescientas mil pesetas de la diócesis, que Baillo fue retirado de inmediato y recluido en una suerte de manicomio. Ya sabéis, sembrar la duda. Pero no creo que ningún periódico se atreva a meterse con evidencias tan circunstanciales con el secretario de Estado de Justicia. Sabéis perfectamente que suena como próximo candidato a la Presidencia de la Comunidad Autónoma. ¿Os dais cuenta? Esto pone en peligro su carrera. Como mínimo mostraría un velo de sospecha sobre cómo comenzaron las vidas políticas del alcalde Fabregat y el propio Jover. De hecho este te dijo que tiene empresarios muy fuertes detrás de él, interesados en su reelección. Esta gente no da puntada sin hilo. Tendrán ya preparadas ciertas operaciones, obras públicas, en el caso de que salga elegido. Eso son muchos millones de euros. Jugáis con fuego.

—Habría que probarlo. Científicamente —dice Enar.

—Solo se me ocurre una posibilidad —añade Isabel—. Colarnos en el Retiro de San Judas, donde estuvo recluido Baillo, y buscar sus efectos personales; estarán en una caja en algún sitio.

—¿Estás loca? —dice Enar—. Aquello es inmenso, no sabemos si guardan algo de él, no podríamos ni acercarnos y no tenemos ni idea de dónde podríamos empezar a buscar algo así en un complejo de ese tamaño.

—Podríamos intentarlo.

—Está descartado, iríamos a la cárcel por allanamiento. No sabemos siquiera si hay algo que buscar.

Darío toma la palabra:

—Isabel, si hicieras algo así, estarías poniéndoselo muy fácil a Fabregat y Jover. Irías, en efecto, a la cárcel.

—¡Quiero probar lo que sabemos! Casares era inocente y el asesino era Baillo.

Enar sonríe y mira a Isabel con comprensión.

—Cariño, tienes que hacerte a la idea. Hemos llegado muy lejos, la podredumbre de esta gente lo alcanzaba todo. Las cosas sucedieron en pleno franquismo, buscaron un chivo expiatorio y recluyeron al verdadero culpable. Cuarenta y un años después, las cosas no han cambiado tanto; siguen siendo intocables. Soy consciente de que es una pena, pero sé realista: no vamos a poder probarlo.

—Yo no me rindo.

Suena el teléfono de Garrido.

—¿Sí? —contesta.

Permanece un rato al aparato. Escucha muy atentamente.

Isabel y Enar lo miran.

Al fin, cuelga.

—Han encontrado el coche de Bernardo. Una llamada anónima al 112 ha alertado de un tipo que parecía que intentaba colarse en una casa tras aparcar en la calle Luna. Ha acudido una patrulla y el tipo había desaparecido. Han introducido los datos de la matrícula en el ordenador y han comprobado que había una orden de búsqueda. Era su coche.

—Y... ¿Bernardo?

—Ha escapado. Pero ahora viene lo peor.

—¿Sí?

—En el maletero han encontrado unas cuerdas ensangrentadas, un jersey y unas braguitas de niña. Los de la Científica van para allá. Tengo que dejaros. Enar, ten el arma a mano, ese tío anda suelto.

—Descuida, aparte del rifle tengo una Glock.

Isabel está consternada, tiene que sentarse porque la cabeza le da vueltas:

—¿De verdad creéis que Bernardo puede ser...?

—Habrá que esperar a los análisis.

* * *

—¿Esos dos tiazos trajeados que se han quedado en la puerta van contigo? —dice Adrián con cierto retintín.

Isabel, se sienta a la mesa, coge su café y contesta:

—Sí, hijo mío, sí. Me siguen a todas partes. Después de los mensajes amenazantes de Bernardo me consideran su objetivo primordial.

—Quién iba a decirlo, querida, ¡tu Bernardo un asesino en serie!

Isabel ladea la cabeza.

—Esto está resultando una pesadilla. Tuve que llamar a mis hijos para decírselo personalmente.

Adrián sonrío con un deje de amargura en el rostro.

—Sí, debe de ser duro.

—¿Sabes? —dice ella—. En el fondo deseo que todo esto no sea más que un gran error.

—¿Un error, Isabel? ¿Has leído la prensa? La sangre de la cuerda era de Ana Gallart, y el jersey y las braguitas pertenecieron a Mercedes Luengo. ¡Estaban en

el maletero de tu marido, joder!

—Sí, Adrián —contesta ella con fastidio—. Lo sé, me han mantenido informada de todo al instante.

—¡Quién iba a decirlo! ¿Verdad?

Ella queda pensativa.

—La verdad es que pasaba mucho tiempo fuera. Yo pensaba que era por esa Evelyn Carrera, pero ahora está claro que se dedicaba a otras cosas.

—¿Y dónde se ha metido?

Isabel responde:

—Si es listo habrá salido del país, ya sabes, durante las primeras horas de búsqueda.

—Y tendría un lugar para... Hacer sus cosas...

—¿Cómo?

—Sí —insiste Adrián—. Que secuestraba niñas y las viol... bueno, esas cosas que hacía. Para ello necesitaría un refugio, un escondite, un lugar.

—Están buscándolo. El lugar, me refiero, pero no consta ninguna cabaña a su nombre. Además, ¿te haces una idea de la de miles de cabañas de recreo que hay en la zona? Cada familia tiene una, prácticamente.

—Sí, si es listo se habrá ido bien lejos.

Isabel se gira y echa un vistazo a los policías de paisano que la aguardan fuera.

—Espero que lo cojan para que esto acabe algún día.

—Oye —dice Adrián—. ¿Y lo de la prueba de ADN colectiva?

—Se ha suspendido. Ya no tiene sentido. Además, el juez no era muy partidario.

Adrián suspira aliviado:

—Pues se han ahorrado un montón de recursos judiciales por parte de nuestra asociación. ¿Y tu Enar?

—Eso es lo único que me mantiene en pie. He encontrado al hombre de mi vida.

—¿Piensas en casarte?

—Pienso en estar con él. Me quiere y lo quiero. No hago más planes.

—La verdad es que estás estupenda, se nota que te da caña, ya sabes, en la cama.

—¡Adrián!

—Y has perdido peso. Eres una diosa rubia y maravillosa de ojos azules como el mar.

—¡No seas payaso! —exclama ella dándole un manotazo—. Todos los días hago ejercicio con él.

—Sí, ¡ejercicio!

—Me refiero al esquí de fondo, y lo sabes. Es un hombre muy disciplinado y seguir su rutina me ha venido muy bien. No te negaré que me hace feliz, con él todo es fácil y perfecto. El tiempo, cuando estamos juntos, vuela.

Entonces se hace un silencio.

Ella se acerca y baja la voz, como el que va a hacer una confidencia:

—¿Puedo contarte una cosa?

—Sí, claro.

—No puede salir de aquí.

—Soy una tumba —contesta Adrián haciendo como que se sella los labios.

—Bien, el caso está resuelto. Es cuestión de tiempo que capturen a Bernardo.

—¿Pero...?

—Hay algo que me tiene fuera de mí.

—¿Que tu ex fuera un *psicokiller*?

—No, ya me han mandado psicólogos para eso desde la policía. Me tienen harta. Lo de Bernardo no me afecta. Solo por mis hijos.

—¿Entonces?

—Se trata de...

—¿Sí?

—El caso del setenta y tres.

—Pero ¿todavía sigues con eso, alma de cántaro?

—Lo hemos resuelto.

—¿Cómo?

—Sí, Enar y yo.

—¿Lo habéis resuelto?

—Sí, Adrián, sé quien cometió los crímenes.

La cara de asombro de Adrián es evidente.

Por un momento parece ponerse blanco.

—Recuerda que no puedes decir nada —advierte ella.

—Te lo he jurado, Isabel.

—Bien, te contaré: hemos descubierto que el asesino fue el padre Baillo.

—¿Qué me dices! —exclama Adrián santiguándose exageradamente.

—¡Disimula, Adrián! —ordena ella al instante.

—Sí, sí, querida, perdona, perdona. Pero ¿estás segura de ello?

—Sin duda.

—¿Qué me dices! ¡Si fue mi catequista!

—Lo sé, eres ocho años mayor que yo y muy católico.

—¿Y tienes pruebas?

—Pues eso es, querido, no tengo pruebas. Tengo un rosario de evidencias,

pero pruebas, lo que se dice pruebas, no. Y hoy en día para probar algo así hay que demostrarlo científicamente, ya sabes, el ADN y toda esa mierda.

—Me dejas de piedra. Pero ¿estás segura?

—Segurísima.

Los dos amigos quedan en silencio:

—¡El padre Baillo! ¡Si era un tipo genial! Luego entonces, Casares era...

—Inocente, te lo dije.

—Ya.

Isabel sigue hablando muy entusiasmada:

—Te diré lo que sé. Baillo tenía antecedentes. Alguien manipuló su expediente: cuando lo interrogaron, tacharon sus datos. Sé que las autoridades, el entonces policía Fabregat y el fiscal Jover, conspiraron y fabricaron pruebas falsas para que pagara Casares, y sé que tras renunciar a recurrir la sentencia, el abogado de Casares, Juanes, recibió una transferencia de trescientas mil pesetas.

—Sí, recuerdo que viniste a preguntarme por ella.

—La transferencia provenía de una cuenta que pertenecía a la Diócesis de Barbastro-Monzón.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes. A los dos días de la detención de Casares, a Baillo lo enviaron a una especie de casa de reposo o manicomio para curas en Navarra. No volvió a salir de allí y lo mantuvieron medio drogado de por vida.

—¿Y no puedes probar nada?

—Solo lo de la transferencia.

—Vaya.

Silencio.

Adrián vuelve a la carga:

—¿Y estás segura?

—Totalmente.

Adrián pone cara de pensar y dice:

—¿Me estás insinuando que Fabregat y Jover construyeron sus carreras políticas a partir de un hecho delictivo?

—Así es, exactamente.

—Pues entonces ten cuidado con lo que vas diciendo por ahí.

—Vaya, te creía de mi parte.

—Querida, si no tienes pruebas, es mejor que te calles. Precisamente por eso te lo digo.

Ella ladea la cabeza. Insiste.

—Tengo que demostrarlo.

—Me temo, querida, que el paso del tiempo va a hacerlo imposible. En la vida

uno tiene que acostumbrarse a aceptar ciertas cosas. Siempre te he dicho que eres demasiado testaruda.

Isabel se queda en silencio.

FABREGAT

Entonces mira a Adrián y le dice:

—Por cierto, dices que tú asistías a catequesis con el padre Baillo.

—Sí, ¿y?

—¿Nunca...?

—Nunca, ¿qué?

—¿Nunca se propasó contigo?

Adrián se pone totalmente colorado. A Isabel no se le escapa.

—¿Conmigo? ¡Qué va! ¡Qué va! Era un tipo estupendo. No, Isabel, nunca noté nada al respecto. Tu Bernardo también iba a catequesis con él.

Ella asiente.

—¿Sabes? Solo una vez hizo algo que me pareció algo raro.

—¿El qué?

—Le gustaba mucho la pesca y tenía una cabaña. Una vez me dijo que podía irme con él a pescar algún sábado.

—¿Y fuiste?

—No, al final nunca lo llevamos a cabo. A mí la pesca no me interesaba.

—Y esa cabaña que tenía, ¿dónde estaba?

—Pues no tengo ni idea. Pero no debe de estar muy lejos del pueblo, aunque como bien has dicho tú, hay miles de cabañas en la zona.

—Una cabaña... —murmura Isabel—. Gracias, cariño. Te dejo, que quiero comprobar unas cosas.

—Cuídate, diosa.

Cuando Isabel sale del Starbucks los dos gorilas que la acompañan comienzan a caminar tras ella cubriéndole las espaldas. Suena su móvil. Es un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Isabel? ¿Isabel Amat?

—Sí, soy yo —contesta.

—Soy Alejandro Alacid, el secretario personal del obispo.

—Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

—La llamaba con respecto a nuestra conversación del otro día.

—¿Sí?

—Nuestros contables han revisado los libros de cuentas. Minuciosamente.

—¿Y han encontrado lo que buscaban?

—Por supuesto, en esta casa somos muy ordenados y sobre todo en todo lo referente al dinero; no en vano administramos el dinero que donan los feligreses. Tengo en mi mano el libro de contabilidad y puedo asegurarle que esa transferencia de trescientas mil pesetas al señor Juanes corresponde al pago de servicios de asesoría y representación legal de la Archidiócesis en un contencioso que manteníamos con el Estado sobre unos terrenos nuestros cerca de Bielsa.

Silencio.

—¿Oiga, se ha cortado? —dice Alejandro Alacid.

—No, no, estoy aquí —dice Isabel.

—Supongo que esto aclara todas sus dudas sobre esa transferencia, ¿no?

Isabel hace una pausa:

—¿Trescientas mil pesetas?

—Sí, el caso fue complejo y largo.

—Entonces, señor Alacid, ¿está usted diciéndome que si yo acudiera al juzgado y revisara la documentación referente a aquel pleito, en los papeles aparecería como representante legal de la Archidiócesis el señor Juanes?

Silencio.

—¿Me ha oído?

—Sí, claro —dice el cura titubeante. Para Isabel se hace evidente que miente.

—Ya —dice ella—. Pues muchas gracias por su llamada.

Y cuelga sin dar más explicaciones.

* * *

Tras colgar, Isabel, queda pensativa por un instante.

Entonces, un coche se para junto a ella. Una ventanilla se baja y escucha:

—Isabel.

Los dos agentes se acercan a protegerla.

—Tranquilos, tranquilos, soy el alcalde —dice Fabregat.

Un gorila, el conductor, que hace las veces de guardaespaldas del político, baja del coche con un artilugio en la mano.

—Isabel, ¿podrías subir un momento? Quiero hablar contigo.

Los dos agentes niegan con la cabeza.

—No pasa nada, es el alcalde —dice Isabel. Esperen aquí fuera.

—El coche no va a moverse de este sitio, tranquilos —dice Fabregat.

Ella hace amago de acercarse al vehículo y el gorila de Fabregat se interpone:

—Una sola cosa antes, Isabel deja el móvil a tus guardaespaldas y permite que Bruno te pase el detector. Todos tenemos que seguir unas normas de seguridad.

Isabel entrega el móvil y el bolso a sus guardaespaldas.

El otro le pasa el artilugio, se asegura de que perfila bien todo su cuerpo y sentencia:

—Limpia.

Los dos escoltas de Isabel miran la escena con desagrado.

Ella entra en el coche.

Fuera, en la acera y expectantes, aguardan los dos agentes y Bruno.

—Bueno, ¡al fin solos! —dice Fabregat—. Disculpa el registro, pero no puedo permitirme que entres aquí con ningún dispositivo que me grabe.

—Usted dirá.

—Ya tenemos a nuestro hombre. ¡Y era tu marido! Asunto resuelto, ¿no? —El alcalde parece sonriente, henchido de satisfacción por hacer daño a su enemiga.

—No.

—¿Cómo dices?

—Que no. Han encontrado evidencias, sí, el ADN de las víctimas en su coche. Ahora, para condenarlo, habrá que capturarlo y comprobar que su ADN coincide con el del asesino que se halló en las niñas.

—Vaya... eres una tocapelotas, ¿no?

—No lo sabe usted bien.

—En cualquier caso, querida, puedes cantar misa, pero el asunto de los crímenes está resuelto; es cuestión de tiempo que cojan a Bernardo, y en lo que a mí concierne, se avecinan unas elecciones muy pero que muy positivas. Y Jover va a ser candidato en las autonómicas, con su partido.

—Pues me alegro por usted. Y por él.

—Pero tú has seguido removiendo mierda. Me han llamado de la Diócesis de Barbastro-Monzón.

—¿Y?

—Estuviste allí. Y en la parroquia. Y en Navarra.

—Puedo ir donde quiera, ¿no?

—Te has aprovechado de la buena voluntad de gente que te ha dado información sin saber lo que hacía. Gente de iglesia.

Isabel sonríe:

—Buena información, ¿verdad, alcalde?

—No tienes nada y lo sabes.

—Tengo la prueba de que la Diócesis sobornó con trescientas mil pesetas a Juanes. Solo con eso la prensa empezaría a husmear. Los periodistas no son

como yo. Son buenos. Averiguarán que ustedes detuvieron en falso a Casares. Se les va a ir todo de las manos y justo antes de las elecciones. Usted y Jover lograron el prestigio que impulsó su carrera política condenando a un inocente.

—¡No lo sabíamos! —exclama Fabregat.

—¿Cómo?

Fabregat explota:

—Para ti es muy fácil acusar, no has tenido un ápice de responsabilidad en tu puta vida. Teníamos a un tío matando niñas, el pueblo histérico, la prensa y el Régimen dándonos leña. Los demócratas apretaban, los socialistas cada vez más activos. Y no te hablo del PCE. ¡Nosotros éramos el orden, joder! La presión era enorme, ¡enorme! Este es un pueblo pequeño, no estábamos acostumbrados a gestionar algo así, ¡por Dios!

—¿Y? No es excusa.

—Las cosas no ocurrieron como tú crees.

—Ocultaron que Baillo tenía antecedentes por delitos sexuales.

—Se le interrogó y demostró tener coartadas para los tres crímenes, así que se decidió tachar sus datos para evitar daños innecesarios.

—Fue Baillo.

—¡No lo sabíamos, joder!

—No lo creo.

—Estábamos desesperados. Tras el tercer crimen alguien dijo: busquemos un cabeza de turco. Y eso hicimos. Fue un error, lo sé. Y, de hecho, si hubieran continuado los crímenes lo habríamos soltado.

—¡Qué buenas personas!

—La situación era insostenible. Franco estaba muy viejo. Había rumores de forma constante. Los de arriba estaban nerviosísimos, el Régimen iba a desmoronarse.

—Ustedes condenaron a un inocente colocando pruebas falsas y permitieron que el verdadero asesino, Baillo, quedara libre.

—¡No fue así! ¡No lo sabíamos! Es cierto que se le colgó el muerto a Casares, eran otros tiempos. Acordamos con el juez que fuera a una institución donde estuviera bien cuidado, joder. Pero una vez que lo habían detenido vino a vernos un tipo de la Diócesis. No sé si era diácono o secretario del obispo. Ni recuerdo el nombre. El tal Baillo se había presentado frente a su ilustrísima y lo había confesado todo.

—¿Y por qué no lo detuvieron?

—A nadie le interesaba aquello. Hubo una reunión al más alto nivel: el jefe regional del Movimiento, el gobernador civil, Jover, el obispo y yo. Se nos aseguró que lo recluían donde no pudiera volver a matar.

—¿Y la justicia?

—Isabel, una cosa es la justicia y otra el mundo real. Estábamos muy presionados. El escándalo no le interesaba a nadie. Si se hubiera descubierto que se había detenido a alguien equivocado y que alguien había tachado los putos datos del cura... ¡habríamos ido de cabeza a la debacle! ¡Era la cárcel para nosotros! Se habrían cebado. Sí, sé que se cometieron errores y nos vimos en un callejón sin salida.

—¡Qué miserables!

—No pudimos hacer otra cosa. Desde la Diócesis se nos ofrecieron todo tipo de garantías de que el tipo quedaría fuera de juego. Casares era como un niño, estaría en una institución, tendría cama y tres comidas al día. Ya nos encargamos de que no le cayera pena de muerte. Total, era un pobre desgraciado que no tenía familia. ¿Quién iba a hacerse cargo de él?

—Por eso desde la Diócesis se aseguraron de que la única persona que tenía Casares en este mundo, Juanes, no recurriera.

Fabregat asiente.

—Isabel, ten cabeza, los crímenes se han repetido y gracias a Dios esta vez hemos descubierto al culpable. En aquellos años cometimos un error. Lo sé. Las circunstancias nos superaron. Pensamos que Casares estaría bien atendido en una institución, que viviría tranquilo; nunca creímos que llegara a colgarse. Créeme, lo lamento tanto como tú. Pero deja de remover el lodo. Has averiguado mucho, sí, pero no vas a poder probar nada y lo sabes. ¿Qué más quieres que te diga? Si pudiera volver atrás en el tiempo y actuar de otra manera lo haría, lo juro. Pero no puedo. Hicimos lo que pudimos en cada momento, según fueron produciéndose los acontecimientos que, por cierto, nos superaron. Al menos quitamos a ese monstruo de en medio, nos aseguramos que dejaba de matar.

—¿Y Casares?

—Te he dicho que lo siento. Jover no le pidió la pena de muerte a propósito.

—Era improbable que lo hubieran condenado a muerte. El Régimen estaba débil. Recuerde la que se lio con lo de Burgos.

—Al menos nos pusimos de acuerdo con Juanes para que el juez aceptara la eximente de incapacidad mental. A nuestra manera hicimos lo que pudimos.

—Su carrera, y la de Jover, se basan en una mentira.

—Lo sé.

—Deberían renunciar.

—Isabel, no sabes de lo que hablas. Hay mucho en juego. Muchas empresas, proyectos y obras públicas pendientes. No podemos dejarlo ahora y tú no puedes probar la verdad. Te felicito. Has llegado muy lejos. Nunca pensé que lo conseguirías y has demostrado ser una mujer con iniciativa, inteligente y

valiente; necesitamos gente como tú. Vamos a ganar las elecciones, tanto él como yo, y podemos darte un buen puesto, el que quieras. Un puesto en el que puedas trabajar por la comunidad, en cierta medida arreglarías lo que nosotros hicimos mal.

Isabel niega con la cabeza.

—Voy a demostrar que fue Baillo. Lo que pase con ustedes no me importa.

—Isabel, sabes que eso que dices es imposible. Han pasado cuarenta y un años y no queda ni una prueba de aquello. Además, está prescrito.

—Lo sé. Sé que no irían a la cárcel por ello como merecen ambos, pero sus carreras políticas serían historia. Y eso, para ustedes, es el peor castigo posible.

—Insensata.

Isabel abre la puerta del coche y mirando a Fabregat, dice:

—Mire, señor alcalde, le aseguro que no sé cómo, pero voy a demostrarlo. Sé que es imposible, pero voy a conseguirlo.

UNA CABAÑA

Isabel, Enar y Darío Garrido se reúnen a comer en Los Tres Ríos, un coqueto restaurante situado en la calle Ardonés. Procuran sentarse en una mesa circular que queda al fondo, algo apartada.

Ella les cuenta sus conversaciones de la mañana con Alejandro Alacid, con Adrián y, sobre todo, con el alcalde Fabregat.

—Bueno, al menos sabemos lo que pasó —dice Garrido—. Decidieron cargarle el muerto a un pobre tonto sin familia y mandarlo a una casa de reposo. Pero luego vinieron los curas a contarles la verdad y con la muerte de Franco a la vuelta de la esquina, ruido de sables y una transición por delante, tuvieron que seguir adelante con la farsa.

—¿Y te parece bien? —responde Isabel indignada.

—No, Isabel, pero no veo cómo vas a demostrar científicamente que Baillo fue el asesino. Tienes un montón de evidencias que puedes hacer llegar a los periódicos, pero créeme, estos tipos tienen controlada la prensa; va a ser muy difícil que un medio de comunicación serio te lo publique. No van a tener huevos. Se juegan una buena demanda y perder la publicidad institucional.

Hace una pausa para que la camarera sirva el pedido: costillas, puré de patatas y una gran ensalada de la casa.

Enar parece pensativo.

Isabel retoma la palabra mientras ataca un trozo de lechuga:

—Me llamó la atención que Adrián dijera que Baillo tenía una cabaña donde acudía a pescar. Estoy convencida de que debió de cometer los asesinatos allí, en un lugar apartado. Si lográramos identificarla, seguro que tu gente hallaría muestras biológicas.

—Isabel, cuarenta y un años después lo normal es que esa cabaña ni exista. Y eso de que queden restos biológicos...

—Puedo probar en el registro de la propiedad.

—Será un trabajo de chinos —dice Enar—. Por cierto, Darío, ¿hay algo sobre Bernardo?

—Ni rastro, se ha esfumado.

Enar continúa hablando:

—He estado pensando. He tenido la sensación de que la repetición de estos crímenes era una forma de llamar la atención sobre lo que ocurrió en el setenta y tres. Creo que el asesino se cree con una misión, descubrir lo que de verdad pasó entonces. Creo que Bernardo, de alguna manera, supo que era Baillo y ha querido repetir los crímenes para acabar poniendo sobre la mesa aquella injusticia. No olvidéis que fue alumno de catequesis del cura. Igual sufrió algún tipo de abuso por su parte o vio algo.

—No es descartable —dice Darío—, pero se ha esfumado.

Los tres amigos se quedan en silencio, atentos a sus propios platos.

De pronto, Garrido observa a Enar.

—No me mires así, Darío —dice el noruego.

—¿Qué pasa? —dice Isabel.

—No te estoy mirando de ninguna manera —dice el policía.

—Sí, y lo sabes.

—Pero ¿me estoy perdiendo algo? —dice Isabel.

Enar apura un buen trago de cerveza y dice muy cabreado:

—Quiere que vuelva a hacerlo.

—¿El qué? —dice Isabel.

—La visión remota.

—¿Y qué hay de malo? —exclama Garrido—. ¡Vamos, Enar! Gracias a ti hallamos el verdadero paradero de Ana Gallart. Eso demuestra que sigues siendo capaz de ver cosas. Tengo un asesino en serie suelto por ahí, tu propia novia lleva escolta, ¿qué más necesitas? Ayúdame a localizar a Bernardo.

Enar mira a Isabel arrobado.

Parece pensárselo.

—Tú puedes ayudarme a identificar el lugar donde está oculto —insiste Garrido.

Enar vuelve a beber:

—Tienes suerte, maldito cabrón. Quiero a Isabel a salvo, así que lo intentaré por ella. Pero no te hagas ilusiones; es probable que no consiga nada.

—¡Gracias! —dice Garrido—. ¿Cuándo vas a hacerlo?

—Mañana por la mañana. Esta tarde quiero salir con Isabel a correr. Lleva varios días sin nevar y las pistas no están muy allá. Si te apetece, cariño.

—Sí —dice ella—. El ejercicio me vendrá bien.

En ese momento, y tras una pausa, Isabel hace un comentario:

—¿Os dais cuenta de que todo esto es por una niña muerta?

—¿Cómo? —preguntan los otros extrañados.

—Sí, esa chica que llevaba el disfraz horrible en casa de los Vera. Esa chica a la que nadie logró identificar y que preguntó por Juanes en un bar de carretera.

—No veo qué importancia tiene —dice Enar, siempre escéptico—. Una niña disfrazada que no sabemos quién era, pues alguna chiquilla del pueblo.

—Sí, sí, tiene su importancia. Aquello provocó que Juanes, cuando escuchó la historia, dijera «esa es Rosa» y se colgara. Por ese motivo me colé en su casa y conseguí la cartilla. Y de ahí en adelante. ¡Todo esto ha sido por una adolescente vestida de muerta!

—¿No estarás insinuando que una muerta vino del más allá a reactivar el caso? —dice Garrido burlándose.

—No, pero tú sabes que hay mucha gente en el pueblo que lo cree.

—¡Qué tontería!

—Podéis decir lo que os plazca. Pero gracias a esa adolescente vestida de muerta hemos resuelto un caso de hace cuarenta y un años. Ahora solo me falta probarlo.

* * *

A la mañana siguiente los tres amigos vuelven a reunirse en casa del escritor. No hay rastro de Bernardo y Enar ha accedido a realizar una sesión de visión remota para intentar dar con él. Siguen el mismo protocolo de la otra vez. Enar sube a la buhardilla y se somete a una sesión de meditación trascendental. Isabel lo oye repetir un mantra una y otra vez: Om. Según dicen los budistas, el sonido que creó el mundo. La voz grave y potente de Enar se oye desde abajo a la vez que Garrido e Isabel esperan en el salón.

Una hora y diez minutos después baja y dice:

—Ya estoy listo.

—¿Quieres hacerlo solo? —dice Isabel.

—No, prefiero que tú estés presente.

Repiten el mismo ritual de la otra vez. Suben a la buhardilla. La mesa está despejada. Sobre la misma solo hay un vaso de agua, folios y un bolígrafo. Hay una silla para Isabel, que se sienta enfrente. Ella está colocada de espaldas a la luz de la mañana que entra en la habitación.

Enar bebe un poco de agua y se sienta.

Toma el bolígrafo con la diestra. Aspira una buena bocanada de aire y ataca la primera plantilla sin pensárselo. Rellena su nombre, la fecha y la hora. Donde pone NRF escribe los dígitos «579834» y sigue. En el cuadro donde debe hacer un idiograma dibuja un rectángulo con dos líneas que se juntan en él formando un extraño vértice.

Sigue rellenando: textura: «tierra», «nieve»... colores: «verde», «blanco», «marrón», «sombra»... olores: «abeto», «monte»... sabores: «agua», «nieve»...

temperatura: «frío»... sonidos: «agua», «cascada», «pájaros»... dimensiones: «pequeño», «cuadrado», «luz»... impacto estético: «muy bello».

Entonces, Enar, sin parar, continúa por donde dice «dibujo inicial»: dibuja un rectángulo. Fuera de este, un rectángulo más pequeño con cuatro círculos a los lados. Un monigote en la parte superior del rectángulo mayor, parece tumbado. Entonces duda, espera un segundo. Dibuja un círculo perfecto a la izquierda del rectángulo mayor.

Continúa con la hoja siguiente.

Es la hoja donde pone: «rejilla de exploración» y una serie de parámetros como «sensorial», «dimensional», «impacto estético o emocional».

Escribe de arriba abajo:

«Verde», «blanco», «agua moviéndose», «aromas», «frescor», «árboles», «ardillas», «bello», «tranquilo», «aislado», «dolor», «sangre», «sufrimiento».

Pasa a la última hoja.

Comienza un dibujo.

Es una pequeña cabaña hecha de troncos. En un lateral hay algo que parece una mesa con cuatro cilindros a modo de taburetes. Al otro lado de la cabaña dibuja una estructura semiesférica.

Suelta el bolígrafo.

—¡Ya! —exclama.

* * *

Bajan al salón y se sientan en los cómodos sillones. Enar parece agotado, se echa una manta por encima. Darío lo mira con afecto. Las hojas de la sesión de SRV están sobre la mesa de café.

El policía las ojea con interés.

Isabel vuelve de la cocina y sirve el té.

Entrega una taza a Enar, que parece como ido. Este apura un buen trago.

—Ponle más azúcar. Necesito azúcar —dice.

Garrido sigue mirando los papeles.

Isabel vuelve con el té. Enar bebe con fruición.

—Así que, ¿una cabaña? —dice Darío.

—Sí —dice Enar con mucha seguridad—. Una cabaña situada entre dos pequeños arroyos. Hay un salto de agua en uno de ellos. Cuando se juntan, ya sabéis.

—Aquí hay decenas de pequeños arroyos y torrentes —dice Isabel.

—Lo sé —contesta el escritor.

Se quedan en silencio.

—¿Y? —dice Isabel.

—¿Sí?

—¿Qué más has visto?

—Es una cabaña pequeña, coqueta. Vi su interior. En el lateral donde está la cocina hay un amplio ventanal con unas cortinas blancas de encaje. Muy bonitas. Hay un frigorífico. Fuera, una mesa y cuatro troncos cortados que sirven de taburetes. Al otro lado hay un horno.

—¿Un horno?

—Sí, semiesférico, como los que se usaban antes para hacer pan en las granjas. —Entonces el escritor hace una pausa.

Los otros dos lo miran.

—Dentro hay cenizas y... restos humanos.

Isabel y Enar se miran.

Entonces Enar lo suelta, así, de golpe:

—Ah, y Bernardo está muerto.

—¿Bernardo está muerto? —exclaman los dos a la vez.

—Lo he visto.

—Se habrá suicidado —dice Darío.

Enar ladea la cabeza.

—No —dice.

—¿Cómo?

—No entendéis.

—No te seguimos, Enar.

—Lo he visto, las manos sobre el pecho, está enterrado. Bajo tierra. En la parte trasera de la cabaña, algo a la derecha.

Isabel y Darío se miran con cara de preocupación.

* * *

—No le deis más vueltas, ¡la visión remota falla! Yo fallé. Son cosas que yo he visto. No tienen validez científica. Las he visto, sí, ¡y punto! No quiere decir que vaya a ser así seguro.

—Una cabaña —dice Garrido—. Tiene lógica que esté escondido en una cabaña, pero no tiene ninguna a su nombre ni ha alquilado nada. Por lo menos pagando con tarjeta de crédito.

Los tres amigos están cenando en la amplia mesa de Enar, pero apenas tocan la comida.

—Y tiene sentido que se haya quitado la vida —reflexiona el policía de nuevo.

—Enar lo ha visto enterrado —dice Isabel—. ¿Sabes lo que quiere decir? Que él no era el asesino. ¿Cómo va a suicidarse y autoenterrarse?

—Isabel, no puedes creer a pies juntillas en lo que veo —dice Enar enfadado.

—Quizá deberíamos ir mirando cabaña por cabaña —dice Darío.

—No tienes gente suficiente para hacer eso. Algunas ni se ven, están metidas en el bosque y rodeadas de vegetación.

—Da igual, hablaré con los agentes forestales y contaré con la gente de la policía local y mis hombres. Daremos una batida.

Enar parece pensativo:

—Había algo... algo apoyado en la pared... El sol me daba de frente y no podía intuir bien lo que había. Una pala en el suelo, sí, pero no he distinguido bien una estructura apoyada en la pared de la cabaña, junto a la mesa.

—No podrás verlo todo perfectamente —dice Isabel.

—¿Me acompañarás? —le pregunta Darío a Enar.

—¿Cómo?

—Sí, si viéramos esa cabaña, ¿sabrías reconocerla?

—Por supuesto.

—Pues entonces deberías venir conmigo.

—Prefiero mantenerme cerca de Isabel.

—¿No dices que crees que Bernardo está muerto?

—No. Lo que yo he dicho es que lo he visto muerto y enterrado. Pero Isabel sigue en peligro. No me fío de mis percepciones. Ya la cagué una vez y no pienso volver a hacerlo.

—Pues yo seguiré buscando la cabaña que tenía Baillo para pescar.

—¿Sigues con eso? —dice Enar—. ¡No vas a poder demostrar nada, querida! Recuerda, han pasado cuarenta y un años.

Isabel insiste:

—No me rindo. Creo que ya no necesito tus escoltas Darío; llévatelos contigo al monte, necesitarás todos tus efectivos.

—Si me prometes no salir del pueblo.

—Hecho. Solo voy a ir al registro de la propiedad.

* * *

A la mañana siguiente, Isabel acude al registro. La atiende una funcionaria muy amable, una chica llamada Emma con la que coincidió en secundaria. Era un año menor que ella.

—¿En qué puedo ayudarte, Isabel?

—Busco una cabaña.

—¿Y?

—Que solo sé el nombre de su propietario en el setenta y tres, y supongo que se vendió.

—Ya.

—Así que no sé muy bien cómo localizar a quien la compró.

—¿Sabes el sector en el que está?

—No lo recuerdo —miente—. Iba de pequeña con mi padre, a pescar, era del padre Baillo. Siempre soñé con un sitio así; me gustaría saber si sigue en pie y, en su caso, si los nuevos propietarios estarían dispuestos a vender.

—Bueno, tenemos el archivo muy organizado. Las propiedades no solo están archivadas por su ubicación, también tenemos un archivo de propietarios; ya sabes, a efectos de cobrarles los impuestos pertinentes.

—¿Puedes tener un archivo del padre Baillo como propietario?

—Es probable y así constaría si hubo una compraventa, y quiénes fueron sus nuevos propietarios. Acompáñame, anda —dice Emma.

Entran en el archivo, una amplia sala llena de inmensos archivadores que llegan casi hasta el techo.

Emma va a la letra B. Abre el cajón y comienza a mirar entre las carpetas.

Isabel siente que va a darle un vuelco el corazón.

—¡Aquí está! —dice Emma— Baillo. José Francisco Baillo. Ven, sentémonos a esta mesa.

La joven abre la carpeta y al instante dice:

—Sí, la cabaña era del cura, parcela 7543, área 76; está situada un poco más arriba del embalse del Obispo, cruzas el puente que lo atraviesa y sigues el camino hacia arriba. Habrá un camino de tierra que lleve hasta ella, o eso dice este plano, y por cierto, se vendió en enero del setenta y cuatro. La compró un tal Juan Luis Fortuny.

—¡Vaya! —exclama.

—¿Sí?

—Es el tío de un amigo mío, Adrián, ¿lo conoces?

—Creo que no.

—Era mayor que nosotras, no coincidió contigo en el instituto. Trabaja en la caja de ahorros.

—Ah, ya, ¿un chico mono, atildado y muy educado?

—Pero eso de que es un chico... Emma, ya tenemos una edad.

Ambas se ríen.

—Muchas gracias, Emma. Me has ayudado mucho.

Isabel sale de allí a toda prisa, cree haber encontrado algo.

* * *

Isabel no puede creer en su suerte. ¡Ha localizado la cabaña del padre Baillo! El lugar al que invitó a Adrián a pescar cuando era niño. Es probable que allí cometiera sus tropelías. Si Garrido manda allí a su gente, seguro que hallarán alguna prueba biológica de aquello. Está convencida de que Baillo necesitó un lugar apartado para violar y estrangular a las niñas. Quizá quede algo allí tras el paso de los años. Además, Baillo tuvo que salir, obligado y a toda prisa, del pueblo, tal vez olvidó algo. Por otra parte, piensa que tras cuarenta y un años lo más posible es que el tío de Adrián y su familia hayan borrado cualquier vestigio. En cualquier caso, no se pierde nada por inspeccionar el lugar.

Llama a Enar para contárselo, pero aparece fuera de cobertura. Debe de estar esquiando. Se ha pasado toda la noche nevando y los senderos deben de estar bastante bien. Garrido también está ilocalizable, andará con su gente buscando la cabaña que Enar observó en su visión.

Se siente inquieta, por Bernardo, Enar lo veía muerto.

Toma el coche y conduce hasta la presa del Obispo, un reservorio de agua enclavado en un lugar precioso de profusa vegetación algo al oeste del pueblo. Allí se respira calma y tranquilidad, aunque el viento riza un poco la superficie del agua. Todo está lleno de árboles inmensos, la mayoría abetos que, nevados, deparan un paisaje de extraordinaria belleza. Cruza la carretera situada sobre el murete de la presa y gira a la derecha. Va muy atenta. Al fin, casi oculto por la vegetación y unos cientos de metros más adelante, ve el camino que surge a la izquierda. Aparca en un lado, pues el camino no da para que quepa un coche y menos con tanta nieve como ha caído. Baja, va al maletero y se cambia de botas. Comienza a caminar ilusionada. Cree, de verdad, que allí va a poder encontrar algo. La senda está algo empinada. Entonces escucha el ruido del agua, como un torrente, y tras un repecho se da de bruces con la pequeña cabaña de pescadores.

Cuando llega a su altura se queda parada. Sus ojos no pueden creer lo que está viendo. Está a punto de desmayarse.

LÓBULO FRONTAL

Isabel se restriega los ojos, como un niño. Por un momento cree estar soñando.

Frente a ella hay una cabaña de madera, preciosa; es pequeña. Aparece bien barnizada, luego no ha sido abandonada por el tío de Adrián. A la derecha de esta hay una mesa de roble, recia, con cuatro troncos cilíndricos que hacen de taburetes. A la izquierda, una estructura semiesférica de color blanco, no muy grande. Un horno de pan de los antiguos. Dos pequeños arroyos confluyen justo delante de ella. Uno hace, incluso, un pequeño salto de agua.

¿Es la cabaña que vio Enar en la visión!

La mente le da vueltas.

No puede ser. No puede ser.

Enar ha localizado esa cabaña como el lugar donde se ocultaba Bernardo, o al menos, su cadáver. Y es la cabaña que perteneció al padre Baillo, el asesino del setenta y tres.

¿Casualidad?

¿No se le habrán cruzado los cables en la visión?

Desde luego, todo es como él había dicho.

Siente miedo. ¿Estará el asesino allí? ¿Será Bernardo? ¿Está Bernardo enterrado allí?

Las visiones de Enar son demasiado confusas como para que ella pueda aclararse.

No se oye ruido alguno. Se acerca a la cabaña tras coger un tronco del suelo para protegerse y procura caminar sin hacer ruido. Se siente como cuando allanó la casa de Juanes. Le late el pulso en las sienes. Ahora, es peor. Está jugándose la vida.

No termina de entender nada. ¿Es la cabaña de Baillo? ¿O la del asesino actual? ¿Puede ser que el asesino actual haya utilizado exactamente la misma cabaña que el cura para sus tropelías?

Ha llegado junto a la ventana. Con mucho tiento, echa un vistazo sin soltar el tronco de las manos.

No hay nadie.

Suspira.

Le falta el resuello.

Entonces recuerda las cosas que Enar había observado en su visión. Da la vuelta y va al horno de pan. En efecto, dentro hay restos de cenizas. Las remueve con el palo. Enseguida ve restos de huesos. Parecen humanos.

Da un salto atrás y emite un grito.

¿La habrá oído alguien?

¿Y si el asesino anda cerca?

Intenta llamar por teléfono a Enar y a Darío. Apenas acierta a marcar. No hay suerte. No hay cobertura allí arriba.

Vuelve a recordar la visión de Enar. Pasa al otro lado de la cabaña. En efecto, hay una pala apoyada en la pared. La coge y se dirige a la parte trasera de la cabaña, algo a la derecha.

Allí hay una sección de tierra rectangular que ha sido removida.

Parece, exactamente, una tumba.

No tiene fuerzas para ello, siente miedo y su mente quiere salir de allí, pero, instintivamente, introduce la pala. Le tiemblan las piernas.

Una palada, dos... comienza a sollozar... ya no piensa en el asesino... sigue cavando.

De pronto, nota algo blando. Para.

Se agacha y, muerta de asco, aparta la tierra con las manos. Ve ropas. Hay un cuerpo. Unas manos cruzadas en el pecho. Reconoce el reloj de Bernardo.

Da un grito.

Antes de que pueda darse cuenta, está corriendo hacia su coche. Tiene que dar aviso de aquello cuanto antes. Como un autómatas, sube a su vehículo, da la vuelta y conduce a toda velocidad.

¡Bernardo está muerto!

No es el asesino; entonces ¿quién es?

* * *

Llega al centro consternada.

Se baja del coche, está mareada. ¿Adónde iba? Sí, a comisaría. ¿qué está pasando? No entiende nada.

—¿Isabel?

Se gira.

Es Adrián.

—¿Qué te ha pasado? ¿De dónde vienes en ese estado?

—¡Lo he encontrado! —acierta a decir. Apenas balbuce. Musita incoherencias y se tambalea. La gente la mira al pasar.

Su amigo la abraza y le pasa la mano por el pelo.

—Tranquila, tranquila, estás en *shock*. ¿A quién has encontrado?

—Enar y Darío... están ilocalizables... La oficina de la policía local... debo ir.

—¿A quién has encontrado?

—A Bernardo, está muerto —balbucea.

—Necesitas una tila; vamos a nuestro café y ahora nos acercamos a la oficina de la policía. Vas a desmayarte, por Dios. Estás en estado de *shock*.

Isabel no siente nada, parece un sueño, como si flotara en una nube.

Adrián la sienta y va a hacer el pedido.

Al momento vuelve con un café para él y una tila para ella.

Hace que beba.

—¿Mejor? —dice.

Ella asiente.

—Has dicho que has visto a Bernardo.

—Sí, está muerto, en la cabaña, enterrado.

—¿En la cabaña? ¿En qué cabaña?

—En la que perteneció a Baillo, la he encontrado.

—¿Has estado en la cabaña de la presa?

—Sí —asiente ella—. Bernardo no es el asesino. Alguien lo enterró allí. Enar lo vio en una visión. Ahora lo entiendo. Iban a hacer la prueba del ADN. Bernardo estaba acosándome. El asesino lo vio claro. Lo quitó de en medio y colocó las prendas de las niñas en su maletero. Luego lo enterró. La policía creería siempre que Bernardo era el asesino y al no hallar su cuerpo no podrían comprobar con el ADN que él no era el hombre al que estaban buscando.

Adrián la mira con cara de lástima:

—Isabel, necesitas ayuda, cariño. Se te está yendo la cabeza.

—¡La policía! Tengo que ir a la oficina de la policía local.

—Sí, sí, ahora te acompaño. ¿Has avisado a alguien más? —dice Adrián.

Entonces, como activada por un resorte, tras escuchar esa frase, Isabel levanta la cabeza.

Deja el té en la mesa y apoya las manos en ella.

Se incorpora y mira fijamente a Adrián.

Se hace un silencio.

Es como si la mujer hubiera salido de golpe del estado de *shock*.

—Adrián... —dice mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Sí? —responde el otro.

—Hace un momento te he dicho que he encontrado la cabaña de Baillo.

—Sí, querida.

—Y tú, me has preguntado si he estado en la presa.

Adrián suelta una carcajada.

—No, no... —dice—. No ha sido así.

Isabel lo mira muy seria:

—¿Cómo sabes tú que la cabaña del padre Baillo estaba allí? ¿Junto a la presa del Obispo? Según me dijiste, nunca habías ido a su cabaña.

—Y nunca fui.

—Es de tu tío, ¿sabes?

—¿De mi tío? Pues no, no lo sabía, pero tiene varias, las alquila a turistas.

—Adrián, repito, ¿cómo sabías tú que la cabaña de Baillo estaba en la presa?

—Lo has dicho tú, que bajabas de allí.

—No lo he dicho.

—Sí lo has dicho, pero estabas en *shock* y no lo recuerdas. De hecho, sigues estando en estado de *shock*. Deberían darte algo, querida; una pastilla.

Ella no deja de mirarlo con fijeza.

Él parece nervioso.

—Creo que estás un poco paranoica. Te diré lo que haremos: voy al servicio y nos acercamos a la comisaría. Allí cuentas lo que has visto y que avisen al médico para que te inyecte algo que te calme. Ellos llamarán a Enar y a ese Garrido.

Isabel, sin dejar de mirar a Adrián, lo ve perderse por el pasillo. Ve como se bambolea la puerta del baño de caballeros y Adrián desaparece en él.

De pronto, suena su móvil.

Es Enar.

—¡Enar, lo he encontrado, sé quién es!

—¿Dónde estás?

—En Starbucks.

—¡Dios mío! ¿Con quién?

—Con Adrián.

Un silencio. Enar vuelve a hablar:

—No te asustes, Isabel. No te muevas de allí. Quédate donde haya gente. Tengo algo que decirte, querida: es él, el asesino.

—Lo sé, Enar, lo sé.

—¿Está contigo?

—No, ha ido al servicio.

—No hagas nada, no salgas de allí, estás en un lugar público, recuerda. Voy de camino. Disimula.

—Creo que sabe que lo he descubierto.

—Pues no salgas de allí bajo ningún concepto, no lo acompañes a ningún

lugar. Estoy llegando.

—De acuerdo.

Isabel queda con la mirada fija en la puerta del servicio de caballeros. Nada.

Adrián no vuelve. Pasan los minutos.

Se escucha un coche que derrapa en el *parking*. Es Enar. Deja el coche atravesado en mitad del aparcamiento y entra:

—¿Estás bien? —dice abrazándola.

—¡Es él! —dice ella.

—¡Lo sé! —contesta Enar.

—Sigue en el baño —contesta Isabel señalando hacia los servicios.

Antes de que Isabel pueda darse cuenta, el noruego saca una Glock y se encamina hacia allí. Ella lo sigue. Entran en el baño. Es inmenso. No hay nadie.

Hay tres habitáculos.

Enar, sin dejar de apuntar, patea una puerta, dos, tres.

Adrián ha escapado por un estrecho ventanuco.

—¡Se ha ido! —dice Isabel.

—¡Vamos! —exclama Enar.

Salen y rodean el edificio. Cruzan hasta la gasolinera de los Ferrer.

—¿Qué pasa? —dice el menor de los hermanos, que está llenando el depósito de un todoterreno.

—¿Has visto a Adrián? Es urgente.

—Pues sí —contesta el chico—. Ha sido muy raro. Ha salido por el ventanuco del Starbucks y casi se parte la crisma. He pensado: lo que hace la gente por no pagar un café. Se ha subido a su coche y se ha ido.

—¿En qué dirección?

—Por allí —dice señalando la carretera que va a la presa.

—¡Va a la cabaña! —dice Isabel—. ¡Vamos!

* * *

Enar conduce a toda prisa siguiendo las instrucciones de Isabel, que habla por teléfono con Garrido por el «manos libres» del coche. Le indica el lugar donde está situada la cabaña de Baillo.

—Atravesáis la presa, giráis a la derecha y a unos cientos de metros encontraréis nuestro coche —dice Isabel.

—Estamos de camino. No hagáis nada, no intentéis entrar —les advierte Garrido.

—Daos prisa o se nos puede escapar. Desconozco por qué ha subido a la cabaña en lugar de huir.

—Tened cuidado. Repito: llegad y esperad. Tenéis que dejar esta parte a los profesionales.

Garrido cuelga e Isabel y Enar se miran:

—¿Cómo lo has sabido? Que era él, digo —pregunta ella.

Enar, sin perder de vista la estrecha carretera, dice:

—Estaba haciendo esquí de fondo, ya sabes, en esos momentos en que el esfuerzo físico, de alguna manera, te oxigena, te ilumina el cerebro y te quedas como colgado, en paz. Entonces recordé mi visión. ¿Recuerdas que te dije que había visto una pala apoyada en el exterior de la cabaña?

—Sí.

—¿Y que había otra cosa que me aparecía borrosa? Un objeto...

—Sí, claro, lo recuerdo.

—Apareció ante mí con toda su nitidez. Entonces, supe quién era y me di la vuelta para bajar a buscarte.

—No te sigo, ¿qué era?

—Una bicicleta de montaña.

—Adrián.

—Sí, recordé que tu amigo era aficionado a ella y que habías contado que había sufrido un traumatismo craneoencefálico de gravedad este verano, ¿verdad?

—Sí, así fue.

—Inmediatamente me vino a la cabeza el caso de Dick Hickock, uno de los asesinos de Holcombe que Truman Capote retrató en *A sangre fría*. Había sido una persona relativamente normal hasta que atravesó el parabrisas de su coche. A partir de ahí comenzó a manifestar una conducta preocupantemente antisocial, violenta. Ha habido muchos casos así en que un traumatismo craneoencefálico con daños en el lóbulo frontal han dado lugar a la aparición de este tipo de comportamientos.

—Vaya.

—¿Y tú? ¿Cómo lo has sabido, Isabel?

—Metió la pata. Verás, es increíble: localicé en el registro la cabaña que fue de Baillo. Intenté localizaros y no pude. Decidí acercarme a echar un vistazo. Curiosamente la había comprado el tío de Adrián.

—Qué casualidad.

—Una vez allí, me quedé de piedra. ¡Era la misma que tú habías visto en tu sesión de visión remota!

—¡Qué me dices!

—Me pareció evidente que el asesino actual estaba siguiendo el patrón al máximo. Estaba usando para sus crímenes hasta la misma cabaña que el cura.

Hay un horno, Enar, y restos de huesos. Bernardo está enterrado detrás. Lo he visto. Salí corriendo.

—¿Y cómo supiste que era él?

—Metió la pata. Yo le dije que bajaba de la cabaña de Baillo, que la había encontrado. Y él cometió un error, dijo: «¿Vaya, vienes de la presa?».

—¿Cómo sabía él que la cabaña estaba allí?

—¡Exacto! Se dio cuenta de su error y se fue al baño. Lo que no entiendo es por qué ha vuelto a la cabaña. Lo lógico es que hubiera escapado hacia el aeropuerto o por carretera hacia Francia.

—Debe de tener algo importante aquí arriba —dice Enar.

—Es justo, ahí, al lado —dice Isabel. En ese momento atraviesan la carretera que cruza la presa.

En unos segundos llegan a la altura del camino. En la carretera principal hay un coche aparcado.

—Es el coche de Adrián —dice ella.

Bajan del vehículo y Enar desenfunda la Glock.

EL ACTO FINAL

—Han dicho que esperemos —afirma Enar.

—¿Y si escapa por las montañas? Podría pasar a Francia —dice Isabel.

El escritor la mira con fastidio y contesta:

—Tienes razón, sígueme.

Comienzan a subir el sendero intentando no hacer ruido, pero es imposible. Está muy resbaladizo.

—¿Se habrá ido? —susurra Isabel.

—Ni idea —responde Enar con la pistola en la mano.

Suena un disparo.

Enar cae al suelo.

Isabel siente que la sangre le salpica:

—¡Quietos! —se oye la voz de Adrián.

Isabel se agacha hacia Enar, que se retuerce llevándose las manos al pecho. Hay mucha sangre.

Otro disparo que remueve la nieve a apenas un paso de Isabel.

—¡Levanta! —ordena la voz.

Ella se aparta de Enar y alza los brazos.

Adrián aparece monte arriba con un rifle de precisión e inicia el descenso sin dejar de apuntar a Isabel, Enar parece malherido.

Cuando llega a su altura, Adrián se agacha y coge la Glock.

—¡Ayúdalo! ¡A la cabaña!

Isabel consigue levantar a duras penas a Enar y llegan hasta la cabaña de Baillo. Lo deja caer en un sofá y Adrián lo esposas a una pata. Está semiinconsciente.

—Tu amorcito está listo de papeles —dice Adrián sin dejar de apuntarle.

Entonces hace a Isabel girarse y la ata a una silla.

—¿A quién has avisado? —dice entonces más calmado.

—No tienes posibilidades, vienen todos de camino —dice ella.

—Eres una puta entrometida. Te aburrías, ¿no?

—Adrián, estás mal, necesitas ayuda.

—¿Cómo la que le dieron a ese hijo de puta de Baillo mientras Casares

cargaba con las culpas?

—Eso estuvo mal —dice Isabel.

—Sí, y van a pagar. Pero tú lo has jodido todo. Mira —dice mostrándole un sobre—. Lo tenía todo preparado. Aquí tengo un pasaporte falso y un billete para Venezuela, un país del que no me extraditarían nunca. Un lugar perfecto para perderme.

—¿Por eso has vuelto a subir aquí?

—Exacto. Lo guardaba aquí y al verme descubierto he tenido que venir a toda prisa a cogerlo. ¡Entrometida! Me di cuenta de que había metido la pata en el Starbucks, por eso supe que tenía que actuar con rapidez.

—Ya no tienes ninguna posibilidad.

Isabel comienza a forcejear con las cuerdas para poder soltarse, el nudo no parece muy bien hecho.

—No digas idioteces, me voy monte arriba. Pero tú lo has jodido todo, mi plan era perfecto. Mira. —Y señala un sobre que hay pegado al frigorífico. Dice: «Para Isabel».

Ella pone cara de sorpresa.

—Todo iba perfecto: había repetido los crímenes de ese cabrón, todo se había cumplido milimétricamente, se acercan las elecciones y yo iba a descubrir todo el pastel.

—¿Cómo?

—Primero, cuando hicieran la prueba del ADN a Bernardo descubrirían que no era el asesino, nuestros amigos Fabregat y Jover quedarían con el culo al aire mientras el verdadero criminal, Adrián Fortuny, se les había escapado en sus propias narices.

—¿Por qué mataste a Bernardo? —Isabel siente que parece que las cuerdas se aflojan un poquito más.

—¿De qué te quejas? Te he ahorrado el papeleo del divorcio, ahora eres, simplemente, viuda y te he quitado de encima a ese cerdo de Bernardo. Él se lo buscó, me lo puso muy fácil. Ese amigo vuestro, Garrido, iba a hacerle la prueba del ADN a todo el pueblo. Estaba perdido, iban a identificarme y si me escapaba unos días antes de que se realizara la prueba me pondría en evidencia, me descubrirían. Aún no tenía el pasaporte y el billete. Me vi entre la espada y la pared. Entonces se me ocurrió otra genialidad mía: el muy idiota empezó a acosarte, había una orden de detención contra él... Fue muy fácil quitarlo de en medio y colocar pruebas incriminatorias en su coche. Total, iba a enterrarlo aquí mismo.

—Pero la cabaña ¿no es de tu tío?

—No, le pedí que la comprara a su nombre. Le conté una milonga sobre

impuestos, que lógicamente yo le pagaría, y accedió a comprarla para mí. Este es mi pequeño reino, amiga.

—Estás mal, Adrián. Todo esto es por el accidente. Te golpeaste la cabeza. Sé de lo que hablo, Enar me ha contado lo ocurrido en casos similares.

Él se queda pensativo por unos instantes. Pone cara de loco y abre mucho los ojos.

De pronto dice:

—Pues mira, sí. Había callado durante todos estos años lo que sabía, pero reconozco que tras mi convalecencia el plan comenzó a cobrar vida en mi mente. Un plan perfecto en el que yo dejaba de ser una víctima, porque, ¿sabes? ¡Yo también puedo matar!

—Ya, ya me he dado cuenta.

Enar gime inconsciente.

—Ha perdido mucha sangre, Adrián, déjame bajarlo al hospital. Lo quiero. Hazlo por mí. Él no te interesa, escápate y déjame que le salve la vida. Él es mi felicidad, tú eres mi amigo, me lo merezco después de todos estos años. Lo quiero, Adrián.

El asesino ladea la cabeza como negando y emite un gran carcajada. Parece ido, un loco.

—¡Qué idiota eres, Isabel! Yo te doy el mayor de los regalos y tú me pides esa menudencia. ¡Cuánto puto sentimentalismo!

Ella sigue luchando con las ataduras y mira de soslayo a una pequeña hacha que hay junto a la chimenea.

—¿No sabes a qué me refiero? Ahora, antes de que lleguen tus amigos, escaparé monte arriba. Tengo preparado un coche al otro lado y nunca me cazarán. He preparado una obra magistral, la enseñarán en Cuantico, a los nuevos alumnos del FBI, seguro. He reproducido los crímenes de Baillo, he puesto el foco de la opinión pública en este pueblo, he reeditado las murmuraciones sobre los crímenes del setenta y tres, y ahora, llegado el momento, desaparezco como un genio y dejo todas las pruebas incriminatorias que hundirán a Fabregat, a Jover y esos hijos de puta de la Diócesis que ayudaron a Baillo a irse de rositas mientras el pobre Casares cargaba con las culpas.

—¿Qué pruebas? —dice ella—. ¿De qué hablas?

—Ya te he dicho que eres una entrometida. ¿Ves ese sobre a tu nombre? Ahí está la explicación. Pero tú has tenido que entrometerte y joderlo todo. Ahora tengo que matarte para que no desveles a tus amigos mi vía de escape. Necesito un par de horas de margen.

—¿Vas a matarme?

—Sí, Isabel; era todo perfecto. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo te guie para que fueras por el camino perfecto? «Cuervos, cuervos».

Entonces Isabel recuerda como la entrevista con el viejo agente de policía chocho le había hecho sospechar de un cura, de Baillo.

—¿Quién te avisó de la existencia de ese hombre, Ródenas? ¿Eh, Isabel, quién?

—Tú.

—Te ayudé porque quería, porque lo necesitabas, porque soy tu amigo y me resultabas útil para estrechar el cerco sobre Fabregat y Jover. He jugado contigo desde el principio, te guie. No eres tan lista, eras mi instrumento, simplemente. No te diste cuenta de cómo te sonsaqué sobre cómo hacíais las vigilancias en el parque de San Jaime. Ni te percataste. Luego, cuando me contaste que sospechabas que los crímenes estaban repitiéndose lo filtré a la prensa. ¡Al día siguiente! Y tú ni siquiera sospechaste de mí. Siempre me has visto como un manso, un tonto inofensivo. Y yo, mientras tanto, iba creando el clima que quería para llegar a este acto final: en el pueblo, en los medios, en la gente...

—¿Pero tú lo sabías todo, Adrián, desde el principio?

—Desde niño.

Isabel ladea la cabeza.

—Por eso te pusiste colorado cuando te pregunté si Baillo había podido abusar de ti en catequesis.

Adrián asiente.

—El muy hijo de puta me trajo aquí por primera vez con la excusa de la pesca. Esa vez apenas me hizo tocársela un poco. Luego, en las siguientes visitas, la cosa fue a más, hacía conmigo lo que quería. Era un monstruo. Me dijo que si lo contaba me mataba. A mí me dolía, pero él decía que eran los designios del Señor, que yo estaba ayudando a que un buen pastor no se despeñara por el camino de la perdición. Le había pasado lo mismo en otros sitios, así que me amenazaba constantemente con matarme. Un día dijo, así, como reflexionando, «si no dejas testigos no hay delito». Creo que fue cuando comenzó a barajar la posibilidad de matar a sus víctimas. Otro día, recuerdo que estaba yo tirado en el sofá, dolorido y sangrando, y él en esa misma silla, fumando un cigarro, relajado tras haberse desahogado bien a gusto con mi cuerpo. Y dijo: «No es lo mismo un culo que un chochito». Yo no entendí qué quería decir. A la semana desapareció la primera chica. Yo vi claro que no iba a dejarlas con vida para que pudieran identificarlo.

—Y tú, ¿no dijiste nada?

—¡Tenía ocho años, por amor de Dios! Además, me dejó tranquilo. Yo tenía una suerte de dependencia, lo odiaba pero lo obedecía... una noche vine hasta

aquí y lo observé por la ventana. Ya habían muerto las tres chicas... Me asomé y... —de pronto se calla.

Se escuchan las sirenas de la policía a lo lejos.

—¿Por qué no sigues? —dice ella.

—Está en esa carta. Y las pruebas. Todos van a hundirse.

—Pero cuéntamelo, Adrián.

—No, lo has jodido todo y tengo que matarte, necesito tiempo.

Adrián deja la pistola en la mesa y coge un inmenso cuchillo de monte.

Las ligaduras se han ensanchado, Isabel saca un dedo, dos...

Adrián se dirige a ella cuchillo en mano.

De pronto se escuchan las sirenas con mucha más fuerza, ya llegan.

Están allí.

Entonces Enar alarga el brazo, se incorpora y arrastra a Adrián hacia así. Este, que es más pequeño, cae rodando hacia atrás. Ambos están forcejeando en el sillón. Isabel casi está suelta, tira de la cuerda, con fuerza, lo intenta...

Adrián queda encima de Enar, que no puede apenas moverse. Entonces el asesino saca varios zarpazos con el cuchillo, una, dos, tres cuchilladas... Enar está inerte.

Adrián alza el cuchillo para clavárselo en el corazón, todo va a terminar y entonces, de pronto, queda paralizado.

Un extraño ruido de huesos fracturados, tendones rotos y la carne que se abre se escucha en el pequeño habitáculo.

Adrián se mira, incrédulo, el hombro derecho, que está totalmente descolgado.

Un hacha lo ha atravesado desde la altura del cuello hasta casi la mitad del abdomen. El cuchillo ha caído al suelo y su carótidas mandan chorros de sangre que llegan hasta la pared.

Detrás está Isabel.

Suelta el hacha y da un paso atrás.

Adrián echa sangre por la boca.

No entiende lo que está pasando.

Entonces se escuchan a la vez dos sonidos: cristales rotos y disparos.

Uno, dos, tres.

Han entrado por la ventana para impactar en la frente de Adrián, que cae como un fardo, sin vida.

Se abre la puerta de la cabaña de un golpe y en ella aparece Darío Garrido empuñando su arma humeante.

Isabel se desmaya.

* * *

Garrido e Isabel aguardan en la sala de espera del Hospital. Ella no deja de llorar apoyada en el hombro del policía. No hablan.

De pronto se abren unas puertas bamboleantes y aparece un cirujano con un pijama de colorines estridentes:

—¡Tranquilos! —dice—. No ha sido necesario ni trasladarlo a Barcelona.

—¿Sobrevivirá? —dice Isabel lanzándose en brazos del médico.

—¡Pues claro! —contesta este sonriendo—. La bala le atravesó el pulmón y las tres cuchilladas han afectado a la musculatura pectoral, no hay órganos internos dañados, aunque, ojo, una de ellas pasó relativamente cerca del corazón.

Isabel está histérica. Llora y ríe a la vez.

—¿Puedo verlo?

El médico niega con la cabeza.

—Está sedado. Mañana quizá.

Isabel respira aliviada y se abraza a Darío Garrido.

Un abrazo largo y cálido.

Entonces él la separa y dice:

—¿Estás mejor?

Ella asiente.

—¿Más tranquila?

Isabel se sorbe los mocos como una niña:

—Sí, sí; Enar va a sobrevivir, era lo único importante. Estoy bien.

Entonces creo que debes ver una cosa.

Garrido coge su cartera y dice:

—Sígueme.

Bajan a la cafetería del hospital y piden sendos cafés. Se sienta en una mesa amplia y limpia. A aquellas horas hay poca gente en la cafetería. Son más de las dos de la madrugada.

—¿Estás lista?

Ella asiente.

Darío Garrido abre su maletín y extrae de él un sobre de color acre.

—Isabel Amat, tengo que comunicarte que has resuelto el caso.

—Claro, bueno, no... yo... entre los tres... tú, Enar, yo...

Garrido sonrío:

—No, no me refiero al de Adrián, a los asesinatos del dos mil catorce.

—¿Cómo?

—Me refiero a los del año setenta y tres.

—No te sigo.

—Que eres una heroína, Isabel, has conseguido las pruebas que buscabas. Dijiste que no te rendirías, que ibas a conseguirlo. Y así ha sido. No he conocido

a nadie con tu determinación, es admirable.

Isabel ladea la cabeza. No entiende. Es prácticamente imposible que hayan quedado pruebas de aquello. Han pasado cuarenta y un años.

—Anda, ponte estos guantes —dice Garrido sacando unos guantes de látex de la cartera. Isabel se los pone y él hace otro tanto.

Del sobre color ocre saca una bolsa de protección de pruebas. En ella hay una carta. La extrae con unas pinzas. Isabel la reconoce. En el sobre pone «Para Isabel».

—Es la carta que Adrián había dejado para mí en la cabaña.

—Léela —dice él.

—Querida Isabel —dice ella en voz alta—. Si miras en el congelador, podrás hacerte con la prueba definitiva que prueba quién cometió los asesinatos del setenta y tres... —Isabel se interrumpe un instante—. ¿Qué había en el congelador?

Garrido contesta:

—Una bolsa de congelación con unas braguitas dentro. Eran antiguas. En este mismo momento están analizándolas los de la Científica. Pero sigue leyendo.

—Dicha prueba no dejará ningún asomo de duda sobre la autoría de los asesinatos de El Valle en el setenta y tres, a lo que habrá que sumar la alteración de documentos por la Policía Armada y la transferencia realizada a Juanes desde la Diócesis de Barbastro-Monzón, que no podrán justificar. Esta prueba que te he dejado evita la reelección de Fabregat y el ascenso de Jover, y por supuesto causará su defenestración política. Siento decirte que sus delitos han prescrito, pero el fin de su carrera política es inminente y ese, y no otro, es el peor de los castigos para ellos. Esta prueba pondrá en serios aprietos a la Diócesis de Barbastro-Monzón. Sus gestores actuales son otros; aquellas viejas cucarachas que sobornaron a Juanes ya han muerto. Tendrán que explicar por qué ocultaron en una casa de reposo de la Iglesia durante más de cuarenta años a un asesino en serie de niñas. Esta prueba exonera de culpa a Casares y restituye su honor. Un inocente que sufrió la mayor de las injusticias. Has ganado, amiga. Y esta prueba te la ha proporcionado otro asesino en serie como el propio Baillo; curioso, ¿no? Pensé que sería una buena fórmula: repetir los asesinatos para reeditar los del setenta y tres. Sí, sé lo que piensas, que estoy loco. Sinceramente, me da igual.

Volamos a las braguitas del congelador. El modelo es antiguo, de hace cuarenta y un años, y se nota el paso del tiempo. Llevan manchas de sangre y barro, supongo que de cuando Baillo violó a la chica. Te preguntarás que de dónde las saqué.

Una noche fui a verlo a la cabaña, ya no requería mis servicios y me sentía entre aliviado y celoso a la vez. Estaba dedicándose a las niñas, era obvio. Y yo

era un niño víctima de abusos que tenía una dependencia enfermiza de su agresor. Algo me impulsó a subir a su cabaña. Miré por la ventana y lo vi masturbándose con aquellas bragas en la mano. Es lo que en el argot de los asesinos en serie, ahora yo soy uno de ellos, se llama «trofeo». Objetos de las víctimas que el asesino conserva para reeditar la emoción del asesinato contemplándolos o tocándolos. El tío, justo cuando iba a eyacular, dijo: «Toma, zorra» y soltó todo su semen por encima de las bragas. Se le veía muy excitado, cerca del paroxismo; era evidente que reeditaba la emoción del crimen cometido. Vi como arrojaba las bragas a un cajón. A la mañana siguiente volví, me colé en la cabaña y las robé. Desde entonces las he conservado con mimo en los lugares que consideraba más adecuados. Si lleváis a cabo un análisis de ellas encontraréis sin duda el ADN de una de las víctimas y, cómo no, el de Baillo. Solo tenéis que exhumar los restos de ese maldito cura para comprobarlo. Creo que esto cierra el caso definitivamente. Sé que muchos no entenderán mis crímenes, pero tenía una misión que cumplir. He querido vengarme de todos aquellos que protegieron al monstruo que, cuando yo era apenas un niño, hizo cosas conmigo que me han incapacitado para ser una persona normal. Supongo que ahora entenderás por qué nunca me han conocido novia o novio. Ese hijo de puta hizo de mí un tarado. La verdad es que no fue hasta hace poco, durante mi convalecencia en el hospital por mi accidente con la bici, cuando comencé a pergeñar esta venganza. Creo que os he hundido a todos. Jaque mate. Si lees esta carta es o porque me he escapado o porque me han cazado. En cualquier caso, quiero que recuerdes que soy y siempre seré tu amigo.

Adrián Fortuny

PD1.— Sobre los restos que hallarán en el horno, diles a tus amigos de la policía que no se esfuercen. Son personas sin nombre. Nadie va a preguntar por ellos ni van a poder identificarlos. Tenía que entrenarme con alguien. Son pobres desgraciados.

PD2.— No hace falta que me des las gracias por lo de Bernardo, querida; fue un placer.

—Vaya —dice Isabel.

—¿Qué te parece? —pregunta Garrido.

—Que lo siento por Adrián, que me embarga una gran pena por él, aunque sé que era un monstruo. Pero por otra parte fue una víctima más de esta historia. ¿Y sabes? Me alegra que, por una vez, paguen los malos.

MIRANDO LA NIEVE

Isabel, Enar y Garrido degustan tres tazas de chocolate en el porche de la casa del escritor. Nieva profusamente y pese a que los protege una amplia cristalera los tres están tapados con mantas. Enar lleva el brazo en cabestrillo. Tiene buen aspecto.

—¿Cuándo sale tu vuelo? —pregunta Enar.

—En tres horas. Pero voy en tren de alta velocidad hasta el aeropuerto, desde Huesca —contesta Darío—. Estoy deseando llegar a casa.

—Te echaremos de menos.

—Lo sé, Enar.

Los periódicos, sobre la mesa, están repletos de titulares: «DESCUBIERTA LA VERDADERA IDENTIDAD DEL ASESINO DEL SETENTA Y TRES». «EL ASESINO DE EL VALLE FUE VÍCTIMA DE LOS ABUSOS DEL CURA QUE COMETIÓ LOS ASESINATOS DEL SETENTA Y TRES». «EL SECRETARIO DE ESTADO DE JUSTICIA ES CESADO Y SUSPENDIDO DE MILITANCIA POR EL PARTIDO». «DIMITE EL ALCALDE FABREGAT EN PLENA CAMPAÑA». «ALUVIÓN DE DENUNCIAS CONTRA LA DIÓCESIS DE BARBASTRO-MONZÓN».

Garrido mira los periódicos echando un vistazo de soslayo y sonrío:

—Quién iba a decirnos que una chica como Isabel iba a destapar todo esto.

Isabel sonrío:

—No ha sido fácil. Pero ¿sabéis? Me pregunto...

—¿Sí? —dice Enar.

—Qué pasó por la cabeza de Adrián para convertirse en algo así.

Garrido toma la palabra:

—Tu amigo Adrián contaba en su biografía con uno de los detonantes de la conducta criminal del asesino en serie: el abuso infantil. Por si fuera poco, tuvo que ver cómo su agresor se iba de rositas y se cometía aquella injusticia con Casares. Luego sobrevino el accidente del verano, hay muchos casos probados de que una lesión en el lóbulo frontal puede desencadenar este tipo de conducta delictiva: John Wayne Gacy, Carl Panzram y el conocidísimo Dick Hickock. Digamos que llovió sobre mojado y se convirtió en un tipo de asesino en serie bastante complicado.

—El misionero —sentencia Enar—, un tipo que se cree con una misión en la vida, una misión que cumplirá caiga quien caiga, aunque tenga que ser él mismo

el sacrificado.

—Pues ha cumplido esa misión —dice ella.

—Sí —Garrido—, pero llevándose a tres criaturas por delante. Bien es cierto que tras exhumar los restos de Baillo pudimos comprobar, gracia a Adrián, que su ADN estaba en las braguitas que pertenecieron a Rosa Benet. Pero eso no lo redime.

Entonces se hace un silencio.

Los copos que caen movidos por el viento ejercen un efecto hipnótico sobre los tres amigos.

—Y todo esto por una chica vestida de muerta a la que nadie identificó —dice Isabel—. Si no hubiera preguntado por Juanes y este no se hubiera suicidado, yo no habría entrado en su casa ni habría visto la cartilla. Y nadie ha logrado saber quién era la chica, ojo —dice Isabel.

Garrido y Enar estallan en una carcajada.

Enar mira a Isabel sonriendo y dice:

—¿Estás insinuando que una muerta, Rosa, vino del más allá para que tú de alguna manera entraras en la investigación?

—No. Solo digo que si esa chica no hubiera aparecido, yo no habría llegado tan lejos.

EPÍLOGO

Un año después, 31 de octubre de 2015

Son las cuatro de la tarde y los Fuster dejan discurrir plácidamente la tarde en el interior de su caravana. Él, Martín, tumbado en el pequeño sofá, ve un partido del Barcelona con una botella de whisky en el regazo. La madre, Ginesa, se pinta las uñas junto a la estrecha cocina y Lucía, la hija, se afana en su maquillaje frente al espejo en la mesa del fondo.

—¿Otra vez disfrazándote? —dice la madre a la joven—. ¡Joder! Das grima.

—Para algo que se me da bien —contesta la cría algo descarada—, me lo echáis en cara.

—Supongo que vas a salir otra vez con ese disfraz a por caramelos ¿no? Ya eres mayorcita para eso.

—¿Y qué? Me da igual. El año pasado en El Valle, me colé en una fiesta de postín. Comí cosas riquísimas y conseguí un montón de «chuches».

—¿Y no hay otro disfraz? —exclama el padre malhumorado—. Si ya me asustas con esa música que escuchas, cuando te pones ese disfraz me pones los pelos de punta. Pareces una puta muerta.

—De eso se trata, papá. ¿Acaso no sabes lo que es Halloween? Tengo un don, de mayor pienso ser maquilladora.

—Bueno —contesta el padre repantigado en el sofá—. Pero no vuelvas muy tarde, el año pasado viniste pasadas las doce y de pocas no encuentras los terrenos donde estábamos acampados cerca del viejo ese, Juanes. Si no llegas a preguntar en ese bar de carretera me habría tocado salir a buscarte.

—Descuida, papá, no volveré tarde —contesta Lucía sonriendo.

Altoreal, Murcia,
12 de agosto de 2016

Edición en formato digital: 2017

© Jerónimo Tristante, 2017
© Algaida Editores, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-854-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es

Table of Contents

[Antes](#)

[Isabel](#)

[Ahora](#)

[Ana Gallart](#)

[Juanes](#)

[Laura Álvarez](#)

[Brígida](#)

[La cresta de Sas](#)

[Enar](#)

[Garrido](#)

[Finita Benet](#)

[Bernardo](#)

[Guillermo Pau](#)

[El señor Blanco](#)

[Bernardo otra vez](#)

[Fabregat](#)

[Perfiles](#)

[Malos sueños](#)

[Mercedes Luengo](#)

[Cena](#)

[Visión remota](#)

[Juana Alcaraz](#)

[Mohamed](#)

[Fedra Hernández](#)

[¿La cresta de Sas?](#)

[El sur](#)

[El amor](#)

[ADN](#)

[Ródenas](#)

[Alejandro Alacid](#)

[La iglesia de Santa María](#)

[El Valle](#)

[Fabregat](#)

[Una cabaña](#)

[Lóbulo frontal](#)

[El acto final](#)
[Mirando la nieve](#)

[Epílogo](#)
[Créditos](#)